

**CENTRO DE ESTUDIOS SOCIOLOGICOS
EL COLEGIO DE MÉXICO**

**DE LA OLIGARQUÍA AL POPULISMO EN EL PERÚ.
EL GOBIERNO DE GUILLERMO E. BILLINGHURST (1912-1914).
UNA LARGA Y TORTUOSA TRANSICIÓN**

Tesis para optar el grado de Doctor en Ciencias Sociales

que presenta:

Osmar A. Gonzales Alvarado

Directora de tesis:

Doctora Viviane Brachet

México, DF, julio de 1999

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN 1

CAPÍTULO I 15

Populismo y Estado en América Latina

CAPÍTULO II 39

Las dificultades para construir el Estado nacional: una visión histórica

CAPÍTULO III 67

Las élites oligárquicas

CAPÍTULO IV 101

La ciudad y las clases subalternas

CAPÍTULO V 133

Entre la crisis de las élites oligárquicas y la emergencia de las clases subalternas: la aparición de Guillermo E. Billinghurst

CAPÍTULO VI 165

Los conflictos del gobierno de Billinghurst

CAPÍTULO VII 201

Después de Billinghurst: la modernización leguista y el civil-militarismo

CONCLUSIONES 231

LA SUCESIÓN PRESIDENCIAL EN EL PERÚ: 1821-1990 255

CRONOLOGÍA 1858-1933 259

BIBLIOGRAFÍA 267

AGRADECIMIENTOS 277

INTRODUCCIÓN

El problema

EN EL PERÚ, CONTRARIAMENTE A OTROS PAÍSES de América Latina, la oligarquía permaneció en el poder hasta 1968, año del ingreso del reformismo militar dirigido por el general Juan Velasco Alvarado, y caracterizado por elementos fundamentales del populismo. Sin embargo, una suerte de populismo aparece brevemente entre 1912 y 1914 bajo el mando del presidente Guillermo E. Billinghurst, antes que en cualquier otro país de la región.

Estos hechos paradójicos, hasta la fecha, no encuentran explicación alguna, debido a que se han definido determinados períodos de la historia, tales como la colonia, la independencia, el dominio oligárquico, el populismo y ahora la democracia, como segmentos temporales únicos y diferenciables. En esta visión, el Perú queda casuísticamente excluido del ámbito teórico, como un caso errático desprovisto de interés científico.

Lejos de haber esclarecido este problema, la actual preocupación por analizar los procesos de transición política se ha circunscrito al estudio de la tercera ola de democratización, dejando intacto el pasivo acumulado de investigaciones que problematicen el paso de un tipo de régimen a otro. Queda que el cambio socio-político anterior a los años 1980 ha sido generalmente descuidado. No obstante, la nueva lectura que desde estos años se ha realizado de las historias de nuestros países revela que el Perú, lejos de ser un caso excepcional, meramente ejemplifica la gran multiplicidad de tiempos y resultados que de hecho ha caracterizado a los países de la región. Desde esta nueva visión se desdibujan el etapismo fijo y el modelismo forzado, reapareciendo giros y rupturas, retrocesos y avances inesperados, hibridaciones rebeldes y saltos repentinos; en pocas palabras, reaparece y se problematiza la complejidad real del proceso histórico. Todo aquello ofrece una nueva oportunidad de entender la gran diversidad de los procesos de transformación política que había quedado oculta por las lecturas anteriores.

Tratando de superar el déficit señalado, la presente investigación tiene como objetivo analizar la problemática de la transición de un régimen oligárquico a otro de tipo populista en el Perú durante el gobierno de Guillermo E. Billinghurst (1912-1914), y explicar las consecuencias de largo plazo que tuvo este proceso inconcluso para la conformación y trayectoria del actual Estado peruano. El reto que plantea el estudio es entender el proceso político como uno a la vez de ruptura y continuidad, sabiendo detectar qué permanece, qué cambia, y con qué consecuencias.

Populismo y formación del Estado

Entre las principales tendencias en el pasado para analizar el cambio socio-político se encuentran lo que podemos llamar el historicismo simple y el historicismo etapista. El primero ofrece una lectura de la historia como la sucesión de hechos causales que encadenan un desenlace intuitivamente previsible. El segundo subsume las transiciones de un modo de dominación a otro a la dinámica global de los grandes procesos maestros (como la industrialización que dejará atrás a las economías tradicionales, la modernización que permitirá seguir la flecha del progreso o la urbanización que sustituirá al campo y superará el atraso); por lo tanto, no las problematiza.

Las obras historiográficas que nos fueron legadas por los autores de la primera tendencia, aunque narran la historia en forma atórica y acítica nos proporcionan una fuente de datos indispensables para cualquier revisión del pasado. Por su parte, el etapismo, que representa un mayor grado de sofisticación analítica, se ha difundido en el estudio de América Latina al grado de constituir postulados no cuestionados en la mayoría de trabajos. En particular, las etapas planteadas por Guillermo O'Donnell en su estudio seminal, *Modernización y autoritarismo burocrático*, en oposición a las que había definido la teoría de la modernización, se han vuelto cuasi incontrovertibles. En cambio, las etapas establecidas por los modos de producción en la teoría marxista perdieron vigencia en los análisis.

Cuando se ha tratado de explicar el proceso de conformación de la sociedad y estados nacionales en América Latina, y el papel que en él ha ocupado el populismo, se parte generalmente de la crisis de 1929, como si se tratara de un fenómeno sin antecedentes ni historia. Según esta lectura, los populismos son consecuencia directa del *crack* financiero. En palabras de Octavio Ianni:

[...] es importante reconocer que las nuevas experiencias políticas, económicas y culturales ensayadas en América Latina, se relacionan con las condiciones más o menos excepcionales creadas con las crisis del capitalismo internacional y las luchas internas en los países latinoamericanos¹.

De esta manera, el fin de las oligarquías, la crisis del capitalismo mundial y la aparición del populismo constituirían el punto de partida de la formación de sociedades más o menos integradas y de los inicios de la conformación de los estados nacionales.

Los años finales de los veinte son considerados como la época de la crisis del Estado oligárquico por excelencia, señalada por la irrupción de los sectores populares en la política y por la aparición de opciones políticas e ideológicas constestatorias. Cualquier episodio de entrada de la masa a la política que no corresponde a esta época queda, por lo tanto, fuera del análisis.

La presente investigación se ubica al interior de una nueva manera de entender el proceso social y político peruano, propuesta principalmente por Paul Gootenberg, Mark Thurner, Alfonso Quiroz y Felipe Portocarrero. Superando el modelo analítico binario que caracterizó a las teorías marxista y dependentista, en esta nueva lectura se trata de

¹Octavio Ianni, *La formación del Estado populista en América Latina*. Serie Popular Era 130. México, 1975, pág. 85

aprehender los datos con una complejidad mayor. Este trabajo pretende ser una contribución a esta perspectiva analizando la transición política del dominio oligárquico al populismo a partir del gobierno de Guillermo E. Billinghurst, problema que hasta el momento las ciencias sociales no han abordado.

A lo largo de todo el estudio se visualiza una historia larga que parte de la independencia del Perú de la metrópoli española al interior de los proyectos de construir entidades estatales autónomas. Sigue con los procesos de diferenciación entre sectores terratenientes o los que aparecieron con la industrialización capitalista, y los vínculos entre ambos. Luego se observan los lazos que se establecen con el capitalismo mundial. La relación de todos estos elementos va configurando maneras específicas de construcción de la sociedad y del Estado en el Perú. Esto me lleva a entender a la transición peruana al populismo como un momento teóricamente crucial en el amplio proceso de conformación del Estado peruano.

Sintetizando el interés de esta investigación, señalo que se centra en la formación del *Estado y de la sociedad nacionales* peruanos² a partir de la transición del orden oligárquico de 1912-1914 y la importancia que adquiere en ese proceso la forma de hacer política populista en el Perú. ¿Se trata, acaso, sólo de una movilización "desde arriba", sin consecuencias en el largo plazo? o, al contrario, ¿representa el primer paso en una transformación de las formas de ejercer la política? Este estudio nos puede ayudar a hacer una relectura del origen del populismo dentro de un ciclo de duración mayor al que generalmente se le ha concedido, y reconocer así las bases sociales más perdurables sobre las que surge. A las vez, puede contribuir a entender la copenetración relativa durante el periodo de transición entre el autoritarismo de tipo oligárquico y el de tipo populista. Finalmente, el estudio también puede aportar elementos para entender las oportunidades y dificultades en el proceso de democratización actual, recordando la recuperación del largo plazo antes mencionada como necesaria para tal evaluación.

² Evitaré caer en dicotomías que pueden direccionar de antemano la investigación, como la separación entre lo nacional-popular y lo nacional-estatal. Ver, por ejemplo, Juan Carlos Portantiero, "Lo nacional-popular y la alternativa democrática en América Latina", en Henry Pease *et al.*, *América Latina 80: democracia y movimiento popular*, Desco, Lima, 1981. Entiendo a ambos elementos (sociedad y Estado) como partes de una misma relación que se condicionan y transforman mutuamente. En esta línea se ubica el trabajo de David Nugent quien, después de hacer una revisión bibliográfica sobre el tema del Estado, señala que las relaciones entre el Estado y la sociedad se deben entender como compuestas tanto por la cooperación y el conflicto, y no como en permanente oposición. David Nugent, "Building the State, making the nation: the bases and limits of State centralization in 'modern' Peru", en *American Anthropologist* vol. 96, núm. 2, junio de 1994. Un análisis desde esta perspectiva para el caso mexicano es el que ofrece Viviane Brachet-Márquez, *El pacto de dominación en México. Estado, clase y reforma social en México (1910-1995)*, El Colegio de México, México, 1996.

¿Por qué Perú?

Haber escogido el caso peruano —más allá de razones personales obvias— encuentra sus razones en que en dicho país andino, como en ningún otro de Sudamérica, la oligarquía tuvo larga vida, hasta 1968, cuando se produjo el golpe militar que la liquidó.

Durante más de setenta años, las élites oligárquicas ejercieron su poder político y económico casi de manera total, salvo escasos momentos (como el propio billinghurstismo, el oncenio leguista de 1919 a 1930, o el gobierno democrático de 1945 a 1948). Para ejercer su predominio, éstas apelaron tanto a gobiernos militares como a civil-autoritarios. Lo interesante del caso es que si bien la represión fue el principal soporte de la oligarquía para controlar las disidencias y los intentos subversivos de los grupos populares y sus expresiones partidarias, ella estuvo acompañada de ciertas políticas que tendían a satisfacer algunas demandas de la sociedad, como la seguridad social (en tiempos del general Oscar R. Benavides, en los años treinta)³ la educación pública, o el reconocimiento de ciudadanía de algunos sectores sociales como las mujeres (en los años cincuenta bajo el gobierno del general Manuel A. Odría). Es decir, la oligarquía supo extraer provechosamente lecciones de los momentos de crisis, y las aplicó en sus formas de relacionarse con los grupos sociales excluidos, a los cuales no podía mantener en su estado de dominación sólo con la violencia. ¿Cuánto de este aprendizaje no fue consecuencia de las nuevas formas de relaciones políticas que se hicieron evidentes durante el gobierno de Billinghurst? Es una pregunta que trato de explorar en el presente estudio.

Por otro lado, la larga permanencia de la oligarquía en el control estatal peruano también se debe explicar por su poder económico, basado en la relación provechosa que sostuvo con el mercado internacional desde los tiempos del comercio guanero de mediados del siglo XIX. Dicha sapiencia y este respaldo económico nos pueden ayudar a entender la solidez del dominio oligárquico, a pesar de tener enfrente a un formidable adversario como el aprismo. Nos permiten comprender, además, el que haya sido una institución muy ligada a las élites dominantes hasta fines de los años sesenta, como lo era el ejército, la que las despojó de su poder, y no alguna fuerza política surgida desde la sociedad.

Otro elemento que singulariza la experiencia peruana es el de su composición pluricultural. En efecto, la diversidad de grupos culturales y la fragmentación regional hacen más dificultoso el proceso de conformación de una institución central, como es el Estado. ¿Cómo construir a éste sobre dicha heterogeneidad?. ¿cómo y mediante cuáles mecanismos es posible incorporar a todos aquéllos que viven bajo un mismo territorio?. en otras palabras, ¿cómo territorializar a la nación, es decir, de qué manera colocar a la sociedad *dentro* del Estado nacional, haciendo incuestionable la identificación entre los límites políticos y los culturales?⁴.

El Perú, a diferencia de Ecuador y Bolivia, por ejemplo, otros países importantes del área andina, no presenta movimientos de reivindicaciones indigenistas poderosos que en aquéllos países les han permitido ciertos niveles de integración al aparato estatal. Por otro lado, a diferencia de Colombia o Venezuela, el Perú no ha logrado establecer un sistema

³El Perú se encuentra entre los países de adopción temprana de la Seguridad Social, siguiendo muy de cerca de los países pioneros como Chile y Uruguay.

⁴Sobre este tema ver el libro de Wilda Celia Western, *Alquimia de la nación. Nasserismo y poder*. El Colegio de México, México, 1997.

político más o menos estable. Finalmente, tampoco ha consolidado núcleos de desarrollo capitalista como Brasil y los países del Cono Sur, por ejemplo. En el panorama sudamericano, el Perú guarda una singularidad dramática: contiene todos los elementos de potenciales conflictos y casi ninguna de las condiciones para solucionarlos.

Por las razones esgrimidas, la elección del Perú como objeto de análisis es completamente adecuada, más aún si tenemos presente la lectura de largo plazo propuesta. En ese sentido, la permanencia de conflictos políticos, sociales y culturales, y la ausencia o fragilidad de un Estado nacional constituyen el contexto en el que deberán analizarse los procesos de transición de un sistema político a otro.

¿Por qué Billinghurst?

Billinghurst representa un desgaje de la forma cómo las élites oligárquicas ejercieron la política, más cerca a los pequeños grupos y a los salones que a las calles y el pueblo. Desde mediados del siglo XIX, Billinghurst fue un seguidor leal del caudillo Nicolás de Piérola, del cual se distanció por competencias políticas: luego fue elegido alcalde de Lima (1909-1912), cargo por medio del cual demostró tener capacidad para entender los reclamos populares. Por ello ha sido común ver cierto parentesco entre la política de Piérola y la de Billinghurst. Sin embargo, más allá de las apariencias en el arrastre de masas exhibido por ambos caudillos, resaltan dos diferencias cualitativas en el apoyo popular que recabaron. En primer lugar, mientras con Piérola las masas fueron atrás del caudillo en las montoneras de 1894 y exhibían incipientes grados de organización y conciencia política autónomas, las clases subalternas que participaron en las "jornadas cívicas" de 1912 se encontraban en un proceso de franca politización, pudiendo imponer a su candidato —Billinghurst— ante el parlamento para que éste lo reconociera como presidente. En segundo lugar, mientras Piérola representaba a los sectores eclesiásticos conservadores y no tenía previsto ensanchar la base ciudadana del Estado, Billinghurst, por el contrario, sí buscó ampliar los derechos ciudadanos a los sectores populares, tanto sociales como políticos. De cualquier modo, 1894 y 1912 son dos momentos de un mismo proceso organizativo y político de los sectores populares, especialmente urbanos.

En su fulgurante campaña cívica de 1912, Billinghurst ganó el apoyo de los sectores populares, ofreciéndoles mejores condiciones de vida y trabajo. De esta manera, no debe extrañar que su elección tuviera un apoyo masivo, aunque no necesariamente electoral, debido a las restringidas condiciones de participación existentes en ese tiempo. Billinghurst apoyó las demandas obreras, se mostró sensible ante los reclamos campesinos, y atrajo a ciertos intelectuales, incluso algunos de ellos ligados a las familias oligárquicas. En suma, representó un quiebre dentro del predominio ostentado por la forma prevaleciente de ejercer el poder. El ejercicio político de Billinghurst se ubica, pues, entre la vieja forma oligárquica y la nueva que anunciaban los procesos sociales en marcha. En su discurso de posesión del gobierno, lo dijo explícitamente: no recurriría a los viejos métodos de hacer política, favoreciendo a los pequeños intereses, sino que sería sensible ante las nuevas demandas sociales. Y es precisamente esta manera de encarar su relación con los sectores populares lo que pronto le valió los temores de los sectores oligárquicos dominantes, quienes hicieron todo lo posible por desestabilizar su gobierno, apelando finalmente al

ejército para efectuar el golpe de Estado de 1914 que acabó con su gestión y, de paso, con el primer experimento de la forma de hacer una política populista en el Perú.

El hecho de que Billinghurst llegara al poder en la primera década de este siglo, en pleno auge del dominio oligárquico, nos lleva a formular una pregunta sobre el derrotero de conformación del Estado peruano, pues no se trata de una ruta lineal y sin sobresaltos. Tampoco debe ser entendido como una sucesión de etapas: de lo oligárquico a lo no oligárquico. En el fondo, se trata de analizar la naturaleza de las modificaciones, contradicciones y permanencias —y su relación entre ellas— vividas en un país que buscaba construir una sociedad y un Estado nacionales.

El periodo de Billinghurst es un laboratorio interesante para discutir si el populismo es *la* forma de hacer política en el Perú, como señalan algunos autores⁵, o si existen formas alternativas. Para ello es pertinente, en primer lugar, rastrear el proceso de formación del Estado oligárquico como un pacto en el que distintas fracciones se ponen de acuerdo para hacer viable un sistema de dominio y una forma de organización social.

El sistema oligárquico, entendido literalmente como el gobierno de unos pocos, estaba compuesto básicamente por alianzas entre familias que adquirieron “notabilidad” por distintas razones⁶. Por eso algunos autores prefieren llamar a ese sistema república de notables⁷. Estas familias guardan diferencias tanto en sus orígenes sociales como en sus bases de poder económico. Pero más allá de las diferencias existentes entre los grupos oligárquicos, se debe buscar establecer qué tan difícil fue consolidar un ordenamiento social, y qué tan vulnerable resultó. La importancia de la irrupción billinghurstista estriba en su capacidad de romper (o no) con dicho orden. De igual modo, la formación de la incipiente coalición populista bajo Billinghurst fue compuesta por medio de un proceso dificultoso, por tratarse de grupos sociales que aún no cuajaban como actores políticos y sociales claramente diferenciados, con conciencia y organización propia. Quizás sea legítimo explicar el comportamiento de los sectores populares como masa dentro de la restrictiva ciudadanía admitida hasta ese entonces. Pero si bien se trataba de una masa indiferenciada en términos de clase, no podemos pensar en ella como una masa disponible.

Propongo ambos aspectos —consolidación del bloque oligárquico en el poder y débil capacidad política de la masa popular— como una pista a seguir para investigar las razones de la corta duración del gobierno en cuestión. Es decir, la oligarquía todavía controlaba el poder (social, económico y político), y por ello fue posible que revirtiera un gobierno y una política que le resultaban incómodos. Dicha fortaleza de la oligarquía peruana explica su capacidad de adaptarse a la nueva etapa que contribuyó a inaugurar el gobierno billinghurstista. No obstante, la oligarquía ya no pudo ejercer su dominio a la manera como

⁵Ver especialmente: Carlos Franco, “La plebe urbana, el populismo y la imagen de ‘Alumbramiento’”, en *Socialismo y Participación* núm. 52, diciembre de 1990. Y el artículo de Alberto Adrianzén, “Señores, masas y ciudadanos”, en *Estado y sociedad. Relaciones peligrosas*, Desco, Lima, 1990.

⁶Diana Balmori, *et al.*, *Las alianzas de familias y la formación de país en América Latina*, FCL, México, 1990.

⁷Carlos Franco y Hugo Neira, *El problema de las élites y el pensamiento. Los novecentistas peruanos. 1895-1930*, AIEI, Sevilla, octubre de 1996. El término “notables” proviene de la experiencia francesa luego del Congreso de Viena en 1815, cuando se restauró la monarquía constitucional controlada por notables locales quienes ejercieron un sistema de votación censitario. Francois Furet, *La revolución, 1770-1880*, Hachette, Paris, 1988.

lo había hecho hasta antes de 1912. Desde entonces tuvo que tomar en cuenta a las clases subalternas que, desde ese año crucial, fueron capaces de intervenir en la vida política peruana. Con una estrategia política ambivalente de reconocer determinados derechos y de reprimir violentamente ciertas expresiones de descontento, la oligarquía peruana supo mantenerse en el poder hasta fines de la década del sesenta.

Resumiendo lo anterior, el periodo de Billinghurst ayuda a conocer el proceso de formación como actor político seguido por los distintos componentes de los grupos subalternos. También nos permite entender la adaptación que logra la oligarquía a este cambio fundamental, de allí la larga e incompleta transición que no se resuelve sino hasta 1968.

Trascendencia del billinghurstismo y razones de su olvido

A pesar de la importancia del gobierno de Billinghurst, son pocos los estudios que se han especializado en su mandato. En el mejor de los casos, existen apreciaciones y propuestas interpretativas del billinghurstismo, pero sólo al interior de estudios más amplios. Con excepción de un trabajo pionero de José Carlos Martín⁸, el de Jaime Coronado del Valle⁹ y algunos artículos, el interés que ha concitado en las ciencias sociales es escaso.

No obstante este poco interés, no faltan juicios sobre Billinghurst y su gobierno. Así, el billinghurstismo representa desde un tropiezo al interior del dominio de las élites oligárquicas¹⁰ hasta el primer populismo peruano¹¹, pasando por una variada gama de clasificaciones¹². Finalmente, habrá quien señale que no se puede calificar al gobierno de

⁸José Carlos Martín, *El gobierno de don Guillermo Billinghurst, 1912-1914. Apuntes para la historia del Perú*, CIP, Lima, 1963

⁹Jaime Coronado del Valle, "El gobierno de Billinghurst y la emergencia de la clase obrera, 1912-1914", UNMSM, Lima, setiembre de 1986.

¹⁰Por ejemplo, para Hugo Neira: "[...] entre 1896 y 1919 no hay ninguna gran conmoción política, y si dejamos de lado el episodio Billinghurst, nada altera la galería de gobernantes", *Hacia la tercera mitad. Perú XVI-XX. Ensayos de relectura herética*, SIDEA, Lima, pág. 364.

¹¹Esta afirmación pasa por una serie de matices. Como la calificación directa de Billinghurst como el primer populista peruano (Ernesto Yepes del Castillo, *Perú 1820-1920: un siglo de desarrollo capitalista*, IEP, Lima, 1972). Peter Blanchard considera a Billinghurst de "proto populista" ("A populist precursor: Guillermo Billinghurst", en *Latin American Studies*, vol. 9, núm. 2, 1977). Margarita Guerra Martiniere señala que Billinghurst está a tono con los populistas latinoamericanos emergentes en aquellos años (como el batllismo en Uruguay), en *Historia general del Perú. La república, 1900-1948*, tomo VIII, Editorial Brasa, Lima, 1994. Otros autores encuentran en Billinghurst a un continuador de Piérola (como Julio Cotler, *Clases, Estado y nación en el Perú*, IEP, Lima, 1978, pág. 172, y Franklin Pease GY, *Breve historia contemporánea del Perú*, FCL, México, 1995, pág. 157).

¹²Menciono sólo algunas. Para Peter Blanchard, Billinghurst es un espejo que expresa el desarrollo del movimiento trabajador (Peter Blanchard, *The Origins of the Labor Movement, 1883-1919*, The Pittsburgh Press, 1982), el mismo que lo lleva a la presidencia gracias a un motín popular urbano (Luis Torrejón, "Lima 1912: el caso de un motín popular urbano", en Aldo Panfichi y Felipe Portocarrero S. (editores), *Mundos interiores. Lima 1850-1950*, CUP, Lima, 1995). Para otros es un político renovador que recurrió al populismo para ganarse a las masas, aun cuando no

Billinghurst como populista porque jamás pudo llevar a cabo su programa¹³. Como se observa, la materia en cuestión es altamente controvertible, lo que incide con mayor agudeza en la necesidad de realizar un estudio sistemático.

Más allá de esta amplia gama de apreciaciones sobre el billighurismo, resulta sumamente interesante preguntarse lo siguiente: ¿qué explica el olvido sistemático de Billinghurst en los análisis? La respuesta no es fácil de encontrar, pero una pista provechosa quizás sea que los proyectos o adscripciones ideológicas de los analistas influyen decisivamente en los análisis prevalecientes, caracterizados por su excesiva homogeneidad y por su carencia de matices.

Con relación a la falta de interés sobre lo que significó la aparición de Billinghurst al interior del auge de la república aristocrática o de notables existen dos miradas básicas. Por un lado, la que representan los intelectuales conservadores o tradicionalistas, quienes con el objetivo de presentar una historia de la oligarquía sin sobresaltos, eluden los momentos conflictivos como el que representa Billinghurst. El propósito de encontrar los orígenes del Estado moderno en la llamada república aristocrática y legitimar a ésta como el momento de mayor esplendor económico, político y cultural experimentado por el Perú, sesga una lectura en la que se privilegia —sobredimensionando en ocasiones— los elementos que unen, en detrimento de los factores generadores de conflictos. En el fondo, quizás se trate de la manifestación de un gran descontento con el momento presente, por lo cual se resalta al pasado como un momento feliz.

Por otro lado, la mirada que encarnan los analistas críticos (marxistas o dependentistas) de la mirada tradicional hacia la historia, no ha reparado en la presencia de Billinghurst, porque su propósito es, básicamente, ubicar los orígenes del pensamiento radical y de los movimientos políticos contestatarios al interior de una época determinada, los años veinte. Dentro de ese objetivo también les es funcional ofrecer una mirada monolítica sobre la república aristocrática, aunque por otras razones, como la de encontrar un blanco fácil de críticas que permitiera la explicación del surgimiento de las fuerzas radicales en los años siguientes. Por esa razón los matices y los análisis puntillosos devenían innecesarios.

En términos generales, dichas lecturas monolíticas y sin matices, están tratando de ser superadas, como se observa en las importantísimas contribuciones que sobre el siglo XIX peruano ha realizado Paul Gootenberg desde los años ochenta, así como los trabajos que nos ofrecen Alfonso W. Quiroz y Felipe Portocarrero¹⁴. Se trata de nuevas lecturas más

repudiara al capitalismo (Dennis L. Gilbert, *La oligarquía peruana: historia de tres familias*, Editorial Horizonte, Lima, 1981).

¹³Es el caso de Coronado del Valle, quien concluye que “[...] el gobierno de Billinghurst no fue un gobierno ‘populista’. Las condiciones estructurales, económicas y sociales de la formación social peruana, aún no podían dar cabida para el ensayo de regímenes políticos de este tipo. Esta posibilidad sólo se abriría en el Perú a finales de la década del 20 y los comienzos de la década del 30, al igual que en otras partes de Latinoamérica”, *op. cit.*

Sin embargo, el sesgo demasiado estructuralista de la posición del autor, además de llevarlo a ensayar una lectura organicista, donde el proceso histórico marcha por cauces previsibles e inmodificables, impide entender al gobierno billinghurstista en tanto proyecto y aparición de nuevas relaciones sociales que se consolidarán en la década siguiente.

¹⁴Especialmente los trabajos de Paul Gootenberg han abierto paso a nuevas hipótesis y han alimentado el interés para cuestionar ciertas afirmaciones convertidas en casi incuestionables

sutiles y sugerentes que aquellas que nos han legado tanto los portadores de una manera tradicional de ver la historia como los teóricos de la dependencia y los marxistas. En las nuevas aportaciones se someten a revisión dicotomías vueltas sentido común (interno/externo, capitalismo/feudalismo; dependencia/independencia; conservador/revolucionario, entre otras) para sostener argumentaciones con mayor potencial explicativo. El mantenimiento de estas posiciones binarias también ayuda a explicar —para mencionar el caso que nos interesa aquí— que el gobierno de Billinghurst resultara completamente prescindible en los análisis: o era un accidente sin importancia o era una variación del dominio oligárquico. En una u otra lectura —la tradicionalista o la revisionista—, Billinghurst siempre resultaba una excepción y por lo tanto no necesitaba de explicaciones. En la presente investigación sostengo todo lo contrario, que el gobierno de Billinghurst es sumamente importante para reconocer la peculiar evolución socio-política del Perú en el siglo XX.

El argumento

Todo el estudio busca construir coherente y creíblemente el siguiente argumento o narración.

- En primer lugar, que la administración de Billinghurst representa un primer paso en la transición del dominio oligárquico hacia el populismo.
- En segundo lugar, que, aunque el gobierno billinghurstista fue derrocado muy pronto, el cambio efectuado en la relación que las clases subalternas establecieron con el Estado no pudo ser borrado totalmente.
- En tercer lugar, que en vez de tratar de volver al pasado, la oligarquía se adaptó a la transición a la vez que la congeló por un tiempo, aunque dejándo ciertos espacios para la participación política a las clases subalternas.
- En cuarto y último lugar, que este desarrollo histórico explica la longevidad de la oligarquía peruana a la vez que su transformación, dando como resultado una transición inconclusa, hasta 1968.

respecto a la formación del Estado peruano y al comportamiento de sus élites. Sus principales títulos son *Between Silver and Guano. Commercial Policy and the State in Postindependence in Peru*. Princeton University Press, New Jersey, 1989. (La versión en castellano se titula *Caudillos y comerciantes. La formación económica del Estado peruano, 1820-1860*, Centro de Estudios Regionales Andinos Bartolomé de Las Casas, Cusco, 1997). "Fabrics and Flours, Hearts and Minds: A United States Imperialism of Free Trade in Peru, 1825-1840". MS, Boston, 1987. (*Tejidos y harinas, corazones y mentes. El imperialismo norteamericano del libre comercio en el Perú, 1825-1840*, IIP, Lima, 1989), y *Imagining development. Economic ideas in Peru's fictitious prosperity of guano, 1840-1880*, University of California, 1993. De Alfonso W. Quiroz es preciso revisar *Banqueros en conflicto. Estructura financiera y economía peruana, 1884-1930*, CIUP, Lima, 1990 y *La deuda defraudada. Consolidación de 1850 y dominio económico en el Perú*, Nuevo Mundo, Lima, 1987. De Felipe Portocarrero Suárez, *El imperio Prado: 1890-1970*, CIUP, Lima, 1995.

Notas sobre la metodología y fuentes

En este trabajo propongo una narración con el fin de ofrecer una explicación sistemática sobre el problema propuesto: la transición del dominio oligárquico al populismo en el Perú. Como señala Jeffrey Haydu¹⁵, la construcción de una narración implica que el analista organice determinados sucesos —y descarte otros— al interior de una historia coherente. Para que la sucesión de hechos pueda ser explicada es necesario que el investigador descubra su lógica interna y no se quede en la simple acumulación de datos sin lazos causales. Esta forma de construir una narración es la mejor manera de mostrar cómo las relaciones causales son fijadas en contextos particulares y establecidas a través del tiempo. Una narración así construida puede ser muy útil para identificar patrones comunes en secuencias de hechos pertenecientes a dos momentos distintos. En efecto, si dos períodos diferentes son tratados como partes de una secuencia narrativa, entonces las características del presente pueden ser explicadas con referencia a elementos del pasado. Así ambos períodos pueden ser entendidos como capítulos de una historia en curso¹⁶.

Para realizar la investigación me valgo de varios tipos de fuentes, tanto primarias como secundarias. En las fuentes primarias se busca reconstruir el ambiente político de la época desde sus propios observadores. Para lograr este objetivo el investigador debe acudir a la consulta de los periódicos y documentos que ofrecen los propios actores (como los papeles de organización obrera y los de las propias élites). En este tipo de fuentes se busca encontrar qué fue lo nuevo, lo no esperado ni por los contemporáneos ni por los analistas subsecuentes; cuáles fueron los hechos principales que vertebran la reconstrucción histórica (mediante el análisis de la literatura contemporánea), y cómo los observadores de la época juzgaron los hechos en función de su ubicación en el *status quo*.

Las fuentes primarias son aquéllas que se encuentran en archivos oficiales y correspondencia privada, y normalmente existen en condiciones de relativa institucionalidad de la vida política y social. Estas fuentes las he recogido de distintas instituciones. Las fuentes a las que tuve acceso fueron las siguientes:

- a) De la Sala de Investigaciones de la Biblioteca Nacional de Lima, donde se encuentra el mayor acervo de documentos de la historia peruana, consulté diarios de la época, como *La Opinión Nacional*, *El Comercio* y *La Prensa*. También, pude recoger valiosos datos contenidos en el *Censo de Lima de 1908*.
- b) El Archivo Histórico Riva Agüero, perteneciente a la Pontificia Universidad Católica del Perú, a la que fue legada como herencia por José de la Riva Agüero, es importante porque

¹⁵Jeffrey Haydu, "Making Use of the Past: Time Periods as Cases to Compare and as Sequences of Problem Solving", en *American Journal of Sociology* vol. 104, núm. 2, setiembre de 1998

¹⁶La sociología histórica se ha desarrollado considerablemente en los últimos años. Sin ánimo de ser exhaustivo sólo menciono algunos textos relevantes. Andrew Abbott, "Sequences of Social Events: Concepts and Methods for the Analysis of Order in Social Processes", en *Historical Methods* vol. 16, núm. 4, 1983. John H. Goldthorpe, "Current Issues in Comparative Macro Sociology: A Debate on Methodological Issues", en *Comparative Social Research* vol. 16:1-26, 1997. Larry J. Griffin, "Temporality, Events, and Explanation in Historical Sociology", en *Sociological Methods and Research* vol. 20, núm. 4, 1992. Margaret R. Somers, "Narrativity, Narrative Identity, and Social Action: Rethinking English Working-Class Formation", en *Social Science History* vol 16, núm. 4, 1992. Charles Tilly, *Big Structures, Large Processes, Huge Comparisons*, Russell Sage, Nueva York, 1984.

en él se pueden hallar documentos históricos pertenecientes a la familia Riva Agüero, de gran influencia en la historia peruana desde la época colonial hasta mediados del siglo XX. En este archivo revisé básicamente correspondencia, aunque con poca fortuna, pues pocas fueron las cartas en las que pude encontrar referencias directas a Billinghurst.

c) En la Biblioteca Pedro Benvenuto, quien legó su archivo personal a la Universidad del Pacífico de Lima, se pueden encontrar buenas colecciones de libros y revistas, especialmente de principios de siglo, además de los discursos presidenciales. En ella realicé una exhaustiva revisión de la publicación periódica más importante de principios de siglo, *Varietades*, en la que encontré un detallado seguimiento de la coyuntura política. También pude recoger la información contenida en los informes de los presidentes Nicolás de Piérola, José Pardo, Guillermo E. Billinghurst y Augusto B. Leguía.

d) La Biblioteca Daniel Cosío Villegas, de El Colegio de México, también alberga un importante acervo de libros y documentos de autores peruanos y peruanistas, incluso de textos que en Lima me habían sido muy difíciles de conseguir. Una fuente de datos sumamente importante fueron los reportes diplomáticos norteamericanos, que se encuentran en los "Records of the Department of State Relating to Internal Affairs of Peru, 1910-1929", guardados en discos compactos¹⁷.

e) Otras fuentes consultadas, fueron libros publicados a principios de siglo como los de Pedro Dávalos y Lissón, *Diez años de historia contemporánea del Perú*. Los libros de José Carlos Martín sobre los presidentes Guillermo E. Billinghurst y José Pardo. Así, también el de JP Soldán, *Revoluciones del Perú*, el de Carlos Paz Soldán, *El problema presidencial*, y la compilación de Ricardo Ríos, *La Convención de los Partidos de 1915*.

f) Otro tipo de fuentes lo constituyen documentos como: las memorias de Luis E. Valcárcel y las de José Santos Chocano, y la biografía de Luis Alberto Sánchez sobre Abraham Valdelomar, que es un excelente retrato de la vida social, política y cultural de la época; los artículos periodísticos del influyente formador de opinión pública de entonces, Alberto Ulloa, recopilados en forma de libro, *Escritos históricos y Memorias de un cualquiera* que resultaron muy útiles para entender mejor el momento político que rodeó a la emergencia de Billinghurst y su gobierno después; igualmente, me fueron sumamente valiosas las antologías de Gonzalo Espino sobre la poesía anarquista y la de Manuel Torres Franco sobre la prensa anarquista; finalmente, resultaron muy útiles algunos de los libros y artículos que escribió el propio Billinghurst, como *La irrigación de Tarapacá* y "Los capitales alitreros de Tarapacá", que me dieron cierta visión sobre su proyecto económico.

En la medida que esta investigación no busca descubrir hechos nuevos, sino una nueva lectura de hechos conocidos, y considerando que las anteriores fueron distorsionadas por el etapismo y el linealismo en la investigación histórico-social, he debido hacer una lectura crítica de una serie de fuentes secundarias, las cuales tienen por características ser utilizadas para lo conocido e incontrovertible.

La definición misma del análisis secundario es hacer una lectura nueva con datos que ya fueron utilizados para otros propósitos, sean propagandísticos, de justificación, de educación, o inclusive de investigación científica. Hacer investigación secundaria es como

¹⁷Hasta el momento me ha sido imposible acceder al archivo personal de Guillermo E. Billinghurst, en el que si bien no espero encontrar grandes sorpresas, sí deseo constatar algunas ideas acerca de su visión de las élites oligárquicas y de la política de su tiempo.

utilizar los tabiques de una casa vieja para hacer otra totalmente nueva. Por lo tanto, requiere la capacidad de distinguir entre la interpretación que dieron a los datos los usuarios de la primera construcción y los simples hechos, que a su vez deben reconstruirse con una nueva visión teórica que puede ser inclusive opuesta a la inicial. Por ejemplo, la fecha en la que asumió Billinghurst el poder o en la que fue derrocado son incontrovertibles, pero lo que interesa es buscar nuevas interpretaciones acerca de esos hechos. La investigación de fuentes secundarias no tiene nada que ver con "repetir" lo ya realizado, sino que, por el contrario, implica una deconstrucción profunda, a la vez que una reconstrucción. Mis fuentes secundarias son de cronistas simples y etapistas, marxistas y dependentistas. No pretendo repetir acríticamente sus argumentos, sino pararme en sus hombros para poder mirar más lejos.

Con relación a la evolución del Estado peruano y las élites oligárquicas, la mirada tradicional (organicista o etapista) está representada por los libros de José Carlos Martín ya mencionados, y el de Enrique Chirinos Soto sobre la historia de la república peruana. Una propuesta alternativa que se esbozó en los años sesenta fue la que representó el análisis del sociólogo francés François Bourricaud acerca de la "oligarquía peruana", que influyó en posteriores autores dependentistas y marxistas.

Entre los dependentistas son relevantes los trabajos de Heraclio Bonilla, *Guano y burguesía en el Perú*, Julio Cotler, *Clases, Estado y nación en el Perú*, Ernesto Yepes, *Un siglo de desarrollo capitalista*, y los de Aníbal Quijano, *Imperialismo, clases sociales y Estado en el Perú y Nacionalismo, neoimperialismo y militarismo en el Perú*. Entre los segundos destacan los trabajos de Sinesio López sobre el Estado oligárquico, el libro de Manuel Burga y Alberto Flores Galindo, *Apogeo y crisis de la república aristocrática* y los textos de Nelson Manrique, como *Historia de la República*.

Frente a estas interpretaciones emerge una lectura crítica, encabezada por Paul Gootenberg, especialmente con sus libros *Caudillos y comerciantes y Tejidos y harinas, corazones y mentes*, que abren una nueva perspectiva para comprender el proceso del Estado peruano y de sus élites. Esta nueva interpretación es continuada con los trabajos de Alfonso Quiroz, *Banqueros en conflicto* y *La deuda defraudada*. Otro autor que ofrece una novedosa interpretación de las élites oligárquicas peruanas, aunque centrado en una familia relevante, es Felipe Portocarrero con su libro *El imperio Prado*, y su investigación escrita en colaboración con Luis Torrejón, *Modernización y atraso en las haciendas de la élite económica*. Una autora que también busca ofrecer una relectura de las élites peruanas rescatando el nacionalismo de éstas es Carmen McEvoy, *Un proyecto nacional en el siglo XIX. Manuel Pardo y su visión del Perú*, en el mismo proyecto se ubica la obra de la historiadora Margarita Guerra Martiniere. Un análisis genealógico de tres familias oligárquicas se encuentra en el libro de Dennis Gilbert, *Historia de tres familias*, el que se puede leer con bastante provecho. Por otro lado, autoras como Alicia del Águila (*Callejones y mansiones*) y Fanni Muñoz ("Diversiones en la Lima finisecular"), ofrecen nuevas lecturas acerca de las élites desde los temas de los espacios públicos y las diversiones. Finalmente, desde el estudio de la formación de la ciudadanía en el siglo XIX, resulta central el trabajo de Mark Thurner, *From Two Republics to One Divided*.

Todo este conjunto de fuentes sirven de apoyo para conocer la relación que existió entre el proceso de los grupos populares en su formación como sujeto político y el gobierno de Billinghurst. Sobre los sectores populares, el texto de César Lévano, *La verdadera*

historia de la jornada de las ocho horas en el Perú, es un punto de partida indispensable. Asimismo, las memorias del gran líder obrero, Julio Portocarrero, *Sindicalismo peruano*, es un rico testimonio del proceso seguido por los trabajadores de principios de siglo, limeños en especial. El trabajo detallado de Rolando Pereda Torres, *Historia de las luchas sociales del movimiento obrero en el Perú republicano*, constituye una amplia visión acerca del tema que su título indica hasta la segunda década del siglo XX. Por otra parte, Steve Stein editó dos volúmenes sobre la *Lima obrera*, en la que colaboraron importantes investigadoras como Cynthia Sanborn y Susan Stokes, quienes aportan valiosos elementos para comprender la formación de los obreros textiles y la cultura y ocupación económica de los afro-peruanos, respectivamente. Otra importante contribución al análisis del movimiento trabajador es el de Peter Blanchard, *The origins of the Peruvian Labor Movement, 1833-1919*.

Sobre Billinghamurst, además del libro pionero de José Carlos Martín, *El gobierno de don Guillermo Billinghamurst*, se encuentra el texto de Jaime Coronado del Valle, "El gobierno de Billinghamurst y la emergencia de la clase obrera". Se trata de un análisis importante desde una perspectiva marxista pero que, lamentablemente, ha tenido escasa difusión. Posteriormente, Peter Blanchard publicó un artículo reivindicatorio de Billinghamurst, "A populist precursor", y Luis Torrejón adelantó un extracto de una investigación de más largo aliento sobre este personaje, "Lima 1912: el caso de un motín popular urbano".

No puedo dejar de mencionar que es imprescindible consultar la obra de Jorge Basadre, llamado "el historiador de la república peruana", por su monumental colección de XII tomos titulada precisamente *Historia de la república del Perú*, fuente inagotable de datos y conocimiento, la cual se ve complementada por una larga serie de libros que giran siempre en torno al devenir de la historia peruana.

Organización y contenido del trabajo

La tesis contiene siete capítulos. En el Capítulo I reseño críticamente los principales autores, textos y perspectivas existentes sobre el populismo y la formación del Estado, ofreciendo una relación entre ambos desde una perspectiva histórica y sociológica.

En el Capítulo II reconstruyo el proceso histórico peruano, desde la independencia (1821-1824) hasta la fundación de la república aristocrática (1894/95-1919), incidiendo en los aspectos económicos, políticos y culturales que obstaculizaron la construcción de un poder central y una sociedad integrada.

En el Capítulo III analizo la composición de las élites oligárquicas desde lo económico (reconociendo sus fuentes materiales de riqueza), social (los espacios de construcción de redes entre las élites) y político (el pacto que constituyeron las élites oligárquicas y las pugnas que protagonizaron), antes de la emergencia de Billinghamurst en la escena político-electoral.

En el Capítulo IV me detengo en la conformación de las clases subalternas limeñas al interior de un proceso de modernización capitalista que modificaba sustancialmente a la ciudad y fomentaba nuevos espacios de comunicación e inéditas formas de sociabilidad entre aquéllas.

En el Capítulo v explico el proceso político-social que permitió la aparición de Guillermo E. Billinghurst como candidato a la presidencia mostrando una nueva manera de vincularse con las clases subalternas de Lima de fines del siglo XIX e inicios del XX. Sostengo que el populismo temprano de Billinghurst es explicable por la confluencia de dos procesos contrapuestos: crisis de las élites oligárquicas y proceso organizativo y de conciencia de las clases subalternas.

En el Capítulo vi me introduzco en el gobierno billinghurstista propiamente dicho a través del seguimiento del conflicto que enfrenta a Billinghurst con las élites oligárquicas predominantes. Este conflicto se materializó en las contradicciones institucionales del gobierno con el ejército, la iglesia, los partidos y el parlamento. Al mismo tiempo analizo las relaciones de Billinghurst con los trabajadores.

En el Capítulo vii, y final, analizo las razones que ocasionaron su derrumbe y las consecuencias del populismo temprano de Billinghurst tanto en el plano político-institucional como en el de la organización de las clases subalternas, ya en otro momento de desarrollo. Para ello pongo especial atención en el oncenio (1919-1930) de Augusto B. Leguía, que resulta ser un gobierno apropiado para la comparación.

Finalmente, en las Conclusiones, tomando como referencia esencial al gobierno de Billinghurst, retomo algunos de los problemas teóricos que el caso del billinghurstismo permite interrogar, incidiendo en el proceso seguido por el Estado peruano en el siglo XX.

CAPÍTULO I

POPULISMO Y ESTADO EN AMÉRICA LATINA

EN EL PRESENTE CAPÍTULO busco los elementos conceptuales para abordar la problemática de la relación entre formación del Estado nacional y transición al populismo. Para ello, debo juntar dos debates que han quedado separados en la literatura: la discusión sobre el populismo y la de la formación del Estado. Termino con una reflexión sobre qué elementos en estos debates pueden relacionarse con la problemática de la transición de entre oligarquía y populismo en el Perú, entendida como una etapa crucial en la formación del Estado nacional peruano.

1. Las lecturas sobre el populismo en América Latina

Pocos son los conceptos que han generado tanta controversia en la reflexión académica como el de "populismo". Los estudiosos de esta temática han dedicado gran parte de sus esfuerzos a tratar de definir con la mayor rigurosidad posible dicho término. Sin embargo, hasta ahora ese propósito no se ha logrado. Decir populismo remite a infinitos matices según los autores, contextos y casos que se estudien. El término populismo, por su capacidad de albergar procesos disímiles y hasta contradictorios, debe utilizarse con mucha cautela¹.

¹Guita Ionescu y Ernest Gellner (compiladores). *Populismo. Sus significados y características nacionales*. Amorrortu editores, Buenos Aires, 1970. Una revisión más reciente sobre los múltiples significados del término populismo se puede encontrar en el artículo de Aníbal Viguera. "Populismo y 'neopopulismo' en América Latina, en *Revista Mexicana de Sociología* año I.V, núm. 3, UNAM, julio-septiembre de 1993.

A pesar de ello, cuando hablamos de populismo (como quiera que se le entienda) sabemos que nos estamos refiriendo a un fenómeno central para acercarnos al conocimiento de la evolución social y política de los países latinoamericanos. La centralidad del fenómeno es la que amerita justamente un mayor esfuerzo para señalar sus características. Se trata de una tarea difícil, ciertamente, teniendo como referencia el acumulado de discusión que ha suscitado en los analistas interesados en el tema.

El populismo como estrategia de lucha contra el imperialismo

Quizás la primera formulación de los elementos centrales del populismo se encuentre en el libro más importante de Víctor Raúl Haya de la Torre, *El antiimperialismo y el APRA*². Señalaré algunas ideas centrales en el pensamiento de Haya que luego serán retomadas tanto por los regímenes como por la sociología latinoamericanos³.

Para el diagnóstico que realiza Haya es central la convivencia que encuentra entre las economías de tipo feudal con las de tipo capitalista en un mismo espacio nacional, articulando nuestras economías al capital imperialista. De ello se desprendería su carácter básicamente extractivo, más que manufacturero. Así, Indoamérica (es su término) no sería más que una dependencia del sistema capitalista mundial. De este diagnóstico Haya define a los dos enemigos principales: la oligarquía y el imperialismo. Sin embargo, plantea el carácter dual del imperialismo, pues, dice, éste no significa solamente explotación y dependencia, también trae (lo cual es su aspecto positivo) tecnología, maquinarias y modernización⁴. Luego de su

²Víctor Raúl Haya de la Torre, *El antiimperialismo y el APRA*, libro escrito originalmente en 1929, pero que vio la luz recién en 1935.

³Aunque es preciso establecer que Haya de la Torre realiza sus análisis desde la política y cuando aún el mismo término, populismo, no existía en el vocabulario de nuestros países. Por eso, menciono sus propuestas sólo como antecedentes de lo que se realizará después en el ámbito académico.

⁴La complejidad del diagnóstico de Haya respecto del imperialismo, su carácter dual y

análisis sobre la estructura social. Haya concluye que la contradicción principal se encuentra entre el imperialismo y las naciones, como lo hará después el discurso populista.

En su definición de los actores sociales, Haya busca establecer una alianza de clases lo más amplia posible. Por eso afirma que no hay un único actor o uno más importante, sino que es necesaria la participación de todos los sectores y clases afectados por el imperialismo para lograr el cambio social. Es la coalición policlasista que se reconocerá luego como característica de los populismos latinoamericanos. De este análisis, Haya define como un objetivo estratégico central terminar con la feudalidad y desarrollar el capitalismo, creando un Estado que intervenga en la economía para controlar y planificar el desarrollo económico.

Para Haya, la organización del Estado debe descansar en la concertación de los principales intereses sociales, a saber, el Estado, el capital y el trabajo, formulando ideas que serán retomadas después por los populismos latinoamericanos⁵. Para romper con la dominación imperialista, propone, se debe primero impulsar una política de nacionalizaciones que permita establecer un trato igualitario con las grandes potencias. No se trata de impedir el ingreso del capital extranjero en nuestros países; lo importante es que lo haga respetando las leyes propias y nuestra soberanía, promoviendo además el cooperativismo y el sector privado, dentro de un esquema de concertación tripartita. Todo lo dicho constituye para Haya las características de una sociedad en transición.

potencialmente progresivo, ha demostrado ser útil para el análisis. Por ejemplo, estas ideas son de alguna manera retomadas por Cardoso y Faletto en *Dependencia y Desarrollo en América Latina*, al afirmar la posibilidad de lograr desarrollo en una situación de dependencia en la etapa que ellos llaman de "transnacionalización".

⁵Estas ideas establecen la vinculación entre populismo y corporativismo, tan característico en gran parte de Latinoamérica.

El populismo como expresión de una transición

Gino Germani es uno de los intelectuales que con más detenimiento ha reflexionado sobre el populismo. Para comprender su análisis, hay que tener presente su ubicación en la perspectiva de la teoría de la modernización. Para Germani, el populismo es el fenómeno que caracteriza a las sociedades tradicionales que transitan hacia la modernización. Sin embargo, dicho tránsito no se produce de manera lineal. Por el contrario, lo que Germani constata en los países latinoamericanos es que no hay cancelación de etapas históricas, sino una yuxtaposición de ellas, es lo que llama "la simultaneidad de lo 'no contemporáneo'"⁶.

Según Germani, la modernización en nuestros países fue impulsada por las autocracias unificantes. La democracia, en este contexto, se caracterizó tanto por la participación limitada de las clases subalternas que permitieron las oligarquías como por su inestabilidad. Las clases medias, por su parte, crecieron al ritmo de la urbanización y de la industrialización. Estos sectores, que al principio se identificaban con la oligarquía, después lograron adquirir "cierta conciencia" de su existencia y posibilidades. Las masas, por otro lado, caracterizadas por su estado de anomia, se encuentran movilizadas, aunque careciendo de recursos políticos.

Cuando Germani habla de la democracia limitada de los países latinoamericanos, pretende incidir en la no participación de los elementos de las regiones periféricas y la marginación de las clases populares de las regiones más modernas (o centrales). Esto significa, además, la exclusión de las poblaciones periféricas y el consenso entre los grupos dominantes de las regiones desarrolladas.

Este desencuentro entre movilización y carencia de recursos vuelve a aquellas masas en elementos plausibles de la manipulación, sea por parte de las élites o de, en última instancia,

⁶Gino Germani, "Democracia representativa y clases populares", en Gino Germani *et al.*

el líder, quien puede ejercer su seducción frente a la masa por la falta de desarrollo político y social de ésta. Teniendo en mente a los modelos clásicos, Germani afirma que dicha relación (líder-masa) se encuentra lejos de los valores de la democracia representativa. El populismo, entonces, sería la forma política particular que asumen los países latinoamericanos en la transición hacia la modernidad.

Tomando como caso el peronismo, Germani⁷ afirma que siendo cierto que el líder manejó a las clases populares, también es verdad que les dio un grado efectivo de participación, lo que además significó la creación de ciertos espacios de libertad real. Este hecho, entre otros elementos, diferencia al populismo del fascismo y del nazismo. En este contexto, el sentimiento nacional es consecuencia o resultado de la participación creciente de las clases populares en la ciudadanía. No obstante, las reformas sociales ejecutadas tenían que ser aceptables para las élites económicas, lo que colocaba al líder en una posición de difícil equilibrio.

Por su parte, Octavio Ianni señala que el populismo "corresponde a una etapa determinada en la evolución de las contradicciones entre la sociedad nacional y la economía dependiente"⁸. Para llegar a un análisis cabal del fenómeno del populismo afirma que es necesario, primero, reconocer el grado de madurez política que muestran las clases populares para después poder aquilatar mejor las posiciones que aquellas generaron y consolidaron. La naturaleza del gobierno populista se caracteriza por tratar de combinar las tendencias del sistema social y las imposiciones de la dependencia económica.

Populismo y contradicciones de clase en Latinoamérica, Serie Popular Fra/21, segunda edición, México, 1977

⁷Gino Germani, *Política y sociedad en una época de transición*, Paidós, Buenos Aires, 1968

⁸Octavio Ianni, "Populismo y relaciones de clase", en G. Germani *et al.*, *op. cit.*, pág. 85

Para Ianni, los populismos ocurrieron durante la época en que se conforma la sociedad de clases, en donde los valores culturales de tipo comunitario son sustituidos por los valores creados en el ambiente urbano industrial. El populismo, entonces, es expresión de un proceso de secularización. Para comprender las relaciones de clase, Ianni señala que hay que tomar en cuenta tanto al populismo de las grandes esferas, de las élites burguesas y de clase media, que instrumentaliza a las masas, y manipula su conciencia, como al populismo de masas, que en momentos de crisis tiende a asumir un carácter revolucionario. El proceso expresado va desde movimientos de masa hasta la lucha de clases. En México, por ejemplo, el populismo fue un producto de la revolución.

El populismo —continúa Ianni— surgió durante la crisis del Estado oligárquico, caracterizado por ser autoritario y paternalista. La dominación oligárquica estaba impregnada de elementos estamentales o de casta. Como contrapartida, la urbanización e industrialización son los procesos que aceleran la formación de la estructura de clases y hacen estallar al Estado oligárquico, luego de la formación de algunos movimientos de la clase media (batllismo, irigoyenismo, tenientismo) cuyo compromiso con sus valores es una de las características distintivas del populismo.

Dentro del nuevo contexto social y político de la aparición de clases nuevas, especialmente la obrera, Ianni se pregunta ¿a qué se debe el éxito del populismo en América Latina? Para responder, señala varias razones: porque no representa una ruptura con el pasado político de la clase obrera, sino una etapa de su movimiento político; porque aparece en el momento en que el Estado oligárquico sufría su colapso final; por su característica ideológica de buscar la “paz social”; por el papel que cumplen la demagogia y el liderazgo, como técnicas de reclutamiento político, pero también de politización; por el predominio del

autoritarismo (abierto o veladamente); porque la crisis del Estado oligárquico dio paso al Estado burgués, sea democrático o dictatorial; y, finalmente, por su nacionalismo político y económico. El populismo resulta siendo, pues, la cara política del proyecto económico de crecer "hacia adentro"⁹. Finalmente, el populismo no es un movimiento homogéneo, sino uno sumamente contradictorio.

La mayoría de autores coinciden en señalar que el populismo está ligado más a un proceso de urbanización que de industrialización, como un producto de las crisis agraria de los países que pugnan por entrar en una etapa de modernización. En ese sentido, como señala Francisco Weffort¹⁰, el populismo es la expresión de un proceso de transición y de crisis que se manifiesta tanto en el Estado como en la estructura social. Las características más resaltantes del populismo son: ausencia de conciencia de clase e identificación con ideologías superclasistas, sumisión emotiva a liderazgos personalistas, y ausencia de representación política propia.

Aunque muy interesantes por entender al populismo, estas interpretaciones adolecen de un cierto determinismo económico, al señalar que la crisis de 1929 es la que desencadena procesos que desembocan en el populismo. De este modo, se atiende más a factores que llegan por fuera de las propias sociedades latinoamericanas que a los internos, propios del período oligárquico. Por el contrario, la presente investigación de pregunta sobre las condiciones existentes al interior de los países latinoamericanos que hicieron posible al populismo, sobre sus actores, sobre la cultura, sobre las demandas que afronta cada realidad

⁹El populismo es la encarnación más nítida de lo que Marcelo Cavarozzi llama la etapa de la Matriz Estado-céntrica. Ver su compilación de artículos *El capitalismo político tardío y su crisis en América Latina*, Homo Sapiens Ediciones, Rosario, 1996.

¹⁰Francisco Weffort, *Populismo, marginalización y dependencia. Ensayo de interpretación sociológica*, Editorial Universitaria Centroamericana, Costa Rica, 1973

nacional y las maneras que busca resolverlas. De esta manera, se recupera el largo plazo para entender el proceso de constitución de las sociedades latinoamericanas.

El populismo como alianza policlasista

Alistair Hennessy define al populismo latinoamericano como el “arma organizacional para sincronizar grupos de intereses divergentes, y se aplica a cualquier movimiento no basado en una clase social específica”¹¹. El populismo atraviesa a las clases y no se afina en ninguna de manera exclusiva. En todo caso, las tensiones de clase se superan con el nacionalismo. Esta característica hace del populismo un fenómeno transitorio, dado que propicia un equilibrio de fuerzas sociales esencialmente contradictorias. El sentimiento fervientemente nacionalista suplanta la carencia de una ideología coherente, además de poseer un acendrado sentimiento antimperialista.

El liderazgo (carismático) —continúa Hennessy— siempre pertenece a las clases medias o superiores, mientras que el apoyo es de una “masa disponible” (lo que revela el carácter manipulable de las poblaciones marginales) compuesta básicamente por los recién llegados del campo, quienes se suman a la clase obrera ya existente. Es el caudillo quien representa la política paternalista, y esto se manifiesta en la necesidad del líder populista por crear un sentido de parentesco con los migrantes. Sin embargo, y como contraparte, la institución del compadrazgo le da a aquéllos un sentimiento de seguridad, aunque perpetuando las relaciones de patronazgo.

El populismo privilegia, sigue Hennessy, la redistribución de la riqueza. Se considera que sólo el Estado puede salvar a la industria nacional, aunque su carácter preponderante es

¹¹ Alistair Hennessy, “América Latina”, en G. Ionescu y E. Gellner, *op. cit.*, pág. 40

ser empleador, preocupándose más de la urbanización que de la industrialización¹². Por todo ello, el populismo no significa ningún desafío al *statu quo*. Pero lo más resultante del populismo latinoamericano, para el mencionado autor, es su olvido del campesinado, su inhabilidad y desinterés para cambiar la estructura de la sociedad. Se trata de un proyecto exactamente contrario al de los populistas rusos, quienes eran intelectuales que centraron sus reflexiones en cómo sacar al campesinado de su oprobiosa situación. Y son justamente estos intelectuales rusos quienes otorgaron su significado original al concepto¹³.

Marcos Winocur¹⁴ señala que el populismo está ligado a la conciliación social cuando la burguesía busca ampliar su influencia en el espacio político, desarrollando algunos mitos básicos como el papel del líder carismático y paternalista, la participación popular y la ruptura de la dependencia. Por otra parte, las reformas que el populismo ejecuta no son lo suficientemente profundas como para que incidan en un cambio estructural. El populismo se caracteriza por la presencia estatal que promueve una política de nacionalizaciones. Además, la conciencia nacional desarrollada en el populismo no es otra cosa que la forma que adopta la conciencia de clase.

El populismo no es unívoco, y Winocur encuentra que hay dos tipos por lo menos: el liberal y el corporativo. Mientras que en el primero las clases trabajadoras pueden realizar su propia experiencia, en el segundo el elemento corporativista constituye una trampa al movimiento obrero. Sin embargo, este intento de manipulación puede tener diferente índole. Puede ser ejercida por algunos sectores burgueses que tratan de abrir las puertas a la

¹²“Cierto es que un gobierno populista puede auspiciar una industrialización selectiva, del tipo de la sustitución de importaciones —como ilustra el caso del peronismo—; pero esto no debe hacernos olvidar el hecho de que el populismo urbano se preocupa primordialmente de la urbanización, no de la industrialización”. A. Hennessy, *op. cit.*, pág. 50

¹³Franco Venturi, *Los populistas rusos*, Revista de Occidente, Madrid, 1975

¹⁴Marcos Winocur, “El populismo en América Latina”, en Werner Altman *et al.*, *El populismo en*

modernización o, como dice Marcello Carmagnani, por la oligarquía, que busca neutralizar la movilización autónoma de las masas. Para este autor, el populismo surgió como consecuencia de la necesidad de la oligarquía por crear una nueva estructura que no la dejara al margen del poder¹⁵.

Es interesante notar que mientras para unos el populismo puede ser expresión de las transformaciones hacia la modernidad ocurridas en las sociedades latinoamericanas, en otros es la búsqueda por mantener asegurado el orden tradicional. Steve Stein¹⁶, por ejemplo, encuentra una línea de continuidad entre el caudillismo (esencialmente militar) del siglo XIX y el populismo, con el riesgo de caer en una visión que entiende a las sociedades latinoamericanas como estáticas.

Para Torcuato S. di Tella, el populismo es un término que designa a una variedad de movimientos políticos¹⁷. En nuestros países, dice, en vez de conformarse un movimiento obrero o una coalición liberal, como en los desarrollados, lo que se forma es una coalición populista. El populismo es un movimiento político con fuerte apoyo popular, en donde la clase media es exigua y, por ello, favorece diversos tipos de populismo. El populismo, entonces, surge como consecuencia de la movilización de las masas así como de la existencia de sectores medios o altos desplazados que tratan de ser integrados precisamente por medio de

América Latina, Nuestra América, UNAM, México, 1983

¹⁵Marcelo Carmagnani, *Estado y sociedad en América Latina. 1850-1930*, Grijalbo, Barcelona, 1980

¹⁶Steve Stein, *Populism in Peru*, Wisconsin Press, Madison, 1980

¹⁷Torcuato S. di Tella hace una clasificación de los tipos de partidos. Partidos integrativos policlasistas, que son apoyados por la clase obrera, grupos burgueses y clases medias. Partidos apristas, apoyados por la clase obrera, clase media, pero no por el clero ni los militares. Partidos reformistas militaristas, que no son tan duros, de carácter de burguesía o clase media, con apoyo de intelectuales y clero. Los militares reemplazan a la burguesía en el crecimiento económico y en la reforma social. El carácter más que ideológico es carismático. Partidos socialrevolucionarios, apoyados por la clase obrera urbana, campesinado (pobres y peones), élite de revolucionarios profesionales (de clase media inferior e *intelligentzia*). *Historia de los partidos políticos en América*

la ideología populista. El rasgo central del populismo es el carácter policlasista de su ideología¹⁸.

El populismo es una coalición en donde el apoyo del sector sindical es muy importante. Pero esta coalición es muy poco duradera, puesto que el grupo anti *statu-quo* (el motor de la coalición) puede ser absorbido por los grupos ya establecidos en el poder, quedándose paulatinamente sólo con el sindicalismo, el que se radicaliza atrayendo a los intelectuales (que a su vez se desclasas). El populismo, que exige lealtades completas de sus aliados, es, pues, el "único vehículo disponible para quienes se interesan en la reforma (o en la revolución) en América Latina". Con respecto al peronismo, Di Tella señala que es de tipo claramente populista, que cuenta con apoyo de círculos de las Fuerzas Armadas, el clero, industriales marginales, es decir, la parte ilegitimada de la burguesía.

Finalmente, Di Tella propone una hipótesis que sería bueno rescatar:

[...] para que exista un movimiento populista en un país relativamente desarrollado es necesario contar con una minoría anti-*statu quo* muy fuertemente motivada en los sectores medios o altos de la pirámide de estratificación. Cuando, sea por incongruencia de status o por otros factores, tal grupo existe, es muy probable que nazca una coalición populista¹⁹.

Robert Dix²⁰ cruza las variables propuestas por Di Tella para llegar a ciertas caracterizaciones del populismo y confirmar o rechazar la propuesta de aquél. Como consecuencia, Dix establece una distinción entre populismos autoritarios y populismos

Latina, siglo XX, FCE, Uruguay, 1993.

¹⁸Torcuato S. di Tella, "Populismo y reforma en América Latina", en *Desarrollo Económico* núm. 16, 1965, pág. 401

¹⁹Torcuato S. di Tella, "Populismo y reformismo", en G. Germani et. al., *op. cit.*, págs. 77-78. Por su parte, Ernesto Laclau, señala que el populismo será la forma en que el pueblo, al no ser hegemonizado por ningún discurso de clase, se enfrenta al bloque de poder, para que así las mismas clases puedan afirmar su hegemonía. Ernesto Laclau, *Política e ideología en la teoría marxista. Capitalismo, fascismo, populismo*, Siglo XXI editores, España, 1978.

²⁰Robert Dix, "Populism: authoritarian and democratic", en *Latin American Research Review* vol. 20, 1985

democráticos. Entre los primeros ubica al peronismo (Argentina), al ibañismo (Chile) y al rojismo (Colombia); entre los segundos a la Acción Democrática (Venezuela), el APRA (Perú) y el Movimiento Nacional Revolucionario (Bolivia).

Los criterios que usa Dix son los del papel del líder, la base social, ideología y programa, organización y tipo de liderazgo. Sin embargo, la clasificación no es excluyente, y permite muchos cruces (por ejemplo, puede haber populismos autoritarios civiles). Por otro lado, combina a movimientos que han llegado al poder (MNR, por ejemplo) con otros que no, al menos hasta fechas recientes (como el APRA, que conquistó el gobierno del Perú recién en 1985).

Capitalismo y populismo

Otros autores, como Fernando H. Cardoso y Enzo Faletto²¹, y Guillermo O'Donnell²², ubican al populismo dentro del modelo de acumulación vía sustitución de importaciones. El discurso del populismo, dicen estos autores, es nacionalista, antimperialista, antioligárquico y desarrollista, y busca la conciliación de clases. En conjunto, todos estos elementos producen al Estado populista, caracterizado por su corporativismo.

La burguesía, entonces, es capaz de mantener su hegemonía, manteniendo a los sectores populares en su condición de subordinados. El populismo aparece en estos autores como una etapa necesaria en el camino del desarrollo capitalista latinoamericano. Como afirma Calderón: "Sólo bajo el populismo, con la integración de las masas al mercado, la relativa sustitución de importaciones, la urbanización, la expansión ciudadana y otros cambios y

²¹Fernando H. Cardoso y Enzo Faletto, *Dependencia y desarrollo en América Latina*, varias ediciones.

²²Guillermo O'Donnell, *Modernización y autoritarismo*, Paidós, Buenos Aires, 1972

reformas socioculturales, con diferentes intensidades y diferentes ritmos, se impuso finalmente la modernidad en América Latina, y lo hizo a la latinoamericana²³.

Martínez Torres²⁴, apunta que el populismo implica mayor participación en los procesos deliberativos, y al mismo tiempo, pérdida de hegemonía de los centros oligárquicos. Agrega que no tiene una ideología concreta y es explicable como una respuesta social al fenómeno del desarrollo en América Latina. Se trata de un proceso urbano en el cual la base social más importante es la clase trabajadora²⁵.

De esta revisión de los textos sobre el populismo podemos llegar a algunas conclusiones: el énfasis en la existencia de sectores movilizados y emergentes, producto de la crisis de los sistemas oligárquicos; la manipulación de los mismos; la ideología pluriclasista; la centralidad del Estado; y la ausencia de representación política propia de las nuevas clases o sectores sociales. Además, y para concluir con el listado de características, hay que subrayar que el populismo también representa una posibilidad de unidad simbólica entre los miembros de la sociedad y el Estado²⁶. Resumiendo, el populismo trató de integrar sobre las bases de relaciones clientelares, procesos de democratización, industrialización y un Estado nacional autónomo²⁷.

²³Fernando Calderón, "Identidad y tiempos mixtos o cómo pensar la modernidad sin dejar de ser boliviano", en *Imágenes desconocidas. La modernidad en la encrucijada posmoderna*, Claeso, Santiago de Chile, pág. 226

²⁴Renato Martínez Torres, *Para una relectura del boom: populismo y otredad*, Editorial Pliegos, Madrid, 1990

²⁵No obstante, hay que mencionar que los populismos latinoamericanos no son homogéneos en su aplicación de políticas, y que el olvido del campesinado hay que matizarlo. El caso mexicano es elocuente, especialmente durante el gobierno de Lázaro Cárdenas (1934-1940), quien realizó una profunda reforma agraria.

²⁶Francisco Entrena Durán, "Los populismos y la formación del Estado-nación en América Latina", en *Anuario de Estudios Americanos*, Escuela de Estudios Hispano-Americanos, vol. III, tomo I, Sevilla, 1996

²⁷F. Calderón, *op. cit.*, pág. 226

Aún quedan en pie algunas preguntas referentes a la transición de la oligarquía al populismo. Como premisa, hay que tener en cuenta que cada proceso de transición específico es resultado de experiencias y características particulares, arraigadas en sus propias historias "nacionales". En aquellos países donde la oligarquía se mostró más sólida es lógico esperar que la transición haya sido más dificultosa y tardía. Incluso, habría que preguntarse si aquellas formas de ejercer la política que tradicionalmente hemos denominado como populista ¿no habrán sido transiciones inconclusas?. ¿este carácter inacabado de la transición no explicaría, por ejemplo, la fuerte presencia de elementos que se heredaron del autoritarismo oligárquico? Por otra parte, ¿qué sucede con aquellas experiencias en donde el predominio oligárquico es tempranamente liquidado? En suma, cada caso de transición hacia el populismo es diferente, y este carácter diverso también hay que tenerlo cuando se trata de entender las llamadas transiciones hacia la democracia ocurridas en América Latina desde los años ochenta.

2. El proceso del Estado nacional: centralización y autonomía

Existen pocos trabajos teóricos sobre los procesos de formación de los estados nacionales para América Latina. Para encontrar ideas, hay que volcarse hacia la experiencia europea. La consolidación del Estado nacional es producto de una historia larga. Usualmente, los estudios historiográficos se han caracterizado por establecer cortes temporales en los grandes momentos de la historia, a saber, Antigüedad, Feudalismo, Epoca Moderna, dejando rezagado en los análisis la vinculación profunda que existe entre esas etapas en los momentos transicionales.

Perry Anderson es, en este sentido, un renovador en la manera de cómo entender el proceso formativo del Estado europeo. Parte del estudio del mundo antiguo para poder iluminar la manera cómo surgió el feudalismo que, a pesar de ser distinta a la época anterior, no significó una ruptura radical y sin herencia²⁸. Es más, la persistencia de la cultura clásica es de tal magnitud que aún se hace presente en los tiempos modernos mediante el carácter normativo que sigue preservando la ley romana.

De igual modo, Anderson analiza la transición ocurrida entre la crisis del feudalismo y la aparición del Estado Absolutista. Anderson parte de una premisa metodológica: que no hay un tiempo homogéneo en la aparición, desarrollo y crisis del Absolutismo, sino que las variaciones pueden explicarse en función de cada entorno nacional, aun cuando exista un patrón básico que singularice al Estado Absolutista²⁹. Con ello, el autor puede incorporar en el análisis a Europa Oriental, una zona antes subestimada en cuanto a la riqueza analítica que pudiera proporcionar.

La importancia que asume el estudio del Estado para Anderson consiste en que es en él, como representante de lo político por excelencia, donde se resuelven las contradicciones entre las clases. En otras palabras, no se trata de privilegiar sólo una historia "desde abajo" que se centralice en las luchas de las clases sociales por conquistar el dominio: se hace necesario también el estudio "desde arriba" para tener una imagen completa de los procesos históricos.

En la misma línea argumentativa, Arno Mayer estudia el proceso contradictorio que dio paso a la sociedad moderna, para lo cual parte de tres premisas. La primera es que las dos guerras mundiales de este siglo están íntimamente ligadas constituyendo, ambas, lo que llama la Guerra de los Treinta Años. La segunda es que la Gran Guerra fue producto del intento del

²⁸Perry Anderson, *Transiciones de la antigüedad al feudalismo*, Siglo XXI editores, México, 1982

Antiguo Régimen por mantenerse con vida frente a la sociedad moderna e industrial, capitalista en suma. La tercera, y más importante, es que el Antiguo Régimen “era totalmente preindustrial y preburgués”³⁰. Con ello, Mayer desea demostrar que el Antiguo Régimen persistió hasta bien entrado el siglo XX, contradiciendo a la mayoría de estudios historiográficos que señalaban que la sociedad del “Ancien Régime” había sido eliminada definitivamente en 1789. El tema es, pues, las modalidades que ocurren en las transiciones de una organización económica, política y social a otra. Se trata de entender el proceso constitutivo del Estado en momentos de transición de un ordenamiento social a otro.

Hablando en términos generales, Michael Mann señala que son cuatro las actividades principales del Estado: mantener el orden interno, la guerra externa, mantener la infraestructura de comunicaciones y la redistribución económica³¹. Si bien éstas pueden ser emprendidas tanto por la sociedad entera como por grupos de interés, quien más eficazmente las lleva a cabo es el personal de un Estado central. Ello permite al Estado comprometer a grupos no sólo distintos sino incluso contrapuestos, pudiendo oponerlos para mantener cierto nivel de autonomía con respecto a ellos. Dicha característica es más visible en lo que llama “Estado transicional”, ubicado en medio de “profundas transformaciones económicas de un modo de producción a otro”. En esta situación no existe una clase económica dominante, y el Estado tiene la posibilidad de enfrentar a los grupos emergentes contra los tradicionales.

El elemento que define al Estado nación, según Mann, es su naturaleza “institucional, territorial, centralizada”. El Estado combina formas de poder —económico, militar e ideológico— los mismos que están presentes en todas las relaciones sociales. No obstante,

²⁹Perry Anderson, *El Estado Absolutista*, Siglo XXI editores, México, 1980

³⁰Arno Mayer, *La persistencia del Antiguo Régimen*, Alianza Universidad, Madrid, 1984

³¹Michael Mann, “El poder autónomo del Estado: sus orígenes, mecanismos y resultados”, en Michael Mann y Chris Wickham, *La autonomía relativa del Estado*, Cuaderno de Ciencias Sociales

sólo el Estado está centralizado con respecto a "un territorio delimitado sobre el que tiene el poder autoritario". El Estado es un lugar central tanto como un alcance territorial unificado. De aquí deviene el poder autónomo estatal, pues tiene un campo de acción territorial distinto al de las clases. Por otro lado, la centralización territorial permite al Estado la movilización del poder para el desarrollo social.

Con base en estos criterios, Mann polemiza implícitamente con Anderson (en realidad con el marxismo y el funcionalismo que, dice, tienen visiones reduccionistas sobre el Estado) al señalar que el Estado no es simplemente un espacio en el que las luchas de clases y grupos de intereses se expresan. Mann sostiene que el Estado ostenta un cierto poder autónomo, y lo estudia como un actor personificado en las élites estatales y que tiene voluntad de poder. El Estado es, en alguna medida, un actor racional. Por eso es que para Mann, si bien el Estado es una arena, es de esa condición que surge su poder autónomo dado que responde a la necesidad de que las actividades de la sociedad civil se regulen dentro de un territorio limitado y centralizado.

Comentando sobre el carácter evolutivo del Estado, Mann señala que los Estado nación que conocemos ahora no son un producto del capitalismo (ni del feudalismo), sino el resultado "de la manera en que los Estados preexistentes dieron fronteras normativas a las expansivas, emergentes, relaciones capitalistas"³². La evolución sostenida desde la época medieval hasta la moderna es decisiva para entender las transformaciones modernizadoras, y en nuestro tiempo lo es la relación existente entre los estados nacionales y el sistema mundial, especialmente en cuanto a los problemas de la centralización y la territorialización.

Ahora bien, ¿por medio de qué mecanismos es posible lograr la centralización del Estado, etapa fundamental en su formación? Pueden ser varios, quizás el más antiguo sea el de la guerra. Bruce Porter³³, habla de “las paradojas de la guerra”, pues el campo de batalla puede significar destrucción y caos. Sin embargo, detrás de esta realidad se pueden hallar el orden y las reglas. La necesidad de proveer y transportar los equipos necesarios a los combatientes implica un grado de centralización, de la formación de una burocracia acondicionada para responder a las circunstancias y del empleo de tecnologías adecuadas. La centralización del Estado le permite recoger impuestos, saber quiénes y cuántos pueden ir a la guerra, en suma, obliga al Estado y a sus élites a tener un conocimiento de los recursos disponibles dentro de un territorio dado. Es decir, existe una relación estrecha entre destrucción y organización; es la destrucción que fuerza a organizar. La guerra también es disciplina. En suma, la guerra, desde el Renacimiento hasta la Segunda Guerra mundial ha incrementado el tamaño y el poder de algunos gobiernos centrales (haciendo desaparecer otros).

Desde la mirada de Michel Foucault³⁴, el análisis de la guerra es básico para descifrar el poder político. Es el poder político el que detiene la guerra para inscribir perpetuamente la relación de fuerzas en las instituciones, en las desigualdades económicas, en el lenguaje y hasta en los cuerpos. Las luchas políticas en torno al poder son solamente la continuación de la guerra. Para Foucault analizar el poder es privilegiar la díada guerra-represión (donde la oposición debe tratarse en términos de lucha y sumisión, y no de legítimo o ilegítimo) y no contrato-opresión, como lo propuso e esquema jurídico liberal de los filósofos del siglo XVIII.

³³Bruce D. Porter, *War and the rise of the State*, New York, The Free Press, 1994

³⁴Michel Foucault, *Genealogía del racismo*, La Piqueta, Madrid, 1992

En conclusión, la política es entendida como la guerra continuada por otros medios, invirtiendo la famosa tesis de Clausewitz³⁵.

Otro elemento que coadyuva a la centralización del Estado es el de las estadísticas, que aparecen como una necesidad de aquél para enfrentar problemas como la recaudación de impuestos. La Estadística, es decir, la ciencia de Estado, permite a éste conocer a su población: cuántos son, su distribución por edad; cuántos están en edad de trabajar y pueden, por lo tanto, pagar impuestos; cual es la distribución de la población sobre el territorio "nacional". Estos elementos constituyen una información que aparece como más perentoria de obtener a medida que el poder personal desaparece para dar paso al ejercicio más impersonal del gobierno. Las estadísticas, en suma, son un medio que permite proyectar ciertas políticas estatales³⁶.

La alfabetización también constituye otro elemento presente en la centralización del Estado. Tomando como referencia a las primeras etapas de la alfabetización en Mesopotamia (aunque no se trate de un caso único y aislado, sino seguramente repetible) Mann señala que se dio primero al interior del Estado, en su burocracia, produciendo con ello la codificación y estabilización de dos normas: derechos de la propiedad privada, y derechos y deberes comunitarios. La alfabetización permitió mejorar los sistemas de contabilidad sobre

³⁵De esta forma, Foucault ubica en la larga duración histórica —como a su manera también hace Elias— a los mecanismos que se despliegan en el entramado social que conducen a la individuación, al autocontrol y disciplinamiento del hombre-cuerpo, y los que llevan a la aparición de un Estado que, además de concentrar el monopolio de los medios y el derecho a hacer la guerra, gradualmente va gubernamentalizando las relaciones de poder, mediante el despliegue de complejos mecanismos que regulan a la población". Enrique Guerra Manzo "El problema del poder en la obra de Michel Foucault y Norbert Elias", en *Estudios Sociológicos* vol. XVII, núm. 49, enero-abril de 1999, pág. 118-119.

³⁶Ian Hacking, *La domesticación del azar*, gedisa, Barcelona, 1993

propiedades y adeudos, la escritura centralizó las relaciones (antes demasiado disgregadas) en torno al Estado y coadyuvó a la implantación de sistemas de justicia³⁷.

Existen otros elementos que actúan en la formación del poder estatal sobre un territorio delimitado, como el papel que cumple la ley ya mencionada y la extensión de las ideologías (aunque en un papel intermedio puesto que, en la medida que define fines cuasi sagrados, adquieren una trascendencia espacial), pero en general se trata de procesos de larga duración.

El surgimiento del Estado debe ser analizado —como propone Oscar Oszlak— en relación con los estadios diferentes de desarrollo de fenómenos como nación, clases sociales e ideologías, a los cuales, al mismo tiempo, modifica³⁸. Entender la formación del Estado necesita, pues, conocer la emergencia de esos otros fenómenos, sin entenderlos como un proceso lineal. Por ello, la preocupación central está dirigida sobre el Estado nacional. Pero ¿cuándo se funden Estado y nación?

El Estado debe ser analizado como una relación social, como la instancia política que articula un sistema de dominación social que se manifiesta en instituciones. La nación, a su vez, debe ser comprendida como una realidad en la que se conjugan elementos tanto materiales (actividad económica) como ideales (cultura). Un concepto importante para estudiar al Estado es la “estatidad”, que propone Oszlak para expresar el “grado en que un sistema de dominación social ha adquirido el conjunto de propiedades —expresado en esa capacidad de articulación y reproducción de relaciones sociales— que definen la existencia de un estado”³⁹.

³⁷ M. Mann, *op. cit.*, págs. 20-21

³⁸ Oscar Oszlak, *Formación histórica del Estado en América Latina: elementos teórico-metodológicos para su estudio*, Estudios Cedes, vol. 1, núm. 3, Buenos Aires, 1978

³⁹ *op. cit.*, pág. 11

La formación del Estado es, en consecuencia, la adquisición de cuatro atributos, básicamente: unidad soberana; relaciones de poder; instituciones y emisión de símbolos de pertenencia. Por ello, hay que diferenciar al Estado como: 1) instancia de articulación de relaciones, y 2) como aparato institucional. Ambos son distinguibles. Como aparato, el Estado se materializa en organizaciones "públicas". Cuando se objetiva institucionalmente, el Estado se manifiesta como un actor social "diferenciado y complejo". El referente común es "la legítima invocación de la autoridad del estado que, en la formalización institucional, pretende encarnar el interés general de la sociedad"⁴⁰. También hay que entender al Estado como una arena de conflicto y negociación. Las contradictorias relaciones entre sociedad civil y Estado aumentan la heterogeneidad del aparato institucional y vuelve imprecisos los límites entre ambas esferas. El Estado es el principal articulador de la estructura de dominación y la arena donde se dirimen el contenido y las formas de la agenda de cuestiones sociales. Las instituciones estatales expresan los conflictos internos del orden social que pretende instituir. Las cuestiones que se ponen en agenda permiten visualizar las decisiones y respuestas del Estado (obtención y disposición de recursos, imposición de sanciones, producción de símbolos, cristalizaciones institucionales) por las cuales éste adquiere materialidad.

* * *

¿Cómo relacionar el proceso de transición de la oligarquía al populismo con formación del Estado nación en la presente investigación? Según hemos visto, el Estado nacional se forma, en primer lugar, como resultado de un proceso de largo plazo, en el que las etapas no se cancelan sino que, transformándose lentamente, dan lugar a otras que, siendo nuevas, aún

⁴⁰ *op. cit.*, pág. 19

arrastran condiciones heredadas de las épocas anteriores. En segundo lugar, la formación del Estado nacional es resultado de la interacción —contradictoria e incluso violenta— entre aquél y los diferentes grupos sociales. En otras palabras, los derechos que éstos logran que se institucionalicen en la esfera estatal es el resultado de conflictos y no de concesiones de las élites que controlan el Estado. No obstante, la integración nunca es completa, pues siempre habrán sectores sociales que permanezcan fuera de la institucionalidad estatal o, en todo caso, con derechos limitados en relación con otros sectores (por ejemplo, ciertas minorías étnicas frente al movimiento obrero).

El reconocido aporte del populismo en América Latina, en tanto producto de la crisis del orden oligárquico, así como de procesos iniciados durante éste (la urbanización, la modernización emergente, entre otros), está en incorporar a sectores excluidos durante el régimen oligárquico, básica pero no únicamente contingentes urbanos (clase media y obreros). Esto constituye un paso hacia adelante en la formación del Estado nacional, en el sentido de abrir una puerta a la ciudadanía a grupos anteriormente excluidos.

Un aspecto que merece ser subrayado es que el populismo fomenta modificaciones sustanciales en cuanto al rol del Estado en la sociedad y en la economía. Los cambios en ambas esferas en relación con el periodo oligárquico pueden considerarse un avance en el proceso de conformación de un Estado y una sociedad nacionales. En efecto, durante el populismo las formas de relación entre Estado y sociedad cambian, pues ya no se trata —no exclusivamente, al menos— de pactos entre élites sin participación de la población, sino de buscar la legitimidad del Estado ante una sociedad que, a su vez, ha experimentado modificaciones importantes, especialmente en cuanto a la movilización de los sectores sociales. Por ejemplo, los espacios que los contingentes urbanos consiguen conquistar

tienen cierta relevancia para el manejo del Estado (como el derecho a votar, por ejemplo), pues las élites estatales deben buscar nuevas formas políticas que, teniendo en cuenta a los nuevos grupos integrados, les permitan mantener el control del Estado. De manera simultánea a la expansión de la sociedad, el aparato Estado debe adecuarse para tratar de canalizar ese crecimiento. A este problema precisamente el populismo trata de dar respuesta, a la vez ampliando la esfera pública y manteniendo control sobre las masas. En suma, la aparición del populismo significa la apertura de un nuevo tipo de relación entre Estado y sociedad, más inclusivo que el que caracterizó al sistema político oligárquico, y la ampliación de las obligaciones del Estado frente a la población. Si bien el populismo no logra constituir el Estado nacional, en el sentido de que no permitió el pleno juego democrático, puede considerarse que sentó las bases para ello.

El proceso político que genera el populismo tiene su correlato en la nueva concepción económica que le da sustento. En ésta se prioriza el mercado interior como principal generador de riqueza, y coloca en un segundo lugar (al menos, en el discurso) el comercio con el mercado exterior había constituido la principal fuente de ingresos durante los años del liberalismo económico oligárquico. Con ese cambio en la concepción económica se sustenta, además, cierto nacionalismo y sentimiento de pertenencia, que reivindica la autonomía para alcanzar el crecimiento de las sociedades latinoamericanas. Por todo lo dicho, no es aventurado afirmar que el populismo representa un momento crucial en la formación del Estado y de la nación en América Latina.

Para finalizar deseo señalar que, no obstante la indiscutible importancia del populismo en la conformación del Estado y las sociedades nacionales de los países latinoamericanos, la literatura existente sobre aquél tiene una limitación muy importante, la de entender a los

gobiernos populistas de una manera que se puede describir como estática. Es decir, no se estudia a los populismos latinoamericanos como consecuencia de una serie de procesos históricos que incorpora niveles de toda índole y explica la gran variedad de populismos. Obviando ese derrotero, los análisis se instalan en los *casos* sincrónicos de populismos. La transición de la dominación oligárquica a la política populista aparece en tales análisis como la suplantación radical e instantánea de una por la otra, sin revelar los aspectos que persisten en el largo proceso histórico. Es precisamente esta forma de comprender al populismo en los países latinoamericanos la que deseo superar con el análisis de la transición peruana que comienza con el gobierno de Guillermo E. Billinghurst. A éste lo entiendo no como un caso más de populismo, sino como un período de anudamiento de procesos históricos que tendrán repercusiones en las décadas siguientes en la constitución del Estado y la sociedad en el Perú.

Tomando como punto de partida la experiencia del gobierno de Billinghurst para entender el proceso de transición de la oligarquía al populismo en el Perú, tomo en cuenta la interacción de dos elementos básicos. Por un lado, las estrategias que implementaron las clases marginadas para ser reconocidas como elementos legítimos en la contienda política, y hasta qué punto este intento fue aceptado y en qué momento fue bloqueado por el Estado y las élites que lo controlaban. Al mismo tiempo, analizo en qué medida las élites oligárquicas "capturaron" al Estado peruano, impidiendo su democratización y "universalización", obstaculizando la posibilidad de constituirse en una arena en la cual se podían resolver conflictos y convirtiéndola, por el contrario, en un baluarte de los poderes locales y de unas cuantas familias.

CAPÍTULO II

LAS DIFICULTADES PARA CONSTRUIR EL ESTADO NACIONAL. Una visión histórica

El OBJETIVO DE ESTE CAPÍTULO ES ANALIZAR la formación del Estado peruano desde una lectura que atienda tanto los procesos de largo plazo como los cambios específicos que se producen en distintas etapas históricas; por ello parto desde el tiempo de la post independencia y llego hasta el inicio de la república oligárquica en 1894-1895. Analizo las condiciones histórico-sociales que retrasaron la formación de un Estado nacional. Luego de mostrar un breve panorama de la discusión sobre el Estado peruano, analizo los cambios que ocurren en el ámbito de las élites que lo controlan y sus contradicciones, a la vez que sigo las transformaciones que se producen en los diferentes sectores de las clases populares. Finalmente, discuto brevemente algunas afirmaciones muy comunes en las ciencias sociales respecto al Estado oligárquico peruano.

El Estado peruano: un ogro inútil

Iniciar el análisis del proceso formativo del Estado peruano en el tiempo de la independencia (1821-1824) es importante porque ayuda a situar en una perspectiva histórica la aparición del populismo, y evita entender a éste como un hecho que careció de antecedentes, o como una etapa que cancela, sin más, a las anteriores.

Haber entendido el proceso histórico de formación del Estado peruano como un *continuum* ha conducido a privilegiar las permanencias, que efectivamente existieron, y menospreciar las modificaciones, orientando un tipo de lectura que podemos llamar

organicista¹. En sentido contrario, leer la historia como una sucesión de etapas ha sesgado a una lectura en la que predomina la sucesión de hechos atendiendo a lo contingente sin considerar lo heredado². Sin embargo, más allá de la fuerte carga ideológica con que están teñidas las polémicas sobre el Estado en el Perú³, existe una idea más o menos aceptada en las ciencias sociales peruanas: considerar al Estado como una institución inútil.

Tanto liberales como marxistas coinciden en señalar que el Estado siempre ha estado alejado de la sociedad “real”. Los primeros atribuyen este alejamiento a su característica mercantilista, es decir, al servicio de unos pocos privilegiados que utilizan al Estado como medio de enriquecimiento⁴; mientras que los segundos a su carácter de clase y a su subordinación a los intereses económicos internacionales que impiden que el Estado cumpla funciones de carácter nacional. En definitiva, el Estado en el Perú nunca ha sido representativo de la sociedad. Más aún, sólo lo ha caracterizado su fuerza coaccionadora, precisamente para sustituir esa incapacidad de representación. Sin embargo, esta crítica —la de la falta de reconocimiento entre Estado y sociedad— no es novedosa, pues encuentra antecedentes en las reflexiones de pensadores tan importantes y distintos teóricamente e ideológicamente, como son Víctor Andrés Belaunde⁵ y Jorge Basadre⁶.

¹Según Julio Cotler, por ejemplo, el proceso seguido por el Estado peruano es particular en América Latina por la fuerte presencia de lo que denomina “la herencia colonial”. Esta tiene dos consecuencias. Primero, prefigura el carácter dependiente del Perú respecto del capitalismo hegemónico, y segundo, preserva las “relaciones coloniales” en la explotación de la mayoritaria población indígena. Ambos elementos impidieron una integración plena de la sociedad, generando la marginación tanto social como étnica, impidiendo, además, un desarrollo autónomo de los poderes internacionales. La consecuencia es que en el Perú no se puede hablar de una hegemonía de una clase dirigente. *Clases, Estado y nación en el Perú*, IEP, Lima, 1978, pág. 388

²Ver, por ejemplo, Enrique Chirinos Soto, *Historia de la república. Perú 1821-1878*, Editorial Andina SA, Lima, 1977

³Laurence Whitehead, “Algunas reflexiones sobre el ‘Estado’ y el sector informal”, en *Páginas* vol. XV, núm. 101, Lima, 1990

⁴Ver especialmente Hernando de Soto *et al.*, *El otro sendero*, Editorial El Barranco, Lima, 1986

⁵Víctor Andrés Belaunde, *La crisis presente* [1914], Luis Alfredo Ediciones, Lima, 1994

Otro punto más o menos coincidente es que el Estado moderno empieza a constituirse en el Perú desde el gobierno de Nicolás de Piérola, luego de derrotar al general Andrés Avelino Cáceres en la guerra civil de 1894⁷.

Como intento mostrar en las siguientes páginas, la formación del Estado peruano —y en general, de cualquier Estado— no es inteligible si no se recurre a la lectura histórica, la cual debe evitar dos peligros: la concepción cíclica que entiende que todo se repite pero con nuevos actores (con lo cual, además, se negaría todo lugar a lo imprevisto), y la visión romántica que supone que todo tiempo pasado fue mejor. Evitando en lo posible ambos riesgos y teniendo como objetivo realizar una lectura crítica de los hechos, uno puede llegar a formarse una idea más cabal del proceso histórico y entender, simultáneamente, lo nuevo y lo constante.

De la independencia a la Guerra del Pacífico

En el Perú, la separación política de la corona española fue conseguida contra la rentista élite limeña, cuyo fidelismo se explica porque las fuentes de su poder económico y político se basaban en los privilegios que recababa de su estrecha relación con la metrópoli, especialmente por medio de su participación en el Tribunal del Consulado. Esa lealtad de la élite limeña con la corona explica porqué el Perú fue la última colonia de América del Sur en lograr la independencia. Dicho sentimiento contrastaba con las aspiraciones separatistas de las élites criollas de Caracas, Santiago y Buenos Aires, quienes se habían beneficiado con las reformas liberales borbónicas y con el nuevo comercio internacional. En otras palabras, en

⁷Jorge Basadre, *Perú: problema y posibilidad* [1931], Banco Internacional del Perú, Lima, 1978.

⁸Sin embargo, algunos autores sostienen que la consolidación del Estado recién empieza a producirse durante el oncenio de Augusto B. Leguía (1919-1930), otros afirman que ello ocurre en el tiempo del reformismo militar del general Juan Velasco Alvarado (1968-1975), otros más señalan que

dichas ciudades surgieron pujantes burguesías comerciales para las cuales resultaba contraproducente mantenerse bajo el dominio español. Liquidado el monopolio comercial de España en 1776, estas burguesías recababan sus mayores ingresos gracias al comercio con Inglaterra y Holanda.

Ante el fidelismo de la élite limeña, los ejércitos de San Martín y Bolívar debieron ocupar el territorio peruano para declarar definitivamente la independencia de los países sudamericanos. Por este hecho, autores como Heraclio Bonilla señalan que la independencia peruana no fue conquistada sino concedida⁸. Sin embargo, esta tesis admite matices, pues existen evidencias que ciertos sectores sociales peruanos participaron activamente en la guerra separatista⁹:

Lo cierto es que en este proceso [independentista] se dieron comportamientos muy diferenciados de uno y otro sector social, como lo muestra la oposición polar entre la opción realista de la burguesía mercantil limeña, agrupada en el Tribunal del Consulado, y el masivo concurso de los indígenas organizados en guerrillas y montoneras, en la sierra central¹⁰.

En este punto son importantes dos aspectos. En primer lugar, la participación indígena en las guerrillas y montoneras rebeldes se limitó a aquellas zonas donde la explotación servil no era significativa (sierra central, básicamente). Por otra parte, también hubo sectores indígenas que optaron por el bando fidelista. De esta manera, el contingente indígena fue el que soportó el peso de la guerra, pues participó tanto en el ejército realista como en el libertador, colaborando en proyectos que no le eran propios, actuando bajo el mando de los

eso recién se está produciendo durante el gobierno de Alberto Fujimori (desde 1990).

⁸Heraclio Bonilla y Karen Spalding, *La Independencia en el Perú: las palabras y los hechos*, I.P., Lima, 1971

⁹Ver la réplica a la tesis de Bonilla realizada por Jorge Basadre, *El azar en la historia y sus límites*, P.I. Villanueva, Lima, 1973. También Scarlett O'Phelan, "El mito de la independencia concedida: los programas políticos del siglo XVIII y del temprano XIX en el Perú y Alto Perú", en *Independencia y revolución. 1780-1840*, INC, Lima, 1987.

sectores criollos y mestizos. La posibilidad de un proyecto indígena había quedado liquidada en 1781 con la derrota de la rebelión de Túpac Amaru en el Cusco. En segundo lugar, la fragmentación de las élites criollas peruanas, explicable por sus diferentes anclajes económicos, regionales o locales, impidió la formación de un Estado central, convirtiéndose el territorio peruano en un escenario de pugnas entre caudillos militares¹¹.

Luego de la separación de España y fundado formalmente el Estado peruano, Simón Bolívar, al implantar en el Perú la Dictadura Vitalicia (1823-1826), se propuso formar un Estado fuerte y centralizado, sostenido por propietarios individuales. Dicho proyecto produjo dos consecuencias distintas. Por un lado, atentó contra los intereses de los poderes regionales y locales. Como consecuencia, éstos se opusieron decididamente a los decretos bolivarianos porque percibían que estaban destinados a acabar con las formas productivas tradicionales basadas en la mano de obra indígena de las que eran directos beneficiarios. Pero, por otro, la idea de Bolívar de convertir a los campesinos indígenas (fuertemente arraigados en una organización comunal) en propietarios individuales los dejó indefensos frente a la arremetida de las élites criollas que aprovecharon el "reparto de tierras" en beneficio propio profundizando el sistema de servidumbre¹².

¹¹Nelson Manrique. *Historia de la república*, Cofide, Lima, 1995, pág. 31

¹¹Esta fragmentación explica en parte que el hecho de la independencia no sea considerada como un momento fundante en la historia de la república peruana, un momento simbólico en el cual todos los peruanos puedan sentirse identificados e integrantes de una colectividad. Al respecto es muy sugerente el artículo de María Isabel Remy, "Historia y discurso social. El debate de la identidad nacional", en Julio Cotler (editor), *Perú 1964-1994. Economía, sociedad y política*, IEP, Lima, 1995.

¹²Bolívar fue un tenaz opositor del mantenimiento de los privilegios indígenas, por eso, cuando llegó al Cusco en 1825 abolió todos los títulos nobiliarios prehispánicos. Como señala Mark Thurner, "*Bolívar no andaba buscando un inca*": "Without any usable past, then, Creole republicanism would largely look the future (and thus to artifice or modernism) as the wellspring of Latin American nationhood —and not, as much as was possible, to the Iberian or Andean past". *From Two Republics to One Divided. Contradictions of Postcolonial Nationmaking in Andean Peru*, Duke University Press, Durham and London, 1977, pág. 10.

Expulsado Bolívar del Perú en el año 1826, las luchas entre caudillos militares y el estado de guerra subsecuente impidieron constituir un poder central legitimado. Los criollos que sucedieron a los españoles en los asuntos de gobierno fueron hacendados que no tenían mayor poder que el regional o local. En otras palabras, no se conformó un poder de alcance nacional durante este periodo temprano de formación del Estado. Destruídas las instituciones coloniales, el esfuerzo requerido para construir al Estado peruano iba más allá de la capacidad de los pequeños poderes. Sólo instituciones como la iglesia y el ejército permanecieron en el panorama político y social de la nueva república. Los caudillos militares, que controlaban el Estado, actuaron como una fuerza supletoria de una clase dominante insuficientemente organizada y consolidada para afrontar funciones directrices. El panorama del momento era bastante desolador: Estado pobre (en 1822 ya debía 1,200,000 libras esterlinas), instituciones débiles, clase propietaria sin atributos de conductora, y sociedad fragmentada por motivos económicos, raciales y sociales. Bajo estas condiciones nació el Perú como país independiente.

El proyecto más serio por crear un Estado a inicios del siglo XIX fue el dirigido por Andrés Santa Cruz, quien pretendió unir bajo una sola autoridad a los territorios del Alto (Bolivia) y Bajo Perú en forma de una Confederación (1836-1838). Frente a tal proyecto, los caudillos limeños y norteños temieron que su posición de privilegio pudiera sufrir mengua ante los propietarios bolivianos más liberales en materia económica (merced a su relación beneficiosa con Inglaterra), y articulados a los poderes regionales del sur peruano. La derrota en 1838 de la Confederación peruano-boliviana cerró la oportunidad de crear un Estado sólido y equilibrar el juego de poderes entre las élites norteñas y limeñas, por un lado, y las élites sureñas, por el otro.

La derrota del proyecto de Santa Cruz fortaleció a la élite limeña en un panorama que favorecía la autonomía de los poderes locales. Estos organizaban ejércitos propios, entraban en guerra entre sí, y establecían alianzas espurias y efímeras¹³. La base del poder económico de los poderes locales estaba dada, sobre todo, por la cantidad de mano de obra indígena de la que disponían. Este archipiélago en el que se había convertido el Perú hacía más dificultoso aún el proceso de formación de un Estado nacional, al mismo tiempo que impedía entender el decurso histórico peruano como un todo homogéneo. En el territorio peruano coexistían ciclos económicos regionales diversos que no se correspondían unos con otros. La crisis de una zona podía ser contemporánea a un periodo de auge de otra. En el plano social, estas diferencias de ritmos explican el porqué no se produjo un movimiento indígena articulado en el ámbito nacional, pues las rebeliones sólo aparecían en aquellas regiones que experimentaban crisis.

La crisis fiscal en la que se había sumergido el Estado peruano luego de la guerra de independencia obligó a los sucesivos gobiernos a restituir el tributo, una institución colonial que en la república se denominó "contribución personal". El sector indígena era sumamente importante por dos cosas. Primero, por ser la población mayoritaria del Perú: en 1876 de 1.5 millones de habitantes, los indios representaban el 62%¹⁴. Segundo, porque la importancia demográfica se sumaba al hecho económico, pues el grueso de contribuyentes estaba compuesto por indígenas, especialmente en los departamentos del sur andino, como Cusco y Puno.

¹³ "De esta manera, la reestructuración de la sociedad siguió la suerte de los caudillos, de sus éxitos y fracasos en relación a otros caudillos y a las varias oligarquías. Pero la incapacidad de aquéllos de afirmar su dominio personal motivó, a su vez, la continua mudanza de clientelas en su afán de mantener o conseguir las prebendas políticas que, al igual que en el virreinato, les permitían explotar colonialmente a la población dominada y enriquecerse. Este continuo desplazamiento no era casual: la relación de clientela entre caudillo y allegados reposaba en el respaldo de sus seguidores en la medida que éste fuera capaz de otorgarles favores personales", en J. Cotler, *op. cit.*, pág. 74

¹⁴ Paul Gootenberg, "Población y etnicidad en el Perú republicano (siglo XIX). Algunas revisiones".

El pago del tributo indígena sustentaba la transferencia del excedente económico al gobierno, como lo demuestran las cifras. Entre 1826 y 1854 el Estado recibió, por concepto del tributo indígena aproximadamente 1,300,000 pesos, suma equivalente a la tercera parte del ingreso público¹⁵.

Desde los años 1840s, el *boom* guanero permitió la introducción del circulante con lo cual la contribución indígena pasó a un segundo plano. Por ello, Ramón Castilla la abolió en 1854, siendo restituida en 1876, cuando los sueños alentados por el guano se habían esfumado¹⁶.

La época del comercio guanero —iniciada en los años 1840s, y que concluyó en los 1870s—, fue central en la conformación y desventura del Estado peruano y de sus élites. Su historia es importante. Con relación al aspecto económico, la comercialización de dicha riqueza natural significó el abandono del modelo proteccionista, característico después de lograda la independencia de España, y la adopción del modelo liberal ligado al mercado internacional¹⁷. En un primer momento, las rentas producidas por el guano fueron percibidas

Documento de Trabajo núm. 71, IEP, Lima, octubre de 1995

¹⁵Políticamente, las relaciones que estableció el Estado con la población indígena tienen sus repercusiones en la configuración que adquiere el Estado republicano, pues azuzaron los conflictos intercaudillos y la fragmentación, como lo señala Heraclio Bonilla:

[...] durante gran parte del siglo XIX la vinculación política entre el Estado y la masa campesina consistió en una relación asimétrica de drenaje de excedentes económicos y de recursos humanos para sostener las continuas pugnas de caudillos y caciques locales. Esta vinculación, además, estuvo mediada por los representantes regionales del Estado, quienes en algunos casos terminaron por apropiarse de una parte de este excedente y dada la distancia y la fragilidad del gobierno central, terminaron fragmentando al Estado para llegar a constituir con el apoyo y la alianza de los poderosos locales un conjunto de micro sistemas políticos divorciados entre sí.

Heraclio Bonilla, "Estado y tributo campesino. La experiencia de Ayacucho". Documento de Trabajo núm. 30, IEP, Lima, 1989, *pág.* 26

¹⁶La historia del tributo indígena está llena de vaivenes, expresiva de las incertidumbres criollas respecto a su relación con la población mayoritaria indígena. Es así que San Martín lo canceló en 1821, pero fue restituido en 1826, hasta llegar al gobierno de Castilla.

¹⁷Paul Gootenberg, *Caudillos y comerciantes. La formación económica del Estado peruano*.

por comerciantes extranjeros, pero en 1850 pasaron a manos del sector privado peruano por medio de la "consolidación de la deuda nacional". Esta no fue otra cosa que la honra por parte del Estado con aquellos que habían apoyado financieramente a la guerra de independencia. La consolidación fue un gran negocio para quienes controlaban el poder y sus allegados, y se prestó a una gran corrupción¹⁸. Los consignatarios elevaron impunemente los intereses de sus bonos frente al Estado, contando con la complicidad de un gobierno corrupto como fue el de José Rufino Echenique (1851-1854). Como señala Dennis L. Gilbert:

La deuda interna del Perú ascendió de 4 millones de pesos a 23 millones de pesos en unos cuantos años [...] Muchos de los amigos del régimen fueron doblemente favorecidos al ser sus bonos redimidos por el gobierno, el que a su vez vendió bonos en el mercado internacional que debían ser servidos con las rentas del guano. Por lo tanto, la deuda interna fue convertida en deuda externa, para beneficio de una minoría relativamente pequeña¹⁹.

Las familias que se beneficiaron con el comercio guanero constituyen el punto de origen de lo que después se conocería como la oligarquía peruana. Pero trajo, además, otras consecuencias: la formación de un gobierno fuerte en Lima; la posibilidad de mantener una burocracia considerable para la época, y un ejército numeroso y profesional; y el cambio en las relaciones entre Lima y provincias, haciendo posible que aquella ya no dependiera de éstas. Además, este momento marcó el inicio de una de las características fundamentales del desarrollo político peruano: la centralización del poder político en los gobiernos limeños apoyados en la economía exportadora costeña y dominados por los intereses exportadores²⁰.

1820-1860, Centro de Estudios Regionales Andinos Bartolomé de Las Casas, Cuzco-Perú, 1997

¹⁸Como señala Alfonso W. Quiroz: "Sólo aquellos hacendados y rentistas que dinamizaron sus propiedades ligando los productos que obtenían de ellas a la esfera comercial, y establecer importantes vínculos con grandes comerciantes de Lima, lograron garantizar su participación exitosa en la consolidación", en *La deuda defraudada. Consolidación de 1850 y dominio económico en el Perú*, Nuevo Mundo, Lima, 1987, pág. 201

¹⁹Dennis L. Gilbert, *La oligarquía peruana: historia de tres familias*, Editorial Horizonte, Lima, 1982, pág. 18

²⁰Di. Gilbert, *op. cit.*, pág. 19

Otra consecuencia importante fue la conformación, en 1871, del partido Civil por parte de la plutocracia guanera.

Entre 1850 y 1879 se presentan los primeros intentos de control empresarial sobre los recursos que se ubican entre la explotación del guano y la del salitre. Pero los empresarios que se beneficiaron con el control del comercio guanero se tuvieron que enfrentar al avance del capital extranjero, respondiendo a ello con una acumulación de capital, movilizándolo sus bienes inactivos y reactivando las plantaciones cañeras respaldadas por el Estado que financió la manumisión de esclavos²¹. A ello se sumó el tendido ferroviario, también financiado por el Estado, y ejecutado por contratistas extranjeros. En otras palabras, hubo pugna entre el capital nativo y el extranjero por el control de los recursos, y no simple arrasamiento de éste sobre aquél. La conclusión fue la fusión de viejos y nuevos intereses en bancos comerciales e hipotecarios para facilitar el paso de fondos al sector agrícola y salitrero. La guerra de 1879 sobrevino en pleno despliegue de esta estrategia económico-financiera. Uno de sus resultados más nefastos fue el de truncar “una transformación potencialmente más moderna en la comprensión de la élite peruana [retardando] una mayor coordinación nativa y la diversificación de las instituciones de crédito a largo plazo”²².

Aparte de los pingües ingresos que significó para el Estado peruano la comercialización de la riqueza guanera, ésta fue fundamental para explicar el enorme endeudamiento externo que aquél contrajo bajo la garantía del recurso natural. Las cifras son sumamente elocuentes (Cuadro II.1):

²¹La liberación de 20.000 esclavos negros significó al fisco un egreso de 6 millones de pesos que fueron a parar a propietarios privados, quienes luego reinvertieron en las haciendas de caña de azúcar.

²²Alfonso W. Quiroz. “Grupos económicos y decisiones financieras en el Perú, 1884-1930”, en *Apuntes. Revista de Ciencias Sociales* núm. 19, Centro de Investigación de la Universidad del Pacífico, Lima, segundo semestre de 1986, *pág.* 13.

Cuadro II.1
Ingresos del Estado durante la edad del guano
(miles de pesos)

	<i>Aduana</i>	<i>Guano</i>	<i>Préstamos</i>	<i>Otros ingresos</i>	<i>Total</i>
1846	1.608	513	—	3.992	6.113
1847	2.006	—	—	2.999	5.005
1851	2.225	2.194	—	3.218	7.636
1852	3.112	3.295	—	2.292	8.699
1861 ^a	3.252	16.922	—	1.072	21.246
1862	3.257	13.985	1.198	1.51	19.949
1863	3.51	11.167	9.83	1.727	26.235
1865 ^a	—	—	10	—	—
1866	3.904	13.566	—	2.658	20.128
1868	3.525	21.256	5.574	2.015	32.37
1869	4.659	15.288	17.681	4.608	42.236
1870 ^a	—	—	11.92	—	—
1871	6.213	42.716	15 ^a 36.8*	2.252	51.181
1872	7.416	34.566	21.167	4.839	67.987
1873	8.263	50.026	—	2.485	67.71
1876	5.542	25.364	8.306	5.034	44.246
1877	6.885	6.545	1.178	7.892	22.5

Fuente: Heraclio Bonilla, *Guano y burguesía en el Perú*, IIEP, segunda edición, Lima, 1984, pág. 129

^a Nelson Manrique, *Historia de la república*, Cofide SA, Lima, 1995, págs. 121-122

* En sólo cinco meses.

El Estado endeudado atravesó una época de fraude y corrupción. El préstamo de 11.920.000 pesos suscrito en 1870 fue destinado a financiar la política ferrocarrilera impulsada por el presidente José Balta (1868-1872). Para entonces, su ministro de hacienda, Nicolás de Piérola, había despojado del control del comercio guanero a los consignatarios nacionales para entregárselo al agente francés Auguste Dreyfus. Esta medida llevó al primero de los muchos enfrentamientos que Piérola tendría con la plutocracia limeña.

En 1876 el Estado se declaró en bancarrota, pues no supo utilizar productivamente los ingresos generados por el comercio guanero. De los ingresos generados por el guano, sólo una pequeña porción fue destinada a gastos productivos, como la construcción de ferrocarriles (20%). El resto, a la burocracia civil y militar (54.5%), al pago de deudas (19.5%) y una pequeña porción (7%) al gasto social.

Como concluye Alfonso Quiroz:

En síntesis: el fin de la era del guano dejó una deuda externa acumulada de 35 millones de libras esterlinas cuya amortización demandaba dos millones y medio de libras anuales que equivalían a la totalidad del presupuesto nacional, y que no había de dónde pagar. El Estado se había acostumbrado a depender del crédito externo y en esas condiciones entró el Perú en la gran crisis mundial de la economía capitalista, primero y, pocos años después, a la guerra con Chile²³.

Como se puede observar, en este primer momento de formación del Estado peruano, se conjugaron varios elementos que actuaron como obstáculos para que se construyera un poder central. Primero, la ausencia de un sector político con capacidad suficiente como para subordinar a los contendientes y desde esa posición ir formando instituciones. El control estatal fue visto como un botín de particulares. En segundo lugar, muy relacionado a lo anterior, el usufructo de las riquezas naturales (entonces propiedad del Estado) y las redes privadas que se construyeron alrededor de su comercio impidieron un proceso de acumulación a escala nacional, en donde se articularan diferentes regiones a un proyecto capitalista. Tal fue el caso de la plutocracia guanera, cuyos ingresos, si bien tuvieron ciertos efectos en la economía peruana, no fueron lo suficientemente poderosos como para llegar a incorporar a las regiones más lejanas con respecto de la costa y la capital, principalmente. Por el contrario, se conformaron élites de poder regional con débil articulación entre sí.

²³*op. cit.*, pág. 126

En tercer lugar, los prejuicios raciales marginaban del Estado y del sentido de comunidad a la mayoría de la población, compuesta por indígenas. Estos sólo fueron tomados en cuenta a la hora de las guerras entre caudillos, para las faenas agrícolas y mineras o para rendir tributos. El contingente indígena siempre fue marginado de un concepto amplio de ciudadanía. Bajo estas condiciones era muy difícil que el Estado peruano adquiriera alcance nacional.

De la Guerra del Pacífico a la república aristocrática

La Guerra del Pacífico (1879-1883) entre Perú y Chile, también llamada “la guerra del guano y del salitre”, ocurrió justamente cuando el declive del comercio guanero llegaba a su etapa final, y se buscaba un elemento sustitutivo como el salitre hallado en la región sur del Perú y norte de Bolivia —importante fertilizante demandado por Inglaterra para la expansión de su economía agrícola—. Las élites chilenas, provechosamente relacionadas con el mercado exterior, expansivas y poderosas, necesitaban del recurso salitrero para proseguir con su desarrollo económico. El Estado chileno declaró la guerra primero a Bolivia; luego, el Perú se vio involucrado en el conflicto, con base en un tratado de defensa mutua firmado con este país en 1873.

La guerra pondría de relieve las profundas escisiones del Perú. Las pugnas intraélites reaparecieron luego del vacío de poder ocasionado por el cuestionado viaje del presidente Mariano Ignacio Prado a Europa en 1879, supuestamente para acelerar el envío del armamento que había solicitado. En esas circunstancias, Piérola asumió ilegítimamente el poder: se autoproclamó Dictador, y recrudeció con la plutocracia limeña el conflicto iniciado cuando había arrebatado a los consignatarios del guano la comercialización de ese producto.

encontrando esta vez apoyo entre las oligarquías provincianas. Estas alianzas, aunque provechosas políticamente para el caudillo, tuvieron consecuencias nefastas en el plano militar. Naturalmente, se produjo un profundo desconcierto. Al privilegiar Piérola su rivalidad con los civilistas²⁴ (negándoles abastecimiento y recursos a batallones dirigidos por militares afines al civilismo) dejó prácticamente inermes ciertos puntos estratégicos para la defensa del territorio peruano contra la invasión chilena. Sin lugar a dudas, la endeblez institucional y la fragmentación nacional se encuentran detrás de la derrota militar.

Las contradicciones sociales también salieron a flote, pues sectores sometidos a relaciones de esclavitud o servidumbre, como los chinos, negros e indígenas de ciertas regiones, vieron la oportunidad de liberarse de sus condiciones de explotación cuando el ejército chileno tocó tierra peruana.

El temor de ciertas élites frente a una insurrección popular se hizo patente cuando solicitaron a las tropas chilenas que permanecieran en territorio peruano, alargando innecesariamente un conflicto que ya había sido resuelto en favor del país sureño. Salvo en la zona de la sierra central, los indígenas no se sintieron comprometidos con la defensa de un Estado que no percibían como suyo, y que no hizo otra cosa que prolongar su situación de sojuzgados vivida desde la época colonial. La excepción fue la que protagonizó el general Cáceres, terrateniente de la sierra central, quien pudo comprometer exitosamente a sectores indígenas en la guerra contra el ejército chileno. Es importante mencionar que se trata de la misma zona donde se organizaron las guerrillas y montoneras de indígenas y mestizos que

²⁴El Partido Civil, fundado en 1870, fue una consecuencia directa del auge del comercio guanero. Dicho partido se convirtió en el eje político de la llamada república aristocrática, como lo veremos en el capítulo III.

lucharon por la independencia del imperio español, lo cual es expresivo de la peculiaridad de la sierra central²⁵.

Los elementos señalados (pugnas entre las élites, contradicciones sociales y falta de integración nacional) pusieron en evidencia el problema de la precariedad del Estado peruano. La derrota militar del Perú hizo tomar conciencia en ciertas élites de que había que racionalizar al Estado. Ello implicaba, entre otras cosas, definir un territorio (cosa elemental pero esencial para afianzar un poder con pretensiones nacionales), y preguntarse acerca de quiénes deberían conformar la nacionalidad. En otras palabras, la precariedad nacional que evidenció la derrota llevó a ciertos sectores de las élites a preguntarse sobre la manera de construir un Estado y una sociedad nacionales. Las reflexiones más explícitas recién serían formuladas hasta inicios del siglo XX²⁶. Mientras tanto, una voz solitaria, la de Manuel González Prada²⁷, acusaría a las élites de la derrota ante Chile y afirmaría que el Perú sólo se constituiría en una nación cuando los habitantes de los Andes tomen en sus manos el destino del país.

²⁵—Económica y políticamente, la región central estuvo integrada al desarrollo de Lima y de la costa por lo menos desde inicios del siglo XIX. Durante la guerra de la Independencia, fue la única zona del virreinato que generó un esfuerzo guerrillero independiente, apoyando a los ejércitos de San Martín (1820-1822) y Bolívar (1823-1824) en sus intentos de liberar el territorio de la presencia española. Los mineros y comerciantes que encabezaron este esfuerzo consolidaron más tarde su posición económica y política en la zona, comprando las mejores haciendas a una fracción de su precio original. Además de diversificar sus inversiones en la agricultura, la minería y el comercio, esta nueva clase dominante regional contrajo alianzas matrimoniales con importantes familias de otras zonas. Hacia la década de 1870, sus miembros más prestigiosos habían participado directamente, o mediante el matrimonio, en la consolidación de la deuda interna, la organización de los primeros bancos, el contrato Dreyfus, y la fundación del partido civilista". Florencia Mallon, "Problema nacional y lucha de clases en la guerra del Pacífico. La resistencia de La Breña en la sierra central, 1881-1886", en *Allpanchis* núms. 17-18, IPA, Cusco, 1981

²⁶Sobre el proyecto de los intelectuales de principios de siglo ver: Osmar Gonzales, *Sanctos fracasados. Los arielistas y el pensamiento político peruano*, Ediciones PREAL, Lima, 1996

²⁷Manuel González Prada (1844-1918) fue el más duro crítico que conoció la plutocracia civilista, especialmente después de la derrota en la Guerra del Pacífico. Entre sus obras más famosas se puede mencionar a *Horas de lucha*, *Páginas libres*, *Bajo el oprobio*, entre otras.

No hay Estado sin territorio, es decir, sin la delimitación de fronteras. Su demarcación es básica para establecer el poder del Estado²⁸. Precisamente, este fue uno de los temas centrales presente en todos los gobiernos post guerra con Chile. Ello explica la continua atención de los gobiernos sucesivos acerca de llegar a acuerdos con los países fronterizos. En otras palabras, se trataba de la construcción urgente de la soberanía estatal.

El fracaso militar colocaría dos asuntos centrales a los que las élites debían responder. Primero, ¿quiénes constituirían a la nación?, ¿a quiénes se deberían integrar?, ¿a quiénes excluir? En suma, ¿a quiénes se les debía reconocer como peruanos? Las soluciones ofrecidas eran complejas, pues tenían que elaborarse al interior de un clima de racismo de gran parte de las élites que proclamaba que los indígenas eran llamas parlantes o humanos que habían cerrado su ciclo de evolución²⁹. A lo más, algunos expresaban su deseo de que la sangre indígena fuera poco a poco eliminada vía el mestizaje y el cruce con las razas superiores (léase europeas)³⁰.

Un país empobrecido como el Perú no podía darse el lujo de prescindir de la mayoría de su población (las llamadas "razas de color") tanto por su importancia como fuerza de trabajo como por ser sujetos que pueden rendir al Estado sus tributos o impuestos. Es precisamente en este punto donde aparece el segundo aspecto del problema de la ciudadanía. Un Estado central

²⁸James Foreman-Peck, *Historia económica mundial. Relaciones económicas internacionales desde 1850*, Prentice Hall, España, 1995, pág. 4

²⁹Alejandro O. Deustua fue, quizás, el que más explícitamente proclamaba su racismo en un ambiente en el cual, según Gonzalo Portocarrero Maisch, luego de la derrota de la guerra de 1879, el racismo se ocultaba en los discursos públicos, aunque mantenía su vitalidad en las esferas de la vida cotidiana, en "El fundamento invisible. Función y lugar de las ideas racistas en la República Aristocrática", *Mundos interiores. Lima 1850-1950*, CIUP, Lima, 1995.

³⁰Evidentemente, estas propuestas son parte de las ideas del momento en las que se trataba de unir las tesis de la supervivencia de las especies de los más aptos con los planteamientos racistas que atribuían a ciertas razas determinados roles. En consecuencia, se afirmaba que había ciertas razas que estaban llamadas a dirigir y dominar y otras a obedecer. De esta manera, se "naturalizaban" las diferencias sociales expandiendo la idea de que frente a ellas no había posibilidad de cambio por la

es tal en tanto es capaz de recabar impuestos legítimamente (y esto es el resultado de una larga historia que va desde la represión pura hasta el disciplinamiento de los ciudadanos). lo que implica la necesidad de que el Estado se racionalice.

La racionalización del Estado responde a una política expresa de una clase o alianza de clases que busca darle dirección. Pero en el Perú ¿acaso hubo una o más clases consolidadas económicamente y con un alcance nacional, con proyecto e ideología definidos, que se disputaran la hegemonía?. ¿o más bien se trató de pugnas entre personalidades fuertes, entre caudillos con cierto soporte social proveniente de sus respectivos poderes locales? Casi sin instituciones, los caudillos (militares o civiles) ejercían el papel de buenos y severos padres que debían disciplinar a sus súbditos mientras éstos aprendieran a vivir "civilizadamente". Con el fin de la guerra en 1883 lo que volvió, sin embargo, no fue la civilización, sino el militarismo.

Nuevamente el Perú se vio envuelto en enfrentamientos entre caudillos, especialmente entre Miguel Iglesias, terrateniente cajamarquino (norte del Perú) y Cáceres. Iglesias, luego de participar activamente en la guerra contra Chile, pactó con el gobierno sureño a cambio de protección frente a los intentos de sublevación de los indígenas, y porque además necesitaba la presencia del ejército invasor para ganar tiempo y prepararse para su enfrentamiento por el poder contra Cáceres. La guerra externa devino paulatinamente en guerra civil. Iglesias, que desconoció al gobierno instalado en Arequipa (sur del Perú), firmó la rendición en el Tratado de Ancón con la consecuente pérdida de Arica y Tarapacá, las llamadas "provincias cautivas". Por su parte, Tacna según el acuerdo de ambos países, sería devuelta al Perú en un periodo de diez años, pero esto recién se cumpliría en 1921.

En 1885, Cáceres consiguió derrotar a Iglesias y asumió la presidencia del Perú. Una vez en el gobierno, tuvo como principal preocupación recuperar las haciendas que habían quedado en manos de los guerrilleros indígenas del centro quienes, durante la guerra con Chile, habían escarmentado, con el apoyo del propio Cáceres, a los propietarios colaboracionistas con el invasor. El Cáceres nacionalista dejó su lugar al Cáceres terrateniente. Por eso, restituyó la contribución personal y creó las Juntas Departamentales, otorgando privilegios al poder local sobre el central. El Estado continuaba sin establecer relaciones de alcance nacional con una sociedad que, por su parte, mantenía las antiguas divisiones culturales, lingüísticas, regionales y sociales heredadas de la colonia.

En el plano económico, después de la guerra con Chile, el Perú se sumergió en una profunda crisis económica y endeudamiento, que sólo algunos años después comenzaría a revertirse. En ese contexto, entre 1884 y 1895 cuantiosos recursos internos pasaron a manos de intereses foráneos. Las grandes compañías comerciales extranjeras (de importación y exportación) se convirtieron en acreedores de tal magnitud que podían imponer las reglas del juego económico. En consecuencia, el control comercial se decidió entre casas comerciales y los pocos bancos sobrevivientes que habían logrado un sólido respaldo crediticio de instituciones financieras de Londres, París, Hamburgo y Nueva York. En estas circunstancias se produjo un intercambio: el Estado solicitaba préstamos al sector privado local para satisfacer sus necesidades básicas, y a cambio permitía políticas liberales en materia financiera, las mismas que eran controladas por los bancos locales: "Así el sector privado se afianzó por encima del control estatal sobre la economía y las finanzas"³¹.

³¹ Alfonso W. Quiroz, *Banqueros en conflicto. Estructura financiera y economía peruana. 1884-1930*, CIUP, Lima, 1990, pág. 302

El sector financiero expandido³² fue exitoso en la intermediación entre el sector comercial y los sectores de bienes raíces urbanos y manufacturero incipiente. Los oligopolios que se formaron entonces tuvieron como principal objetivo proteger las ganancias obtenidas en la manufactura, servicios públicos, inversiones urbanas y en la recolección de impuestos concedida por el Estado. Hacia 1900, un sector de la élite ya había logrado una mínima autonomía financiera. Por otra parte, se construyeron ferrocarriles y las instalaciones portuarias del Callao; se inauguró el transporte oceánico; se impulsó la minería de cobre, el comercio y la manufactura de algodón, así como la importación de trigo y molienda de harina. En otro rubro, se apoyó el crédito hipotecario. Las primeras fábricas de Lima respondían a dichas tendencias y a la aparición de los primeros grupos económicos nativos. Como apunta Quiroz, existió un proceso de toma de conciencia por parte de un sector de las élites peruanas sobre la necesidad de mejorar los métodos empresariales³³.

En la sierra central, luego de años de litigios, las familias notables peruanas recabaron sustanciosos ingresos de corporaciones extranjeras. Auspiciados por este contexto, adquirieron importancia los abogados (para la firma y legalización de los contratos), quienes se enriquecieron y llegaron a ser partes integradas de las instituciones financieras.

No obstante, las estrategias económicas seguidas por las clases propietarias no fueron similares. Básicamente, fueron cuatro los caminos elegidos. El primero, fue la permanencia de una economía rentista y tradicional, como fue el caso de la familia Riva Agüero. El segundo, fue el que siguió un grupo tradicional de la costa, la familia Aspíllaga, que diversificó sus inversiones del azúcar a la minería, bienes raíces urbanos e instituciones financieras, valores y

³²La expansión del sector financiero se expresa en hechos como la fundación del Banco Italiano en 1899, de la Compañía de Seguros Rímac y de la Internacional de Seguros del Perú en 1894, del Banco Internacional del Perú y de la Compañía de Seguros Italia en 1896, y del Banco Popular del Perú en 1899.

actividades políticas. El tercero, fue el que siguió la familia Miro Quesada: del comercio y la política llegó a la industria de la publicación con el diario de más prosapia en el Perú, *El Comercio*. El cuarto, fue el que siguieron ciertos grupos de inversionistas consolidados, que diversificaron sus intereses inclusive hacia la industria, como los Pardo, Prado, Leguía, Olavegoya, Larco, Ayulo y Echenique.

Una expresión de la diversificación de los grupos empresariales es que los bancos de Lima financiaron a numerosos sectores como industrias de textiles, sombreros y fósforos, servicios eléctricos, empresas de agua; también a las asociaciones agrícolas en Ica, a los productores de cocaína, a los comerciantes chinos, a los ganaderos y grupos de inversión. Los bancos más grandes de la época eran el Banco Callao/Perú-Londres (que se acercó a los grupos de exportación), y el Banco Italiano, ligado al abastecimiento del mercado interno. La importancia de este último no es casual, puesto que la comunidad italiana logró los resultados económicos más importantes, siendo exitosa en comercio, banca, construcción, industria y agricultura para el mercado interno, además de formar una red de crédito para pequeños y medianos productores. Por todo lo anterior:

[I]a riqueza del guano, tan satanizada, habría servido para irrigar la costa, echando las bases de una economía de exportación. El nuevo reino será el de la banca y el dinero, del capital local y el internacional³⁴.

En resumen, la Guerra del Pacífico fue un parteaguas que permitió visualizar todas las dificultades que arrastraba el Estado peruano para poder formarse como tal: imposibilidad de que los grupos más consolidados económicamente se convirtieran en una clase hegemónica o predominante, precaria delimitación de los linderos físico-geográficos dentro de los cuales se

³³AW Quiroz, *op. cit.*

³⁴Hugo Neira, *Hacia la tercera mitad. Perú XIX-XX. Ensayos de relectura herética*, SIDEA, Lima, 1996, pág. 365

podía identificar a un país, frágil existencia de la soberanía “nacional”, y conflictos irreconciliables entre distintos sectores de la población peruana que revelaban un débil sentimiento de comunidad.

Las montoneras de 1894 y el inicio de la república oligárquica

Ante el proyecto de Cáceres de perpetuarse en el poder se formó la Coalición Nacional en 1894 integrada por demócratas³⁵ y cívicos, y apoyada por civilistas³⁶. Éstos, ya repuestos de la crisis de post guerra, se aliaron con Piérola, su otrora gran enemigo, quien organizó las famosas montoneras³⁷ y derrocó al héroe de La Breña y a sus aliados (las oligarquías provinciales), acabando con el segundo militarismo. Es el inicio de lo que se conoce en la historia peruana como la “república aristocrática”³⁸ (1895-1919), la época de mayor estabilidad institucional y crecimiento económico de la oligarquía peruana. Como señala Hugo Neira, se

³⁵Sobre el Partido Demócrata y los otros que cubrieron la competencia política de inicios de siglo, ver el capítulo III.

³⁶La Coalición Nacional se constituyó luego de la muerte del presidente Remigio Morales Bermúdez (una especie de sucedáneo del gobierno del general Cáceres) en 1894. El momento exigía la convocatoria a nuevas elecciones. Luego de algunas trampas legales, Cáceres asumió nuevamente el control del gobierno. El 30 de marzo de 1894 los partidos Unión Cívica de Mariano Nicolás Valcárcel y el Demócrata de Piérola firman un acuerdo fundando la Coalición, y nombrando como su jefe a Piérola, quien se encontraba exiliado en Chile. El segundo gobierno de Cáceres sólo duró seis meses (de setiembre de 1894 a marzo de 1895), luego de que Piérola consiguiera ingresar a territorio peruano y dirigiera exitosamente a las famosas montoneras. El 17 de marzo Piérola ingresa a Lima y Cáceres renuncia a la presidencia.

³⁷En Huánuco, Piura, Cañete, Lima, entre otras.

³⁸Este término, acuñado por Jorge Basadre, tuvo gran aceptación en la historiografía peruana. Sin embargo, últimamente ha empezado a ser cuestionado. Carlos Franco, Hugo Neira, Alicia del Águila y Margarita Guerra Martiniere, entre otros, sostienen que, en sentido estricto, no existía una aristocracia. Por ello, se preferirá llamar al periodo comprendido entre los años 1894 y 1919 como república de notables u oligárquica, simplemente. Margarita Guerra resume estas posiciones: “no creemos que haya existido una fracción que pudiera válidamente ostentar tal título, tanto porque los escudos nobiliarios habían quedado atrás, cuanto porque quienes iban a llegar al poder carecían de las calidades de supremacía moral, posición económica y social como para poder reclamar esos títulos [...]”, en *Historia General del Perú. La República 1900-1948*, tomo VIII, Editorial Brasa, Lima, 1994.

trata de la "Pax Piérola", conseguida gracias a la prosperidad proveniente de la época guanera y expandida a otros sectores de la economía.

En 1895, la elección de Piérola como presidente del Perú significó un trastocamiento general de la política económica: revaluación del circulante y paulatina adopción del patrón oro, impuestos a la importación, pero libertad de los derechos de importación para la maquinaria. Piérola también promovió la centralización del poder y la autoridad del Estado, buscando confinar al ejército a sus funciones propiamente profesionales y despolitizarlo. También derogó la contribución personal para extinguir las Juntas Departamentales creadas por Cáceres, cortándoles sus fuentes de ingresos. Pero en 1896 creó el impuesto a la sal, que era la restitución solapada del tributo indígena controlado por el Estado. La consecuencia que produjo esta medida fueron las múltiples rebeliones indígenas que se registraron en los primeros años del siglo XX.

Entre 1895 y 1900 se llevaron a cabo intensas políticas proteccionistas. Comerciantes y banqueros invirtieron en fábricas privilegiadas gracias al amparo que les proveía el Estado, que les redituaban altas tasas de ganancias. Las principales industrias protegidas eran las de procesamiento de harina y pastas, textiles (algodón y lana), fósforos, cerveza, cigarrillos, jabón, velas y sombreros. Dichos sectores estaban bajo el control oligopólico y contaban con un gran respaldo financiero institucional. Entre 1901 y 1902, cuando se desató una crisis del azúcar, la crítica liberal a las medidas proteccionistas encontró un terreno favorable para cobrar audiencia. Además, los exportadores, los mineros y los productores de azúcar se opusieron a los impuestos, pues preferían un Estado barato. Las instituciones financieras, a su vez, apoyaron la modernización, además de ser receptoras de fondos rentistas. Hasta antes de 1914,

estas instituciones contribuyeron mediante el crédito a la formación de asociaciones, carteles y oligopolios.

El Estado que se construyó sobre estas bases económicas siguió siendo uno muy débil, con escaso aparato administrativo (para 1900 sólo existían 500 empleados en Lima) y limitadamente centralizado. El Estado oligárquico fue altamente privatizado. De manera gráfica, Manuel Burga y Alberto Flores Galindo señalan, refiriéndose a los hacendados que controlaban el poder político, que “[l]os linderos de sus haciendas eran también los límites de su poder”. Incluso, los grandes hacendados se constituían en dueños de caminos, impartían justicia al interior de sus propiedades, y ejercían un control severo y paternal sobre las poblaciones indígenas que tenían bajo su mando (pues al mismo tiempo que enviaban al cepo al levantisco, podían ser padrinos de los hijos de “sus” trabajadores).

En resumen, las élites oligárquicas se constituían como un grupo social privilegiado que buscaba dejar explícitas sus diferencias con el resto de la sociedad, compuesta por razas consideradas biológicamente inferiores³⁹. Bajo este contexto, construir un Estado y una sociedad nacionales era un proyecto todavía muy lejano de concretar. En resumen, el poder de los hacendados apenas dio forma a un precario Estado peruano durante los primeros años del presente siglo.

Discusión sobre el Estado oligárquico

El carácter del Estado iniciado en 1894-1895 ha sido objeto de múltiples interpretaciones en las ciencias sociales peruanas. El autor del texto más representativo es el artículo de Sinesio López “El Estado oligárquico: un ensayo de interpretación”, de 1978.

³⁹Es a esto a lo que Gonzalo Portocarrero denomina como aristocracia: “un grupo que reivindica

Para López, el Estado oligárquico, en tanto organización del poder característica de los estados semicoloniales (o periféricos), debe ser analizado en tres niveles. Económicamente, la base del Estado oligárquico reside tanto en la sobreexplotación de la fuerza de trabajo y en la apropiación diferencial de la renta para desarrollar el capitalismo, como en el estímulo a la apropiación de la renta absoluta de los gamonales⁴⁰. Políticamente, su poder “se funda exclusivamente en la violencia institucional”, la que se ejerce sobre una “masa indiferenciada de clase”, produciéndose un consenso pasivo. Socialmente, está conformado por un bloque dominante integrado por la oligarquía, los gamonales y el imperialismo. Su dominio se sostiene en la explotación de un proletariado poco numeroso y disperso, y en el bloqueo a las aspiraciones de movilidad social de las clases medias.

Reconociendo la importante aportación de López en la comprensión del Estado oligárquico, es oportuno ofrecer algunos comentarios críticos que permitan seguir la argumentación que expongo en los capítulos siguientes, tomando como referencia, además, un texto reciente del mismo autor⁴¹. En primer lugar, ¿es posible afirmar, como lo hace López, que el Estado oligárquico se fundaba exclusivamente en la “fuerza institucional”? En sentido weberiano, ello supondría reconocerle al Estado oligárquico el monopolio legítimo de la fuerza, lo cual es difícil de sostener cuando sabemos el carácter sumamente privatizado del mismo, donde hacendados y poderes locales podían ser dueños “de hombres y tierras” al interior de sus propiedades. En otras palabras, el Estado oligárquico no estaba conformado

para sus miembros alguna clase de superioridad sobre la cual se legitima la expectativa de derechos especiales y privilegios”. *op. cit.*, pág. 219.

⁴⁰Sinesio López, “El Estado oligárquico: un ensayo de interpretación”, en *El Dios mortal*, IDS, Lima, 1990, pág. 37

⁴¹Sinesio López Jiménez, *Ciudadanos reales e imaginarios. Concepciones, desarrollo y mapas de la ciudadanía en el Perú*, IDS, Lima, 1997

como una institución plenamente moderna para poder reconocerle el uso legítimo de la coerción⁴².

En segundo lugar, y de modo complementario, ¿es cierto que el Estado oligárquico sólo se basaba en la coacción física? Burga y Flores Galindo ya han señalado la importancia de cierta visión del mundo, de cierta mentalidad que produjeron las élites oligárquicas que presentaba como natural la resignación y la división entre afortunados y desdichados. Por otro lado, al interior de las haciendas también se reproducía cierta cultura, animada por curas y maestros, que propalaban la convicción de que era mejor no alterar el orden de cosas. En otras palabras, existía cierta capacidad de aceptación del *status quo*, aun cuando no se produjera una ideología plenamente articulada por parte de las élites oligárquicas⁴³.

En tercer lugar, hablar de masas indiferenciadas de clase es cierto a medias, pues las clases trabajadoras de entonces ya comenzaban a exhibir cierta conciencia y capacidad de organización que se traducían en una presión sobre el Estado y las élites para la conquista de ciertas reivindicaciones laborales, como lo ha señalado Peter Blanchard⁴⁴. Esta capacidad de los trabajadores debió repercutir necesariamente en las esferas institucionales cuyas élites debieron, para mantener el orden, adoptar medidas que no debían de tener “exclusivamente”

⁴²Luego, el mismo López admite tácitamente que fue excesiva su afirmación. Si bien señala que durante 1895-1919 el orden político estuvo por primera vez en manos de una élite que impulsó algunas instituciones estatales (como el ejército, por ejemplo), reconoce que el “Estado oligárquico no tuvo el monopolio de la violencia como todo Estado moderno” (*op. cit.*, pág. 132), sino que éste estuvo en manos de los gamonales. Sólo después de Leguía (1919-1930) se avanzaría en el monopolio de la violencia y centralización de la autoridad, afirma.

⁴³López también incorpora en su nuevo análisis la importancia de la mentalidad oligárquica que analizaron Burga y Flores Galindo. Hay que anotar, en descargo de López, que el libro de estos autores fue posterior a su ensayo, el cual, además, fue uno de los textos básicos que utilizaron aquéllos.

⁴⁴“By forming organizations, participating in the nation’s political life, and engaging in industrial agitation, they revealed a growing class consciousness and an ability to compel both employers and governments to respond to their demands”, en Peter Blanchard, *The Origins of the Peruvian Labor Movement, 1883-1919*, University of Pittsburgh Press, 1982, pág. XV

un carácter represor. En el mismo sentido, tampoco es exacto hablar exclusivamente de un “consenso pasivo”, porque impide explicar las múltiples manifestaciones de descontento tanto en el campo como en la ciudad.

En cuarto lugar, al momento de definir el bloque dominante, López señala a la oligarquía como uno de los tres sectores (junto con gamonales y el imperialismo). El problema que se encuentra en esta definición es que el autor está identificando, a la oligarquía únicamente con los hacendados agroexportadores, perdiendo de vista que la oligarquía, en sentido amplio, es mucho más que ellos. Por eso, en este trabajo me refiero a las élites oligárquicas, como se verá en el capítulo siguiente. Por otro lado, López ubica junto a la oligarquía (agroexportadores) y a los gamonales al imperialismo. ¿Es correcto decir que el imperialismo era parte del bloque dominante oligárquico? Quizás esta referencia se explique en López por lo que él mismo había señalado: que el Estado oligárquico es la organización política propia de los estados semicoloniales. Pero aun así, la dependencia económica del país no supone el hecho de considerar al imperialismo como parte del bloque dominante⁴⁵. Este sesgo será corregido por Henry Pease García⁴⁶ cuando señale que el bloque dominante oligárquico lo constituyen agroexportadores, gamonales y financistas. El excesivo peso que le otorga López a la injerencia política del imperialismo impide reconocer los grados de autonomía que poseían las élites oligárquicas para la toma de decisiones.

⁴⁵En *Ciudadanos reales...*, López matiza en algo su afirmación cuando señala que la “coalición dominante” (abandona el término “bloque”), estaba compuesto por oligarquía criolla y gamonalismo (mestizo) en alianza con el capital extranjero que permite construir sólo una soberanía limitada. Se advierte la incorporación del indispensable factor étnico-cultural, pero además la relación de oligarquía y gamonales con el imperialismo se suaviza al hablar de una “alianza” con él (ahora utilizando el término “capital extranjero”). De esta manera, subsana en alguna medida, la rigidez de la afirmación anterior (de 1978), en la cual el imperialismo *era parte* del bloque en el poder.

⁴⁶Henry Pease García, *El ocaso del poder oligárquico*, Desco, Lima, 1977

Para concluir este capítulo, en diversos trabajos sobre el Estado oligárquico, incluido el de López, predomina una visión muy estática, precisamente por el supuesto dominio monolítico de la oligarquía, y por la falta de concientización de las clases subalternas consideradas incapaces de cuestionar el orden. En todo caso, la llamada república aristocrática (con los reparos que conlleva el término) es leída sólo como el momento previo de la sociedad de masas que se revelará en los años treinta. Sin embargo, ella fue una sociedad sumamente contradictoria y dinámica. Como señala Alberto Adriánzen, la oligárquica “es una sociedad en la cual el conflicto social es permanente, donde todo se comienza a mover y donde todo, particularmente en la ciudad de Lima, es lo contrario a la quietud”⁴⁷.

⁴⁷ Alberto Adriánzen, “Estado y sociedad: señores, masas y ciudadanos”, en Juan Abugattas *et al.*, *Estado y sociedad: relaciones peligrosas*, Desco, Lima, 1990, pág. 19

CAPÍTULO III

LAS ÉLITES OLIGÁRQUICAS: BASES ECONÓMICAS, SOCIALES Y POLÍTICAS

EN LAS CIENCIAS SOCIALES, cuando se ha analizado el periodo oligárquico peruano ha sido usual tratar a las élites como homogéneamente tradicionales y conservadoras, sin aptitud para la innovación y sin fisuras ni contradicciones internas. En los últimos años, sin embargo, se ha venido produciendo una relectura sobre las élites oligárquicas y su sistema de dominación. Se sostiene que aquéllas no constituyeron un todo monolítico, y que es posible detectar proyectos en pugna no sólo económicos, sino también políticos y culturales. En general, el análisis de la "clase dominante" ha estado cargado de visiones dependentistas o clasistas que: 1) han impedido analizar el régimen oligárquico como uno en permanente movimiento, y 2) han llevado rápidamente a la conclusión de que no se trataba de una clase "nacional", y que no posee características de clase "dirigente"¹.

En este capítulo analizo las bases económicas, sociales y políticas de las élites oligárquicas en tres niveles. Primero, presento sus orígenes, sus bases económicas al interior de un país caracterizado por la desarticulación regional. Luego, describo sus interrelaciones y sus espacios sociales de reproducción. Continúo con el pacto político que establecieron, y

¹Sinesio López, por ejemplo, sostiene lo siguiente: "La incapacidad política de las clases dominantes [...] para elaborar un proyecto nacional está ligada a sus dificultades para convertirse en clase dirigente. [Asimismo, el] carácter de clase de la oligarquía peruana y su alianza con los gamonales ha bloqueado toda posibilidad de integración nacional". Sinesio López, "El Estado oligárquico: un ensayo de interpretación", en *El Dios mortal*, IDS, Lima, 1990, págs. 43-44

concluyo con los partidos políticos predominantes y el tipo de alianzas políticas que produjeron.

1. Bases económicas y desarticulación regional

En América Latina, el término oligarquía siempre ha causado problemas al momento de definirlo. ¿Se refiere?, ¿a una clase?, ¿a una alianza de fracciones de clases? ¿Es capitalista?. ¿pre capitalista? Waldo Ansaldi² ofrece algunas características para tratar de delimitar el concepto. En primer lugar, sostiene que la oligarquía no es una clase social. El término designa a una forma de ejercer la dominación caracterizada por la concentración del poder en la cúpula, por una angosta base social y por una base de sostén en la coacción más que en el consenso. La dominación oligárquica puede ser ejercida por clases, fracciones de clases o grupos sociales. Oligarquía define a un tipo de régimen, el Estado oligárquico, que no es opuesto al Estado capitalista. Este Estado es más central que nacional porque concentra las decisiones, pero no lo hace en representación de una ciudadanía amplia sino de las élites que lo han capturado. Existe, además, un orden social oligárquico cuya célula es la familia, desde la que se teje una tupida red de lazos y de alianzas con otras familias de las élites. Este orden implica ciertas características culturales oligárquicas. En resumen, en palabras de Ansaldi, el término oligarquía alude a una forma de ejercer el dominio político por parte de un grupo restringido que detenta poder económico y social³.

Todavía se está lejos de definir consensualmente qué es la oligarquía. Sin embargo, las sugerencias ofrecidas por Ansaldi son útiles a condición de profundizar en ellas según casos

²Waldo Ansaldi, "La oligarquía en América Latina: esa frívola y casquivana mano de hierro en guante de seda", en *Socialismo y Participación* núm. 56, Lima, diciembre de 1991

concretos que permitan volver a una conceptualización más general con nuevos elementos. Para el caso peruano, pero seguramente no sólo para él, el uso del plural quizás resulte más provechoso analíticamente. Así, más que hablar de oligarquía, será más conveniente usar el término élites oligárquicas, no sólo para resaltar la heterogeneidad al interior de la misma, sino también para hacer más inteligible el carácter de las vinculaciones entre las élites al momento de edificar un régimen político que represente a sus intereses⁴.

Las diversas familias que vieron acrecentar sus fortunas desde el tiempo del comercio guanero en los años cuarenta del siglo XIX constituyen el núcleo de lo que se conoce como la oligarquía peruana⁵. Es cuando los llamados consignatarios (como los Barreda, Graña y otros) se beneficiaron con los bonos de consolidación de la deuda nacional, se conformaron como nuevos ricos que convivieron con las familias de antiguo linaje colonial, como los Riva Agüero, Orbegozo o Pardo⁶. En la composición de la oligarquía también cuenta el aporte de

³Aunque es preciso señalar que Ansaldi ubica a este grupo minoritario al interior de clases sociales, *op. cit.*

⁴Quizás hablar de “élites oligárquicas” pueda ser visto como una redundancia, pues ambos términos se refieren a minorías privilegiadas. No obstante, hay que señalar que no todas las élites son oligárquicas. Simplemente me valgo de la expresión para remarcar tanto el sentido de privilegio como el de lejanía con respecto a la sociedad de las minorías con poder.

⁵Por ello, y respecto a los orígenes sociales de las familias oligárquicas, Francois Bourricaud señala que no es tan cierto el estereotipo aquel acerca de que la oligarquía peruana está constituida por familias que descienden directamente de la aristocracia colonial preservando su “pureza de sangre” y prolongando su linaje en la etapa republicana: “De hecho, —afirma Bourricaud— las grandes familias de antes de la Independencia casi no están representadas en el mundo de los negocios y las grandes familias ricas se sentirían incómodas si tuvieran que exhibir títulos de ‘buena burguesía’ de más de un siglo”. Francois Bourricaud, “Notas sobre la oligarquía peruana”, en Varios, *La oligarquía en el Perú. 3 ensayos y una polémica*, IEP, Lima, 1969, pág. 29.

Alicia del Águila, por su parte, define a la oligarquía, más que como una clase, como “una casta con orgullo de linaje y desprecio hacia lo popular, apego a la tradición, a los preceptos religiosos y selectiva de las personas de acuerdo a criterios exhibidos en la apariencia exterior”, en *Callejones y mansiones. Espacios de opinión pública y redes sociales y políticas en la Lima del 900*, PUCP, Lima, 1997, pág. 66.

⁶Dennis L. Gilbert, *La oligarquía peruana: historia de tres familias*, Editorial Horizonte, Lima, 1981, ver capítulo I

familias extranjeras (principalmente italianas) que se asentaron en el Perú para hacer fortuna y que se aliaron —vía negocios y matrimonios— con las familias nativas.

En los últimos años, el análisis de las clases dominantes en el Perú ha cobrado una significativa importancia, apareciendo sugerentes trabajos que tratan de revisar algunos supuestos comúnmente aceptados en las visiones dependentistas y marxistas, básicamente el antinacionalismo y la visión precapitalista del desarrollo propio de las élites⁷. Respecto a si existió o no un sentimiento nacionalista al interior de las élites o de un sector de ellas, Paul Gootenberg⁸ sostiene que en ciertos sectores de comerciantes se expresó un fuerte nacionalismo en la década de 1830, constituyéndose en un factor decisivo para que el mantenimiento del Estado peruano en medio de la crisis post independencia de España. Con esta tesis, el autor rechaza la perspectiva de los historiadores “dependentistas”, quienes señalaban la inexistencia de un sentimiento nacional por parte de las élites. El análisis de Gootenberg, al detenerse a explicar las consecuencias políticas que tuvo el nacionalismo de las élites, ofrece un giro a las interpretaciones hegemónicas centradas en los fracasos y en el antinacionalismo de ellas.

También contra la lectura que asegura una total falta de sentimiento nacional de éstas, Margarita Guerra Martiniere, a partir de la ocupación de Lima por el ejército chileno, ofrece una relectura del comportamiento de estos sectores “para valorar actitudes de políticos y hombres del ‘común’ que, ante la catástrofe, supieron mantener la fe en el Perú, sostener la

⁷Por ejemplo, los trabajos de Heraclio Bonilla, *Guano y burguesía en el Perú*, IEP, segunda edición, Lima, 1984, el de Ernesto Yepes del Castillo, *Perú, un siglo de desarrollo capitalista, 1821-1921*, IEP, Lima, 1972, los de Aníbal Quijano, *Imperialismo, clases sociales y Estado en el Perú*, Mosca Azul editores, Lima, 1978, y *Nacionalismo, neoimperialismo y militarismo en el Perú*, y el de Julio Cotler, *Clases, Estado y nación en el Perú*, Lima, IEP, 1978, entre los más importantes.

dignidad y defender la soberanía nacional y, sobre todo, la cohesión interna que ocultaba [...] tensiones muy fuertes”⁹.

Con relación a si la clase dominante retrasó el desarrollo económico por poseer una mentalidad precapitalista, Alfonso Quiroz¹⁰ rechaza la “rigidez teórica” de las perspectivas marxista y dependentista que impiden una comprensión más cabal sobre las élites dominantes. Al contrario de lo que afirman algunos estudios históricos, este autor señala que la élite económica supo diversificar sus intereses dentro de las limitaciones que imponía el contexto de post guerra con Chile, logrando financiar y promover negocios de manera racional-capitalista. También afirma que dicha élite desplazó a capitalistas extranjeros de ciertos sectores estratégicos, como los bancos, los seguros o el crédito comercial.

En el mismo sentido, Felipe Portocarrero¹¹ llama la atención sobre la capacidad de ciertos grupos económicos para diversificar sus intereses. Tomando como caso el “imperio Prado”, analiza cómo ciertos sectores de las élites oligárquicas pudieron expandir su capital. Por ejemplo, aunque el origen del poder económico del grupo Prado se encuentre en la banca, éste fue capaz, como lo señala Portocarrero, de basar su acumulación en el sector nacional urbano de la economía, contribuyendo a la formación de un mercado interno. Políticamente, el papel de esta familia fue central en la historia peruana hasta los años setenta del siglo XX, pues

⁸Paul Gootenberg, *Caudillos y comerciantes. La formación económica del Estado peruano, 1820-1860*, Centro de Estudios Regionales Andinos Bartolomé de Las Casas, Cuzco-Perú, 1997

⁹Margarita Guerra Martiniere, *La ocupación de Lima (1881-1883). El gobierno de García Calderón*, PUCP, Lima, 1991. No obstante, este tipo de lecturas puede llevar el riesgo de irse al otro extremo de las interpretaciones más o menos predominantes produciendo el mismo resultado: la ausencia de una lectura suficientemente explicativa del comportamiento de los sectores dominantes, situado históricamente.

¹⁰Alfonso W. Quiroz ha innovado la manera de entender a las élites en el Perú, especialmente financieras, del siglo XIX e inicios del XX. Ver principalmente sus libros *Banqueros en conflicto. Estructura financiera y economía peruana. 1884-1930* (CIUP, Lima, 1990) y *La deuda defraudada. Consolidación de 1850 y dominio económico en el Perú* (Nuevo Mundo, Lima, 1987).

¹¹Felipe Portocarrero Suárez, *El imperio Prado: 1890-1970*, CIUP, Lima, 1995

además de controlar la política económica del país vía el manejo del poder estatal (colocó dos presidentes en tres periodos gubernamentales), se convirtió en la vanguardia de los grupos propietarios. Sin embargo, los Prado tienen una controvertida imagen social, pues fue su fundador, Mariano Ignacio Prado, el presidente que “viajó” a Europa en plena guerra con Chile, por lo que fue acusado de traidor a la patria, lastre que tuvieron la misión de superar las generaciones posteriores de la familia.

Con la nueva luz que arrojan estas investigaciones, es posible hacer una nueva lectura del papel que cumplieron las élites oligárquicas en el Perú del siglo XIX. No obstante, debemos recordar que el sector modernizante de éstas sólo representó una entre dos vías de desarrollo, la misma que entró en conflicto con la escogida por los sectores más tradicionales. Para comprender con mayor profundidad el desarrollo de las élites oligárquicas sería necesario rastrear estas pugnas.

Las bases fragmentadas del proceso económico

El Perú republicano mantuvo su configuración múltiple y fragmentada, característica desde la colonia. Los caudillos que se sucedieron en el poder luego de la independencia de España fueron incapaces de integrar al país política u económicamente. Como señalé, las élites oligárquicas, gobernantes desde fines del siglo XIX tampoco fueron un todo homogéneo ni constituyeron una clase. La convivencia de diversas formas productivas y dinámicas múltiples dieron lugar a ciertas redes comerciales que fueron la base de mercados fragmentados, expresivos de la inexistente nacional.

Esta desarticulación (o articulación segmentada) económica se reflejó en otros ámbitos de la vida social como el político. La precariedad del poder central se explica, entonces, por la

fortaleza de estos poderes regionales o locales. De igual modo, esta problemática representación política nacional se tradujo en la imposibilidad de generar liderazgos nacionales, salvo caudillos excepcionales, como son los casos de Ramón Castilla o Nicolás de Piérola, que aparecieron justamente como supletorios de la falta de instituciones que aseguraran la integración del país.

Varios autores, entre ellos Manuel Burga y Alberto Flores Galindo¹² y Nelson Manrique¹³, han puesto énfasis en la desarticulación mencionada. Básicamente, son tres las dinámicas regionales presentes en el espacio peruano: el sur andino, la sierra central y Lima, y la costa central y norte. Entre ellas puede no existir correspondencia —e incluso puede haber contraposición— de los ciclos económicos. Como subraya Manrique, mientras unos espacios regionales pueden experimentar crecimiento económico, en otros se pueden vivir momentos de contracción.

El *Sur Andino* es constituido por los departamentos de Apurímac, Cusco, Arequipa y Puno. Hasta 1914, año en que se construyó el ferrocarril de Arica a La Paz, estuvo integrado al espacio boliviano. Por ello, difícilmente se puede hablar de esta región como exclusivamente parte de la economía peruana. El gran recurso del sur andino fue la lana (Cuadro III.1). Su comercialización se dinamizó gracias a la demanda que generó la industrialización inglesa. Ella impulsó un circuito mercantil que seguía una ruta que iba de las comunidades de Cusco y Puno¹⁴, donde se producían las lanas (por medio de la explotación que ejercían los poderes locales sobre los campesinos); luego pasaba por las casas comerciales ubicadas en Arequipa:

¹²Manuel Burga y Alberto Flores Galindo, *Apogeo y crisis de la República Aristocrática*, Editorial Rikchay Perú, cuarta edición, Lima, 1981

¹³Nelson Manrique, *Historia de la república*, Cofide, Lima, 1995

para llegar a los puertos de Islay, Ilo y Mollendo y, desde ahí, partir a los mercados de Liverpool (y en menor medida de Hamburgo)¹⁵. Las casas comerciales británicas (como la Gibbs, Crawley & Co.) y arequipeñas, articulaban las economías precapitalistas y capitalistas en donde intervenían comerciantes, hacendados y autoridades políticas o eclesiásticas. Esta articulación hizo de la región el *habitat* por excelencia del poder personal o gamonal¹⁶:

La base económica principal de sustentación del gamonalismo no era pues la gran hacienda, como hasta ahora se ha venido sosteniendo, sino la expansión del capital comercial en espacios precapitalistas. Y el recurso recurrente del gamonalismo al autoritarismo, la violencia y la servidumbre serían no tanto la extensión de las relaciones típicas de la hacienda tradicional feudalizante sobre el conjunto de la sociedad sino más bien la expresión de la coerción económica imprescindible para que el capital comercial pueda generar y realizar sus ganancias¹⁷.

La oligarquía arequipeña no impulsó una industria textil importante ni un mercado interno en la zona. Prefirió las ganancias comerciales como intermediaria con los mercados europeos.

¹⁴ Hay que mencionar que durante estos años se produjo una gran expansión terrateniente, la cual tuvo dos momentos importantes: 1850-1880 y 1910-1924. En Puno, por ejemplo, entre 1876 y 1915 creció el número de haciendas: de 705 a 3,219, y ello contribuyó a consolidar el poder gamonal.

¹⁵ M. Burga y A. Flores Galindo, *op. cit.*, págs. 33-45

¹⁶ El poder personal asentado en los Andes es conocido en el Perú como poder gamonal. Identificados básicamente como los administradores de los terratenientes, los gamonales también pueden ser aquellos funcionarios (como los gendarmes o los curas, por ejemplo) que juegan un papel de intermediario entre los sectores marginados, especialmente indígenas, y los poderes locales. Como señala A. Flores Galindo, "el término gamonal es un peruanismo, acuñado en el transcurso del siglo pasado, buscando establecer un símil entre una planta parásita [gamonito] y los terratenientes. En otra versión, 'gamonal es el gusano que corroe al árbol de la nación'", en *Buscando un inca. Identidad y utopía en los Andes*, Conaculta-Grijalbo, México, 1993, pág. 294

¹⁷ N. Manrique, *op. cit.*, pág. 86

Cuadro III.1
EXPORTACIONES DE LANA, 1830-1929
(toneladas métricas, promedios anuales)

	<i>Alpaca</i>	<i>Oveja</i>	<i>Total</i>
1830-1839	342	8	350
1840-1849	1,162	64	1,226
1850-1859	924	1,006	1,930
1860-1869	1,167	1,671	2,838
1870-1879	1,582	1,589	3,171
1880-1889	1,584	1,040	2,624
1890-1899	1,821	1,288	3,109
1900-1909	2,492 ^a	1,336 ^c	3,867
1910-1919	3,097 ^b	2,700 ^b	5,286
1920-1929	2,730	1,840	4,570

^a Excluyendo 1901, 1903 y 1907.

^b De 1913 a 1919.

Fuente: Rosemary Thorp y Geoffrey Bertram, *Peru 1890-1977. Growth and Policy in an Open Economy*, The Macmillan Press, 1978, pág. 64

Como observamos en las cifras presentadas en el Cuadro III.1, el mayor volumen de exportación de lanas se produjo en la segunda década del siglo XX, justamente en los años de apogeo de la república aristocrática. Por otro lado, la mayor demanda fue en torno a la lana de alpaca, lo cual enriqueció a los poderes comerciales del sur.

La *Sierra Central*, segundo espacio regional, exhibe, según Manrique¹⁸, algunos elementos que la singularizan en comparación con Lima y el Sur Andino: mayor independencia respecto del mercado exterior; mercado regional más desarrollado constituido por un sistema de ciudades y circuitos mercantiles articulados longitudinal y transversalmente en torno a las necesidades de la región; emergencia de una fracción dominante micro-comercial con una mentalidad empresarial más moderna que la de los terratenientes y rentistas

del sur; presencia de un campesinado libre organizado en comunidades integrado a circuitos comerciales intra y extra regionales, organizado en comunidades, y alto nivel de división del trabajo que permitió expandir un mercado interno regional.

En esta región, la plata (extraída de Cerro de Pasco y Huarochiri), y la ganadería altoandina (que proveía de alimentos a la capital cuando el valor de la plata decaía), permitieron la existencia de haciendas ganaderas sin gamonalismo y de comunidades campesinas fuertes, sostenidas por una economía interna en ascenso. Ahí, las haciendas crecieron a costa de otras haciendas, y no por el despojo de las tierras comunales. Hasta mediados de la primera década del siglo XX, la plata fue el principal producto de exportación minera (Cuadro III.2). Posteriormente, el cobre sería el más importante.

¹⁸*op. cit.*, págs. 97-118

Cuadro III.2
PRODUCCIÓN DE PLATA, 1860-1920
(toneladas métricas, promedios anuales)

	<i>Extracción de minas de plata^a</i>	<i>Minas de cobre por producto^b</i>	<i>Total</i>	<i>Producción de plata de</i>	
				<i>Cerro de Pasco</i>	<i>Otras minas</i>
1860-1869	70	—	70	48	22
1870-1879	82	—	82	44	38
1880-1889	68	—	68	30	38
1890-1894	89	—	89	37	52
1895-1899	136	^c	136	36	100
1900-1904	193 ^d	^c	193 ^d	s.d.	s.d.
1905	151	40	191	s.d.	s.d.
1910	84	169	253	s.d.	s.d.
1915	64	230	294	172 ^e	164 ^e
1920	54	223	277	140	137

^a Barras de plata y de plata-plomo, precipitados de la lixiviación y mineral de exportación.

^b Plata contenida en las barras de cobre y metal de cobre.

^c Incluida en la producción de minas de plata.

^d Exportaciones.

^e 1916.

Fuente: R. Thorp y G. Bertram, *op. cit.*, pág. 74

Finalmente, en el tercer espacio regional, constituido por *Lima* y por la *costa central y norte*, el elemento más distintivo fue la explotación del guano, el azúcar y el algodón, que lo vincularon con el mercado mundial. La explotación del guano fue fuente de riqueza particularmente para la oligarquía capitalista limeña. Agotado este recurso natural, después de la guerra con Chile, los productos con alta demanda en el mercado internacional fueron el azúcar y el algodón.

La hacienda azucarera, cuyo origen se remonta hasta mediados del siglo XIX, es la más importante, dinámica y tecnificada. Se ubicaba en la Costa Norte, especialmente en los valles de los departamentos de La Libertad y de Lambayeque. Sus propietarios han sido

identificados como los dueños del Perú. Este tipo de explotación agrícola apareció por dos vías: por la inversión directa por parte de los consignatarios del guano y por los préstamos bancarios o la transferencia de recursos del Estado a particulares (como fue la consolidación de la deuda interna o la manumisión de esclavos). La hacienda moderna se consolidó entre 1895 y 1930, y significó el violento despojo de tierras tanto a los campesinos minifundistas como a los medianos hacendados.

La importancia del azúcar es indudable desde mediados del siglo XIX. Su producción se incrementó de manera espectacular en Lambayeque pasando de 10,000 tm en 1894 a 29,724 en 1913. En esos mismos años, la producción en el departamento de La Libertad pasó de 22.321 a 75.452 tm¹⁹.

¹⁹M. Burga y A. Flores Galindo, *op. cit.*, págs. 46-61

Cuadro III.3
DISTRIBUCIÓN REGIONAL DE LA PRODUCCIÓN DE AZÚCAR,
AÑOS SELECCIONADOS (porcentajes)

	<i>Costa norte</i>	<i>Costa central</i>	<i>Costa sur</i>	<i>Sierra</i>
1894	49.9	41.5	5.9	2.8
1912	66.8	29.4	1.1	2.7
1916	70.0	27.2	1.2	1.6 ^a
1922	73.4	23.7	1.6	1.3
1927	76.8 ^b	20.3	1.8	1.2
1932	83.0 ^b	16.6	2.3	2.0
1937	88.4	6.9	2.1	2.6 ^c
1941	90.0	5.6	1.7	2.6 ^c

^a En las estadísticas de este año no figura la producción en la sierra; la cifra de 4.500 toneladas ha sido estimada sobre la base de los datos de 1912 y 1922 y, consecuentemente, la producción total corregida.

^b Incluye la categoría 'otra costa', que comprende Piura, una propiedad de Lambayeque y Camaná (ubicada en el sur).

^c Incluye algunas pequeñas propiedades de la costa, de las que no se tiene información detallada.

Fuente: R. Thorp y G. Bertram, *op. cit.*, pág. 44

A partir del siglo XIX, el cobre sería el producto más apetecido (Cuadro III.4).

Cuadro III.4
VALOR DE OCHO PRODUCTOS DE EXPORTACIÓN, 1880-1910
(miles de £)

	<i>Azúcar</i>	<i>Algodón</i>	<i>Lana</i>	<i>Alpaca</i>	<i>Café</i>	<i>Plata</i>	<i>Cobre</i>	<i>Caucho</i>	<i>Total</i>
1880	1,160	104	66	99	12	481	—	21	1,943
1881	928	84	91	126	2	397	—	24	1,652
1882	883	92	66	200	18	397	—	41	1,697
1883	644	78	91	87	15	456	—	50	1,421
1884	446	62	242	419	23	479	—	137	1,808
1885	613	79	111	193	18	481	—	177	1,672
1886	505	119	85	180	11	515	—	226	1,641
1887	418	89	107	221	15	521	—	180	1,551
1888	518	133	77	199	30	486	—	406	1,849
1889	827	131	119	226	17	524	—	202	2,046
1890	499	161	103	164	28	584	10	232	1,781
1891	510	143	123	190	25	521	17	380	1,909
1892	636	265	98	181	42	517	16	365	2,120
1893	621	238	132	200	22	507	24	224	1,968
1894	681	109	107	197	34	421	21	262	1,532
1895	577	123	91	151	36	431	23	231	1,663
1896	758	131	113	156	82	537	41	273	2,091
1897	958	141	102	186	36	415	58	581	2,477
1898	986	143	69	161	42	642	186	583	2,812
1899	1,069	134	87	186	37	792	448	549	3,302
1900	1,240	256	84	206	37	859	713	497	3,892
1901	1,041	244	99	205	49	780	751	402	3,571
1902	846	209	86	208	46	648	470	380	2,883
1903	1,066	296	113	254	49	679	542	528	3,527
1904	1,329	319	102	228	43	737	551	687	3,996
1905	1,450	312	136	305	42	242	835	853	4,175
1906	1,142	399	162	326	40	523	1,157	910	4,659
1907	1,004	519	135	277	22	502	1,769	1,050	5,278
1908	1,196	588	98	201	29	510	1,170	670	4,462
1909	1,262	865	123	256	25	447	1,160	885	5,023
1910	1,327	724	160	346	12	925	1,537	1,200	6,231

Fuente: R. Thorp y G. Bertram, *op. cit.*, págs. 334-335

La importancia del algodón (Cuadro III.5) fue menor que la del azúcar. Sin embargo, entre los años 1909 y 1920 fue el producto de exportación que más rápidamente elevó sus volúmenes de venta. Las principales haciendas algodoneras se establecieron en el valle de Cañete, ubicado a pocos kilómetros del sur de Lima. La industria algodonera, al igual que la azucarera también generó importantes fortunas familiares como la de los Graña, Mujica y Beltrán²⁰.

Cuadro III.5
PRODUCCIÓN Y EXPORTACIÓN DE ALGODÓN.
CAÑETE, 1900-1909^a (toneladas métricas)

	<i>Exportaciones</i>	<i>Ventas locales</i>	<i>Producción total</i>
1900	510	111	621
1903	805	403	1,208
1906	1,109	469	1,577
1909	1,499	1,046	2,544

^a La suma de los parciales puede no ser exactamente el total, debido al redondeo.

Fuente: R. Thorp y G. Bertram, *op. cit.*, pág. 56

A las dinámicas regionales descritas se agrega la de sectores muy importantes, como las finanzas²¹, los servicios y la industria. Especialmente el crecimiento de ésta última es importante para entender la aparición de las clases trabajadoras en el escenario político de la república aristocrática. Su ubicación se encuentra en Lima y Callao (Cuadro III.6).

²⁰DL Gilbert, *op. cit.*, pág. 27

²¹La adopción del patrón oro, en pleno auge del liberalismo económico, permitió que la liquidez aumentara, desde 1875 a 1906, en un 282%; además, que el cambio adquiriera gran estabilidad y el

Cuadro III.6
FÁBRICAS EN LIMA Y CALLAO (1890-1920)

	<i>Lima</i> <i>1890</i>	<i>Lima y</i> <i>Callao</i> <i>1902</i>	<i>Lima y</i> <i>Callao</i> <i>1907</i>	<i>Lima y</i> <i>Callao</i> <i>1920</i>	<i>Total</i>
Cigarros	5	6	3	—	14
Muebles	17	2	2	—	21
Galletas y	1	1	1	2	5
Chocolates	—	—	4	7	11
Madereras	4	4	4	—	12
Escobas	3	2	1	2	8
Fideos	3	6	—	6	15
Jabones y	7	7	4	12	30
Velas	—	7	4	12	23
Licores	6	4	1	5	16
Cervecerías	4	3	2	4	13
Papelerías	—	1	—	1	2
Soda	4	—	—	1	5
Vidrierías	1	1	—	2	4
Heladerías	2	—	—	1	3
Aceite	1	1	1	4	7
Gas	1	—	—	1	2
Electricidad	1	—	—	—	1
Textiles	1	6	8	8	23
Cerillos	1	2	1	1	5
Sombreros	—	2	1	—	3
Refrescos	—	3	1	13	17
Fundidoras	—	6	2	—	8
Curtidurías	—	6	3	—	9
Ladrillos y	—	—	3	1	4
Mosaicos	—	—	3	4	7
Imprenta	—	—	6	—	6
Harineras	—	10	8	2	20
Camisas	—	9	—	—	9
Zapatos	—	2	—	—	2
Cera	—	4	—	1	5
TOTAL	62	95	63	90	310

Fuente: Peter Blanchard, *The Origins of the Labor Movement, 1883-1919*, University of Pittsburgh Press, 1982, *pág.* 9

Como señala Dennis Gilbert²², el desarrollo de la economía urbana desde 1890 fue un producto directo del auge de la actividad exportadora de productos tanto agrícolas como mineros. La principal industria fue la textil, respaldada por la importancia de la explotación algodonera. Esta se ubicaba en Lima, sobre todo en la zona de Vitarte. Las familias de hacendados agroexportadores, como los Pardo o Prado, eran dueñas de importantes fábricas textiles.

A fines del siglo XIX la industria textil fue seguida por las industrias de bienes de consumo ligeros y de servicios (gas, electricidad, agua, transporte público). Es importante destacar que Lima era la única ciudad de América Latina en la cual los servicios básicos pertenecían al capital local. Paralelamente al surgimiento de la industria y de servicios, creció el sector financiero, que empezó a desarrollarse también desde 1890. Los bancos constituyeron un mecanismo de transferencia de recursos a la industria. En sus directorios era frecuente encontrar apellidos de familias dedicadas a la exportación como los Aspíllaga, Pardo, Osma, Mujica, Gildemeister, entre otros.

Finalmente, el apogeo de la minería desde la primera década del siglo XX respondió a la época de inversión directa por parte de Estados Unidos formando en 1901 la Cerro de Pasco Investment Company (posteriormente llamada Cerro de Pasco Cooper Corp.). Esta inversión despojó de su supremacía a las familias nacionales que habían controlado la producción minera, como los Bentín, Mujica y Fernandini. Estas tuvieron que resignarse a cumplir el papel de socios menores del capital norteamericano²³. Por otra parte, el control de la producción petrolera en Piura (departamento ubicado en el norte del Perú) también estaba en

²²DL Gilbert, *op. cit.*, págs. 32-33

²³M. Burga y A. Flores Galindo, *op. cit.*, págs. 62-75.

manos del capital norteamericano y funcionaba en la forma de enclave, por lo que su incidencia en la economía nacional era muy limitada.

Haciendas y hacendados

Felipe Portocarrero y Luis Torrejón²⁴ señalan que, a principios de siglo, un tercio de las fortunas oligárquicas se concentraba en las haciendas. Sin embargo, no todas las haciendas tenían la misma magnitud. Tampoco se basaban en un régimen de producción igual ni exhibían los mismos niveles de productividad. Por ello, mientras algunas haciendas eran un excelente negocio, otras sólo representaban “una magra fuente de renta para sus propietarios”²⁵.

La principal característica del paisaje agrario, según Portocarrero y Torrejón, era la gran extensión, aunque con grados diferenciados de tecnificación. Entre las haciendas que poseían una mayor tecnología resaltaban las plantaciones dedicadas al cultivo de la caña de azúcar, las que sobresalían por ser más modernas y mecanizadas, como las de Laredo en La Libertad y Cayaltí en Lambayeque.

El principal activo de las haciendas era la tierra (68%), seguida por la tecnología (14.03%), los cultivos (8.21%), las construcciones (5.92%) y el ganado (3.83%)²⁶. Por otra parte, los departamentos de Ica, La Libertad y Lambayeque, caracterizados por su exportación de cultivo, mostraban mayor valor de sus tierras. En total, representaban el 84.38% del activo tierra.

²⁴Felipe Portocarrero S. y Luis Torrejón M., *Modernización y atraso en las haciendas de la élite económica. Perú: 1916-1932*, CIUP, Lima, 1992

²⁵*op. cit.*, pág. 11

²⁶*op. cit.*, pág. 24

Mientras La Libertad era el departamento azucarero por excelencia, Ica era el algodnero. La Libertad y Lambayeque ostentaban la mayor infraestructura de servicios y comunicaciones. Esto se explica por sus escalas de producción que exigían población estable, por lo cual los propietarios se preocuparon por construir rancherías, barracas, hospitales y vivienda que aseguraran contar con mano de obra disponible. Estos datos reafirman el carácter agroexportador de la economía peruana.

Portocarrero y Torrejón concluyen que hubo tres tipos principales de propietarios de tierras. El primero muestra a un grupo con racionalidad económica modernizante caracterizado por capitalizar sus haciendas con infraestructura. Como variante del anterior, los propietarios del segundo tipo arriendan sus haciendas a terceros y diversifican sus inversiones en el comercio y la compra de inmuebles urbanos. El tercer tipo muestra una escasa o nula inversión en construcciones o maquinaria y equipo, y exhibe un comportamiento.

El descubrimiento de actores como los hacendados modernizantes, financistas con sentido de la inversión productiva e industriales prósperos, proyecta una nueva visión sobre el problema del desarrollo económico en el Perú. Siempre se había calificado a las élites oligárquicas como usureras, rentistas, poco productivas y entregadas sin más al imperialismo anglosajón. Las nuevas evidencias señaladas muestran que existió un núcleo preocupado por la tecnificación, modernización y racionalización de la economía que buscaba representarse en el Estado, el cual era considerado, a su vez, como un instrumento importante para el desarrollo.

* * *

Las tres dinámicas regionales descritas constituyeron el terreno sobre el cual se echarían las bases de las diferentes maneras principales de enriquecimiento de las familias oligárquicas. Además, hemos visto la aparición y el papel e influencia que tuvieron los agroexportadores, los poderes locales y los financistas. La articulación de estos tres sectores económicos constituyó el piso sobre el cual se levantaría todo un régimen político y una forma de Estado viabilizados por medio de la constitución de un pacto político-económico oligárquico. Antes de conocer dicho pacto, veremos parte de la socialidad de las élites oligárquicas en una ciudad que se modificaba rápidamente como era Lima.

2. La vida social de las élites oligárquicas

La fracción clase capitalista de la oligarquía que apareció con el *boom* guanero y se consolidó gracias al incremento del comercio exterior de productos primarios (azúcar, algodón) con Europa (Inglaterra especialmente), durante fines del siglo XIX e inicios del XX, modernizó la ciudad de Lima, aunque no las relaciones sociales. El espacio físico de la capital se amplió y adquirió un nuevo paisaje gracias a los nuevos inventos introducidos (electricidad, transporte). Pero este rostro bello y remozado se sostenía sobre las frágiles bases de relaciones económicas semiesclavistas y serviles en las haciendas costeñas (de agroexportación) y serranas (de tipo más feudal)²⁷. Se generaba así una contradicción que se manifestaría en los inicios del siglo XX, cuando la ciudad se convertiría en un escenario de disputa política, social y cultural, y los integrantes de las clases subalternas intentasen ser parte del Estado y de la nación, como sujetos con derechos y capacidad de participación en la política.

²⁷M. Burga y A. Flores Galindo hablan por ello de “feudalismo andino”.

Cuando la capital creció, se posesionó de un nuevo valor simbólico²⁸. El presidente José Balta (1868-1872) mandó a derrumbar las antiguas murallas coloniales erigidas para la protección de la ciudad contra eventuales ataques de los piratas. Al mismo tiempo, contrató al ingeniero norteamericano Enrique Meiggs para que redificara el Palacio de Gobierno y construyera el Palacio de la Exposición. No es casual que las obras encargadas fueran la sede del poder político y un espacio de esparcimiento que denotaban el poder y los nuevos estilos de vida que exhibía la élite recién enriquecida. La ciudad empezaba a adquirir una función social distinta.

La guerra con Chile (1879-1883) interrumpió dolorosamente ese ambiente de optimismo, derroche y expansión de la naciente burguesía peruana. Pero posteriormente, la coyuntura económica internacional —marcada por la aparición del liberalismo comercial— favoreció a las élites peruanas porque les permitió recuperar sus niveles de ingreso. Básicamente esto sucedió cuando se incrementó el comercio exterior con una Europa que, en tanto centro económico y político encabezado por Inglaterra, demandaba de mayor cantidad de los productos que podían ofrecer los países latinoamericanos (algodón, lanas, azúcar, ciertos minerales). Esto representó un segundo ciclo de expansión que repercutió en la geografía de la ciudad²⁹. Los avances tecnológicos aceleraron el cambio de rostro de Lima.

En 1895 se establecía la “Empresa Transmisora de Fuerza Eléctrica” de la Fábrica Santa Catalina. En 1896 se habían creado las “Empresas Eléctricas Asociadas”. En 1899 llegaba al Piedra Liza y en 1901 al Callao. En 1902 se inauguraba el alumbrado eléctrico en el Centro de Lima, mientras que en la mayoría de zonas se mantenía el uso del gas. El sector industrial

²⁸Para este apartado me valgo del libro de Alicia del Águila, *Callejones y mansiones...*, *op. cit.*

²⁹Aldo Panfichi, “Urbanización temprana de Lima, 1535-1900”, en Aldo Panfichi H. y Felipe Portocarrero S. (editores) *Mundos interiores. Lima 1850-1950*, CIUP, Lima, 1995

crecía a 6.000 trabajadores (entre imprentas, fábricas y molinos); en oficios se llegaba a 16.000 personas ocupadas en servicios a 8.500. En 1898 se inaugura el Ferrocarril Urbano, y en 1906 llega el tranvía eléctrico con siete rutas y cubriendo 40 kilómetros.

Al mismo tiempo se comenzaron a construir edificios públicos, avenidas y las primeras urbanizaciones. Se amplía la geografía urbana, incorporando las zonas del suroeste, construyendo balnearios exclusivos a los que asistían los miembros de la clase alta limeña (Chorrillos, Barranco), y estableciendo las primeras industrias. Se construyeron grandes calles para ensanchar a la ciudad, al mismo tiempo que se proveía a los habitantes de nuevos espacios de socialización como el Paseo Colón, la avenida La Colmena y algunas plazas. De algún modo, se trataba de un intento —parcial— por reproducir la geometría del París diseñado por Haussmann³⁰.

Paradójicamente, a pesar de la modernización que supuestamente debía crear un campo mayor de integración, la ciudad se parceló, al menos simbólicamente. Hubo espacios que fueron “capturados” para el uso exclusivo de los sectores sociales privilegiados como la Plaza de Armas, que hasta entonces había sido el espacio de confluencia de todos los habitantes. Ésta se convirtió, desde fines del siglo XIX, en un espacio más restringido, apropiado por las élites, y al cual las clases subalternas sólo podían asistir para ver las exhibiciones del poder, como los desfiles militares. En estos espacios restringidos se reproducían socialmente las élites, “socializándo[se] desde niños en los mismos colegios de la capital, aprendiendo a

³⁰Sin embargo, el propósito de Haussman era menos la estética que impedir una repetición de 1848, cuando el ejército no pudo penetrar en las calles angostas donde se encontraban los insurgentes.

frecuentarse mutuamente, de modo que se fue reproduciendo la élite a través de fuertes y múltiples lazos amicales³¹.

En el Centro de Lima se ubicaban los locales exclusivos de las élites, especialmente el Club Nacional, fundado en 1896, que se constituirá en el símbolo de la vida oligárquica. Este club fue identificado como el espacio por excelencia de las élites oligárquicas. Los “24 amigos”, presididos por el civilista Manuel Candamo, se reunían todos los viernes para discutir los sucesos políticos de la semana. El proceso de selección era muy severo, sólo podían ingresar al club aquellos sujetos de fortuna, apellido ilustre y alta cultura. Especialmente se aceptaban limeños o socializados y educados en la capital. Dicho club también fue identificado como un reducto del civilismo, pues prácticamente no habían diferencias entre quienes componían su directiva y los de la alta dirigencia del Partido Civil. De este modo, se estableció una identificación entre civilismo, Club Nacional y élites oligárquicas que terminó estructurando el carácter del propio Estado, basado en las relaciones de reciprocidad y de clientelaje. Sólo después del triunfo de las montoneras de Piérola en 1894 admitió el Club Nacional a nuevos socios, entre ellos al propio Piérola y a Billingham.

En un término más general, el dominio de las élites oligárquicas se basaba en tres instituciones primordiales: el Partido Civil, la Universidad de San Marcos y la Iglesia Católica. Los límites de ésta estaban poco definidos con relación al Estado, pues los apellidos de las élites oligárquicas ocupaban siempre los grados más elevados de las jerarquías políticas, culturales y eclesíásticas³². Como bien ha observado Dennis Gilbert, la participación en cualquiera de estas instituciones “dependía de ser parte de la red oligárquica”, pues “un círculo muy estrecho de familias dirigentes vinculadas entre sí llegaron a dominar todas las

³¹A. del Águila, *op. cit.*, pág. 73

instituciones principales, alcanzando una posición que parecía económica y políticamente invulnerable³³, al menos hasta 1920.

La ciudad también fue un espacio de disputa entre distintas visiones que tenían las élites, que iban de las más modernizadoras a las más tradicionalistas, de las más integradoras a las más selectivas. Alicia del Águila³⁴ señala tres tendencias dentro de esta disputa: 1) la más tradicionalista y exclusivista, tomó el centro de Lima como un coto cerrado en el que las élites se socializan y reproducen; 2) la segunda más identificada con el discurso modernizador de la ciudad, que veía en lo extranjero a la representación de la modernidad anhelada. Las élites modernizadoras, aunque vivieron en el centro de la capital, construyeron balnearios al suroeste de la ciudad como un refugio de privacidad y exclusividad; y 3) la que permite mayor integración social del centro de Lima, representada por una “clase pudiente y medio provinciana, en buena parte instruida”, que presionaba al sistema por tener un lugar en el orden económico y político. El espacio representativo de esta tendencia fue el Jirón de la Unión, que desembocaba frente a Palacio, y por el cual podían confluír todos los habitantes de Lima. Sobre sus veredas se hallaban famosos cafés (como el *Palais Concert*), además de tiendas francesas y restaurantes, el comercio en suma.

En esta nueva Lima que emergía como producto de la modernización y el auge económico, las familias oligárquicas desarrollaban un estilo de vida de tedio, ocio y oropel, y una mentalidad particular compuesta por diversos elementos. El primero de ellos era el catolicismo que, tal como en la colonia, se mezclaba en la vida social y proveía de un

³²A. del Águila, *op. cit.*, pág. 66

³³DL Gilbert, *op. cit.*, pág. 26

³⁴A. del Águila, “Callejones y mansiones o la reconstrucción de los espacios públicos en Lima (1895-1919)”, en *Estudios Sociológicos* núm. 39, pág. 554. También *Callejones y mansiones, op. cit.*, págs. 39 y ss.

elemento de relación entre las élites oligárquicas y el pueblo, también profundamente católico. Un segundo elemento era la concepción señorial de la sociedad con sus rasgos de moralidad, buenas costumbres, respeto por los iguales y exigencia de obediencia por parte de los subalternos. Otro elemento era la caballerosidad que sellaba la pertenencia a una categoría social directora, y que estaba acompañada del consumo lujoso y de la ostentación. El paternalismo y la violencia eran los indicadores de la relación vertical establecida entre élites oligárquicas y pueblo. Estos rasgos revelaban claramente el carácter personal que unía a ambos como consecuencia de la atrofia de los aparatos estatales. Finalmente, la familia cumplía un papel fundamental en la reproducción de estos elementos³⁵. Estas características constituyeron las formas como el Estado, controlado por las familias oligárquicas, se relacionaba con las clases subalternas.

La defensa del orden político oligárquico, entendido como inmutable y casi natural, fue posible gracias a la expansión de un cuerpo de valores profundamente influenciados por la religión católica, que privilegiaban la resignación y la obediencia para las clases subalternas. Al mismo tiempo, se iba formando una nueva concepción del hombre "moderno", "burgués" o "civilizado" que debía portar los valores del amor al trabajo y a las leyes, la formación de una mentalidad racional, y el desarrollo de una sensibilidad burguesa de moderación y recato³⁶, valores éstos que cobrarían mayor centralidad durante la década de los veinte.

³⁵M. Burga y A. Flores Galindo, "La mentalidad oligárquica", en *op. cit.*, págs. 91-99

³⁶Fanni Muñoz, "Las diversiones y el discurso modernizador. Los intentos de formación de una cultura burguesa en Lima (1890-1912)", en *Allpanchis* núm. 49, IPA, Cusco, 1997

3. La política y las formas de la lucha por el poder

Según Waldo Ansaldi³⁷, en América Latina se manifiestan diferentes maneras de articulación de las oligarquías al interior de cada espacio nacional-estatal. Así, se pueden producir equilibrios delicados por cierto tipo de relaciones interregionales entre ellas (caso de la República Velha de Brasil), la subordinación de varias regiones a una más dinámica (caso del valle central de Chile o Buenos Aires), la combinación más o menos efectiva de espacios conflictivos (casos de Colombia, Ecuador y Perú).

En el Perú, precisamente, la precariedad del Estado nacional fue consustancial a la importancia de los poderes locales o regionales, quienes convivieron con los otros sectores de las élites oligárquicas más modernos, como los agroexportadores y los financistas. Entre estos grupos existían relaciones económicas que conformaban un círculo que los beneficiaban mutuamente. Así, se establecía un circuito que empezaba con la sujeción de los campesinos indígenas en las comunidades por parte de los poderes locales; seguía con el aprovisionamiento de éstos de mano de obra a las plantaciones agroexportadoras (con su consecuente ganancia económica y cuota de poder), las cuales se relacionaban con el mercado internacional, cerrando el círculo. Las ganancias que obtenían las haciendas agroexportadoras se reinvertían en la tecnificación o la diversificación de intereses hacia la incipiente industria o hacia inmuebles. En ese momento aparecía el apoyo de las instituciones financieras y bancarias. Por esta razón, tanto los sectores modernizantes como los tradicionales y precapitalistas se necesitaban mutuamente, por lo que no habían razones que impidieran su convivencia.

³⁷W. Ansaldi, *op. cit.*

La cadena que unía horizontalmente a diferentes sectores económicos, desde las comunidades indígenas hasta las haciendas costeñas, explica porqué las élites locales tuvieron una cuota de poder tan importante. En el terreno político, sus representantes controlaban al parlamento, una de las instituciones fundamentales del régimen oligárquico. El sistema personalista y caciquil de la economía se expresaba en el plano político al interior del sistema de representaciones. En ese sentido, como señala Francois Bourricaud, no hay que despreciarse el papel que le cupo al parlamento, aun cuando no desempeñara un rol democrático de representación de intereses de los ciudadanos (quienes, por lo demás, eran una minoría):

El Parlamento, incluso bajo las presidencias más autoritarias, ha desempeñado un papel muy importante en la distribución de favores y en el reparto de prebendas. El caciquismo perdería todo su sentido si la presidencia sola dispusiera del soberano poder de hacer y de deshacer, de nombrar y de desplazar a los funcionarios, de promulgar y de derogar decretos y reglamentos. De hecho, el arbitraje presidencial no se ejerce sino bajo el control, o por lo menos con la aquiescencia, del Congreso y en participación con él³⁸.

Como afirmaría Víctor Andrés Belaunde en 1914³⁹, el parlamento era la instancia del poder personal y en ello radicaba su centralidad dentro del poder oligárquico. Sin embargo, habría que preguntarse sobre la relativa autonomía que ostentó respecto del ejecutivo. Como señala Pedro Planas, el parlamento de los primeros años del siglo XX se caracterizaba por sus intensos debates sobre problemas generales y sobre proyectos que el ejecutivo enviaba para ser convertidos en forma de ley, llegándose incluso al límite de que los parlamentarios votaran en contra de la iniciativa gubernamental, lo que desdice aquella imagen que supone a una oligarquía monolítica. El poder personalista de los parlamentarios era importante, pero no absoluto. Las grietas entre parlamento y ejecutivo representan una ventana desde la cual se

³⁸F. Bourricaud, *op. cit.*, pág. 37

vislumbran las pugnas entre las distintas fracciones de las élites⁴⁰. No se trataba, pues, de estimular una democrática separación de instituciones, sino de fortalecer los cotos cerrados de poder económico y político de las élites.

De haber existido una relación mecánica entre grupos económicos dominantes y expresión política de éstos, los agroexportadores hubieran controlado de manera omnimoda todas las instituciones de la república. Pero ello no sucedió. La misma conformación del pacto oligárquico permitía el espacio para que los poderes locales o regionales, aun cuando de menor gravitación en la economía peruana, tuvieran una representación política para nada desdeñable. El pacto se viabilizaba en la distribución funcional económica y política y no en la progresiva homogeneización de los intereses de un sector dominante que paulatinamente hiciera desaparecer a quienes constituían sus aliados⁴¹.

En cuanto al espacio político en el que se desarrollaron las competencias electorales, es necesario señalar, en palabras de Peralta Ruiz, que “los partidos políticos que actuaron en la República Aristocrática si bien aceptaron las reglas del juego electoral, las asumieron como un mecanismo de alternancia pactada o ‘turnismo’ más que como una competencia real”⁴². Por ello es que la república aristocrática se convirtió en un terreno en el que la lucha electoral significaba, desde el lado del partido de gobierno, la exclusión de los contrincantes, y desde el

³⁹Víctor Andrés Belaunde, *La crisis presente* [1914], Luis Alfredo Ediciones, Lima, 1914

⁴⁰Una de las expresiones de la fuerza política del parlamento es su capacidad de echar abajo sucesivos gabinetes, poniendo en problemas al ejecutivo, obligando a éste a negociar políticamente las leyes a aprobar. Así sucedió, por ejemplo, durante los gobiernos de López de Romaña (1899-1903), de Augusto B. Leguía (1908-1912) y de Guillermo E. Billinghurst (1912-1914).

⁴¹En otras palabras, Sinesio López describe al Estado producto del pacto oligárquico señalando que “tenía una relación directa con los gamonales, los que mediaban la relación entre éste y la población, y mantenía con ellos relaciones de favores y lealtades. El gobierno central y las élites que lo controlaban garantizaban la protección de los gamonales y éstos ofrecían sus lealtades al gobierno central y le garantizaban una cierta obediencia”, en *Ciudadanos reales e imaginarios. Concepciones, desarrollo y mapas de la ciudadanía en el Perú*, IDS, Lima, 1997, pág. 130.

lugar de la oposición, el ejercicio de la violencia. Irónicamente, los periodos de mayor estabilidad institucional eran también el tiempo de mayor violencia política, practicada durante los momentos de elecciones⁴³.

Los partidos de la época: 1895-1919

La súbita importancia que adquirió la riqueza guanera para un país que se industrializaba rápidamente como Inglaterra, constituyó una fuente barata y de fácil extracción que rindió grandes dividendos a una fracción capitalista emergente, cuyas familias se hicieron prontamente las dueñas del Perú. La consecuencia política de este enriquecimiento fue la fundación en 1871 del Partido Civil, auspiciado por la fracción capitalista, que necesitaba de una institución como el Estado desde la cual dirigir un proyecto de desarrollo para el país. Como lo menciona Jorge Basadre, quienes integraron a este partido fueron

los grandes propietarios urbanos, los grandes hacendados productores de azúcar y algodón, los hombres de negocios prósperos, los abogados con los bufetes más famosos, los médicos de mayor clientela, los catedráticos, en suma, la mayor parte de la gente que le había ido bien en la vida⁴⁴.

Manuel Pardo (1834-1878), descendiente de una familia colonial, fue el ideólogo y fundador del civilismo. Con un pensamiento liberal, formado en la escuela de Michel Chevalier⁴⁵ en Francia, Pardo fue el primero en declarar la necesidad de que el

⁴²Víctor Peralta Ruiz, "Partidos políticos y elecciones en el Perú, 1900-1920", CSIC-CEH. (mimeo), Madrid, s/f, pág. 2

⁴³*op. cit.*, *loc. cit.*

⁴⁴Jorge Basadre, *La Historia de la República del Perú*, Editorial Universo, tomo XI, Lima, 1968, pág. 123

⁴⁵Michel Chevalier (1806-1879), fue maestro de Economía Política, discípulo de Saint Simon y colaborador en el gabinete de Napoleón III en la elaboración del Código de Comercio de corte liberal. Chevalier insistía en sus clases en "la preocupación por el incentivo a la producción y la mejora de la clase más numerosa y pobre de la sociedad". Carmen Mc Evoy, *Un proyecto nacional en el siglo XIX. Manuel Pardo y su visión del Perú*, PUCP, Lima, 1994, pág. 34.

enriquecimiento económico tuviera una expresión política. Esa es la razón por la cual impulsó la formación del Partido Civil el 24 de abril de 1871. Su acceso a la presidencia en 1872 significó el fin del primer militarismo, el que había surgido con la independencia. Su programa se basaba en la libre competencia, la producción individual y la no intervención del Estado.

La tragedia del civilismo, llamado a institucionalizar en cierto grado la lucha por el poder en el Perú, es que toda la época de auge y bonanza que representó la comercialización del guano fue quebrada por el estallido de la guerra con Chile en 1879. No sólo el Estado retrocedió en su proceso de consolidación, sino que la fracción burguesa que podía haberlo dirigido prácticamente colapsó o, en el mejor de los casos, vio estrechados severamente los límites de su reproducción económica. Esta fracción tendría que esperar el fin del conflicto y un nuevo marco internacional propicio para volver a tener acceso a fuentes importantes de ingresos.

Hay que recordar que el Partido Civil tuvo una larga vida de cuarentisiete años (de 1871 a 1919). Esta longevidad es importante en el Perú si la comparamos con la de su partido moderno por excelencia, el APRA que, desde su fundación (1930) hasta la actualidad (1999), cumple sesentiocho años de vida política. En la historia partidaria peruana, el Civil y el Aprista son los dos partidos más longevos, representantes de dos momentos de la vida social e institucional del país. Pero la persistencia del civilismo se nos presenta más notable todavía si tomamos en cuenta que superó muchos reveses como el asesinato de Manuel Pardo, la derrota de la guerra de 1879, el gobierno totalmente opuesto de Billinghurst (1912-1914), llegando a ser derrotado de modo definitivo por el segundo gobierno de Leguía (1919-1930). Para sobrevivir, el Partido Civil recurrió a todas las estratagemas que tuvo a su alcance con el

propósito de conseguir, mantener y ampliar su poder: alianzas, guerras civiles, pactos con quienes en un momento fueron sus acérrimos enemigos (como Piérola), decantamiento interno de las fracciones incómodas, etcétera.

Con estos datos ¿es tan simple concluir que se trata sólo de un club de notables como se ha afirmado con frecuencia? Es preciso reconocerle cierto grado de institucionalización, aunque sin llegar a definirlo como un partido plenamente moderno. Sin embargo, tampoco representa cabalmente la vida política de la república aristocrática. Si bien el civilismo fue la fuerza política predominante de la vida peruana desde su fundación hasta el inicio del oncenio leguista, sería erróneo suponer que fue la única. El seguimiento de la evolución política de 1895 a 1919 nos informa que el Partido Civil estuvo en el poder quince años (desde 1904), y no lo hizo solo, porque tuvo que recurrir a alianzas con otras fuerzas políticas. Este juego de alianzas quizás nos indica que el poder político del civilismo no era suficiente para controlar por sí solo al Estado peruano.

El civilismo tuvo un formidable adversario en el Partido Demócrata fundado el 1 de agosto de 1884 por Nicolás de Piérola, el gran y polémico caudillo del siglo XIX en el Perú. Los principios expuestos en la "Declaración de Principios", publicada el año de su fundación difieren poco del civilismo. La característica de este partido fue el estar constituido por aristócratas y hombres ligados a la influencia clerical. Como lo sostenía todo el liberalismo decimonónico, el Partido Demócrata postulaba que la democracia no suponía igualdad, sino la necesidad de una "clase superior", la sujeción plena a la autoridad y el respecto absoluto a la

propiedad privada. No obstante, el papel del caudillo hizo de este partido uno de gran cautivación para las masas⁴⁶.

La importancia histórica del Partido Demócrata radica en que cuando llega al poder en 1895, se funda la llamada república aristocrática. Gobernó hasta 1904, con los presidentes Piérola y López de Romaña. Pero lo más destacado es que legó para todo el periodo que llega hasta 1919 una cierta institucionalidad que fue respetada. Por eso, autores como Hugo Neira entienden al periodo comprendido entre 1895 y 1919 como el de la conformación del "Estado Piérola"⁴⁷.

Un tercer partido, producto del desgaje del Partido Demócrata, que no fue otra cosa que un conflicto entre caudillos, fue el Partido Liberal, fundado y comandado por Augusto Durand, uno de los lugartenientes más conspicuos de Piérola en las montoneras de 1894, hacendado del departamento de Huánuco, ubicado en los límites de la sierra y la selva, en la parte central del Perú. El Partido Liberal, fundado el 5 de octubre de 1902 duró hasta la muerte del propio Durand en 1923. No obstante su nombre, no fue una fuerza política que encarnara los principios liberales. Se trató de una agrupación creada para llevar a su líder al poder. Ello explica las diferentes alianzas que sostuvo con distintos partidos de credos disímiles. El Partido Liberal fue constituido para expresar un poder regional más que para institucionalizar la lucha política alrededor de la construcción de un sistema de partidos.

Finalmente, otro partido de gravitación en la época fue el Constitucional, fundado en 1885 por el general Andrés Avelino Cáceres, cuando éste postuló a la presidencia con éxito

⁴⁶Hugo Garavito Amézaga, *El Perú liberal. Partidos e ideas políticas de la Ilustración a la República Aristocrática*, ediciones El Virrey, Lima, 1989, págs. 247-249. En general, este libro es útil para conocer las ideas y los partidos desde fines de la colonia hasta principios del siglo XX.

⁴⁷Hugo Neira, *Hacia la tercera mitad. Perú XVI-XX. Ensayos de relectura herética*, SIDEA, Lima, 1996

(1886-1890) con apoyo del Partido Civil, el Liberal⁴⁸ y el cacerismo, alianza que se rompió en 1890. Como señala Hugo Garavito, el Partido Constitucional priorizó “el progreso material antes que las reformas sociales”⁴⁹, entroncándose directamente con las tradiciones autoritarias. Partido personalista, el Constitucional también desapareció cuando murió su líder en 1923. Sin embargo, durante su existencia fue importante en el sistema de alianzas que se formaron en los inicios del siglo XX: fue el que apoyó al Partido Civil cuando éste dio por terminada su alianza con los demócratas, influyendo en la relativa estabilidad institucional de la república aristocrática.

Otro partido, de menor relevancia fue la Unión Cívica, liderado por Mariano Nicolás Valcárcel⁵⁰ y fundado en 1892 para apoyar la elección como presidente de Remigio Morales Bermúdez (1890-1894). Fue el resultado de una alianza antimilitarista de civilistas con el Círculo Parlamentario comandado por el propio Valcárcel. Su nombre indica el programa de este partido: la oposición a la intromisión del ejército en la vida política.

* * *

Estos son los actores políticos oficiales que conformaban desde fines del siglo XIX el escenario político en el Perú. Los partidos no funcionaban como organizaciones, salvo en cierta medida el civilista. Tampoco se caracterizaban por su oferta programática ni por una relación orgánica con las clases populares. Gracias a los pactos interélites que ellos

⁴⁸Este Partido Liberal fue fundado el 24 de enero de 1884 y fue comandado por José María Quimper, pero no tuvo mayor trascendencia.

⁴⁹H. Garavito Amézaga, *op. cit.*, pág. 253

⁵⁰Mariano Nicolás Valcárcel fue un político destacado desde los años previos del ingreso de Piérola al poder. Participó en la batalla de Miraflores en la defensa de Lima contra el ejército chileno. Posteriormente, fue miembro repetidas veces de la Cámara de Diputados, llegando a ser su presidente.

conformaron, fundaron el sistema político peruano, caracterizado por cierta institucionalidad. En su momento, estos partidos, aun con las deficiencias anotadas, fueron capaces de mantener un mínimo de continuidad institucional cuando el ingreso de Piérola en 1894 acabó con el segundo militarismo, e inauguró el periodo de oro de la oligarquía peruana. Como vimos, los partidos políticos de la época no tuvieron una ideología clara y definida. Por eso conformaron alianzas, a primera vista sin sentido, con sus adversarios. La política se movía en la dirección que se desplazaban los caudillos. Sólo el civilismo se comportaba, en parte, como un partido.

CAPÍTULO IV

LA CIUDAD Y LAS CLASES SUBALTERNAS

EN ESTE CAPÍTULO VEREMOS EL CONTEXTO que permitió la aparición del candidato a la presidencia del Perú, Guillermo E. Billinghurst, quien, sin pertenecer en esos momentos a ninguno de los partidos oficiales que dominaban la escena política, fue apoyado por una inusitada movilización popular en 1912, teniendo como escenario a una ciudad —Lima— que se modernizaba velozmente y se constituía, como toda ciudad, en un “acelerador del conflicto”¹. En el capítulo anterior vimos las grietas que se produjeron en la representación oficial. En éste conoceremos el proceso de constitución de las clases subalternas y la organización de obreros y artesanos, soporte social de los orígenes del populismo en el Perú.

Las clases subalternas limeñas

Cómo las clases populares pueden convertirse en actores políticos es un problema relevante para comprender la formación de los estados nacionales en países de industrialización tardía. Para el caso peruano, es central conocer cómo se constituyen las clases subalternas limeñas, desde fines del siglo XIX hasta las primeras décadas del actual, y cómo acceden a los terrenos de la política. En este marco, las preguntas a las que trato de responder son las siguientes: ¿qué llevó a estos individuos a actuar colectivamente?. ¿cómo fueron capaces de romper con

¹Edward Shorter y Charles Tilly, *Las huelgas en Francia. 1830-1968*, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, Madrid, 1985, pág. 495

un discurso que los confinaba a un estado de permanente subordinación?, ¿qué elementos actuaron en favor de convertirlos en un actor con incidencia en la escena política?

Son varios los factores que contribuyeron a este proceso: en primer lugar, la modernización incipiente de inicios de siglo que experimentaba el Perú gracias al auge agroexportador y sus consecuencias en la transformación del espacio urbano —Lima—. Como consecuencia de lo anterior, se modificaron algunas instituciones que buscaban relacionarse de una diferente forma con las clases populares, ofreciéndoles espacios que cambiarían sustancialmente su participación en la vida sociopolítica peruana. Dentro de ello estaban las nuevas formas de sociabilidad² que experimentaban las clases populares, avivadas por el contacto múltiple de individuos de diversas procedencias, especialmente por acción de las migraciones intensamente vividas en los años iniciales del presente siglo. Finalmente, influyó el ingreso de nuevas formas de ver la acción política, de nuevas ideologías que, como el anarquismo, incidían en el papel protagónico de las clases populares, y empezaban a negar el carácter ineluctable de una sociedad dividida en clases.

La ciudad plebeya

A principios de siglo, Lima era, como la describe Luis Alberto Sánchez, una aldea. Estaba rodeada de haciendas y chacras que la urbanización de los años veinte absorbería paulatinamente. La mayoría de sus habitantes vivían en condiciones de hacinamiento. Recién en 1870 llegó el agua potable, y sólo para algunos sectores. Este estado se agravó con el crecimiento de la población de sectores populares en una ciudad que no estaba preparada para

²La sociabilidad es “entendida como la aptitud de vivir en grupos y consolidar los grupos mediante la constitución de asociaciones voluntarias”, en Maurice Agulhon, *Historia vagabunda*. Instituto Mora, México, 1994, pág. 55

albergarlos. Manuel Burga y Alberto Flores Galindo³ citan una tesis de doctorado en Medicina de Enrique León García en la que presenta cifras reveladoras: 77% de la población estaba mal alojada; 10% deficientemente alojada y sólo el 13% gozaba de un espacio holgado. Las familias populares cocinaban con leña.

Según el Censo de 1908⁴, en los distritos más pobres (Barrios Altos, La Victoria, Rímac) predominaban las casas de adobe (o quincha), con carencias de agua y desagüe, y donde habían zonas tugurizadas con un promedio de hasta 50 personas por cada casa de vecindad. En general, estas eran las condiciones en las que vivían las clases populares. Entre los años que van de 1900 a 1931, la población de Lima pasó de 150.000 habitantes en 1900 a 224.000 en 1920 y 376.000 en 1931⁵. Esto representa un crecimiento de 150%. Pero además, la tasa de crecimiento de la población de los sectores populares fue del orden del , o sea mayor que la de la ciudad en su conjunto. Las situaciones descritas explican la existencia de enfermedades que elevaban las tasas de mortalidad, como la tuberculosis, fiebre tifoidea y gripe.

La relativa modernización de Lima se focalizó en ciertos aspectos y zonas que no eliminaron su panorama preindustrial característico. Paralelamente, aparecieron las barriadas como la de San Francisco de la Tablada de Lurín en 1903, proceso que continuó en los años veinte.

Como consecuencia de los cambios descritos, a inicios del siglo XX se habían formado nuevos espacios de socialización y de interacción que pronto iban a posibilitar acciones colectivas. Por otro lado, el reducido espacio que constituía el llamado “tablero de Pizarro”

³Manuel Burga y Alberto Flores Galindo, *Apogeo y crisis de la República Aristocrática*, Editorial Rikchay Perú, cuarta edición, Lima, 1981, pág. 13

⁴*Censo de Lima*, 26 de junio de 1908, tomo I, Imprenta La Opinión Nacional, Lima, 1915

⁵Luis Tejada R., “Malambo”, en Aldo Panfichi y Felipe Portocarrero S. (editores), *Mundos interiores. Lima 1850-1950*, CIUP, Lima, 1995

forzaba una cierta interacción, pues al lado de las mansiones señoriales vivían obreros y artesanos en casonas que habían sido subdivididas y arrendadas, así como miembros de la clase media muy preocupados por el *status*. La gente integrante de las clases populares podía ver, por ejemplo, al presidente Pardo cruzar a pie la Plaza Principal para ir de su casa a Palacio y viceversa. Existía, pues, un espacio físico compartido que aumentaría con el incremento de las diversiones públicas.

Al lado de estos hechos concretos, había una distinción simbólica demarcada por el río Rímac. El río separaba en dos a la ciudad: el centro aristocrático, donde se concentraban las instituciones del poder político y social (Palacio, parlamento, municipalidad, etcétera), y el barrio del Rímac, ubicado detrás de la casa de gobierno. Aquél era el lugar de las élites. éste el espacio de los pobres. Abajo del Puente, lugar de negros y mestizos, fue un referente central en la consolidación de la cultura criollo-popular; ahí la política oficial apenas llegaba con la formación de algunos clubes políticos. En el otro lado del río se ubicaban importantes barrios populares como La Parada, Borbones, Cangallo, los Barrios Altos, La Victoria. La distancia que separaba a los habitantes de estos barrios sería echada abajo por la actividad organizativa gremial, sindical y política⁶.

Los espacios del pueblo

Contra el discurso y los deseos de las élites, Lima era una ciudad multicolor y con sabor popular, producto de la confluencia de muchas sangres y orígenes. Las clases populares se ubicaban en los Barrios Altos, en el Rímac y también en Vitarte, más alejado del Centro de

⁶Alicia del Águila, *Callejones y mansiones. Espacios de opinión pública y redes sociales y políticas en la Lima del 900*, PUCP, Lima, 1997

Lima. De aquellas zonas saldrían los grandes contingentes de obreros y artesanos que cuestionarían tempranamente al dominio oligárquico.

Las viviendas del pueblo se establecían en callejones de un solo caño. Sus inquilinos compartían su devoción a un santo patrono que los identificaba. En esos callejones, los miembros de las clases subalternas estrechaban lealtades gracias a las fiestas “de rompe y raja”, las cuales tenían también un indudable carácter religioso, como la fiesta de Amancaes (en el Rímac). Para completar el panorama, a la condición social de pobreza, de devoción religiosa y de fiestas se debe añadir, como productores de sociabilidad, el factor racial. Los miembros de las clases subalternas que vivían en callejones y casas de vecindad, que trabajaban como obreros y artesanos eran, a su vez, integrantes de lo que en esos años se llamaban “las razas inferiores” (es decir, negros, mestizos, indios, cholos⁷, asiáticos, etcétera)⁸. Dos tercios de la población de estos barrios (los más pobres) eran de las “razas de color”. La condición social iba acompañada de la condición racial.

En estos barrios se creaban y recreaban expresiones artísticas que dejarían su sello en la cultura e identidad populares. El vals, la polca, la música afroperuana, la poesía proletaria, fueron elementos centrales en esa configuración. Y el vals especialmente, como señala Hugo Neira, fue la expresión de un proceso de formación de individuos (desencantados y desamparados) en un contexto de modernización:

Ciertamente, no es una filosofía [el vals], porque evidentemente no hay un desarrollo sistemático de esa intuición inicial del desamparo del mundo, pero se aproxima, es un umbral. Más que un saber literario o musical, es una sapiencia. Afirmo pues que una

⁷Cholos era la denominación despectiva con la que se designaba a los mestizos con pronunciados rasgos andinos.

⁸Aldo Panfichi nos recuerda algunas cifras. Por ejemplo, en 1908 en Barrios Altos el 36% eran mestizos, y en el Rímac (San Lázaro) el 38%; el 34% blancos en uno y en el otro 36%; 17% de indios en cada uno; de negros 6 y 5% respectivamente y de asiáticos había 7% en el primero y 3% en el segundo. Aldo Panfichi, “Urbanización temprana de Lima, 1535-1900”, en *Mundos interiores, op. cit.*

forma de sabiduría aparece con el vals y a fines del XIX, es decir, tardíamente, y en una capa de humildes poetas con una temática obsesiva sobre la fragilidad de la existencia y lo poco que separa la dicha de la desdicha⁹.

También hay que agregar nuevas prácticas lúdicas como el fútbol (que recién se introducía en el Perú por el puerto del Callao y gracias a la visita de barcos ingleses), que se sumaba a las peleas de gallos, la corrida de toros, juegos acrobáticos, el circo, las funciones de títeres y de teatro (del género chico, como la zarzuela y las funciones sicalípticas, especialmente auspiciadas por los chinos)¹⁰.

Los colores del pueblo

Lima, en los inicios de siglo, fue un escenario en el que confluyeron individuos de distintas procedencias, tanto del interior como de otros países. La migración extranjera de más incidencia fue, sin lugar a dudas, la de los italianos.

Si bien la presencia de los italianos procede desde los tiempos de la colonia, su presencia significativa data de mediados de la segunda mitad del siglo XIX. Giovanni Bonfiglio ofrece cifras respecto al número de italianos que llegaron al Perú según años (*Cuadro IV.1*).

⁹Hugo Neira, *Hacia la tercera mitad. Perú XVI-XX. Ensayos de relectura herética*, SIDEA, Lima, 1996, pág. 464

¹⁰Fanni Muñoz, "Las diversiones y el discurso modernizador. Los intentos de formación de una cultura burguesa en Lima (1890-1912)", en *Allpanchis* núm. 49, IPA, Cusco, 1997

Cuadro IV.1
Inmigración italiana al Perú,
1876-1940

	<i>Inmigrantes italianos</i>
1876	5,000
1908	3,094
1920	2,578
1931	3,176
1940	2,491

Fuente: Giovanni Bonfiglio,
"Los italianos en Lima", en
Mundos interiores, op. cit

La mayoría de los italianos se concentraban en Lima: en 1876 el 50%; en 1900 el 60% y a mediados del siglo XX llegó al 80%. Estos migrantes provenían, en su mayor parte, de Liguria, zona marítima y comercial. Los famosos "bachiches" llegaron como marinos y tripulantes para llenar un vacío que los peruanos no habían sabido ocupar durante el *boom* guanero: el comercial (los que procedían de las zonas rurales de la Liguria), y el empresarial (los que procedían de las ciudades). Los italianos migrantes llegaban dispuestos a forjarse una fortuna, por pequeña que fuera, y a ser dueños de su propio negocio. Para ello venían provistos de una ética de ahorro y trabajo que los limeños estaban lejos de poseer. Así "el italiano de la esquina" se convirtió en un elemento más del paisaje urbano de Lima.

Los italianos llegados al Perú, que empezaron como comerciantes o artesanos, crearon industrias prósperas. Entre 1880 y 1925, de las 106 fábricas existentes en Lima 45 eran de italianos, 13 de ingleses, 12 de otros europeos y 5 de asiáticos. También hubo aquellos que se dedicaron al cultivo de huertas y a la venta de verduras; también ellos ascendieron socialmente llegando a ser dueños de bodegas más grandes, mayoristas o constructores. Por

otro lado, los mayores comerciantes invirtieron en haciendas en la costa central para dedicarse a la exportación de azúcar o de algodón. Además, las casas de empeño y de préstamos, a fines del siglo XIX, eran casi en su totalidad de italianos. Finalmente, éstos invirtieron en bienes inmuebles. En 1920, representaban el 16.5% de propietarios (2,578), después de los peruanos, que representaban el 63.2%. También se dedicaron a la compra y construcción de casas, creando urbanizaciones como las de Magdalena, San Miguel, Santa Beatriz y La Victoria.

Otro contingente importante de migrantes fue el que representaron los chinos¹¹. Si bien numéricamente no fueron tan significativos como los italianos, los chinos constituyeron un ingrediente fundamental en la composición de la cultura urbano-criolla. Los primeros chinos llegaron al Perú en 1849 en condición de “contratados” (en realidad en condiciones de esclavitud disimulada) para el trabajo en las haciendas costeñas en remplazo de la mano de obra negra que había sido liberada. De 1840 a 1874 llegaron al Perú 100,000 chinos, la mayoría de los cuales se fue a vivir a Lima. Hacia 1859 ya vivían en la Calle Capón, ubicada en la séptima cuadra del Jirón Ucayali (Centro de Lima) al frente del Mercado de la Concepción (también llamado Principal o Central) construido durante el gobierno de Ramón Castilla (1855-1862). Ahí vivieron hasta 1909, cuando el entonces alcalde de Lima, Guillermo E. Billingham, ordenó su desalojo.

El Censo de 1908 de Lima registra una población china de 2,481 individuos (instalados en el Barrio Chino) sobre una población de 17,748 habitantes, es decir, 1 de cada 7. El Barrio Chino estaba ubicado en el Jardín Otaiza (que, una vez alquilado por los asiáticos, se convirtió en el Callejón Otaiza). Ahí vivían los chinos en condiciones de hacinamiento, pero siempre teniendo en mente su misión de ayudarse mutuamente. Los nuevos migrantes que llegaron

entre 1903 y 1908 elevaron el número de chinos a 11.742, sumando 1.000 más en 1909. En dicho Callejón, los chinos, además de vivir, tenían sus negocios: carpinterías, pastelerías, herrerías, zapaterías, cigarrerías y salones de opio. Se concentraban eran básicamente en dos ocupaciones: personal de servicio (41.9%) y comercio (18.9%).

La sociedad blanca oficial siempre vio con malos ojos la presencia de los chinos en Lima. Se estigmatizaba sistemáticamente a esta colonia como sucia, viciosa, jugadora, portadora de malos olores, de raras costumbres sexuales, en suma, como de un centro infeccioso, y no sólo biológicamente, pues la estigmatización tenía connotaciones culturales. El resultado fue que Leguía impidió, el 14 de mayo de 1909, más llegada de chinos al Perú al interior de un clima antichino que tuvo ciertas repercusiones en el ámbito diplomático.

Por su parte, el contingente negro llegó desde el momento mismo de la conquista. Por eso, la historiadora María Rostworowski¹² señala que más preciso que hablar del encuentro de dos mundos, se trata del encuentro de tres: blancos, indios y negros. Éstos últimos, asentados principalmente en la costa, procedían en su mayoría de Cabo Verde. Su importancia en la conformación de la cultura peruana es innegable y está patentizada en las manifestaciones culinarias, artísticas y religiosas. Quizás su huella más tangible sea la veneración al Señor de Pachacamilla (o el Señor de los Milagros), a la que Mariátegui inmortalizó en una crónica de 1916: anualmente toda la población de Lima le rinde tributo por las calles en la procesión del mes de octubre.

Luego de que el gobierno del presidente Ramón Castilla decretara la manumisión de los esclavos negros en 1854, muchos abandonaron las haciendas que rodeaban Lima y se fueron a

¹²Humberto Rodríguez P., "La Calle Capón, el Callejón Otaiza y el Barrio Chino", en *Mundos interiores*, *op. cit.*

vivir a la capital. Los negros convivieron con los mestizos, los indios, los asiáticos y otros grupos en la Lima de principios de siglo, dando su aporte original a la cultura criollo-popular entonces en gestación.

Susan C. Stokes¹³ ha estudiado la participación del contingente negro en la Lima de principios de siglo con más detalle¹⁴. Señala que la propia ubicación ocupacional del contingente negro —albañiles los hombres, trabajo doméstico las mujeres— explica el hecho de que la radicalización del movimiento sindical apenas influyera sobre él, salvo algunos sectores artesanales como panaderos y zapateros. Esta ubicación ocupacional, por otro lado, hacía común la identificación negro-albañil. De este contingente nacería el equipo de fútbol representativo del contingente negro y que se extendió como una seña de identidad en la representación popular más amplia, Alianza Victoria, luego llamado Alianza Lima.

En relación con los indígenas, el contingente más importante del país, su ubicación ocupacional (en porcentaje) en el año 1908 se distribuyó igualmente entre los diferentes sectores (*Cuadro IV.2*).

¹²María Rostworowski de Diez Canseco, *Pachacámac y el Señor de los Milagros. Una trayectoria milenaria*. IEP, Lima, 1992

¹³Susan C. Stokes, "Etnicidad y clase social: los afro-peruanos de Lima, 1900-1930", en Steve Stein (compilador), *Lima obrera. 1900-1930*, tomo II, ediciones El Virrey, Lima, 1987

¹⁴Con relación al interés que presento aquí, señalo las labores en las que estaban ubicados los miembros del contingente negro por sexo. Del total 345 negros (17.8%) trabajaban en la construcción como albañiles, seguido por los oficios de carpinteros con 191 (9.9%), jornaleros con 145 (7.5%), carreteros con 120 (6%), zapateros y agricultores con 104 cada uno (5.4%). Respecto a las mujeres negras, su ubicación era la siguiente. Del total, 1,062 (33.1%) trabajaban de lavanderas, 491 (15.3%) de cocineras, 407 (12.7%) no tenían profesión, 376 (11.7%) de domésticas y 185 (5.8%) de costureras, entre los rubros más importantes.

Cuadro IV.2
Distribución ocupacional de la
población indígena de Lima (1908)

	%
Empleados de gobierno y culto	38.9
Agricultura y ganadería	36.8
Personal de servicio	26.8
Transportes	20.4
Industrias y artes manuales	18.6

Fuente: Censo de Lima, 26 de junio de 1908, tomo I, Imprenta La Opinión Nacional, Lima, 1915

En particular, la calidad de empleados de gobierno y culto (38.9%) se refiere principalmente al ejército.

Finalmente, el contingente de mestizos resulta siempre de difícil determinación porque, por un lado, y gracias a las intensas interacciones entre los miembros de las clases subalternas, el blanqueamiento, por leve que fuera, siempre representaba una elevación en la consideración social. Por otro, la diversidad cromática del pueblo volvía difícil adscribir a los individuos en uno u otro contingente. Por ello, el encargado del Censo de 1908 señalaba, en relación con la variedad de cruces étnicos que:

Algunos de estos productos son transitorios, híbridos que desaparecen ó regresan al tipo ancestral por nuevos cruzamientos; pero uno de ellos llamado *mestizo* entre nosotros ha prosperado y se ha mantenido, adquiriendo fijeza hereditaria, perpetuándose en Lima á través de las generaciones de tres siglos¹⁵.

Los mestizos se encuentran ubicados preponderantemente en la ocupación de industrias y artes manuales (47.7%), es decir, representaban la base de la clase obrera de entonces.

¹⁵*Censo de Lima, op. cit., pág. 90*

Para terminar este rápido panorama, vemos en el *Cuadro IV.3* que la población de Lima de 1908 estaba distribuida entre un 41.7% de la población blanca, un 34.1% de la mestiza y el resto (24%) de las de colores.

Cuadro IV.3
Población de Lima en 1908
por contingentes étnicos

<i>Contingente étnico</i>	<i>Población</i>	<i>%</i>
Blanco	58,683	41.7
Mestizo	48,133	34.1
Indígena	21,473	15.3
Negro	6,763	4.8
Asiático	5,487	3.9
Sin datos	345	0.2
TOTAL	140,884	100.0

Fuente: Censo de 1908, op. cit., pág. 97

Italianos, chinos (también japoneses, pero en mucho menor grado) y negros eran elementos fundamentales en la composición de las clases subalternas de la Lima de inicios de siglo. Junto a mestizos e indígenas, fueron quienes le dieron una característica especial a la vida urbana de los sectores populares de entonces. Por eso, como afirma con razón Stokes, la Lima de principios de siglo era un mosaico de razas que interactuaban entre sí dando lugar a una infinita gama cromática. En dicha ciudad, que vivía los procesos descritos en el apartado anterior, estos contingentes se socializarían y politizarían.

Instrucción y ocupaciones

Las cifras del *Cuadro IV.4* nos indican que la Lima de principios de siglo era una ciudad relativamente instruida, aun en las clases subalternas, pero también nos revelan la jerarquización de los grupos étnicos. En efecto, mientras el grupo étnico blanco ostenta los niveles más altos de alfabetismo (963 de 1000 saben leer y escribir, casi el 100%), la escala va reproduciendo la ubicación de los grupos étnicos en la sociedad limeña, ubicándose el contingente asiático en el último lugar con los mayores niveles de analfabetismo (783 de 1000 no saben leer ni escribir, el 78.3%).

Cuadro IV.4
Grado de instrucción (por mil)

<i>Grupo étnico</i>	<i>Leen y escriben</i>		<i>Leen pero no escriben</i>		<i>No leen ni escriben</i>		<i>Total</i>	
	Absoluto	Relativo	Absoluto	Relativo	Absoluto	Relativo	Absoluto	Relativo
Blanco	47,171	942	1,022	21	1,874	37	50,067	1,000
Mestizo	32,407	813	2,011	50	5,472	137	39,890	1,000
Indígena	12,004	664	1,169	61	5,779	306	18,952	1,000
Negro	4,051	632	468	76	1,573	260	6,092	1,000
Asiático	1,020	203	72	14	3,935	783	5,027	1,000
	96,563	805	4,742	40	18,633	155	120,028	1,000

Fuente: Censo de Lima, op. cit., pág. 104

De estos datos se constata fácilmente cómo las “razas de color” (o “inferiores”) tienen los niveles más bajos de alfabetización, reafirmando lo que se había mencionado líneas arriba: la dominación social tenía también un carácter racial. Sin embargo, las cifras de alfabetización son relativamente altas para la época, salvo para los asiáticos.

En cuanto a las ocupaciones, es notoria la diferencia entre géneros. Mientras que existen 48,934 varones con profesión, sólo 25,072 mujeres que gozaban de esa situación. Así, se agrega un componente más en la discriminación. En el *Cuadro IV.5* se puede observar que los grupos ocupacionales que concentran mayor cantidad de miembros son los relacionados con servicios, comercio y burocracia (en total 36,920), sobre la población ubicada en industrias y artes manuales (23,879).

Cuadro IV.5

Distribución de la población de Lima por ocupaciones

<i>Ocupaciones</i>	
Industrias y artes manuales	23,879
Personal de servicio	14,622
Comercio	13,408
Empleados de gobierno y administración, militares y cultos	8,890

Fuente: Censo de Lima, op. cit., págs. 114 y ss.

No debe sorprender que la categoría industrias y artes manuales absorba la mayor cantidad de personas, puesto que en ella están incluidos los llamados oficios de las clases populares, especialmente los obreros. Comparados estos datos con los de 1876 se concluye en el Censo que dicha categoría ha pasado de absorber la cuarta parte de la población a la tercera¹⁶. En este crecimiento está una de las explicaciones de la creciente importancia de las

¹⁶Como resalta Peter Blanchard, el rubro "Artes y oficios" creció así: en 1876 9.548 trabajadores; en 1900 22.879 y en 1920 44.327, en *The Origins of the Peruvian Labor Movement, 1883-1919*, University of Pittsburgh Press, 1982.

clases subalternas en términos sociales y políticos. En el *Cuadro IV.6* se desagrega la categoría industrias y artes manuales, obteniendo la siguiente distribución.

Cuadro IV.6
Distribución de los trabajadores ubicados en la categoría
industrias y artes manuales

<i>Industrias y artes manuales</i>	
Albañiles	2,260
Carpinteros	2,520
Costureros	6,340
Sastres	1,489
Zapateros	2,253
TOTAL	23,879

Fuente: Censo de Lima, op. cit., págs. 114-115

La cifra total (23,879) es muy superior a la que se tenía en 1876 (9,551). Por otro lado, en la categoría personal de servicio, los rubros más altos se encuentran en cocineros (3.684), domésticos (3,935) y lavaderos (5,546).

Las clases medias

Para acercarse al tema de las clases medias es necesario una advertencia. En el Perú de inicios de siglo, las clases sociales no estaban delimitadas con precisión; por ello, cuando se aborda el estudio de la clase media, se opta por una definición más cultural, es decir, de acuerdo a valores y patrones de conducta más a que a una ubicación estructural en el sistema económico. En la medida que no hay una conceptualización clara para clasificar a quiénes son de clase media, he tomado del Censo de 1908 los rubros de empleados de gobierno y

administración, militares y culto, profesiones liberales e instrucción y educación (*Cuadro IV.7*).

Cuadro IV.7
Principales ubicaciones laborales
de la clase media limeña

<i>Empleados de gobierno y administración, militares y culto</i>	
Clérigos y religiosos	1,226
Empleados	1,575
Jubilados	124
Militares	5,965
<i>Profesiones liberales</i>	
Músicos	311
Ingenieros	256
Abogados	252
Contadores	153
Artistas	143
Profesores	66
<i>Instrucción y educación</i>	
Estudiantes	3,645
Institutrices	63
Profesores	747

Fuente: Censo de Lima, op. cit., págs. 120, 121 y 122

En el caso de los periodistas, si bien es un grupo pequeño (66), hay que anotar que cualitativamente sí resulta importante por su capacidad de influencia en la reducida opinión pública de entonces.

Lamentablemente, no se cuenta con datos que indiquen la composición étnica de estas categorías. es plausible suponer que están compuestas en su mayoría por mestizos, aunque los puestos directores los ocuparan miembros del grupo étnico blanco. En el caso de militares, por ejemplo, las élites del ejército con toda seguridad pertenecían a las familias oligárquicas, mientras que la soldadesca estaba compuesta tanto por mestizo y, principalmente, indígenas. Por otro lado, tomar en cuenta a la clase media, aun en una ciudad de incipiente urbanización como es la Lima de inicios de siglo, es central para el problema que estoy tratando, puesto que intelectuales, periodistas, empleados públicos y otros, resultaron de una importancia estratégica indudable para la configuración incipiente de las clases subalternas urbanas como actor político. Este hecho quizás se deba explicar por aquello que Víctor Andrés Belaunde denunciaba en 1915: la sujeción de los sectores medios al Estado y por consiguiente su falta de autonomía. Sin embargo, en los movimientos populares de 1912 que exigían la proclamación de Billinghurst como presidente de la república, cumplieron un papel de primer orden algunos periódicos, especialmente el pierolista *La Prensa*, el cual actuó no sólo como formador de opinión pública, sino también como organizador activo de las llamadas “jornadas cívicas” de ese año.

Para los pobres ser de clase media era generalmente más una exhibición de *status* que una situación real. David S. Parker¹⁷ señala que la clase media de la Lima de inicios de siglo era un estilo de vida, el cual, a veces, resultaba sólo una invención, una apariencia. Los arribistas tenían que mostrar que pertenecían a esa categoría algo gaseosa pero influyente de la “gente decente”, y para ello debían “reinventar su pasado” y establecer un círculo de amistades apropiado. Compartían además ciertas preferencias o valores, como el rechazo al

trabajo manual, la vindicación del honor y la buena reputación (castidad sexual) así como ciertas modalidades de consumo. Importaba más lo que se veía de afuera que lo que se vivía por adentro. En ese sentido, la elección de una casa con buena fachada era central en el camino exitoso del ascenso social. Por ello, resultaba frecuente que aquellos a quienes se les podía calificar de clase media vivían en casonas subdivididas y superpobladas, y sólo contaban con un cuarto en el que debían hacer todo, desde dormir y cocinar hasta hacer sus necesidades fisiológicas. Por estas condiciones reales es que parte de las clases medias se podían sentir identificadas con los reclamos de las clases populares, tornándose en aliadas importantes.

El largo proceso organizativo

La historia organizativa de las clases subalternas se inicia desde mediados del siglo XIX¹⁸. El 23 de mayo de 1858, Ramón Castilla autoriza la fundación, por parte de los artesanos, de la primera entidad mutualista del Callao, *Sociedad Democrática Filantrópica*. Al año siguiente se funda la *Sociedad Amiga de las Artes del Callao*, gracias a la ayuda del destacado intelectual Francisco González de Paula Vigil¹⁹ quien redactó sus estatutos. A fines de 1859 los artesanos lanzan la primera huelga para protestar contra la importación de artículos producidos en los países desarrollados. El 26 de setiembre de 1860 se crea la *Sociedad de Artesanos de Auxilios Mutuos*, de la cual, después de sufrir una división, surge la *Sociedad*

¹⁷David S. Parker, "Los pobres de la clase media: estilo de vida, consumo e identidad en una ciudad tradicional", en *Mundos interiores, op. cit.*

¹⁸La información que sigue se basa principalmente en Rolando Pereda Torres. *Historia de las luchas sociales del movimiento obrero en el Perú republicano. 1858-1917*, EDIMSSA, Lima, 1982

¹⁹Francisco González de Paula Vigil (1792-1887) fue un persistente acusador de los caudillos que dirigieron a la república desde la independencia. Es el fundador de un discurso ético de los intelectuales frente al poder, que será retomado por figuras como Mariano Amézaga y Manuel

Fraternal de Artesanos, ambas de orientación liberal. Finalmente, en 1877 se funda la *Unión Universal de Artesanos*.

Entre los años que Miguel de San Román fue presidente (1863 y 1868), el gobierno estimuló la inversión industrial y comercial en ramos tales como cerveza, mosaicos, galletas, chocolates, maderas y jabones. El empuje económico que resultó obligó a ensanchar la ciudad. Por ejemplo, el capital francés construyó el Muelle Dársena del Callao (1869) y explotó el guano²⁰ (mediante el Contrato Dreyfus). En 1876 se estableció la Empresa del Tranvía. Dos años después aparecían los primeros coches de tracción animal que realizaban el recorrido Parque de la Exposición-Los Descalzos.

Al crecer, la ciudad demandó mayor trabajo en bienes y servicios cubiertos por artesanos libres y adscritos a organizaciones mutualistas. Entre ellas están la *Sociedad Fraternal de Artesanos Firmes por la Unión*, fundada en 1873; la *Unión de Pescadores* creada al año siguiente; la poderosa *Sociedad Tipográfica de Auxilios Mutuos* con 500 afiliados hacia 1875. Simultáneamente se creaba una prensa proletaria, como *El Artesano* (15 de marzo de 1873) y *El Obrero* (20 de marzo de 1875), ambas publicadas en Lima.

Con toda esta efervescencia de organización, el mutualismo cobraba una gran influencia entre los trabajadores de la Lima de aquel entonces. Sin embargo, esta expansión se detuvo bruscamente con el estallido de la guerra con Chile (1879). Aun así, antes de terminar totalmente el conflicto, siguieron apareciendo entidades artesanales como la *Sociedad 13 amigos* en 1882 y la *Sociedad Amigos de las Artes* de Lima, siempre asesoradas por figuras

González Prada. Por ello, no resulta extraña su vinculación a los grupos laborales emergentes, pues veía en ellos un contrapeso a los caudillos militares que usufructuaban del gobierno.

²⁰Mediante el Contrato Dreyfus, firmado por Piérola, que cedió la explotación del comercio guanero al capital extranjero.

intelectuales como González de Paula Vigil, el literato Ricardo Palma²¹ y el periodista Andrés Avelino Aramburú²². El 30 de mayo de 1886 se creaba la central mutualista *Confederación de Artesanos Unión Universal*. Esta fue la que más ascendencia tuvo sobre los trabajadores de Lima. Dicha Confederación atendía casos de invalidez o vejez, de enfermedades, fallecimiento o accidentes. Velaba, además, por el desarrollo intelectual, social y moral de los trabajadores bajo los principios del humanismo. Sus ideas encontraron inspiración en la Primera Internacional. El 10 de abril de 1887 los panaderos fundaban *Estrella del Perú*, de inspiración anarquista, dirigida por Manuel Caracciolo Lévano. Esta Sociedad tendría después un papel importante en la lucha por la jornada laboral de ocho horas. A pesar de la ocupación chilena, los trabajadores lograron organizar huelgas. En 1883, por ejemplo, los tipógrafos paralizaron sus labores. Más adelante, durante el año 1887, la huelga de panaderos duró nueve días.

Desde 1890 los trabajadores urbanos fueron procesando, reinterpretando y adecuando organizativamente ciertas corrientes ideológicas que señalaban la importancia de su acción solidaria. El mutualismo constituyó el primer eslabón en la organización de los trabajadores artesanos concentrados en la Lima de inicios de siglo. Este movimiento, sin embargo, no tenía un proyecto de autonomía para la clase trabajadora. Tal proyecto vendría recién con el crecimiento del sector obrero que disputaría la hegemonía del movimiento trabajador a los

²¹Ricardo Palma (1833-1919) es una de las figuras más representativas de las letras peruanas. Se hizo célebre por sus *Tradiciones peruanas* en las que relata con un tono gracioso e irónico hechos menudos de la vida cotidiana de la historia peruana. Su periodo histórico favorito fue la colonia, por lo que algunos críticos han visto en Palma a un escritor conservador. Sin embargo, otros, como Haya y Mariátegui, ven en este escritor el mérito de “nacionalizar” el periodo colonial, volverlo parte de una historia peruana.

²²Andrés Avelino Aramburú fue un influyente periodista de inicios de siglo en el Perú. Dirigió *La Opinión Nacional* que, en su momento, se constituyó en una de las tribunas más importantes donde se debatía el acontecer político nacional.

viejos artesanos organizados bajo la corriente mutualista. Así, obreros y organizaciones sindicales aparecen unidos al nacimiento del nuevo siglo. La decadencia del mutualismo se explica por varias razones. Principalmente el surgimiento del anarquismo, que no toleraba la proclividad del mutualismo a llegar a acuerdos con los grupos de poder político y lo acusaba de desconocer la realidad social y apoyar la intervención del Estado²³. Luego la industrialización y la consecuente aparición de un proletariado no artesanal acabó de debilitar el mutualismo.

El proceso organizativo de los trabajadores siguió avanzando sin embargo, pero sobre bases nuevas, adquiriendo cierta presencia en la política oficial, básicamente gracias al acuerdo que los artesanos habían establecido con el Partido Demócrata. Por medio de él, en 1895, el líder de los artesanos, Rosendo Vidaurre, fue elegido como el primer diputado de la historia peruana²⁴, cargo que ostentó hasta 1899, cuando las pugnas por el poder entre civilistas y demócratas dividió al movimiento obrero. El civilismo también trató de acercarse a los grupos trabajadores, pero lo hizo mediante la política de cooptación de sus líderes más que la incorporación del movimiento trabajador como tal²⁵. Esta política pronto encontraría sus limitaciones, como se revelaría luego bajo la política billinghurista.

Paralelamente, proseguía la labor organizativa de los trabajadores. En 1901 se realizaba el Primer Congreso Nacional Obrero. Posteriormente, el 23 de octubre de 1904, se fundaba la *Asamblea de Sociedades Unidas*, que mantuvo la Biblioteca Popular *Ricardo Popular*. Este último año debe ser destacado por los importantes acontecimientos laborales ocurridos en el Perú. Como lo subrayan Jorge Santistevan y Ángel Delgado:

²³R. Pereda, *op. cit.*, pág. 57

²⁴Julio Cotler, *Clases, Estado y nación en el Perú*, IEP, Lima, 1978

1904 resulta un año clave a partir del cual se incrementan los conflictos. Es el año en que se reducen drásticamente las exportaciones, con el consecuente aumento del desempleo y la disminución del salario —inclusive del nominal— de los artesanos y asalariados urbanos. Es también el año en que el civilismo retoma el poder, desplazando los rezagos del pierolismo y en que se cancela, para los sectores populares que se mantenían dentro de la corriente mutualista, la representación obrera en el parlamento nacional. Es el año, además, en que estalló la paralización del mes de mayo en el Callao²⁶.

Esta realidad totalmente nueva que vivían los sectores populares de Lima tuvo consecuencias en formas de sociabilidad de las clases subalternas. Como señala Cynthia Sanborn²⁷, los obreros de la Lima de inicios del siglo XX crearon redes y formas de interacción inéditas. Los espacios privilegiados eran las fábricas, de las cuales la más grande y moderna fue la *Fábrica de Tejidos de Vitarte* (1890) (de la WR Grace & Company) situada en el distrito de Ate-Vitarte, a escasos diez kilómetros del Centro de Lima. Otras son *La Victoria* (1898) de la familia Pardo, *El Inca* (1903) en Rímac, *El Progreso* (1901) y *Santa Catalina* (1889). Esta industrialización se inició con predominio del capital nacional, pero se encaminó hacia la hegemonía del capital extranjero. Por los años treinta, la Grace y la Duncan Fox controlaban el 80% de la producción textil. La primera construyó viviendas en las afueras de Lima, haciendo de Vitarte un pueblo obrero. En este contexto, los trabajadores pudieron constituir una red de relaciones en las que se mezclaban solidaridades generacionales, familiares y sociales.

La importancia de la población trabajadora de las fábricas textiles ubicada en la ciudad de Lima se puede observar en el *Cuadro IV.8*. A pesar que nos ofrece datos incompletos, en el rubro que se refiere a las fábricas algodón, en 1918 los trabajadores de Lima representan cerca

²⁵Víctor Peralta Ruíz, "Partidos políticos y elecciones en el Perú, 1900-1920", CSIC-CEIL, (mimeo). Madrid, s/f, pág. 10

²⁶Jorge Santistevan y Angel Delgado, *La huelga en el Perú. Historia y derecho*, CEDYS, Lima, 1980, pág. 30

del 80% del total. Y en el caso de las fábricas de lana, si bien el número de trabajadores ubicados en la capital del Perú decrece, sigue siendo mayoritario. En general, se comprueba que la población obrera de las fábricas de algodón (ubicadas preferentemente en el distrito de Vitarte) creció y fue más importante que la de las fábricas de lana. Por otro lado, la primera, creció 264% en tres lustros.

Cuadro IV.8
Trabajadores de la industria textil, 1902-1920
(Los datos sobre Lima aparecen entre corchetes)

	<i>Fábricas de algodón</i>		<i>Fábricas de lana</i>	
1902	850	—	400	[400]
1905	1,000	—	480	[330]
1918	3,100	[2,586]	735	[370]
1920	—	[2,393]	—	[599]

Fuente: Peter Blanchard, *The Origins of the Peruvian Labor Movement, 1883-1919*, University of Pittsburgh Press, 1982, pág. 12

Un testimonio

Don Julio Portocarrero, el gran líder obrero de aquellos años, es un excelente ejemplo, encarnado en una biografía, de los procesos de preparación de la clase obrera a transformarse como actor que he analizado aquí²⁸. Pasó sus primeros años en un barrio del Rímac, al que recuerda como alegre y saludable. Su madre trabajaba como cocinera en una casa de familia acomodada. En el callejón donde vivía Portocarrero, cuyo dueño era un italiano, habitaban

²⁷Cynthia Sanborn, "Los obreros textiles de Lima: redes sociales y organización laboral, 1900-1930", en *Mundos interiores, op. cit.*

trabajadores de distintas fábricas, como la de cigarrillos *El Fígaro*, *La Mascota*, de la *Fundición Acho*, o de la cervecería *Backus & Johnston*.

En aquel entonces, Lima estaba rodeada de haciendas (Flores, Zárate, Azcarrus). En una de ellas Portocarrero trabajaba como despajador, desterronador y cuidador de cerdos. Recuerda que para almorzar iba al tambo (almacén de alimentos) donde comía *mimpao* (empanada con frijol colado) acompañada de un vaso de agua, mientras veía a un chino viejo fumar opio apaciblemente. Una de sus pocas diversiones era asistir a las funciones de cine mudo que se exhibían en la Plaza de Armas.

Un día, a fines de 1910 o inicios de 1911, su hermana Alejandrina, que ya era obrera, lo llevó a la fábrica de Vitarte. Ahí tenía que trabajar de 6:30 a 21:00 horas, con sólo 15 minutos para tomar desayuno y 1 hora para el almuerzo. A las 18 horas podía ir a comer para regresar a las 19 horas. Su contrato era por trabajo a destajo.

Después de la jornada de trabajo, salían a jugar fulbito en la pampita (canchita). Luego chupaban caña, se bañaban en el canal y volvían a la fábrica para echarse a dormir. El pito los levantaba a las 6:30 de la mañana para que volvieran a las faenas, aunque recuerda que siempre llegaban un poco tarde. Los domingos se dedicaban a jugar fútbol todo el día.

Entre los trabajadores de Vitarte se fue fortaleciendo un espíritu de grupo que les permitió luego crear organizaciones propiamente laborales. Hacia 1911 sus dirigentes empezaron a reunirse en una huaca (santuario prehispánico) de un cañaverl del barrio de Malambo (Rímac)²⁹ para preparar su pliego de reclamos consistente en aumentos de salarios y reducción de trabajo en la noche. Ante la negativa de la empresa para atender sus reclamos.

²⁸Julio Portocarrero, *Sindicalismo peruano. Primera etapa. 1911-1930*, Capítulo Uno "Primeros recuerdos", Editorial Gráfica Labor SA, Lima, 1987

²⁹Donde ya se había fundado la fábrica de Tejidos *El Inca*.

los obreros se declararon en huelga. La medida de lucha se propagó hacia los demás trabajadores de Lima y Callao (como los cocheros y los carreteros, que llegaban de las haciendas y del Muelle Dársena). A pesar de la represión dispuesta por el gobierno, los huelguistas consiguieron una entrevista con el presidente Augusto B. Leguía (1908-1912), durante la cual se llegó a un arreglo para suspender el trabajo nocturno (en adelante sólo trabajarían 10 horas), aumentar los salarios, instalar agua potable para toda la población de Vitarte, suspender las jornadas sabatinas y anular el régimen de faenas. El corolario organizativo fue que en la asamblea del 26 de mayo del mismo año se constituyó la *Unificación Obrera Textil de Vitarte*.

Portocarrero combinó su aprendizaje político con una mayor preparación personal. A pesar de que sólo había estudiado primaria, empezó a interesarse por la lectura, gracias al anarquismo que prestaba gran atención a la formación obrera. Así pudo conocer periódicos obreros dirigidos por los anarquistas como *La Protesta*. Después de un tiempo, ya leía de todo: *El Comercio*, *La Prensa*, *El Tiempo*, e incluso literatura.

El caso de Portocarrero es paradigmático de un cierto tipo de dirigente obrero anarquista de los inicios del siglo XX en el Perú. Años después, se adheriría al proyecto socialista, gracias a su contacto personal con José Carlos Mariátegui, en los años veinte.

La influencia anarquista

La llamada "cuestión obrera" comenzaba a ganar terreno en las reflexiones de los intelectuales de la época. Por ejemplo, en 1903 Lizardo Ugarte, en su tesis para obtener el grado de Bachiller en Jurisprudencia, pedía una legislación especial para la clase obrera y la reglamentación del trabajo. Años más tarde, sus planteamientos serían retomados por Luis

Miro Quesada³⁰ y el parlamentario José Matías Manzanilla³¹. Esta preocupación intelectual no era otra cosa que el intento por dar respuesta al problema social y político que representaba el proceso organizativo de la incipiente clase obrera: cómo reconocer sus derechos sin afectar sustancialmente al orden.

Paralelamente, la corriente radical ya se agitaba en algunos círculos que pretendían dirigir al movimiento trabajador en su lucha contra sus condiciones de vida. El ejemplo de la época lo constituye el partido Unión Nacional, fundado por Manuel González Prada en 1891 que, además, contaba con un periódico de influencia entre los trabajadores como *La Integridad*, dirigido por el escritor costumbrista Abelardo Gamarra, llamado "El Tunante"³².

La expansión de las industrias textiles y de harinas cambió la composición de las clases trabajadoras, incrementándose el número de sus obreros. Con ello se modificó también la forma de conceptualizar el papel de las clases trabajadoras. La prédica liberal de *La Integridad*, *Germinal*, la Unión Nacional, y de González Prada, allanó el camino para la influencia del pensamiento anarquista entre los trabajadores. Cuando en 1901 se produjo la huelga de panaderos y en 1904 la de los portuarios del Callao, ya se vislumbraba la aparición del anarquismo y su lucha sin cuartel contra el Estado. La ruptura de la *Confederación de Artesanos* por causa del alejamiento de la federación de obreros panaderos *Estrella del Perú* fue acompañada por otros hechos significativos, como la celebración del 1 de mayo en 1905 en el que se reclamaba la jornada de las ocho horas, y el brote de muchas hojas-periódicos de

³⁰Luis Miro Quesada, *Albores de la reforma social en el Perú*, Talleres Gráficos PI. Villanueva, Lima, 1965

³¹José Matías Manzanilla fue un destacado parlamentario y jurista preocupado en asuntos laborales. En 1914, luego de destituido el presidente Billinghurst, formó parte de la junta del gobierno provisorio ocupando la cartera de relaciones exteriores.

obreros que buscaban crear sensibilidad frente a su condición de explotados, a la vez que atraer a sus lectores hacia el anarquismo³³. El número importante de periódicos obreros es revelador de la conciencia y cultura que en esos momentos ya exhibían los trabajadores de inicios de siglo. *Los Parias*, *Humanidad*, *El Oprimido*, entre otros, nos informan de la claridad ideológica que había alcanzado la naciente clase obrera peruana (especialmente limeña) de esos años³⁴. Sus dirigentes —como Carlos del Barzo, Manuel Caracciolo Lévano, Delfín Lévano, y muchos más— surgieron del interior de las condiciones en las que se desarrollaron las clases subalternas descritas en líneas anteriores. A diferencia del pensamiento liberal-radical expuesto por el *Círculo Literario* dirigido por González Prada (que dio forma a la Unión Nacional), los dirigentes anarquistas nacieron del mismo caldero hirviente que las condiciones discriminadoras y de explotación de las clases populares.

El anarquismo, basado en la lucha frontal contra el Estado y la explotación, y excluyente de toda forma de agrupación política, se fue transformando para dar paso al anarcosindicalismo, cuyo vocero más prominente fue la hoja llamada *La Protesta*³⁵, creada en 1911, año en el que se produjo el primer paro general que se inició en el barrio textil de Vitarte. Bajo estas condiciones y ya con una importante experiencia organizativa acumulada, aparece la

³²Abelardo M. Gamarra, autor de obras de tono dramático y costumbristas como *En la ciudad de pelagatos* y *Artículos de costumbres*, entre otras. Como político llegó a ser diputado en varias ocasiones y miembro de la municipalidad de Lima.

³³Incluso, los trabajadores anarquistas desarrollaron una significativa obra literaria, especialmente poética. Ver Gonzalo Espino Relucé, *La lira proletaria rebelde. Estudio y antología de la poesía obrera anarquista, 1900-1926*, Asociación de Publicaciones Educativas, Lima, 1984.

³⁴Manuel Torres Franco, *Breve antología del pensamiento anarquista en el Perú*, Serie: Movimientos Sociales núm. 3, TEA, Universidad Nacional Agraria, La Molina, setiembre de 1980

³⁵*La Protesta* fue el periódico más importante de los nuevos sectores de trabajadores de Lima en la época del régimen oligárquico. Entre 1911 y 1926 llegaron a editarse 145 números con un tiraje promedio de 2,000 ejemplares. Sólo en el primer año de su existencia fue dirigido por un intelectual, Francisco Loayza, pero en los siguientes la dirección estuvo a cargo del panadero Delfín Lévano. Ambos, *La Protesta* y Lévano, fueron figuras centrales en la conquista de la jornada laboral de 8 horas

figura de Billinghurst, constituyendo el primer intento por dar cierta representación política a las clases subalternas que emergían en una ciudad que se transformaba por obra de la modernización.

Algunas reflexiones

¿Cuáles fueron los factores que permitieron que las clases subalternas rompieran con su entorno inmediato y buscara ser protagonista en la vida política peruana? ¿Cómo es que aquellos contingentes pobres y pertenecientes a las “razas inferiores” cuestionaron el lugar subordinado al que el sistema de dominio y el discurso oficial los habían adscrito. ¿Dónde encontraron el momento de ruptura de la cotidianeidad que permitió cuestionar el dogmatismo de la vida diaria?

Un primer elemento a considerar es la modernización que ya vivía la Lima de principios de siglo, que produjo cierta revolución de expectativas ocasionando, en términos de Agnès Heller, la renuencia de los sectores populares a ser sometidos a “comunidades naturales”³⁶ dadas por las solidaridades creadas al interior de los distintos contingentes culturales y raciales. Eran naturales en el sentido que, supuestamente, portaban características biológicas que explicaban su escaso desarrollo social y cultural y que las postraban —más allá de las buenas voluntades— en un estado de inferioridad inmodificable.

Esta visión, que se proyectaba desde arriba y permeaba a los propios individuos de las clases populares, comenzó a erosionarse por la misma realidad que el avance capitalista producía al llegar al Perú, específicamente a Lima. La aparición de las industrias y la

de 1919. Alberto Flores Galindo, “El periodismo obrero” [*La Prensa*, Lima, 30 de agosto de 1974], en *Obras completas*, tomo IV, Concytec-SUR, Lima, 1996.

expansión del comercio atraía a individuos (negros, indígenas, mestizos) que veían en su paso de las haciendas a las fábricas la posibilidad de variar positivamente sus condiciones de existencia. Tales modificaciones implicaron también cambios drásticos en sus formas de vida y en las visiones que tenían de ella. En otras palabras, fue el inicio de “la salida” o cuestionamiento de la cotidianidad. Obviamente, el cambio no fue total, porque la subjetividad cotidiana oscila, como dice Georg Lukács, entre las decisiones tomadas en el ámbito de lo instantáneo y las que se explican por los procesos de larga duración (tradicición, costumbres)³⁷.

Al comenzar a erosionarse el ordenamiento rígido y estamental de la sociedad oligárquica predominante, aparecieron nuevas formas de sociabilidad y nuevos espacios de relaciones entre individuos y colectividades. Por ejemplo, los trabajadores de zonas (o barrios) antes distanciadas encontraban un escenario propicio para relacionarse unos con otros y actuar conjuntamente en pos de realizar algunos reclamos frente al Estado. Adiestrados por las movilizaciones y manifestaciones, accedieron a niveles más amplios de protesta mediante las huelgas o los paros generales. Esto supone no sólo una conciencia (aunque embrionaria) de su condición de dominados, sino también una conformación de señas de identidad común. He mencionado cómo estos elementos se fueron forjando paulatinamente, gracias a una interacción cada vez más intensa, y se materializaron desde los ámbitos microsociales —como la culinaria, la música, el arte—, dando origen a la cultura plebeyo-criolla³⁸. Se trata, en suma, de sujetos que podían repensar sus condiciones de existencia y actuar en consecuencia.

³⁶ Agnès Heller, *Historia y vida cotidiana. Aportación a la sociología socialista*, Enlace Grijalbo, México, 1985, pág. 46

³⁷ Georg Lukács, *Estética*, Grijalbo, España, 1975, pág. 44

³⁸ Aquí es preciso hacer una distinción. Los contingentes que daban forma a la identidad plebeyo-criolla no necesariamente participan del proceso de radicalización que experimentaban obreros y

También existieron otros elementos que ayudaron a los individuos a sacudirse de la supuesta permanencia natural del orden político, como son el papel del líder, la aparición de nuevas corrientes ideológicas y, en gran parte también, la coyuntura específica. El líder —en este caso Billinghamurst— expresó en un momento oportuno el proceso constitutivo de las clases subalternas. Pero su papel no hubiera resultado tan significativo si no hubiera coincidido con la influencia que cobraba por esos años el anarquismo. Gracias a estas condiciones, Billinghamurst apareció como protagonista “en el proceso histórico global”. Es así como pudo dar forma política —aunque efímera— a esa masa que iba radicalizándose, especialmente obreros y artesanos. Billinghamurst cumplió a cabalidad con lo que Hugo Neira señala que es el papel de los caudillos populistas en el Perú: permitir que los sectores populares se introduzcan en la política.

Un elemento más, y para nada desdeñable, es la importancia de la coyuntura política, compuesta, en nuestro caso, por la crisis de las élites oligárquicas que, al producirse, ofreció a las clases subalternas nuevas posibilidades de acción. En efecto, la imposibilidad de estas élites para solucionar la sucesión presidencial en el año 1912 produjo fricciones y rupturas en los partidos de entonces. Este *impasse* tuvo como consecuencia que se abriera un resquicio por el cual un “contendiente” como Billinghamurst pudiera llegar a la presidencia, respaldado por un amplio movimiento popular.

Todos los elementos mencionados, en conjunto, explican que las clases subalternas limeñas de los albores del siglo XX se constituyeran en un actor significativo en el proceso

artesanos. Hemos visto, por ejemplo, cómo chinos y negros, se formaban al margen de dicho proceso: incluso los primeros fueron afectados por disposiciones de Billinghamurst cuando éste fue alcalde de Lima, quien los desalojó del Callejón Otaiza. Pero lo que quiero enfatizar es la radicalización de obreros y artesanos también se explica por los nuevos procesos de socialización y formación de identidad en los que participaban *todos* los contingentes sociales y étnicos mencionados.

político peruano de entonces. Para ello tuvieron que cuestionar primeramente los fundamentos de su entorno, de su vida cotidiana, para luego acceder al terreno social —como movimiento trabajador— y finalmente a la política.

CAPÍTULO V

ENTRE LA CRISIS DE LAS ÉLITES OLIGÁRQUICAS Y LA EMERGENCIA DE LAS CLASES SUBALTERNAS: LA APARICIÓN DE GUILLERMO E. BILLINGHURST

USUALMENTE, SE HA DENOMINADO AL PERIODO que va de 1895 al 1919 como el tiempo de la república civilista, término empleado como sinónimo de república aristocrática u oligárquica, con el objetivo de identificar a la política ejercida en esos años con el Partido Civil y de proyectar una imagen en la que no existían los sobresaltos en su ejercicio del poder. No obstante, debemos cuestionar dicha idea. Como trataré de demostrar en el presente capítulo, el periodo en cuestión fue uno sumamente intenso políticamente, y la supuesta hegemonía sin cuestionamiento del civilismo estuvo siempre en la necesidad de ser renovada. Uno de los momentos más difíciles que vivió en estos años fue el periodo presidencial de Guillermo E. Billinghurst.

A pesar de la corta duración de su gobierno, Billinghurst (1912-1914) es uno de los presidentes más polémicos que ha tenido el Perú en el siglo XX. Su ascenso a la presidencia fue el resultado de dos condiciones. Por un lado, de las grietas aparecidas en el sistema de dominación que permitieron la aparición del antecedente del populismo peruano. Por otro, del proceso de organización y concientización política que iban adquiriendo los sectores populares urbanos, especialmente de Lima. Entender a cabalidad el peculiar momento que permitió la aparición de Billinghurst y lo que éste significó requiere, pues, compaginar la crisis en las élites oligárquicas con la consolidación organizativa de las clases subalternas.

El presente capítulo está dividido en dos partes. Primero, analizo el momento crítico que atraviesa el escenario político y las pugnas interélites en la lucha por el poder. Ellas permiten a Billinghurst presentarse como una opción política plausible. Luego, abordo las jornadas populares que sostuvieron la candidatura de Billinghurst como presidente, nominación que finalmente recayó en manos del parlamento.

1. El proceso político oligárquico. Los conflictos entre las élites

El triunfo en 1894 de la Coalición Nacional obligó al general Andrés A. Cáceres a renunciar a la presidencia. Enseguida, Nicolás de Piérola asumió la jefatura de un gobierno provisorio. Realizadas las elecciones presidenciales, Piérola fue elegido para el periodo 1895-1899, momento importante en la formación del Estado peruano por su preocupación en consolidar instituciones dentro de un proyecto de desarrollo económico.

Analizando los discursos que pronunció Piérola durante su gestión como presidente¹, se encuentran temas que prefiguran sus ideas sobre cómo desarrollar al país. Todas descansan en la noción de progreso ligado a la constitución de una legalidad eficiente. En su discurso de 1896, destaca la necesidad de dictar una nueva ley electoral que devuelva a los municipios su

¹Los mensajes utilizados son los siguientes: *Mensaje del Presidente de la República en la instalación del Congreso Ordinario de 1896*, Imprenta El País, Lima, 1896. *Mensaje del Presidente de la República en la instalación del Congreso Ordinario de 1897*, Imprenta El País, Lima, 1897. *Mensaje del Presidente de la República a las Cámaras Legislativas acerca del Presupuesto General para 1897* (reservado), mimeo. *Mensaje del Presidente de la República en la instalación del Congreso Ordinario de 1898*, Imprenta El País, Lima, 1898. *Mensaje del Presidente de la República en la instalación del Congreso Extraordinario de 1898*, Imprenta El País, Lima, 1898. *Mensaje del Presidente de la República en la instalación del Congreso Ordinario de 1899*, Imprenta El País, Lima, 1899.

origen popular². En el “Mensaje (Ordinario) de instalación del Congreso” de 1897, señala que el respeto a la ley es imprescindible para que haya libertad: “La libertad y las garantías reposan en las virtudes de los ciudadanos” (pág. VI). Una tercera idea es la de construir un Estado central, en un contexto de post-guerra, donde la derrota hizo evidente la fragmentación del país. De ahí su preocupación permanente por los problemas limítrofes y la cuestión de la soberanía. Al mismo tiempo, asocia el desarrollo material de la nación vinculado con el crecimiento de la industria.

En la “Declaración de Principios del Partido Demócrata” (1889) se afirma que la educación es necesaria para forjar a un nuevo hombre, para lo cual se tiene que atender aspectos tanto físicos como materiales:

Desde la alimentación i la higiene hasta el ejercicio corporal, importa penetrarse de la necesidad inolvidable de cuidarlos con celo, especialmente en el período del desarrollo i en aquellos cuyo espíritu está sometido á trabajo activo, como indispensables, no sólo al vigor i robustez físicos, sino á la fortaleza intelectual i moral del hombre³.

²La ley que promulgó Piérola el 12 de noviembre de 1895 modificó sustancialmente el artículo 38 de la Constitución vigente desde 1860. Éste normaba que estaban aptos para ejercer sufragio todos los varones mayores de veintidós años o casados que supieran leer y escribir, fueran titulares de una empresa artesana, poseyeran alguna propiedad pagaran impuestos y estuvieran inscritos en el registro cívico. La nueva ley exigía como único requisito para tener derecho al voto el ser alfabeto. Lo que oscurecía el panorama, según un personaje de la época, era que de los cerca de tres millones de peruanos que existían en ese entonces sólo estaban en capacidad de votar —quitando indígenas, mujeres, menores de edad, empleados públicos, extranjeros y a los indiferentes— cincuenta mil personas. Sin embargo, la nueva ley electoral contenía aspectos positivos: “La nueva ley modificaba de modo sustancial el proceso de formación de representación, pues introducía el sistema directo en lugar del indirecto, vigente durante casi todo el siglo, y creaba un organismo central, la Junta Electoral Nacional, formada por representantes de los tres poderes, apta para ejercitar cierto control sobre la designación de los miembros de los organismos encargados en ámbito local del desarrollo de las elecciones”. Gabriella Chiaromonti, “Andes o nación: la reforma electoral de 1896 en Perú”, en Antonio Annino (coordinador), *Historia de las elecciones en Iberoamérica. Siglo XIX*, FCE, Buenos Aires, 1995, pág. 316.

³“Declaración de Principios del Partido Demócrata” [1889], Lima, 1912, pág. 51

Finalmente, señala que el ejército debe estar en “manos delicadas” para dar seguridad exterior y garantías internas, por ello considera urgente su reorganización⁴. El gobierno de Piérola integrará gran parte del país por medio del establecimiento del ferrocarril central al Ucayali y del tendido telegráfico entre Lima, Callao y Alto Ucayali.

Si bien en los años del gobierno de Piérola la economía peruana experimentó un importante crecimiento, era pequeño comparado con el de otros países como Chile, Argentina y Brasil. Esa situación provocó cierto pesimismo en las esferas intelectuales. Víctor M. Maurtua, importante abogado y diplomático de la época, escribía que:

Donde no hay estabilidad sólida, efectiva, necesario es conformarse con mantener el equilibrio. Lo demás sería sembrar en el mar [...] ¿Qué promete la nueva etapa? Nadie lo sabe. Aquí, en medio de este agregado informe, vamos a tientas. Este es el destino por ahora. Comer pan tranquilo, hacer la digestión, acostarse cada noche confiados en que al amanecer no ha de aparecer un amo flamante. (*La Ley*, 31 de diciembre de 1898)⁵.

Uno de los hechos más polémicos del gobierno de Piérola fue la decisión de suspender a la Junta Electoral Nacional del ejercicio de sus funciones. Esta medida, expresión de la creciente personalización del poder y del relegamiento a un segundo plano del propio partido en el poder provocó que Piérola se fuera quedando cada vez más aislado, finalmente abandonado hasta por sus propios compañeros.

El caso más importante de distanciamiento fue el de su primer vicepresidente. Billinghamst. quien era por línea de carrera su legítimo sucesor. Éste era un tenaz opositor a un

⁴Con el propósito de subordinar al ejército al poder civil, Piérola trató de profesionalizarlo. Para ello contrató, en 1896, a una misión militar francesa. Asimismo, creó la Escuela Militar de Chorrillos y oficializó el servicio militar obligatorio. Como señala Carlos Alberto Astiz: “The net result was a higher degree of professionalism in the armed forces and a loss of popular support, which led to partially effective civilian control”, en *Pressure Groups and Power Elites in Peruvian Politics*. Cornell University Press, Ithaca and London, 1969, pág. 135.

⁵Pedro Dávalos y Lissón, *Diez años de historia contemporánea del Perú. 1899-1908. Gobiernos de Piérola, Romaña, Candamo, Calderón y Pardo*, Librería e Imprenta Gil SA, Lima, 1930, pág. 23

arreglo más duradero con los civilistas (quienes representaban el verdadero soporte del gobierno de Piérola), a los cuales siempre reconoció como a sus principales adversarios. La posición intransigente de Billinghurst cuestionaba directamente la alianza o pacto que dio origen a la nueva etapa política inaugurada en 1894, y consecuentemente al nuevo Estado formado desde entonces. Estas maneras de ver la política explican, en parte, el permanente boicot de "El Califa" (como se le conocía a Piérola) hacia la candidatura a la presidencia del político sureño. Finalmente, Billinghurst renunció a sus pretensiones presidenciales, y así lo comunicó mediante telegrama escrito en Iquique el 3 de enero de 1899.

La Editorial del 5 de enero del diario *El Comercio*, ligado al civilismo, celebró la decisión de Billinghurst, afirmando que éste había cambiado de parecer en política, pues mientras en octubre se oponía a un entendimiento entre demócratas y civilistas, ahora señalaba que los odios no podían ser eternos entre los peruanos, aludiendo a las rencillas entre caceristas y pierolistas⁶. Al apartarse Billinghurst de la política, Piérola ya no encontró obstáculos para fortalecer su alianza con el civilismo. El pacto oligárquico no corría peligro, al menos en ese momento. Sin embargo, la decisión de Billinghurst sólo era temporal, pues algunos años después volvería a la arena pública con un claro proyecto anticivilista, como veremos después.

Para las elecciones de 1899, Piérola ya había designado como su sucesor al también demócrata Eduardo López de Romaña, respaldado por la alianza civil-demócrata, y que fue elegido como nuevo presidente. Como señala Pedro Dávalos y Lissón, la elección de Romaña para el cargo se debió a que era un hombre que no despertaba grandes antipatías. Ello lo convertía en el personaje adecuado para llevar a efecto el pacto entre civilistas y demócratas

quienes ya se enfrascaban en duras pugnas previendo la sucesión presidencial. El carácter conservador y religioso de Romaña ayudaba a apaciguar los ánimos, especialmente al interior del Partido Demócrata.

Romaña ascendió al poder en 1899 y lo conservó hasta 1903. Fue un momento vulnerable para la estabilidad política por la aparición de levantamientos ocurridos al interior del Perú, protagonizados por algunos poderes locales que buscaban tomar el control del poder o tenían un proyecto separatista. Los más importantes movimientos fueron los dirigidos por Augusto Durand en Huaraz, por el coronel Vizcarra en Loreto, y por el coronel Felipe Santiago Oré en el sur. La Editorial de *La Ley* del 4 de junio de 1899 decía:

La actualidad del país frente a las provocaciones de los pocos que pugnan por precipitarlo nuevamente a la guerra civil, es una elocuente manifestación de que, al fin, los hombres se han dado cuenta en el Perú de que combatir la revuelta no es tarea exclusiva de los que están personalmente interesados en sostener al Gobierno⁷.

Por ser demasiados localizados, ninguno de estos movimientos tenía mayor posibilidad de alterar el pacto oligárquico⁸. Las élites oligárquicas hegemónicas eran lo suficientemente fuertes como para sofocar estos intentos separatistas mediante la represión o incorporando, parcialmente, a los poderes locales, como ocurrió con Durand, quien llegó a integrar la Cámara de Diputados.

El Partido Constitucional, por otra parte, recobró influencia gracias a que Romaña — una vez distanciado de Piérola— permitió la vuelta al país del general Cáceres —exiliado

⁶En P. Dávalos y Lissón, *op. cit.*, pág. 13

⁷*op. cit.*, pág. 26

⁸Incluso el mismo Billingham conspiró en contra de Romaña. El plan era organizar levantamientos en diferentes partes del país junto con Augusto Durand en el centro, Augusto Seminario en el norte y el propio Billingham en el sur, con el fin de derrocar al presidente. El secretario de la “Junta Revolucionaria” era el poeta José Santos Chocano. Pero el plan sólo quedó

desde el triunfo de las montoneras de Piérola— para tenerlo como contrapeso en la pugna intercaudillista. El retorno de Cáceres hizo posible un entendimiento entre el Partido Constitucional y el civilista en perjuicio de los demócratas, quienes ya no volverían al gobierno nuevamente.

Para las elecciones de 1903, las alianzas ya se habían modificado, pues en ese año triunfó el civil-constitucionalismo, llevando a la presidencia a Manuel Candamo (presidente del Partido Civil), teniendo como vicepresidentes a Lino Alarco (que murió antes de juramentar al cargo) y a Serapio Calderón, del Partido Constitucional. Candamo había sido coronel de las guardias nacionales durante el gobierno de Manuel Pardo. Posteriormente llegó a ser alcalde de Lima en 1876. Luego combatió contra los chilenos, quienes lo hicieron prisionero. Posteriormente, colaboró con Cáceres en la guerra civil contra Iglesias, y lo acompañó en la fundación del Partido Constitucional. También participó en la fundación de la Unión Cívica. Finalmente, se plegó a la Coalición Nacional que despojó a Cáceres del poder y se unió al civilismo de manera definitiva.

Como presidente, Candamo no promovió una política conservadora dentro de los moldes seguidos hasta ese momento. Por el contrario, renovó la política, dando paso a una nueva generación. Dentro de ésta, José Pardo, Manuel Barrios y Augusto B. Leguía desplazaron de los puestos de gobierno a los “viejos civilistas”, como Isaac Alzamora⁹.

en eso, pues sus organizadores jamás pudieron ponerlo en marcha. José Santos Chocano, *Memorias. Las mil y una aventuras*, Editorial Nascimento, Santiago de Chile, 1940, págs. 184-185.

⁹Isaac Alzamora fue un destacado diplomático y político de su tiempo. En 1881 fue diputado durante el gobierno transitorio de Francisco García Calderón, durante la ocupación chilena de Lima. También fue ministro de Relaciones Exteriores en 1888 y diputado entre 1889-1893. Dirigió al Partido Civil en los años 1903-1904, hasta su conflicto con José Pardo. Luego radicó en Estados Unidos hasta 1918.

Alejandro Deustua¹⁰ y Domingo Almenara¹¹. En esa pugna, Alzamora (presidente del Consejo de Ministros), al verse en minoría, tuvo que renunciar a la presidencia del Partido Civil, cargo en el que sucedía al entonces presidente Candamo. Pardo fue elegido en su remplazo. La tendencia modernizadora y juvenil, la de los “jóvenes turcos”, había conseguido su primer triunfo importante.

Con esta victoria, el ala modernizadora del civilismo tomó el control de su partido, cobrando una influencia decisiva en la política nacional. A ello contribuyó lo imprevisto. El 7 de mayo de 1904 Candamo murió en Arequipa, después de sólo ocho meses en el gobierno. Lo sustituyó en el cargo su vicepresidente, Calderón, el cual se apresuró en convocar a nuevas elecciones.

Poco antes de designar al nuevo candidato a la presidencia del Partido Civil se produjo la ruptura interna. Nuevamente se enfrentaron los tradicionales, en favor de Alzamora (el candidato natural), Deustua y Almenara, y los jóvenes liberales, que apoyaban a Pardo, Barrios y Leguía. Los primeros renunciaron a la Junta Directiva del civilismo por considerar que no se respetaban sus legítimas aspiraciones. En la Asamblea del 29 de mayo de 1904 se nombró a una nueva Junta Directiva compuesta por los modernizantes, la que eligió a Pardo como presidente del civilismo.

¹⁰ Alejandro Octavio Deustua es uno de los intelectuales más destacados de fines del siglo XIX e inicios del XX en el Perú y miembro conspicuo del Partido Civil. Es autor de algunos textos sobre estética, introdujo el espiritualismo en el Perú y fue un preocupado por el tema educativo, aunque con puntos de vista que José Carlos Mariátegui calificó de tradicionalistas. También fue senador por Lima en 1901, y presidió la Junta Nacional Electoral en el complicado proceso electoral de 1912. Sus obras están cargadas de profundo elitismo y racismo.

¹¹ Domingo Almenara, abogado, llegó a ser presidente de la Junta Departamental de Lima en 1885 y senador por Moquegua (1890) y diputado por Tarata (1897). También fue ministro de Hacienda (1901), y presidente de la Junta Electoral Nacional (1904).

En esas circunstancias se reanudaba la alianza civil-constitucional, distribuyéndose los cargos de la siguiente manera: el Partido Civil elegiría al candidato presidencial, mientras que el Constitucional al de la primera vicepresidencia. Después se sumó a dicha alianza un partido de escasa influencia, la Unión Cívica de Mariano Valcárcel. En las elecciones de 1904, Pardo, el candidato presidencial del civilismo, se enfrentó a la terna contendiente de la Coalición Demócrata-Liberal que tenía a Piérola como candidato a la presidencia y a Durand a la vicepresidencia.

En julio de 1904, la alianza civil-constitucional derrotó en las dos cámaras a sus oponentes en la elección de las mesas directivas¹². Previendo la derrota, Piérola retiró su candidatura a la presidencia, aduciendo que la votación estaba manipulada. La victoria de Pardo, descendiente de una vieja familia colonial¹³, permitió la consolidación política del ala modernizadora representada especialmente por Leguía, quien llegaría a ser dos veces presidente del Perú.

El primer gabinete de Pardo fue presidido por Leguía justamente, quien también desempeñó el papel de ministro de Hacienda. Una de las preocupaciones principales de Pardo fue la educación, concebida como un instrumento necesario para la modernización del país. Por otra parte, tuvo interés en la profesionalización del ejército, al que dotó de armamento nuevo. También fortificó Lima, y compró los cruceros “Almirante Grau” y “Coronel Bolognesi”. Al mismo tiempo, organizó las finanzas del Estado, siguiendo con la política fiscal de Leguía durante el tiempo de Candamo (llegando a percibir el Estado 2,800,000.000

¹²Los resultados electorales fueron los siguientes: para presidente 96,430 votos, para vicepresidente 96,190; por su parte, los demócratas sólo postularon al parlamento.

libras, aumento considerable en relación con la cifra de 1903 de 1,614,270,000 libras). Pardo era conciente de que la integración del territorio peruano era un elemento central en la consolidación de su poder. Se construyeron ferrocarriles (400 kilómetros), se extendieron las líneas telegráficas (2,000 kilómetros) y se abrió la comunicación radiotelegráfica entre Iquitos y Lima.

La fracción dominante, encabezada en ese momento por Pardo, tenía en la mente un proyecto muy claro de modernización del Estado, el cual le proporcionaría el soporte institucional necesario para reproducirse. Ello explica su interés por la educación, el ejército (para asegurar la paz interna y externa) y las relaciones con la clase obrera (para asegurar la paz social), a la cual destinaba siempre un papel de subordinación y pasividad.

Terminado el gobierno de Pardo, en las elecciones de 1908 gana nuevamente la alianza civil-constitucional, llevando a Augusto B. Leguía a la presidencia, cargo que ocuparía hasta 1912. En sus discursos, el presidente Leguía abordaría los principales problemas del país de ese momento. El limítrofe fue uno de ellos, y con todos los vecinos: Brasil, Colombia, Bolivia, Ecuador y Chile. Con este último se habían roto relaciones diplomáticas a raíz de la cuestión de Tacna y Arica, las “provincias cautivas” que debieron ser devueltas al Perú en 1893. El gobierno de Leguía siguió los rastros del anterior: impulsó la educación primaria y creó instituciones para la mejor preparación de los trabajadores con la escuela de Artes y Oficios, muestra de su preocupación por la tecnificación de la mano de obra dentro de un proyecto de modernización económica. Paralelamente, decretó como obligatoria la enseñanza

¹³Pardo provenía de una de las familias más rancias del Perú colonial. Su padre era Manuel Pardo, el fundador del Partido Civil en 1872. El padre de éste fue Felipe Pardo y Aliaga, una de las inteligencias más brillantes del pensamiento conservador peruano durante el siglo XIX.

militar en las escuelas, profesionalizó a la policía y continuó con la modernización técnica y profesional del ejército y de la marina, iniciada por Pardo.

Leguía solicitó a José Matías Manzanilla un proyecto de ley sobre accidentes de trabajo relativamente adelantado para su tiempo. También continuó con el plan hacendario de recaudación de impuestos (tabaco, alcohol y azúcar), con la apertura de vías de comunicación (Ucayali, por razones comerciales: Juliaca-Cusco; Paita-Marañón; Huancayo-Ayacucho, y Cusco-Santa Ana), con la colonización de zonas de la selva amazónica, y con la urbanización y embellecimiento de Lima que constituía el escenario en el que aparecían nuevos actores sociales y políticos, y los núcleos intelectuales.

El 25 de mayo de 1909 los demócratas y liberales intentaron —sin éxito— un golpe de Estado¹⁴. El gobierno de Leguía era sumamente exacerbante para las fracciones más tradicionales de las élites. Por ello produjo levantamientos en las provincias, como los protagonizados por Orestes Ferro en Lambayeque en 1910 y por David Samanez Ocampo en el Cusco, en 1911. En realidad, el primer gobierno de Leguía fue el anticipo de lo que sería su largo oncenio inaugurado en 1919, y que sería profundamente anticivilista. Incluso, al interior del Partido Civil y de la propia alianza que sostenía políticamente a Leguía, se desarrollaron fracciones separadas. Entre quienes lo apoyaban estaban Cáceres y Canevaro, los héroes de la Guerra del Pacífico, y que lo acompañarían en su ingreso al parlamento en 1919, impidiendo que Pardo terminara su periodo gubernamental, y dando inicio al famoso oncenio. Los

¹⁴JP Paz Soldán, *Revoluciones del Perú. Golpe de Estado del 29 de mayo de 1909*, Imprenta del Estado, Lima, 1914

adversarios del proyecto modernizador de Leguía fundaron, en 1912, el Partido Civil-Independiente, eligiendo como presidente a Enrique de la Riva Agüero y Osma¹⁵.

Luego de que Leguía disolviera la Junta Electoral Nacional en 1911, se produjo la alianza, firmada en julio de ese año, entre los tradicionalistas civilistas y los partidos Constitucional y Liberal, a la que se conoció como el “Bloque” y que actuó como opositora al gobierno de Leguía desde el parlamento. Ántero Aspíllaga, entonces presidente del civilismo, inició su campaña para llegar a la presidencia nacional en las elecciones previstas para 1912. Leguía sólo le ofreció un apoyo muy tibio luego de que el propio Aspíllaga le manifestara que el identificársele como candidato oficial le restaba simpatías.

Por fuera del partido oficial apareció paulatinamente la candidatura de Billinghamurst como una opción de fuerza y con gran apoyo multitudinario, particularmente por la alianza Civil independiente-Constitucional y Liberal. En ese contexto se producen las famosas “jornadas cívicas” que llevaron a Billinghamurst al gobierno.

La política oficial mostraba conflictos internos muy importantes, siendo la principal de ellas la que enfrentó a modernizantes y tradicionalistas. No fue una polémica que se desarrollara exclusivamente en el plano económico. También tuvo repercusiones en el ámbito ideológico y en las visiones y proyectos que tenían las distintas fracciones que componían las élites para desarrollar al país. Además, este conflicto tuvo impacto en la lucha política. De manera muy nítida (pero no monolítica), modernizantes y tradicionalistas buscaron sus representaciones en la lucha por el poder y el control del Estado. En esas circunstancias aparecieron las grietas institucionales que permitirían el ingreso de Billinghamurst. En otras

¹⁵Enrique de la Riva Agüero y Osma fue un reputado diplomático de su época. Miembro del Partido Demócrata, llegó a ser ministro de Relaciones Exteriores en dos ocasiones (1896 y 1899).

palabras, la unidad e influencia de los partidos principales se deterioraron hasta el límite de no ser capaces de dar continuidad al régimen político.

Resumiendo, del Partido Civil surgió el Civil-Independiente. El Constitucional también acusaba fricciones y polémicas, pues su fundador, el general Cáceres, había perdido su capacidad de liderazgo. En el Partido Demócrata, Piérola ya no era el conductor de multitudes que asegurase el éxito electoral. Lo más importante de todo este cuadro es que las posibilidades de alianzas que otrora habían viabilizado al régimen se encontraban muy limitadas por la crisis política. La consecuencia fue que las clases subalternas, que fermentaba al compás de las medidas modernizadoras, cobraba cierta autonomía y distanciamiento con respecto a las fuerzas políticas tradicionales. Internamente, los núcleos de trabajadores iban dejando atrás la política conciliadora del mutualismo. En ese contexto de crisis institucional y de ebullición social de los sectores urbano-populares aparece un líder, Billinghurst, y con él una nueva forma de relación de parte de las élites con los sectores populares: se inventaba el populismo peruano.

2. Guillermo E. Billinghurst: un breve retrato biográfico

Guillermo E. Billinghurst (nacido en Arica el 27 de julio de 1851), era un comerciante próspero y un político con gran sentido social, rasgos muy escasos para su época. Culto y campechano al mismo tiempo, se alejaba del político promedio siempre apegado a las formas y el protocolo, y nunca ocultó la antipatía que le generaban los políticos civilistas, contra quienes enfilaba todas sus críticas. Su diferente manera de entender la política le permitió

acceder a la alcaldía de Lima y ser un diputado muy querido de Iquique, antes que estallara la guerra con Chile¹⁶.

La actividad pública de Billinghurst siempre fue muy activa. En 1878 fue diputado por Tarapacá y se destacó por un acendrado sentimiento cívico. Un ejemplo de esto es que, luego del asesinato de Manuel Pardo (el primer presidente civil del Perú), Billinghurst fue uno de los tres congresistas que se opusieron a la suspensión de las garantías constitucionales. En 1882 fue co-fundador del diario *La Industria* de Iquique y director de El Ateneo de esa misma ciudad. Como vicepresidente en el gobierno de Piérola fue un decisivo impulsor de la colonización de la Amazonia con el propósito de establecer el comercio por el lado Atlántico¹⁷.

La amistad entre Billinghurst y Piérola se remonta a los años 1870s y fue nutrida por numerosas aventuras insurreccionales¹⁸. Billinghurst fue el acompañante más leal de Piérola

¹⁶José Santos Chocano describe a Billinghurst de la siguiente manera:

Este era un hombre inteligente, enérgico, rectilíneo. Su carácter era de una franqueza excesiva, que le hacía con frecuencia romper las fórmulas y lastimar las susceptibilidades enfermizas. Desnudaba él su espíritu en cuanto decía, sin reservar sus opiniones ni disimular sus apasionamientos. Hecho al trabajo batallador de las pampas salitreras, podía decir, cada vez que escribía su nombre, que lo hacía, como en el consejo nietzscheano, 'con sangre de su espíritu'.

JS Chocano, *op. cit.*, págs., 184-185.

El temperamento aguerrido parece provenir de familia, pues su tío, el inglés Robert Billinghurst, sirvió en la independencia de Argentina. Jorge Larroca y Cristian G. Werckenthien, "Mariano Billinghurst como político y empresario pionero", en *Todo es Historia*, vol. 25, núm. 297, marzo de 1992.

¹⁷Estos datos se pueden encontrar en Jorge Basadre, *Historia de la república del Perú*. Quinta edición corregida y aumentada, tomo VIII, Ediciones Historia, Lima, 1963

¹⁸Cuando Piérola estaba en el exilio, en Europa, durante el gobierno de Manuel Pardo, Billinghurst lo acompañó en la toma de armas y de la nave "El Talismán" con la cual viajó al Perú desde Glasgow. Llegado a Moquegua se enfrenta al gobierno pero sale derrotado exiliándose nuevamente, esta vez en Bolivia.

en la guerra civil de 1894, a la misma que contribuyó política y pecunariamente. En el gobierno de éste, fue su primer vicepresidente, cargo desde el cual estuvo comisionado para negociar con el gobierno chileno el plebiscito en Tacna y Arica. En 1898 firmó el protocolo Billinghurst-La Torre que jamás fue ratificado. A pesar de su estrecha relación, Piérola cerró el camino a la presidencia de la república a Billinghurst, aspiración legítima de éste, basada en su lealtad y su consecuente apoyo al Partido Demócrata. Las desavenencias entre ambos caudillos se explican por los distintos modelos de alianzas políticas a las que ambos aspiraban conformar. Mientras Piérola establecía sus relaciones con las oligarquías regionales y poderes locales (expresados en el Partido Civil), Billinghurst tenía en mente un proyecto modernizador que dejaba de lado a esos poderes.

Por otro lado, Billinghurst también fue un próspero comerciante de riquezas salitreras de Iquique¹⁹. Por lo tanto, la base económica de su fortuna era distinta a las de las élites oligárquicas dominantes que se concentraban en la agricultura de costa, las finanzas o los bienes raíces urbanos. Tampoco pertenecía a la red social primaria que estrechaba vínculos entre los integrantes de las familias oligárquicas. Esta exterioridad de Billinghurst respecto al orden oligárquico quizás ayude a explicar la manera franca con que se le enfrentó.

En 1877, Billinghurst estuvo al lado de Piérola cuando tomó el monitor Huáscar —que se haría famoso durante la Guerra del Pacífico— en el Callao y se proclama Jefe Supremo, pero luego se entrega. Billinghurst también acompañó al caudillo durante la Guerra con Chile cuando se declaró Dictador, luego del viaje del presidente Prado y, años después, fue quien lo ayudó a internarse al territorio peruano cuando Piérola estaba exiliado en Chile para que dirigiera las montoneras de 1894.

¹⁹El padre de Billinghurst (muerto en el maremoto de Arica de 1868) fue socio de la casa inglesa Campbell Outram. Sus derechos no fueron reclamados si no hasta 1887, cuando su hijo Guillermo planteó litigio contra la empresa, llegando incluso hasta los tribunales de Santiago y consiguiendo una transacción en 1889. Los tres hermanos (Guillermo, Roberto y Celia) recibieron 20.000 libras esterlinas. Luego de la muerte de sus dos hermanos, Guillermo heredó sus patrimonios —pues no dejaron descendencia—. Ver J. Basadre, *op. cit.*

Otra de las características notables de Billinghurst fue su sentido patriótico entendido como defensa del territorio peruano. Durante la Guerra con Chile, siendo coronel miliciano, participó en la defensa de Lima, en el Morro Solar y en la Batalla de San Juan del 13 de enero de 1881. Luego de la derrota en esta batalla, Billinghurst fue hecho prisionero por el ejército chileno. Además de comerciante próspero, político populachero y héroe de la guerra, Billinghurst fue un preocupado por reflexionar sobre las posibilidades de desarrollo del Perú. En su libro *La irrigación en Tarapacá*, de 1893, escribía:

Tratándose de un territorio como Tarapacá, emporio de riqueza industrial, que da ocupación á una gran masa de población cuyo sustento tiene forzosamente que traerse de largas distancias, encareciendo de una manera artificial el costo de la vida, apenas se concibe que la administración pública, tan absurdamente solícita en otro orden de ideas, no haya demostrado de alguna manera práctica su propósito de alentar ya que no de secundar la acción privada, en dar ensanche á la raquítica agricultura existente en promover empresas de irrigación que den vida y conviertan en fértiles campos la inmensa soledad que se llama Tamarugal²⁰.

En otro texto, “Los capitales salitreros de Tarapacá”, de 1889, Billinghurst alertaba sobre la reconcentración de capitales o inversiones en manos extranjeras:

El Gobierno, en raras ocasiones, está en aptitud de preveer el giro caprichoso que suele tomar el desarrollo de los intereses privados que no siempre son armónicos con los de la colectividad industrial, y que no pocas veces están en pugna con los de la nación...No debe sacrificarse el hombre al Estado; pero la tiranía de los pocos sobre los más, es comúnmente tan insoportable como el más riguroso fiscalismo²¹.

Sus ideas de irrigar, industrializar el campo, invertir, limitar el ingreso del capital extranjero, así como otorgar importancia al comercio, la inversión y la ganancia nos pueden estar indicando que Billinghurst fue representante de una burguesía nacional en gérmenes.

²⁰Guillermo E. Billinghurst, *La irrigación de Tarapacá*, Imprenta y Librería Ercilla, Santiago de Chile, 1893, págs. 8-9

²¹GE Billinghurst, “Los capitales salitreros de Tarapacá”, en *Asuntos salitreros*, Santiago de Chile, 1889, pág. 71

Quería modernizar la economía. En lo político, propuso nuevas formas de relación con las masas.

En 1909 Billinghurst, vuelto al Partido Demócrata (aunque por poco tiempo), consiguió lo que Piérola no había podido lograr en 1901: ser elegido alcalde de Lima. Su administración estuvo caracterizada por un sentido de firmeza, sensibilidad ante las necesidades populares²², preocupación por la higiene²³ y por cierta moral restrictiva²⁴. En su *Memoria* de 1910, como alcalde de Lima, resalta lo que fue lo central de su gestión, la higienización de la ciudad:

[...] mientras que en Lima el callejón y el solar inmundo continúen arrancando el 90% y el 100% de nuestro capital vivo, no tenemos derecho a llamarnos pueblo culto. Antes que nada, necesitamos higienizar la habitación del pueblo; hacer más alegre y sana la casa donde nacen y crecen los que trabajan en paz y defienden la patria en la guerra²⁵.

La experiencia municipal le sirvió para tomar contacto con los emergentes sectores urbanos, productos de una relativa modernización y del crecimiento económico.

La campaña de Billinghurst por la presidencia

A principios de 1912 apareció la posibilidad de la candidatura de Billinghurst para la presidencia. El candidato oficialista del Partido Civil era el viejo hacendado, Ántero Aspíllaga. Billinghurst era visto entonces como la culminación de los intentos fallidos por despojar del poder a los civilistas y como la encarnación de ciertos valores democráticos. El

²²Creó puestos en el mercado de La Concepción donde se vendían los productos a precios justos.

²³Inauguró obras de canalización y agua potable, además que desalojó a los chinos de la Calle Capón, vistos con los prejuicios de la época como una fuente infecciosa.

²⁴Prohibió espectáculos que "atentaban contra la moral pública".

²⁵Tomado de J. Basadre, *op. cit.*, pág. 3706

diario *La Prensa* se convirtió en el principal impulsor de su postulación, con una campaña de impacto nacional²⁶.

En los meses finales del gobierno de Leguía se produjo un intento de coalición política por parte de la oposición para organizar una candidatura única. Piérola sólo estaba dispuesto a integrar la alianza si él era el candidato designado. Por su parte, un sector de los civilistas no estaba dispuesto a apoyar la candidatura de Leguía. En ese preciso momento apareció la opción del gobierno, la candidatura de Aspíllaga, para tratar de asegurar el continuismo civilista.

En ese ambiente de incertidumbre política, Piérola rechazó un homenaje por su onomástico “por la grave hora que vive la patria” a la que proponía superar, sin que ello suponga necesariamente el uso de la fuerza:

No, a fé si los Partidos se unen para afrontarlo resueltamente, en vez de ir a buscar un candidato de acomodo para reemplazar á un gobernante desgraciado, cuyo error capital fué encaramarse en un puesto que la Nación no le confió: para reemplazarlo con otro, que sería inevitablemente, tanto ó más desgraciado que él, consumando la ruina de la patria (*La Prensa*, Lima, miércoles 3 de enero de 1912).

Nótese que hasta ese momento, la contienda político-electoral parecía poder dirimirse dentro del sistema partidario existente. Billinghamurst (el *outsider* de la época) todavía no aparecía en la carrera hacia la presidencia.

Era un ambiente político enrarecido, en donde la oligarquía empezaba a mostrar sus grietas. Las fuerzas políticas vigentes, además de encontrarse en pugnas intestinas que hacían perder claridad a la oferta electoral, estaban unificadas en torno a la oposición del candidato oficial. Los representantes del civilismo tradicional, descontentos con la onda modernizadora

²⁶Aunque no está muy claro dónde se originó el apoyo a Billinghamurst: si de provincias llegó a

impulsada por los “jóvenes turcos” (Pardo, Leguía, Barrios), formaron el Partido Civil-Independiente el 6 de enero de 1912. En su Manifiesto, firmado por la Junta Directiva²⁷ el 11 de enero de 1912, pero publicado el sábado 13, descalificaron tajantemente a la Junta Central Directiva del Partido Civil “que sólo representaba en realidad á una de las ramas del partido” (*La Prensa*, Lima, 11 de enero de 1912).

El 20 de enero también se producía un cisma en el Partido Constitucional, al separarse de él el general César Canevaro²⁸ porque, a su decir, prefería establecer una nueva alianza con el civilismo que mantener la ya caduca con el Partido Liberal. Poco después, la directiva del Partido Constitucional se vio obligada a dar a conocer a sus correligionarios su postura respecto a la alianza con el Partido Liberal. La principal objeción era el pasado subversivo de éste y de su caudillo, Augusto Durand. Por ello, los miembros del Partido Constitucional exigían a los liberales a que expresen su apoyo al “régimen imperante constituido conforme a nuestras leyes”. Mientras no se manifiesten al respecto “la alianza con dicho Partido no [podía] aceptarse como conveniente”.

Paralelamente, los partidos Demócrata, Liberal, Constitucional y Civil-independiente se reunieron para evaluar la situación política²⁹. Al mismo tiempo, dirigían una carta (fecha el 12 de febrero de 1912) al presidente del Consejo de Ministros, pidiéndole que suspendiera la aprobación de proyectos relacionados con la política financiera por lo menos hasta que se

Lima, o si de la capital se expandió a las provincias.

²⁷Ezequiel Alvarez Calderón, Germán Arenas, Enrique Barreda, J. Matías Manzanilla, Vicente Maurtua, Antonio Miro Quesada, entre otros. Además, entre los firmantes encontramos a respetables nombres como los de Víctor Andrés Belaunde, José de la Riva Agüero, Abraham Valdelomar, Guillermo Salinas Cosío.

²⁸César Canevaro fue un héroe en la Guerra con Chile. También fue un político destacado llegando a ser alcalde de Lima, además de diputado (durante el gobierno de García Calderón) y senador por Lambayeque, Huancavelica y Lima. En 1919 fue primer vicepresidente de la república.

²⁹En *La Prensa* apareció publicado un memorial dando a conocer la alianza entre dichos partidos.

instalara el nuevo congreso ordinario. Esta alianza pronto conoció de conflictos en su interior, especialmente por las acusaciones contra Piérola, quien supuestamente conspiraba contra el gobierno y justificaba el uso de la fuerza. Finalmente, las ambiciones personales sobre la designación del candidato presidencial bloquearon cualquier tipo de acuerdo. Por ello, a pesar que la alianza se mantuvo formalmente, sus directivos resolvieron no presentar candidato a la presidencia. Semanas después, Billinghurst, cuando ya era evidente su capacidad de convocatoria ante los sectores populares, sería designado por el “Bloque” como “el candidato de la esperanza”. En otras palabras, Billinghurst fue designado para solucionar el *impasse* político surgido entre las élites oligárquicas.

En general, el panorama oficial era de crisis, tal como un editorial de *La Opinión Nacional* lo retrataba:

El partido Constitucional [...] el cisma lo ha dividido también [...] El partido Demócrata ha errado sus rumbos: sus métodos subversivos en el poder y fuera de él —extraña idiosincracia turbulenta— lo han subordinado siempre al éxito incierto y siempre deleznable de las armas. De veinte revoluciones sólo triunfó en dos, que terminaron por desastres, como que nunca tuvo el apoyo de la ley, ni de la educación democrática del mando [...] El partido Liberal será: no es. La Libertad, ó es Lucrecia ó es Mesalina (*La Opinión Nacional*, Lima, domingo 7 de julio de 1912).

Billinghurst y las clases subalternas

La candidatura de Aspíllaga estuvo envuelta por un gran descontento popular expresado durante la campaña electoral³⁰. El sábado 13 de abril de 1912 se producían desórdenes en la Plaza de Armas, donde personas cercanas al régimen atacaron el directorio de la *Confederación de Artesanos Unión Universal* y tomaron su local. Inmediatamente, la Confederación llamó a un Paro General para el día lunes 22, protestando contra el

³⁰Jaime Coronado del Valle, “El gobierno de Billinghurst y la emergencia de la clase obrera: 1912-1914”, UNMSM, setiembre de 1986, y Luis Torrejón, *op. cit.*

apresamiento de sus dirigentes. El resultado fue inmediato: liberación de los detenidos, por lo que el llamado al paro fue revocado. No obstante, la efervescencia continuaba. El 1 de mayo, los obreros declaraban nuevamente un Paro General y se expresaban por medio de manifestaciones callejeras y de discursos pronunciados en diferentes puntos de la ciudad, como el Monumento 2 de mayo, la Plaza de la Inquisición, Vitarte y Callao. Al mismo tiempo, se realizaba una velada en la ya antigua biblioteca popular *Ricardo Palma*.

El sábado 4 de mayo, *La Crónica* anunció la candidatura de Billinghurst en entrevista que concediera al escritor y periodista José Gálvez. En ella señaló que si se lanzaba su candidatura su deber era “aceptar indudablemente lo que la libre voluntad de los pueblos le pidiera, dejando constancia de la espontaneidad libérrima de tales ofrecimientos”. Cinco días después de estas declaraciones, Billinghurst presentó un Memorial al gobierno para que convocara a nuevas elecciones³¹, aduciendo principalmente los siguientes motivos: *a)* que el leguismo había incorporado ilegítimamente un tercio de representantes en el Parlamento para asegurar su mayoría; *b)* la pretensión del propio presidente Leguía de aplazar las nuevas elecciones y extender su mandato; *c)* la no aceptación de inscripción de nuevos votantes; y *d)* el poco tiempo disponible para efectuar las elecciones, lo que impedía realizar una campaña equitativa en pos de la presidencia.

En *La Prensa*, Billinghurst declaró que día a día recibía el apoyo que llegaba de provincias mediante telegramas y manifestaciones. Un artículo de dicho diario afirmaba, en lo que serían los inicios de la campaña pro Billinghurst que: “ni su patriotismo, ni sus convicciones, ni sus antecedentes le impulsarían á desoir, en determinadas circunstancias, el anhelo público clara y uniformemente manifestado”. En Lima, artesanos, jefes de talleres,

obreros y profesionales formaron clubes políticos (organizaciones electorales coyunturales) para sostener la candidatura de Billinghamurst. El apoyo fue masivo. Dos mil ciudadanos se reunieron en la cuadra 3 de Jirón Puno y adyacentes, en el Centro de Lima. Esos mismos contingentes se enfrentaron en las calles a los que apoyaban la candidatura civilista.

Por su parte, el civilismo, confundido y a la defensiva, trataba de oponerse a Billinghamurst, esgrimiendo un argumento que nos suena familiar por lo actual: el no pertenecer a ningún partido. El jefe de la secretaría de la candidatura de Aspíllaga envió a los periódicos una carta en los términos siguientes:

No llega á comprenderse cuáles son los fundamentos que tiene el señor Billinghamurst para imponer su candidatura y desestimar la del señor Aspíllaga si no son exclusivamente las de sus propias palabras, pues es muy singular el hecho de que se base en la opinión pública un candidato al que no sostienen ningún partido organizado y que no ha recibido manifestaciones ostensibles que lo autoricen á lanzarse sólo y por su propia cuenta, á emprender la próxima campaña electoral, sin otros recursos políticos que las cartas y telegramas misteriosos, que dice recibir de los departamentos, pero que hasta la fecha no se han exteriorizado en actos positivos, que dan valor á sus pretensiones personales. En cambio, la candidatura del señor Aspíllaga ha tenido por origen asambleas públicas y solemnes realizadas en todo el país, y se apoya en el franco concurso de los partidos civil, constitucional y cívico y en el movimiento popular que registran los diarios de la capital y de las provincias [...] (*La Prensa*, Lima, lunes 6 de mayo de 1912).

El conocido periodista, Luis Fernán Cisneros³², que tenía su columna "Ecos", famosa en su tiempo y que en pequeñas líneas opinaba sobre el acontecer político y cultural, describía a la aparición de Billinghamurst "como un aerolito [que] ha producido [un] movimiento, tan grande que no se sabe todavía, á través del humo, si la gente corre hacia ella ó corre de ella" (*La Prensa*, Lima, miércoles 8 de mayo de 1912).

³¹J. Basadre, *op. cit.*, págs. 3677-3678

³²Luis Fernán Cisneros fue uno de los periodistas de más influencia en su tiempo. En 1903 fundó, junto con Alberto Ulloa, el diario pierolista *La Prensa*, del cual también llegó a ser su director en varias oportunidades.

En un Manifiesto, Billinghurst señaló lo inédito del momento, respecto a la corriente de opinión que lo apoyaba, y por la cual decía sentirse halagado dado que era la primera vez que la opinión pública llamaba “á la puerta de un ciudadano completamente desvinculado de la actividad política interna, para ofrecerle la candidatura á la Presidencia de la Nación” (*La Prensa*, Lima, jueves 9 de mayo de 1912). Inmediatamente, Billinghurst pidió anular el proceso electoral en curso y solicitó enérgicamente al congreso que convocara a nuevas elecciones. Consideraba que era la campaña electoral “menos honrada” que se había realizado en el Perú; que la candidatura oficialista no satisfacía ninguna necesidad nacional, y que, por el contrario, era una simple imposición del poder, que priorizaba la violencia y la intriga, y que no había tomado en cuenta para nada a la opinión pública. Por todo ello, concluía, el país “repugna[ba] con una firmeza y uniformidad nunca vistas” el proceso electoral.

La respuesta de Aspíllaga no se hizo esperar, aunque sus términos fueron básicamente los mismos que los expresados por su secretario de campaña. En resumen, trató de deslegitimar a la candidatura de Billinghurst por no representar a ninguna fuerza política organizada o movimiento popular que hiciera explícito su apoyo. Por eso, Aspíllaga veía muy difícil que su adversario llegara a ejercer “la suprema magistratura de la República” (*La Prensa*, Lima, viernes 10 de mayo de 1912). Para colmo de males para los intereses de la candidatura civilista, el Partido Constitucional desmintió públicamente que apoyara a Aspíllaga, seguramente como un intento de reconciliación de las fracciones al interior de ese partido.

Los clubes políticos billinghurstistas que se formaron en distintos barrios y eran conformados por artesanos, jefes de talleres y obreros, agitaban la bandera de “abajo la farsa electoral”. El entusiasmo creció como marea. Dos mil personas se agolpaban frente a la casa

política de Billinghamurst, en la Calle Comesebo Núm. 333, exigiendo algunas palabras del candidato. Sin ninguna otra posibilidad, Billinghamurst se dirigió a la multitud desde la ventana. vivió a la clase obrera y señalaba que, de llegar al poder, sería “el primer obrero”. Pueblo y líder empezaban a reconocerse mutuamente.

La presión contra el gobierno por la anulación del proceso electoral continuaba. El 15 de mayo, el Comité Organizador de la candidatura billinghamurista, cuyo secretario era el escritor iqueño Abraham Valdelomar, convocaba a una manifestación para el 19 de mayo en la Alameda de los Descalzos, en el distrito del Rímac. Mientras tanto, los obreros billinghamuristas enviaban una carta a *La Prensa* donde expresaban que

[...] el señor Guillermo Billinghamurst, encarna las legítimas aspiraciones de la gran masa ciudadana de nuestra patria y creemos que llegado el momento supremo, no debemos permanecer silenciosos, ante la comedia eleccionaria que pretende llevarse á cabo en toda la República, sin más apoyo que el de algunas autoridades y la gente asalariada, que en estos casos se consigue (*La Prensa*, Lima, jueves 16 de mayo de 1912).

La respuesta al llamado del Comité Organizador de la campaña de Billinghamurst fue sorprendente. Como informa el diario *La Prensa* en su edición extraordinaria de ese mismo 19 de mayo, 20.000 personas acudieron al acto, en representación de cerca de 40 clubes políticos (ver lista al final del capítulo), uno de los cuales, el de “Motoristas y Conductores” llevó una pancarta que se haría célebre. Así informa el hecho *La Prensa*:

En una asta de bandera habían enarbolado un panecillo diminuto, y al pie se leía esta inscripción: ‘*Esto será veinte centavos de pan si sube Aspillaga*’. A la punta de otra asta se había atado un enorme pan de un metro de largo, de buena harina, y debajo un letrero con la siguiente inscripción: ‘*Esto será cinco centavos de pan si sube Billinghamurst*’.

Desde ese momento Billinghamurst sería reconocido por las clases subalternas —y después por todos— como “Pan grande”.

Billinghurst llegó a la manifestación a las 4 de la tarde de ese 19 de mayo y dijo lo siguiente: “Donde no hay libertad de elección desaparece la base fundamental del gobierno democrático representativo”. Contextualizado en los parámetros mentales de la época, hablar de elecciones libres y de gobierno representativo, como lo hizo Billinghurst, indicaba una nueva forma de encarar el proceso político y electoral, que hasta ese momento se resolvía únicamente al interior de las alianzas interelitarias. La incorporación en el discurso de los sectores populares como sujetos capaces de participar en las decisiones otorgaba a éstos una dignidad que el discurso tradicional no estaba dispuesto a conceder. Evidentemente, la empatía de la plebe congregada con el líder iba en aumento, más aún cuando el candidato pronunciaba palabras como las siguientes:

Apartado, como bien lo sabéis, de la política militante, desde hace algunos años atrás; sin estímulos de ambición personal ó partidarista, aleccionado por la experiencia de hechos y de situaciones en que he aportado, como los demás, mi concurso de pasión, de desconfianza, de intransigencia, de injusticia tal vez, á la obra de rivalidades y de anarquía que ahora lamentamos, debo declarar bajo mi fe de hombre de honor y de convicciones, que he sido completamente extraño al interés ó el empeño de exhibir mi candidatura á la presidencia, antes de que la opinión pública haya querido exteriorizar sus deseos en favor del ciudadano á quien juzgue merecedor de tan inapreciable hora.

El movimiento tuvo repercusiones en los otros partidos; el Liberal, el Civil-Independiente y el Constitucional se adhirieron al reclamo por la anulación de las elecciones, haciendo público su acuerdo

[...] con el objeto de obtener que el problema presidencial se resuelva de conformidad con las aspiraciones de la opinión pública y dentro de las prescripciones de la Constitución y de las leyes. (Firmado por: Enrique de la Riva Agüero, Enrique Barrera, Ricardo Flórez, Wenceslao Valera, David Matto y Pedro E. Muñiz). (*La Prensa*, Lima, viernes 24 de mayo de 1912).

El movimiento cobraba cada vez mayor aceptación, y no sólo en Lima. En provincias también hubo expresiones de apoyo a la candidatura de Billinghurst: Callao, Cusco, Arequipa,

Mollendo, Cajamarca y otras, se convirtieron en escenarios de manifestaciones en contra de la ya llamada “farsa electoral”. Es decir, el movimiento pro Billinghamurst que cristalizó en Lima, sustentado por las clases subalternas, orientado por *La Prensa* y liderado por un personaje (el propio candidato) se irradió a otros sectores políticos y adquirió un nivel nacional.

El paro se inició, como estaba previsto, el sábado 25 de mayo. Ese día no hubo elecciones. La edición de la tarde de *La Prensa* informaba entusiasmada que la derrota del candidato oficialista, Aspíllaga, “[era] abrumadora, absoluta, completa, uniforme en Lima, en el Callao y en todos los balnearios”.

Al día siguiente, corría el rumor de que Aspíllaga declinaría a la candidatura. La casa de Billinghamurst se colmaba de gente que quería saludarlo para expresarle su apoyo. Mientras tanto, en medio de telegramas y actas de felicitación para el candidato, los diarios daban cuenta de que el coronel Oscar R. Benavides, recién llegado de Francia, viajaba a Arequipa para desempeñar el cargo de Comandante General de la región del Sur, la más importante entonces.

Una vez definida la nulidad del proceso electoral, Abraham Valdelomar pronunciaba unas palabras en nombre de los universitarios:

La Juventud Universitaria que siempre ha tomado como propia la causa de la Patria, creyó necesario alistarse en las filas del pueblo cuando este quiso reivindicar sus derechos pisoteados; y esta juventud que ha sabido mezclarse con los obreros en la santa campaña de la libertad cumple un grato deber reconociendo que el gobierno, en un acto de probidad y virtud cívica, ha sabido respetar todas las opiniones, dejando al pueblo lo que es del pueblo: el derecho de impedir por más tiempo que el fraude y el engaño, corrompiendo las conciencias, entronice nulidades y ponga á la Patria en manos audaces y profanas (*La Prensa*, Lima, lunes 27 de mayo de 1912).

El éxito fue total y las elecciones finalmente boicoteadas. Billinghamurst agradeció a la muchedumbre agolpada bajo su balcón a la cual se dirigió en términos paternales:

Habéis vencido la primera jornada de esta campaña por la libertad de sufragio.

Ahora debéis entrar en calma y volver tranquilos á vuestros hogares. Yo quedaré aquí velando por la defensa de nuestros derechos en todo tiempo conculcados y que ahora hemos hecho respetar.

.....

El proceso electoral ya no existe. Ahora si las ánforas me llevaran al solio presidencial tendréis en mi un mandatario que será sólo el primero de los obreros nacionales.

La presión popular obligó a que recayera en el congreso la responsabilidad de elegir al nuevo presidente de acuerdo con el inciso 10 del artículo 59 de la Constitución de 1860 vigente, y que decía:

Son atribuciones del Congreso [...] 10o.-Proclamar la elección del Presidente y de los Vice-Presidentes de la República, y HACERLA CUANDO NO RESULTEN ELEGIDOS SEGÚN LA LEY³³.

El mismo lunes 27 el presidente Leguía mandó a llamar a Billinghurst a Palacio. Seguramente uno de los temas tratados en esa reunión fue el de quién iría a ocupar la vicepresidencia. Los clubes billinghurstas ordenaron el cese definitivo del paro. Por su parte, Piérola trató de oponerse a que la salida política pasara por la elección del congreso del nuevo mandatario, aduciendo que aún era posible ampliar los plazos electorales. En realidad, su propósito era bloquear el ingreso a Palacio de su ex compañero y ahora enemigo irreconciliable, Billinghurst. En un Manifiesto, Piérola llegó a señalar que si el congreso elegía al nuevo presidente, “habrá puesto a la Nación fuera del orden constitucional, sin

³³En Carlos Paz Soldán, *El problema presidencial. El Congreso puede elegir al Presidente de la República*. Imprenta de La Acción Popular, Lima, 1912. Además, este autor señala el Art. 84 que dice: “Cuando el Congreso haga la elección de Presidente, deberá precisamente quedar terminada en una sola sesión”. La conclusión del autor es que tanto el inciso 10 del artículo 59 como el artículo 84 “reconocen explícitamente la facultad del Congreso para elegir al Presidente, en ejercicio de la soberanía que la Nación le ha delegado” (pág. 9).

Por su parte, Pedro Planas, recuerda que si el candidato no obtenía la mayoría exigida, “el Congreso —indica el texto constitucional— ‘elegirá entre los dos que hubiesen obtenido mayor número de votos’ (art. 82)”. Por lo tanto, la elección de Billinghurst como presidente por el congreso es completamente legítima y constitucional. *La República Autocrática*, Fundación Friedrich Ebert, Lima, 1994, pág. 97.

posibilidad de volver a él por otro camino que el de la fuerza” (*El Comercio*, Lima, domingo 14 de julio de 1912).

La propuesta de Piérola no tuvo ninguna acogida. Incluso, el diario afecto a él, *La Prensa*, y miembros del Partido Demócrata, estaban de acuerdo con que el congreso eligiera al nuevo presidente. Más aún, la propuesta del caudillo causó disgusto en ciertos sectores que la enjuiciaron con acritud, por ver en ella la renovación de sus viejos aires subversivos: “El Manifiesto es una cruzada vengativa, que cierra todas las puertas para que solo quede franca la que lleva á la encrucijada [de la guerra civil]” (*La Opinión Nacional*, Lima, lunes 15 de julio de 1912). Pronto, Piérola tuvo que abandonar sus últimos arrebatos levantiscos. Debió aceptar que la salida era legal.

El apoyo a Billinghamurst seguía haciéndose más grande y abarcando a distintos sectores. Uno de los más importantes fue el de los estudiantes universitarios, y no sólo de Lima. El domingo 9 de junio llegaron a la capital estudiantes cusqueños que habían sido reprimidos por oponerse al candidato civilista. Entre ellos estaba Luis E. Valcárcel³⁴, uno de los dirigentes del movimiento reformista universitario del Cusco en 1909 y que será activo billinghamurista durante el periodo 1912-1914. Quienes los recibieron fueron el presidente del Centro Universitario, Carlos Concha³⁵ y Valdelomar³⁶. Éste pronunció unas palabras de bienvenida que fueron

³⁴Luis E. Valcárcel fue uno de los líderes principales de la reforma universitaria del Cusco en 1909. Sus primeros libros, como *Tempestad en los Andes*, son expresiones de un indigenismo radical. Posteriormente introdujo la etnología en el Perú.

³⁵Doctor en Jurisprudencia y Ciencias Políticas. Fue secretario privado de José Pardo durante los años 1907-1908 y 1915-1918. Llegó a ser ministro de Relaciones Exteriores (1934-1939).

³⁶Abraham Valdelomar es el mayor cuentista peruano. Autor de libros como *La ciudad y los típicos*, y de cuentos como “El caballero Carmelo”. También fue director de la iconoclasta revista de literatura *Colónida*. También fue secretario personal del presidente Billinghamurst y director del diario oficial *El Peruano*, durante la gestión de éste. Murió en 1919, siendo diputado en el oncenio leguista. La mejor biografía sobre Valdelomar pertenece a Luis Alberto Sánchez, *Valdelomar o la belle époque*, FCE, México, 1969.

agradecidas por Valcárcel. El sábado 15 de junio, luego de una conferencia política ofrecida a los estudiantes universitarios, éstos se dirigieron a la casa de Billinghurst quien les dijo: “[...] es preciso que marchemos de acuerdo y armonía para llegar á sus puertas [del congreso] el 27 de julio. para que se penetre de la justicia de vuestra causa y os devuelva vuestros sagrados derechos”. Ese mismo día, en un banquete, Billinghurst pronunció unas palabras que, al mismo tiempo que descalificaba las pretensiones insurreccionales de Piérola y Durand, enfrentaba al civilismo contra su propio discurso: “Sólo los que no creen en el milagro de la democracia apelan al terrible recurso de la insurrección” (*La Opinión Nacional*, Lima, domingo 4 de agosto de 1912).

El movimiento social que surgió apoyando a la candidatura de Billinghurst trató de ser organizado. Con ese objetivo se reunieron cerca de ochenta presidentes de clubes políticos con el fin de lograr una mayor organización y su representación ante el comité ejecutivo de la nueva fuerza política. Pero cuando observamos la ausencia de las clases subalternas en el momento que despojaron a Billinghurst de la presidencia de la república, es factible pensar que la proyectada organización e institucionalización de los clubes políticos no pasó de ser una buena idea.

La elección de Billinghurst

En la sesión del 19 de agosto de 1912, el congreso dio por concluida la crisis, designando a Billinghurst como presidente. En el lenguaje de la época, *El Comercio* informaba de la siguiente manera la sesión congresal, ofreciéndonos un fresco del ambiente que se vivía en esos momentos:

La excitación crecía por momentos y la impresión que reinaba era extraordinaria. Esta aumentó grandemente cuando el doctor Villanueva [presidente del congreso], puesto de

pie, dio lectura al resultado de la votación. Se produjo entonces un hecho sensacional e inesperado. Una voz en la barra entonó el Himno Nacional. A ella se unieron centenares de voces, y puestos de pie todos, representantes y pueblo, llenaron los aires con las notas de nuestra canción patria...La impresión fue unánime, y quizás llegó ella hasta el presidente del Parlamento, que hizo entonces la proclamación del señor Billinghurst, entre las más ruidosas manifestaciones de aplausos de la representación nacional y del pueblo que ocupaba las galerías del Congreso (*El Comercio*, Lima, martes, 20 de agosto de 1912).

Una comisión parlamentaria fue la designada para comunicarle su decisión a Billinghurst. Benjamín la Torre, el encargado de pronunciar el breve discurso dijo en un momento: "La forma nueva, casi violenta como habéis sido elegido, es la mejor prueba de todo lo que sois y de todo lo que la nación espera de vuestro talento y patriotismo" (*El Comercio*, Lima, martes 20 de agosto de 1912). Por su parte, el presidente Leguía mandó felicitar a Billinghurst por su elección como nuevo mandatario del Perú. En esta coyuntura se reveló la habilidad política de Leguía quien negoció con los billinghurstistas tratando de sacar el mayor provecho para sus intereses.

Leguía, a pesar que los resultados de la votación congresal favorecían a Billinghurst, había tendido una cortina de humo para que los resultados no fueran conocidos con claridad y así poder tener mayores márgenes de negociación. Si bien no consiguió su objetivo de la reelección en medio del *interregno* institucional, acordó con el Partido Liberal apoyar a Billinghurst en el congreso a condición de que se eligiera a su hermano, Roberto Leguía, como primer vicepresidente, imponiéndolo sobre el otro candidato, Lizardo Alzamora, respaldado por el "Bloque". El segundo vicepresidente fue el también leguista Miguel Echenique por sobre el candidato del civilismo independiente, Fernando Seminario. Pardo, que estaba en Europa, pidió a sus correligionarios civilistas que apoyaran a Billinghurst, principalmente para impedir que su partido se fraccionara en disputas sin solución.

Se puede afirmar que Billinghurst había logrado una influencia central en la política oligárquica peruana, neutralizando a sus adversarios y obligando a algunos de ellos a darle su apoyo. El civilismo independiente envió una comisión para comunicarle su adhesión. El miembro del Partido Liberal, Elías Malpartida, fue nombrado presidente del Consejo de Ministros y ministro de Gobierno y Policía.

A decir de Jorge Basadre, Billinghurst había logrado una amalgama que explica su éxito inicial y que caracterizaría su actuación política:

Al espíritu cívico del partido demócrata peruano juntó algo del sentido social del partido demócrata chileno, fundado en 1887, dentro de un proceso que fue sincrónico con la multiplicación de las sociedades de artesanos [...] Podría considerársele como un precursor del capitalismo 'ilustrado' demagógico³⁷.

Al concluir 1912, *La Prensa* y especialmente su director, Alberto Ulloa, apoyaban decididamente a Billinghurst. En su artículo del 1 de enero de 1913, Ulloa escribía líneas que nos indican cómo era percibido el ascenso de Billinghurst: "El pasado político del Perú está, pues, en vías de ser liquidado"³⁸.

Pero no todo fue apoyo entusiasmado, pues hubo quienes trataron de adelantarse a los acontecimientos señalando nudos políticos que debían resolverse. *La Opinión Nacional*, por ejemplo, señalaba que el nuevo presidente (refiriéndose a Billinghurst) será un esclavo de su programa, del cual no se podía separar ni un ápice (*La Opinión Nacional*, Lima, miércoles 12 de agosto de 1912). Así, en medio de las expectativas de aliados y adversarios, Billinghurst se preparaba para iniciar su periodo presidencial.

³⁷J. Basadre, *op. cit.*, pág. 3686

³⁸Alberto Ulloa, *Escritos históricos*, Espasa-Calpe, Buenos Aires, 1946, pág. 318

Lista de clubes políticos que apoyaron a Billinghurst

1. Los refugiados de las provincias cautivas.
2. Candidato nacional, señor Billinghurst,
3. acompañado de sus amigos personales, comité directivo.
4. Club Juventud Universitaria.
5. Club Escolta Billinghurst núm. 1.
6. Club Invariables Billinghurst núm. 2.
7. Club Centro Billinghurst núm. 3.
8. Club Libertad Billinghurst núm. 1.
9. Pueblo del Callao.
10. Pueblo de Chorrillos.
11. Pueblo de Barranco.
12. Pueblo de Miraflores.
13. Pueblo de Magdalena Nueva y Vieja.
14. Empleados del comercio Club Mercaderías Billinghurst núm. 4.
15. Club Monserrate núm. 5.
16. Comité Billinghurst núm. 6.
17. Club Independiente núm. 9.
18. Malambo Billinghurst núm. 10.
19. Club Billinghurst núm. 11.
20. Juventud Billinghurst núm. 2.
21. Artesanos Billinghurst núm. 13.
22. Independiente Billinghurst núm. 14.
23. Club Billinghurst núm. 15.
24. Club Billinghurst Hijos del Progreso núm. 16.
25. Labor y Firmeza núm. 17.
26. Club de Exploradores núm. 18.
27. Textil Progreso núm. 19.
28. Juventud Obrera Billinghurst núm. 20.
29. Juventud del Trabajo núm. 21.
30. Libertad del Sufragio núm. 22.
31. Club Panaderos núm. 23.
32. Club Carpinteros núm. 24.
33. Club Lima Numbers núm. 25.
34. Club Operarios de Desamparados núm. 26.
35. Club Operarios de Madera Maurer núm. 27.
36. Club Operarios de Sanguinetti y Dasso núm. 28.
37. Club Motoristas y Conductores Tranvía Eléctrico núm. 29.
38. Gremio de Cocheros núm. 30.
39. Club Liberales Primero de Mayo núm. 32.
40. Expendedores del Mercado núm. 36.
41. Comité de Señoras de La Victoria.
42. Lanceros Billinghurst núm. 1.

Fuente: La Prensa, Lima, 19 de mayo de 1912.

CAPÍTULO VI

EL GOBIERNO DE BILLINGHURST

EN GENERAL, EL GOBIERNO DE GUILLERMO E. BILLINGHURST ha sido materia de escasa reflexión. Se conoce muy poco sobre los dieciséis meses que duró, a no ser por referencias incidentales al interior de reflexiones de carácter más general o teniendo otro objeto de estudio. En este capítulo me propongo analizar el gobierno de Billinghurst desde dos ángulos. Primero, en la relación que el gobierno —y el propio Billinghurst— sostuvo con las clases subalternas de Lima; y segundo en los conflictos institucionales que el billinghurismo enfrentó en su política anti *statu quo*. La idea que recorre estas páginas es que la debilidad del billinghurismo consiste en su escasa vinculación orgánica con las clases subalternas (al contrario de los populismos latinoamericanos típicos), lo cual lo hizo más vulnerable frente a la arremetida de las élites oligárquicas temerosas de los planes de reforma que aquél impulsaba.

El gobierno de Billinghurst

El mandato de Billinghurst empezó con buenos auspicios. En el discurso de posesión del mando del 24 de setiembre de 1912, el nuevo presidente enfatizaba la nueva época que su gobierno inauguraba en la política peruana:

Peruano, antes que todo, he procedido de acuerdo con los dictados de mi conciencia y las inspiraciones del más puro patriotismo; y así, al prestar mi juramento, dominado tan sólo por el interés de la república, y contrario, como soy, en lo absoluto, á los antiguos y gastados métodos, he prometido, y he de serlo, honorables señores, completamente

extraño á las sugerencias partidistas y á las influencias de círculo, por seductoras que ellas sean¹.

Su gobierno, según lo anunciado, trataría de continuar con las obras públicas en marcha; asegurar la paz interna y externa como condición básica del progreso económico; apuntalar la democracia con una nueva ley electoral que asegurara el libre sufragio; y disminuir la desocupación, causa de la migración de los peruanos a otras tierras en busca de mejores oportunidades. Señaló que la ley de trabajo se estaba cumpliendo con deficiencias. Prometió, además, impulsar la instrucción pública, irrigar la costa y mejorar la producción agrícola, reorientar la institución militar, mejorar los puertos y, finalmente, algo novedoso, elaborar el presupuesto general de la república².

Como apunta Margarita Guerra, Billinghurst se declaró nacionalista, no partidario y moderno. Ser nacionalista y moderno eran elementos del lema que había caracterizado al primer gobierno de Leguía (1908-1912), y que continuarían presentes durante el oncenio del mismo (1919-1930)³.

Billinghurst inició su mensaje al parlamento del 28 de julio de 1913 con un balance sobre la situación limítrofe: con Chile, se iniciaba tibiamente un acercamiento sobre unas bases formuladas por las cancillerías peruana y chilena; con Bolivia, se esperaba que para ese

¹Guillermo E. Billinghurst, *Discurso Programa de SE el Presidente de la República don Guillermo E. Billinghurst en el acto de asumir el mando Supremo de la nación*, Lima, Imprenta de "La Acción Popular", 24 de setiembre de 1912, págs. 5-6. Este sería el primero de varios mensajes: el segundo, del 4 de octubre de 1912, es un informe sobre las rentas y gastos públicos; el tercero, de noviembre, es un informe secreto acerca de la situación con Chile; el cuarto, del 19 de diciembre del mismo año, trata sobre un empréstito de liquidación; el quinto, del 28 de julio de 1913, es un informe general del país; el sexto, del 5 de setiembre, amplía informaciones precedentes.

²Billinghurst era sumamente escrupuloso en las cosas financieras. Él fue el primer presidente peruano que mandó a imprimir las cuentas nacionales trimestralmente. Antes que él, el informe financiero se hacía anualmente, especialmente por medio de los discursos presidenciales.

³Margarita Guerra Martiniere, *Historia general del Perú. La República 1900-1948*, tomo VIII, Editorial Brasa, Lima, 1994, pág. 56

año se definieran las fronteras; con Brasil, se firmó en Río de Janeiro el protocolo sobre límites; con Colombia, se esperaba una solución sobre los límites, mientras que las fuerzas militares de ambos países se mantenían en sus posiciones; con Ecuador, consideraba conveniente esperar las decisiones del Tribunal de La Haya. Evidentemente, la demarcación de los límites físicos del país era, en ese momento, un asunto central para la demarcación política del Estado peruano.

Tales preocupaciones se inscribían dentro de una mayor, respecto a la necesidad de racionalizar y nacionalizar, si cabe el término, al Estado, lo que hacía indispensable el conocimiento exacto de la situación del país, como Billinghurst lo afirmó en su discurso del 5 de setiembre de 1913:

Obligación primordial de un Estado culto es atender á la conservación y perfeccionamiento de sus dos elementos constitutivos: territorio y población, estudiando, detenida y reflexivamente la disposición natural de uno y otro.

En el Perú, sólo poseemos informaciones, más o menos concretas, sobre la superficie territorial de nuestro país; pero, en el día, carecemos de conocimiento exacto ó aproximado de nuestra población, é ignoramos, por lo mismo, las condiciones de la composición interna del organismo con que debe actuar el Estado, y la vida íntima de ese elemento que es la base de toda actividad política⁴.

Billinghurst también era enfático en afirmar la necesidad de llevar una estadística oficial sobre la producción industrial y agrícola, así como de seguir la situación obrera y de los trabajadores en general. Proponía, en este último rubro, llevar las estadísticas de las huelgas, anotando sus causas, duración y resultados.

⁴Guillermo E. Billinghurst, *Mensaje de SE el Presidente de la República*, Lima, setiembre 5 de 1913, pág. 22. Una demostración del interés de Billinghurst por conocer el territorio peruano y expandir la influencia del Estado es la creación del departamento de Madre de Dios —ubicado en la región sur oriente de la selva peruana— el 5 de diciembre de 1915.

Por otra parte, Billinghamurst insistía en la necesidad de armonizar capital y trabajo por considerarla como un asunto de interés central para el desarrollo económico del país⁵. La conciliación de clases con base en un discurso nacionalista llegaría a ser una de las características más básicas del populismo después de la crisis de 1929. En aquel momento, sin embargo, se trataba de un repertorio político totalmente novedoso.

Billinghamurst llegó al gobierno con un amplio apoyo de la opinión pública, sostenida en una inusitada movilización popular, y un apoyo pluripartidario. No obstante, los dieciséis meses que duró su mandato estuvieron atravesados por múltiples dificultades. La principal fue con las élites oligárquicas predominantes. Al mismo tiempo que el billinghamurismo se distanciaba de la institucionalidad oligárquica, se acercaba más a las clases populares, hecho que atizó el fuego de los conflictos mencionados, hasta su definitiva explosión. Estos conflictos se materializaron en los enfrentamientos con la iglesia, el ejército, los partidos y el parlamento.

La relación gobierno y trabajadores

Como era previsible, la llegada de Billinghamurst al poder impulsó a los sectores trabajadores a adoptar una serie de estrategias de lucha, con el fin de acceder a mejores condiciones de vida. Los estimulaba el considerar que, por fin, tenían a un gobierno amigo, encabezado por "el

⁵Otra demostración de que Billinghamurst pensaba alcanzar el desarrollo económico de una manera distinta, aunque no radicalmente diferente, de sus antecesores, es su política antinorteamericana, pues no se había mostrado muy entusiasmado —oponiéndose incluso—, con ciertos contratos con el capital norteamericano, como para construir el ferrocarril a Ucayali, aceptar determinados préstamos y para promover la irrigación en algunas regiones. Ernesto Yepes del Castillo, "El desarrollo peruano en las primeras décadas del siglo XX", en *Nueva Historia General del Perú*, Mosca Azul editores, Lima, 1979.

primer obrero del Perú”, como la masa limeña lo había bautizado. El propio Billinghurst, en su mensaje del 28 de julio de 1913, señalaba:

El interés bien entendido del Gobierno reclama su actuación incesante sobre las grandes colectividades trabajadoras, á fin de prepararlas, con un claro concepto de sus deberes y verdadero acierto, por la evolución social que se opera en la hora presente; satisfaciendo, desde luego, con justicia y equidad, las necesidades de esa clase que tiene hambre de cariño y benevolencia⁶.

Habían, pues, motivos para que la clase trabajadora tuviera expectativas positivas. Por ello, diferentes sectores obreros (textiles, tranviarios, estibadores del puerto del Callao y otros), presionaron al presidente para que cumpliera con sus promesas electorales: en los dieciséis meses que duró el gobierno de Billinghurst se cuentan doce conflictos.

El 5 de enero de 1913 se inició un paro general que conmocionó a Lima. El movimiento de protesta comenzó con el reclamo de la *Unión de Jornaleros de la Compañía Naviera y la Empresa Muelle Dársena del Callao*, y fue dirigido por el anarquista Fernando Vera, quien después se convertiría en un convencido billinghurstista. La influencia de la recién fundada (en marzo de 1913), *Federación Obrera Regional Peruana* y del periódico *La Protesta*, como recuerda Delfín Lévano, un líder anarquista de la época, resulta evidente⁷. La irradiación del movimiento fue espectacular y llegó hasta los trabajadores metalúrgicos, molineros (de la fábrica Santa Catalina), los obreros de la fábrica de galletas Field, los tipógrafos y panaderos, los trabajadores del gas y los de las bebidas. El reclamo era básicamente por mejoras salariales. Como respuesta, Billinghurst declaró el estado de sitio en la capital, e

⁶*Mensaje que el Presidente de la República presenta al Congreso Ordinario*, Lima, 28 de julio de 1913, pág. 73. Más adelante, Billinghurst critica la concentración de la propiedad agrícola en pocas manos y el remplazo del cultivo de frutas por el algodón y la caña de azúcar que perjudica a la salud pública y a la economía doméstica: “Hoy sólo la gente acomodada puede adquirir aquélla, pagando precios crecidos, que están fuera del alcance de las clases menesterosas”, pág. 77.

⁷Tomado de César Lévano, *La verdadera historia de la jornada de las ocho horas en el Perú*, Lima, 1967, pág. 29. Peter Blanchard rescata, además, la influencia que tuvieron dos italianos, José Spagnoli y Antonio Gustinelli. “A Populist Precursor: Guillermo Billinghurst”, en *Latin American*

inmediatamente después recibió a una comisión de trabajadores. El resultado de las negociaciones fue una resolución, con fecha del 10 de enero de 1913, en la cual el gobierno aprobaba la jornada diaria de ocho horas para los estibadores del puerto.

A los pocos días, el gobierno emitió un Decreto Supremo (del 24 de enero de 1913) para reglamentar las huelgas. Este Decreto contaba con las importantes —y progresistas para su época— características siguientes: representación obrera para negociar las reclamaciones ante el patrón; arbitraje (sin la participación necesaria del Estado); condiciones de la huelga (permitiendo su reconocimiento oficial y el amparo de sus derechos); requisitos de la huelga por parte de los trabajadores⁸; la posibilidad de cierre patronal⁹; sanciones y prohibiciones¹⁰, y creación de la sección obrera en la Intendencia de Policía para el registro estadístico de las huelgas y cierres¹¹.

La expedición del Decreto Supremo tuvo el objetivo, según el propio Billinghamurst, de

impedir, en lo posible, y dentro del marco de la ley, la repetición del conflicto entre el capital y el trabajo, que había aparecido, en los últimos tiempos, con inusitada frecuencia, perturbando la tranquilidad pública, y comprometiendo, hasta cierto punto, el desarrollo normal de los intereses económicos y financieros que todo país culto tiene la obligación de proteger¹².

Como lo expresan Jorge Santistevan y Ángel Delgado, en un lenguaje claramente clasista, este Decreto afirmaba la “clara percepción del derecho como instrumento de control

Studies vol. 9, núm. 2, 1977.

⁸Decisión por mayoría de los trabajadores mediante votación secreta, previo aviso y con renovación cada cuatro días para no perder su condición de legalidad.

⁹Los empresarios sólo tenían que enviar una comunicación a la Intendencia de Policía señalando las causas del cierre.

¹⁰Se declararían delincuentes a aquellos que impidieran el “libre ejercicio de la industria, el comercio y el trabajo”, y se prohibían los campamentos de huelga y las manifestaciones públicas entre otras.

¹¹Jorge Santistevan y Ángel Delgado, *La huelga en el Perú. Historia y Derecho*, CEDYS, Lima, 1980, págs. 39-41

¹²Guillermo E. Billinghamurst, *Mensaje que SE el Presidente de la República presenta al Congreso*

social [y] muestra además una actitud moderna, netamente burguesa, lógicamente afin a un gobierno populista con rasgos ‘progresistas’ como el de Billinghurst, y ciertamente ajena a los rezagos de feudalidad representados en el parlamento”¹³.

Es importante subrayar que el instrumento legal por el cual Billinghurst reglamentó la huelga fue un Decreto, o sea, un ordenamiento legal de rango inferior a una ley sancionada por el parlamento. Este hecho revela el entrapme que ya encontraba Billinghurst para llevar a cabo sus reformas, y que permanecería a lo largo de todo su gobierno. Por otra parte, la vinculación que establecía el presidente con las clases trabajadoras y la sensibilidad que exhibía frente a sus reclamos —pues incluso llevó a cabo un proyecto de vivienda para los trabajadores¹⁴—, fue mal vista por las clases propietarias, las que aún tenían la esperanza de cooptar y controlar los arrestos reformistas del presidente.

Dos días después de terminado el conflicto con los jornaleros del Callao, los trabajadores del Molino y Milne obtuvieron la jornada de 10 horas y un aumento salarial del 15%. La expectativa del resto de trabajadores por conseguir esa demanda creció, aunque los resultados no fueron los esperados para ellos. Como señala un líder obrero de la época:

Al influjo de los triunfos indicados, los mecánicos y demás metalúrgicos de ‘Guadalupe’, ‘El Vulcano’, ‘El Águila’ y ‘White’ se habían declarado en huelga, también por la jornada de 8 horas y aumento de salarios, pero no pudieron lograr sus objetivos. Los de ‘Guadalupe’ volvieron al trabajo después de dos o tres días de paro, casi en las mismas condiciones de antes. Los de las factorías restantes lo hicieron a los 59 días, cuando todos se hallaban acosados por el hambre¹⁵.

Ordinario, Librería e Imprenta Gil, Lima, 1913, pág. 13

¹³J. Santistevan y A. Delgado, *op. cit.*, pág. 43

¹⁴Como menciona Jorge Basadre, siendo presidente, Billinghurst adquirió un terreno en Malambo —barrio obrero por excelencia— para construir casas populares —lo mismo había hecho en la zona de Santa Sofía—. El 28 de noviembre de 1913 el gobierno expidió la ley núm. 1883 que autorizaba al ejecutivo ceder al municipio del Callao cuatro lotes de terrenos en Chucuito y La Punta. (En *Historia de la república del Perú*, quinta edición corregida y aumentada, tomo VIII, Ediciones Historia, Lima, 1963).

¹⁵Cita correspondiente a Parra y recogida por Ernesto Yepes del Castillo, *Perú 1820-1920. un siglo de desarrollo capitalista*, IEP, Lima, 1972, pág. 241

Ernesto Yepes del Castillo señala que era inevitable que la promesa de “pan grande” encontrara prontamente sus límites. Por una parte, el gobierno de Billinghurst carecía de una base política y económica propia para efectuar el programa de reformas sin necesidad de contar con el apoyo de fuerzas políticas ajenas a las élites económicas dominantes. No obstante, los movimientos laborales no se realizaron en oposición a un gobierno que no cumplía con sus promesas electorales, sino, por lo contrario, en apelación a un gobernante sensibilizado hacia sus reclamos, por lo que consideraban que ese era el mejor momento para ejercer presión¹⁶.

Sin embargo, no todos los intentos de huelga fueron bien recibidos. En noviembre de 1913, los trabajadores del Callao iniciaron, por medio de su *Federación Marítima y Terrestre del Callao*, una nueva huelga por aumentos salariales y mejores condiciones de trabajo, prevista para el 27 de noviembre. Enseguida, Billinghurst ordenó al prefecto del puerto que declarara ilegal la huelga, mandando a encarcelar a diez líderes sindicales, incluido el secretario de la Federación. El día siguiente, una delegación de trabajadores fue a visitarlo para explicarle las razones de tales medidas. Billinghurst no aceptó ninguna explicación. Les recordó que él había cumplido con las disposiciones del Decreto Supremo del 10 de enero referentes a la reducción de la jornada laboral, y que siempre había apoyado las causas de los trabajadores. Éstos aceptaron las razones del presidente y, posteriormente, le enviaron una

¹⁶A la nueva manera con que Billinghurst se acercaba a los trabajadores de la ciudad hay que sumar su interés por la situación de los campesinos indígenas. Un caso famoso es el de Teodomiro Gutiérrez Cuevas. Éste fue un militar que apoyó la candidatura de Billinghurst, lo que explica la confianza que le depositó el presidente para la tarea de elaborar un informe acerca de la situación de los campesinos en el sur andino. Los medios controlados por las élites oligárquicas (como la prensa y el parlamento) se encargaron de denunciar que se trataba de un proyecto peligroso del ejecutivo para enfrentar a “indios contra blancos”. Esta nueva manera de ejercer la política por parte del presidente Billinghurst era intolerable para las élites oligárquicas. Luego de derrocado Billinghurst, Gutiérrez, bajo el seudónimo de *Rumimaqui* (“Martillo de piedra”), dirigió varias rebeliones indígenas.

carta reconociendo las buenas intenciones del gobierno y admitiendo que se habían equivocado¹⁷.

Billinghurst también se preocupó por impulsar la solidaridad de los trabajadores de Perú y Chile. A inicios de 1913, el tipógrafo Víctor Pujazón viajó a Chile, como representante de la *Confederación de Artesanos*, para invitar a los trabajadores de ese país a asistir a las celebraciones que se iban a realizar el 28 de julio por motivo del aniversario de la independencia peruana. La cortesía fue devuelta rápidamente, pues en setiembre del mismo año una delegación de trabajadores peruanos fue invitada a Chile, estableciéndose un pacto de solidaridad con el propósito de expandirlo a todos los trabajadores de América Latina. El resultado fue la creación, en noviembre de 1913, de una nueva sociedad obrera llamada *Centro Internacional Obrero de Solidaridad Latinoamericana del Perú*, cuyos objetivos eran, además de unificar a los obreros de los países americanos, organizar congresos e instruirlos en sus derechos¹⁸.

Con tales acciones, Billinghurst modificó la relación tradicional entre gobierno y trabajadores, mediando directamente en los conflictos, accediendo a determinadas demandas de éstos, y asumiendo una posición más progresista. Sin embargo, esta política lo colocó en el fiel de la balanza, obligándolo a mantenerse en un equilibrio muy inestable por el casi nulo respaldo de una fuerza política propia que se uniera con el apoyo obrero más circunstancial.

¹⁷P. Blanchard, *op. cit.*, págs. 266-267

¹⁸*op. cit.*, pág. 262. Una constancia de las buenas relaciones entre los obreros peruanos y chilenos se puede ver en *Confraternidad obrera chileno-peruana. Una actuación histórica. 1913-1917*. Imprenta "Lux" de EL Castro, Lima, 1928, en éste se rinde homenaje al líder anarquista peruano Víctor A. Pujazón.

Los conflictos institucionales

Los conflictos que Billinghurst sostuvo con las fuerzas sociales, culturales y políticas del *establishment* oligárquico fueron múltiples y constantes. Es importante conocerlos para poder seguir los sucesos que desencadenaron el golpe de febrero de 1914.

Un conflicto importante, aunque aparentemente secundario, fue con la Iglesia Católica. El catolicismo estaba en el núcleo de las ideas que reforzaban los sentimientos de fatalidad y resignación de las clases subalternas; su influencia le otorgaba carácter a cierta mentalidad y modo de ser oligárquico. Por ello, el conflicto gobierno-iglesia tocaba fibras de la sociedad de su tiempo, más sensibles que las que aparecían a primera vista¹⁹.

En octubre de 1913, el gobierno presentó al congreso una propuesta de modificación del artículo cuarto de la Constitución, que proscribía cultos y creencias que no fueran los católicos. La reforma, que fue aprobada por unanimidad en las dos cámaras legislativas, irritó profundamente a la jerarquía eclesiástica. Ésta, que preconizaba la unidad Estado-Iglesia Católica, y en la cual no daba lugar para otras creencias, no permitía el más leve cuestionamiento a su preeminencia. Por lo tanto, sostener la tolerancia de cultos y nivelar la influencia católica a las de otras confesiones, ponía en entredicho a uno de los pilares del orden vigente²⁰.

Otra línea de conflicto fue con el ejército. Los gobiernos previos al de Billinghurst, en su afán de profesionalizar y despolitizar al ejército, le había destinado el 25% del presupuesto

¹⁹Una anécdota pinta de cuerpo entero cómo exacerbaba Billinghurst a las autoridades eclesiásticas, como cuando evitó asistir al tradicional *Te Deum* dentro de las celebraciones de las fiestas patrias, yéndose de viaje a un balneario del sur de Lima. No obstante, Billinghurst reconocía la (“exagerada”) influencia moral de la Iglesia Católica sobre los individuos, aunque también remarcaba que la sociedad se ordena por medio de la política.

²⁰Este temor se veía confirmado por las ideas que de cierta manera iban ganando en parte de la intelectualidad peruana. Por ejemplo, Francisco García Calderón, uno de los intelectuales más brillantes de principios de siglo, afirmaba en 1907 que había que fomentar la libertad de

nacional. Billinghurst disminuyó esta cantidad al 21%, y se esperaba que la redujera aun más. Este rumor se tradujo en inquietud al interior de los cuarteles²¹.

Por otro lado, según corrían rumores, Billinghurst tenía planeado remover todos los mandos de la institución castrense. Ello atrajo los recelos no sólo de los oficiales militares sino también de los miembros de las familias oligárquicas, las que estaban interconectadas con el ejército por múltiples vías, desde las pecuniarias hasta las familiares, al grado de que al ejército podía considerarse una institución capturada por las élites oligárquicas²². Ello se haría evidente tanto en 1914 —cuando la alianza civil-militar despojaría a Billinghurst de su cargo de presidente—, como a lo largo de todo el presente siglo hasta 1968, año del ingreso del reformismo militar antioligárquico dirigido por el general Juan Velasco Alvarado.

El conflicto con los partidos de la época fue decisivo para el desenlace político de 1914. Se manifestó en relación con dos hechos principales: la nueva ley electoral y los enfrentamientos entre el congreso y el ejecutivo. Éstos dieron la razón formal para justificar su destitución final. Debemos recordar que Billinghurst había recibido el apoyo de los diferentes partidos opuestos al civilismo leguista (el Civil-Independiente, el Liberal y el Constitucional)

pensamiento y la tolerancia. Ver *El Perú contemporáneo*, Interbank, Lima, 1981, pág. 31.

²¹E. Yebes del Castillo, "El desarrollo peruano...", *op. cit.*, págs. 152-153

²²Como señala Dennis Gilbert, los vínculos entre las familias oligárquicas y los oficiales del ejército eran muy estrechos (la soldadesca estaba integrada por individuos pertenecientes a las clases subalternas a las cuales las élites oligárquicas no tomaban en cuenta). A inicios del siglo XX éstos pertenecían a las familias llamadas "decentes", tanto de Lima como de capitales de provincias. *La oligarquía peruana: historia de tres familias*, Editorial Horizonte, Lima, 1982, págs. 75 y 101.

Por su parte, Víctor Villanueva recuerda la incipiente profesionalización del ejército iniciada durante el gobierno de Piérola desde 1894, la misma que destruida con el golpe del 4 de febrero de 1914 contra Billinghurst. En efecto, luego de despojar a éste de la presidencia se recompensó a los militares que llevaron a cabo el golpe mediante la ley núm. 1993 en la cual se legalizó el ascenso a los escalafones superiores como premio a los favores políticos. *100 años del ejército peruano: frustraciones y cambios*, editorial Juan Mejía Baca, Lima, 1971.

Este esquema se repitió luego del golpe del 4 de julio de 1919, que colocó a Leguía en la presidencia, pues éste también premió a los golpistas con ascensos que no estaban respaldados en los méritos netamente profesionales. Pero después de destituido Leguía en 1930 fue cuando la relación

para llegar al gobierno. Pero ese mismo respaldo explicitaba una debilidad fundamental: el no contar con una fuerza política propia. Por ello, Billinghurst se vio obligado a buscar una mayoría parlamentaria que no dependiera de las alianzas frágiles que pudiera conformar con los partidos mencionados, para poder llevar a cabo su plan de gobierno. Este propósito produjo agudos conflictos entre el ejecutivo y el congreso.

La disputa entre los dos poderes empezó casi inmediatamente después de instalarse el nuevo gobierno. Según la Constitución vigente, la renovación del congreso se debía realizar por tercios. Ello implicaba que no necesariamente coincidían las elecciones presidenciales con las de los representantes congresales. Eso fue lo que ocurrió cuando Billinghurst asumió la presidencia, debiendo iniciar su gestión al lado de una mayoría parlamentaria leguista adversa o, por lo menos, nada afecta a los proyectos del gobierno²³.

El primer conflicto entre el congreso y el ejecutivo ocurrió en noviembre de 1912. Billinghurst presentó a las cámaras —en reuniones secretas— un informe relacionado con la adquisición de material bélico. Inmediatamente, el ministro de Guerra fue interpelado por el diputado leguista Rafael Grau²⁴. Finalmente, luego de una demora congresal para enviar por escrito los cuestionamientos de los representantes al ejecutivo, la ausencia de respuesta por parte de éste, demoras burocráticas y traslapes de papeles, el conflicto no pasó a mayores.

En octubre de 1912, Mariano H. Cornejo²⁵, el asesor de Billinghurst y polémico senador por Puno, propuso una reforma constitucional mediante la cual el poder ejecutivo tendría la

oligarquía-oficiales del ejército se estrechó definitivamente.

²³M. Guerra Martiniere, *op. cit.*, pág. 58

²⁴Hijo del Almirante Miguel Grau, héroe del monitor *Huáscar*, con el que defendió las costas peruanas al inicio de la guerra con Chile.

²⁵Mariano H. Cornejo (1867-1842), abogado arequipeño, fue un destacado orador y parlamentario. Diputado por Puno en varias oportunidades, también llegó a ser presidente de la Cámara de Diputados y de Senadores. En 1919 fue elegido presidente de la Asamblea Constituyente encargada de redactar la nueva Constitución del segundo gobierno de Augusto B. Leguía (1919-

facultad de elegir al presidente del Perú (suplantando la elección popular). Mediante este proyecto de reforma constitucional se buscaba que el ejecutivo, aun cuando no tuviera una representación parlamentaria considerable, contara con el poder suficiente para designar al nuevo presidente. Si bien este proyecto de reforma fue rechazado por el Senado —por considerar que lesionaba los deberes del parlamento—, el germen del conflicto congreso-ejecutivo había quedado sembrado.

En diciembre de 1912, en pleno debate sobre la nueva ley electoral (que veremos después), se produjo la censura al gabinete por un motivo aparentemente periférico. Ocurrió que un grupo de billinghurstistas había atacado una imprenta —llamada Berrio— donde se editaba una hoja proleguista, *El Mosquito*, en la que se criticaba duramente a personajes ligados al gobierno, incluido el propio presidente. Al entender de los representantes parlamentarios, el ejecutivo no fue suficientemente ejemplar en el castigo a quienes habían atacado a dicha imprenta. Como consecuencia, censuraron al gabinete, ocasionando la renuncia del primer ministro y de toda la plana ministerial. Ante dicha crisis, Billinghurst designó al general Enrique Varela como presidente del nuevo gabinete, cargo en el que duraría muy poco, hasta febrero de 1913, pues Varela renunció para postular como senador por el recién creado departamento de Madre de Dios. Inmediatamente después, Billinghurst, quien al parecer entendió que los partidos representados en el congreso iban a constituir un obstáculo en la ejecución de su política, retiró los proyectos que había sometido a consideración del parlamento, produciéndose una nueva fisura entre ambos poderes. Según el

1930). Además fue un diplomático destacado, cumpliendo sus principales misiones como plenipotenciario del Perú en Francia. Entre sus obras destacan *Discursos parlamentarios y políticos* y *Sociología*, por lo que se le reconoce como el primer sociólogo del Perú.

Cornejo se adscribía plenamente a las ideas positivistas en boga. Políticamente liberal, defendía ideas autoritarias, que justificaban un gran peso del papel del Estado para conseguir la paz y el orden.

Editorial de la revista *Variedades*, esta actitud de Billinghurst equivalió a disolver al congreso “dentro de una legalidad de forma” (Lima, 28 de diciembre de 1912). Si bien el conflicto no pasó a mayores, por ser los meses iniciales del nuevo gobierno y por las buenas expectativas que había generado, indica el patrón del conflicto que se desarrollaría a lo largo del periodo que Billinghurst estuvo en el poder.

Muy pronto, en junio de 1913, Billinghurst reorganizó nuevamente su gabinete ministerial, eligiendo como presidente de ministros a Aurelio Souza, del debilitado Partido Demócrata. Si el anterior consejo de ministros fue acusado de servilismo ante la voluntad presidencial²⁶, el nuevo gabinete, de composición pluripartidaria, fue designado por Billinghurst —o así se interpretó en su momento— para otorgar estabilidad a su gobierno²⁷.

El gobierno enfrentó un nuevo conato de crisis en julio de 1913, originado precisamente por la ausencia de una fuerza política organizada propia. Sucedió que la representación leguista que tenía el control de las mesas directivas de las cámaras maniobró —en las vísperas de instalarse el congreso ordinario—, para incorporar fraudulentamente a dos representantes suyos para consolidar su mayoría respecto a los otros partidos.

Como respuesta, Billinghurst alentó la formación de una organización paraestatal llamada “Comité de Salud Pública”²⁸. Este Comité estaba compuesto principalmente por refugiados de Tarapacá además de dirigentes obreros y artesanos, y tenía como objetivo crear

²⁶“El gabinete Luna y Peralta —dice el Editorial de *Variedades*— parece que no trajo sino dos misiones que realizar [...] dar gusto al Presidente en todo [...] y pergeñar las elecciones del tercio, también a gusto del presidente”. “De jueves a jueves”, en *Variedades* año IX, núm. 277, Lima, 21 de junio de 1913, pág. 2283

²⁷Especialmente por los conflictos que ocurrieron luego de realizarse las elecciones para la renovación parlamentaria, las que analizo más adelante.

²⁸Es significativo el nombre y las funciones de este Comité de Salud Pública, pues porta una fuerte carga simbólica, ya que se inspira en *Le Comité de Salut Public*, que fue el encargado de llevar a cabo el gobierno de terror jacobino durante la Revolución Francesa, identificando enemigos, persiguiéndolos y eliminándolos. Ver Michel Péronnet, *Vocabulario básico de la Revolución*

el terror entre los opositores al gobierno²⁹. El Comité alentó el enfrentamiento directo y físico contra “los enemigos del gobierno”, especialmente leguístas. Aparentemente, el hecho que instigó su creación fue un intento frustrado de las fuerzas leguístas para asesinar al presidente el 28 de mayo de 1913. “El gran traidor” Leguía —según un volante del Comité—, junto con Augusto Durand, Rafael Villanueva y otros, planeaban asaltar la casa de Billinghurst para darle muerte. El Comité llamaba a tomar represalias contra los conspiradores de una manera explícita, pues a los mencionados, decía uno de sus volantes, “debemos linchar sin misericordia”.

La justificación de la existencia del Comité era: 1) que la fuente de poder residía exclusivamente en el pueblo soberano cuya voluntad el Comité decía representar; y 2) que el poder ejecutivo y el mismo presidente Billinghurst debían ser protegidos de todo acto antigubernista. Ésto exacerbaba el patriotismo, justificando la afirmación de que opositores al gobierno eran traidores a la patria.

El Comité de Salud Pública estuvo encargado de impedir el juramento como vicepresidentes de la república de Roberto Leguía y Miguel Echenique, a quienes se les exigió su renuncia. Éstos, junto con Durand, según apareció en el *Boletín de El Huracán* (vocero del Comité), debían ser expulsados del país. Más aún, todos aquellos congresistas que no aceptaran las renunciaciones de ambos leguístas “[debían] pagar con sus vidas la infamia de sus actos”. Dicho boletín terminaba amenazando: “Si el Congreso se mantiene hasta el 28 de julio en actitud hostil, guerra á él, pero guerra terrible y sin cuartel porque sobre todo está la

Francesa, Crítica-Grijalbo, Barcelona, 1985, págs. 73-79.

²⁹Sobre los peruanos que fueron expulsados de Tarapacá por la xenofobia chilena ver el artículo de Sergio A. González Miranda “De la solidaridad a la xenofobia: Tarapacá 1907-1911” (inédito).

soberanía del pueblo”³⁰. Como lo había anunciado, el Comité de Salud Pública organizó movilizaciones en contra de Rafael Villanueva, presidente de diputados y connotado leguista, cuya casa fue atacada el 23 de julio. Al día siguiente, fecha prevista para el juramento de los dos nuevos senadores que el leguismo quería introducir ilegalmente, contingentes compuestos por sectores populares acordonaron el congreso, decididos a no dejar pasar lo que consideraban una argucia planeada directamente por el ex-presidente Leguía. Incluso llegaron a ingresar al congreso venciendo la resistencia de la guardia. Luego de escarceos, disparos de revólver y de una infructuosa mediación del ministro Souza, los grupos billinghurstas se dirigieron a la casa de Leguía provocando el intercambio de disparos y ocasionando la muerte de uno de los defensores de la casa de aquél. Con el cadáver en hombros, la muchedumbre se dirigió a la casa de Billinghurst. Éste, luego de que los leguistas desistieron de continuar con su maniobra parlamentaria, ordenó la aprehensión del ex-presidente y su destierro. Finalmente, Leguía salió del país el 1 de agosto.

El 2 de setiembre, Leguía realizó las siguientes declaraciones para el diario norteamericano *Morning Journal*:

[...] el Perú se halla en estado de anarquía en que la voluntad del populacho reina como ley suprema, y en que los descamisados han usurpado todas las prerrogativas del gobierno...Sin tratar de entrar en la personalidad del Presidente Billinghurst, puedo decir que él es un oportunista político. Por tanto, él comprendió que para llegar a ser poderoso necesariamente tendría que acceder a los deseos del pueblo que carece de debida representación³¹.

El conflicto entre una fuerza mayoritaria adversa al gobierno que controlaba el congreso por un lado, y el ejecutivo por el otro, reveló dos cosas: la profunda amenaza que sentían las élites oligárquicas y la fragilidad política del gobierno. Esta debilidad quizás fue lo que llevó a

³⁰ *Records of Department of State Relating to Internal Affairs of Peru, 1910-1929*, rollo 2

³¹ Para estos sucesos tomo el trabajo de Jaime Coronado del Valle, “El gobierno de Billinghurst y la

Billinghurst a auspiciar una organización amedrantadora como fue el Comité de Salud Pública, hecho sintomático de la soledad política que ya empezaba a experimentar: de alcanzar la presidencia gracias a un movimiento multitudinario, Billinghurst terminó recurriendo a un pequeño grupo de activistas que no dudaban en usar la fuerza como arma de combate político. Si las élites oligárquicas ya estaban descontentas con la política heterodoxa de Billinghurst, la aparición del Comité de Salud Pública terminó por volverlas radicalmente en contra del presidente.

Cuando Billinghurst inició su gobierno lo hizo bajo un formato de política populista democrática, y cuando éste fue interrumpido bosquejaba una de tipo fascista. No obstante, y en sentido estricto, Billinghurst no cuajó un populismo democrático ni uno fascista pero sí anunció a ambos como posibilidades para el proceso político peruano. Por su parte, la oligarquía —temerosa ante el rumbo político que tomaban las clases subalternas— también tuvo su proceso de aprendizaje, el mismo que se expresó en ciertas formas de hacer política que —sin ocultar sus rasgos autoritarios y hasta fascistas en algunos casos— buscó acercarse al pueblo para sostener a los gobiernos de turno³².

En cierto momento, Billinghurst trató de solucionar el conflicto político acercándose a los partidos en aras de llevar a efecto una “política nacional”. El problema que esto representaba se tradujo en la siguiente disyuntiva: si Billinghurst quería hacer viable su gobierno, tenía que negociar con los partidos a los cuales había criticado durante su campaña para presidente, lo cual le quitaría credibilidad ante los que habían apoyado su candidatura:

emergencia de la clase obrera: 1912-1914”, tercera parte, UNMSM, Lima, setiembre de 1986.

³²Dos ejemplos de ello son los gobiernos —en los años treinta— de Oscar R. Benavides y de Luis Miguel Sánchez Cerro —ambos fascistas— y del populismo autoritario del general Manuel A. Odría en los años cincuenta. Los tres, si bien se caracterizaron por ejercer el poder de manera vertical y represiva, no por ello descuidaron el tender ciertos puentes con las clases subalternas mediante diversas estrategias como el impulso al deporte o a la educación, por poner sólo dos casos.

pero si no buscaba establecer este tipo de alianzas por ser fiel a sus promesas electorales, corría el riesgo de caer en la ingobernabilidad.

Ante este riesgo, Billinghurst trató de solucionar el conflicto político al interior del mismo sistema de partidos que consideraba poco representativo, lo cual fue visto críticamente por miembros de su propio gabinete ministerial así como por analistas de su época: “De querer gobernar con todos [se refiere el editorialista al plan de querer hacer ‘política nacional’] se pasa á no gobernar sino con unos cuantos”³³.

Como consecuencia de la estrategia mencionada, en julio de 1913, Billinghurst debió cambiar nuevamente la composición de su gabinete. El nuevo Consejo de Ministros lo encabezó el general Enrique Varela, héroe de la Guerra del Pacífico, leal amigo de Billinghurst y de gran ascendencia dentro del ejército. Al mismo tiempo, el gobierno removió los cargos de las mesas directivas parlamentarias, las que fueron ocupadas por miembros de los partidos Constitucional y del civilismo independiente. De esta manera, el Partido Liberal quedó fuera de la nueva estructura de alianzas y se plegó al leguismo, hecho que tendría importantes repercusiones en los sucesos posteriores.

El presidente Billinghurst tuvo que aceptar la dura realidad de que el apoyo de las clases trabajadoras (por más multitudinario y entusiasta que haya sido) era insuficiente para el manejo del Estado. Quizás el punto crítico radicó en que Billinghurst nunca tuvo como un proyecto prioritario el organizar a las clases subalternas que habían permitido su ingreso a Palacio, como sí lo harán en las décadas posteriores todos los líderes populistas latinoamericanos. Tampoco tenía la opción de crear una alianza multclasista, como la tendrían los populistas posteriores, debido a la cuasi ausencia de sectores medios importantes.

³³“De jueves a jueves”, en *Varietades* año IX, núm. 280, Lima, 13 de julio de 1913, *pág.* 2367

El otro aspecto relacionado con el conflicto gobierno-partidos es la propuesta presidencial de una nueva ley electoral. En diciembre de 1912, según Margarita Guerra, “se propuso el proyecto de ley provisional para 1913, en el cual desaparecía la Junta Electoral Nacional y sólo subsistían las juntas electorales de provincias [...] Los autores fueron Alberto Ulloa, Wenceslao Vera, Aurelio Souza y Gerardo Balbuena”³⁴. Además, el proyecto establecía que la elección de los miembros de las juntas de provincias debería realizarse por los contribuyentes en asamblea pública. Por otra parte, la Corte Suprema tendría la capacidad de declarar la validez o no de las elecciones. El propósito central que perseguía dicho proyecto era el de descentralizar las elecciones y sancionar los fraudes de los procesos electorales que se habían convertido en el sostén de los poderes locales. Por estas razones, el proyecto no fue bien visto por los partidos representados en el congreso.

Sin embargo, ante la necesidad de procurarse de una fuerza propia parlamentaria, el gobierno impuso su voluntad y promulgó la ley, cayendo en los vicios criticados a los gobiernos precedentes. No obstante, los resultados de las elecciones del 25 de abril de 1913 estuvieron lejos de alcanzar los objetivos formalmente expresados. Por la gran cantidad de solicitudes de reconsideración (46) que recibió la Corte Suprema ésta se vio obligada a anular varios resultados al comprobar procedimientos ilícitos (coacción, hostilidad, prisión de candidatos y electores, persecución y actos de violencia). Incluso, la Junta Escrutadora declaró nulas las elecciones para diputados en Lima.

Parecido conflicto causó el pedido que hizo el gobierno al congreso, para que le otorgara la facultad de nombrar a un nuevo Consejo Municipal de Lima como salida intermedia entre la última elección —que terminó anulada por los múltiples vicios que se

³⁴M. Guerra Martiniere, *op. cit.*, pág. 59

detectaron— y una nueva que convocaría el gobierno. Finalmente, el propio Billinghurst, a fines de 1913, retiró su pedido en aras de una relación menos tensa con el congreso.

Poco después, el presidente ofreció unas palabras al congreso en un banquete realizado en su honor con motivo de su cumpleaños. Ahí dijo que no estaba satisfecho con lo que había realizado su gobierno en el primer año de gestión y que en adelante buscaría ser conciliatorio.

A pesar de tales buenas intenciones, a fines de octubre e inicios de noviembre de aquel año, el gobierno se enfrascó en otra pugna con el congreso, esta vez por motivo del presupuesto anual del ejecutivo. El proyecto presupuestal enviado por el gobierno fue cuestionado por la Cámara de Diputados, señalando que los cálculos estaban equivocados y que el rubro de ingresos debía ser mayor (por “razones científicas”) a lo que la propuesta del ejecutivo señalaba. Este entrampe no fue solucionado rápidamente y, por el contrario, los representantes se dedicaron a discutir otros asuntos de menor importancia hasta que el periodo de la legislatura ordinaria concluyera. Los congresistas supusieron que el presidente convocaría a sesión extraordinaria, pero éste se negó rotundamente. Por el contrario, ordenó retirar el proyecto presupuestal del congreso con la intención de que el ejecutivo lo aprobara de modo directo, vía un Decreto Supremo. Como consecuencia renunciaron los ministros de Hacienda y Relaciones Exteriores (Francisco Tudela y Baldomero Maldonado), provocando una nueva crisis ministerial. Este incidente marcó el inicio del fin del primer antecedente del populismo peruano. Como lo advertía un observador de la época, en su lenguaje y estilo, y con cierta capacidad premonitoria:

[Con un escándalo innecesario podría] crearse una situación irregular y repudiada íntimamente por el espíritu público, y que podría ser el origen de convulsiones y de profundo malestar en la vida económica, social y política del país...³⁵

³⁵“De jueves a jueves”, en *Varietades* año IX, núm. 297, Lima, 8 de noviembre de 1913, pág. 4056

Evidentemente, los partidos representados en el parlamento ya habían identificado a la política billinghursta como contraria a sus intereses, y como no habían podido bloquearla antes lo intentaban nuevamente, aunque sea a partir de hechos aparentemente no centrales.

A fines de noviembre de 1913 ya corría el rumor de que el gobierno declarararía cerrado el congreso. Ello creó un ambiente de crisis e inestabilidad. Incluso, para ese entonces ya se pensaba que existía una causa común entre “el conflicto político” (no resolución de la crisis ministerial por parte del gobierno sino hasta fines de diciembre, y conflicto con el congreso) y “la agitación obrera”. Además, a inicios de 1914 ya se hablaba de que el senador Cornejo aconsejaba al gobierno disolver el congreso y convocar a elecciones para una nueva Constituyente.

Algunas evidencias indican que Billinghurst ya planeaba disolver el congreso. Un historiador tan respetable como Jorge Basadre considera auténtico el Decreto de Disolución que publicó extraoficialmente *La Prensa*, el periódico que ya había abandonado al billinghurismo y se ubicaba en la oposición.

En el mencionado Decreto se planteaban catorce reformas constitucionales, las cuales serían aprobadas vía un plebiscito nacional. El inspirador del proyecto de disolución del congreso era el senador Mariano H. Cornejo, quien había propuesto el siguiente conjunto de reformas constitucionales: renovación completa del congreso y la eliminación de suplentes; reducción del número de representantes; supresión de los vicepresidentes (el presidente del Senado sería quien remplazaría al presidente de la nación, dado el caso); supresión de la iniciativa parlamentaria en materia de gastos públicos (los sueldos de los funcionarios dependerían del ejecutivo); automaticidad de legislatura extraordinaria por necesidad de aprobación del presupuesto; concesión de premios o gracias sólo con autorización del

ejecutivo; la asistencia social asumida por el Estado; incompatibilidad entre funciones parlamentarias y administrativas, excepto en el caso de ministros de Estado; responsabilidad de los ministros ante el parlamento pero sin enfrentamientos; establecimiento del referéndum o plebiscito; alargamiento del período presidencial a cinco años.

Como apunta Guerra, “[e]stas reformas tendían a fortalecer los poderes del ejecutivo y la introducción del referéndum buscaba sustraer del parlamento aquellos asuntos que podían ser objeto de enfrentamientos y negativas, razón por la cual el congreso no se mostró proclive a su consideración y es probable que fuese una de las causas que aceleraron la caída del régimen”³⁶.

El gobierno de Billinghamurst se proponía modificar desde sus bases los criterios de representación política para socavar los fundamentos del caciquismo parlamentario que, como hemos visto en el capítulo III, significaba la sobrerrepresentación de los poderes locales en el congreso. De haberlo conseguido, hubiera alterado sustancialmente el pacto oligárquico fundado en los años 1894-1895, con el triunfo de la Coalición Nacional. Frente a tal proyecto, todas las fuerzas políticas beneficiarias de aquel pacto se colocaron en franca oposición al presidente Billinghamurst.

El Partido Liberal, por ejemplo, mediante una Declaración aparecida en *La Prensa* y fechada el 26 de enero de 1914, se opuso radicalmente al plebiscito, a la movilización popular y al cierre del congreso. Dicho partido, mediante comunicación telegráfica de su líder, Augusto Durand, llamaba a enfrentarse al gobierno por los planes anticonstitucionales que éste fraguaba³⁷. Por su parte, el Partido Civil-Independiente le envió al presidente una

³⁶M. Guerra Martiniere, *op. cit.*, pág. 60

³⁷A. Durand, otrora subversivo se manifestaba ahora como un correcto defensor del orden, señalando que Billinghamurst “estaba jugando con fuego y socavando las bases de nuestra organización

comunicación, advirtiéndole de los peligros que podía acarrear un acto anticonstitucional de esta magnitud. Similar advertencia hacía el Partido Demócrata.

Ante tal situación, provocada por el protagonismo presidencial, las alianzas se modificaron significativamente, dejando a Billinghurst en una soledad política absoluta. La oposición, en ese momento, estaba conformada por antiguos aliados del gobierno (el liberal Durand, constitucionalistas como Osoreo, y Ulloa), además de sus enemigos de siempre (leguistas, la familia Prado y el ejército). Fueron estos personajes, además de otros diputados como García Irigoyen, Balta, Menéndez, Jiménez y Hoyos Osoreo los que conformaron un "Comité Parlamentario", y redactaron un documento en el que protestaban contra el plan gubernamental, pedían declarar la vacancia de la presidencia, e invitaban al pueblo a defender los fueros del congreso. Al mismo tiempo, comenzaron a establecer contactos con oficiales del ejército y con los sargentos de las guarniciones de Lima y Callao.

En respuesta, Billinghurst apeló nuevamente a la acción de las clases populares para llevar a efecto sus reformas y enfrentarse a las fuerzas políticas opositoras. La respuesta de los sectores trabajadores fue de decidido apoyo hacia el gobierno. La *Asamblea de Sociedades Unidas* y la *Federación Marítima y Terrestre del Callao* expresaron su total respaldo al presidente. El 27 de enero, La *Confederación de Artesanos* también le ofreció su apoyo incondicional en defensa de —según sus palabras— los grandes intereses de la patria y en contra de las ambiciones de los políticos inescrupulosos. Similares manifestaciones se realizaron en Arequipa, Trujillo y en Cusco, en donde se congregó una multitud de 10.000

social al mezclar una cuestión puramente política con una social apelando a los bajos instintos de las masas, tratando de volverlas contra la clase dirigente", en Dennis Gilbert, *La oligarquía peruana: historia de tres familias*, Editorial Horizonte, Lima, 1982, *op. cit.*, pág. 45.

personas en una marcha progubernista³⁸. Esta cantidad de gente congregada puede parecer exigua, pero recordemos que el apoyo a Billinghurst en las “jornadas cívicas” (el momento de su auge), en Lima (la ciudad más politizada del país), fue de 20,000 personas. Estas referencias nos permiten valorar más exactamente el impacto de esa multitud congregada para apoyar al gobierno de Billinghurst.

A inicios de febrero, el gobierno declaró orden de inamovilidad en Lima y Callao. El día 2 mandó allanar el Club de la Unión y apresó a varios congresistas, mientras algunos de ellos (como Ulloa, director de *La Prensa*) se asilaron en embajadas como la de Brasil. Al mismo tiempo, la casa de Durand fue atacada, y *La Prensa* fue clausurada el 3 de febrero³⁹. En Lima comenzaron a circular más de ochenta coches con gente armada que gritaba a favor de Billinghurst.

Frente a la situación crítica producida, Billinghurst tuvo la opción de disolver el congreso y convocar a nuevas elecciones⁴⁰. Peter Blanchard, afirma que el presidente prefirió actuar dentro de las formas legales. Sin embargo, se trata de un momento muy oscuro del gobierno billinghurstista, pues si bien algunos (como Basadre) se sienten inclinados a creer que éste planeaba disolver el congreso, el propio Billinghurst rechazó tajantemente dicha acusación así como otras (como la que era alcohólico, loco y prochileno)⁴¹.

A las 6 de la mañana del 4 de febrero de 1914, Billinghurst fue depuesto de la presidencia por medio de un golpe militar encabezado por el coronel Oscar R. Benavides⁴²,

³⁸P. Blanchard, *op. cit.*, pág. 268

³⁹M. Guerra Martiniere, *op. cit.*, pág. 62

⁴⁰P. Blanchard, *op. cit.*, pág. 267

⁴¹Por ello, cuando se produjo el golpe que destituyó a Billinghurst, el diputado Grau gritó “¡Muera Chile!”.

⁴²Benavides conminó a redactar su dimisión a Billinghurst, quien lo hizo de la siguiente forma: “En vista de la actitud asumida por la guarnición de Lima, invocando la Constitución, y a fin de evitar derramamiento de sangre, vengo en renunciar el mando supremo de la República”. Inmediatamente.

quien el día anterior había sido destituido por Billinghurst de su puesto de jefe del Estado Mayor General del Ejército⁴³. Las fuerzas golpistas ingresaron primero al cuartel Santa Catalina dando muerte al general Varela, quien se había quedado a dormir en él suponiendo que su presencia podría ayudar a controlar cualquier intento conspirativo⁴⁴. Luego, se dirigieron a Palacio y obligaron a Billinghurst a dimitir.

Un abogado del Banco del Perú y Londres, perteneciente a las élites limeñas, Manuel C. Gallagher, en carta que le envía desde Lima a José de la Riva Agüero que se encontraba en París⁴⁵, comenta con lujo de detalles los pormenores del plan que derrocó a Billinghurst. En dicha misiva, Gallagher desmiente que Durand tuviera el protagonismo como lo señalaría Ulloa (ya convertido en ferviente durandcista) en *La Prensa*. Opina que el complot fue ideado por el coronel Benavides (suponiendo que éste sería detenido por Billinghurst)⁴⁶ y los hermanos Jorge y Manuel Prado (hijos del presidente que abandonó el Perú en plena guerra con Chile)⁴⁷. Los conspiradores habían asignado al comandante Urdanivia Ginés como el

Benavides lo obligó a completar la renuncia con las siguientes palabras: "ante el ejército".

⁴³Cargo para el cual fue nombrado por el propio Billinghurst vía Resolución Suprema del 17 de octubre de 1913. *El mariscal Benavides. Su vida y su obra*, Editorial Atlántida, Lima, 1976, pág. 209.

⁴⁴Una detallada relación de los acontecimientos que dieron muerte al general Varela se encuentra en el libro de Manuel González Prada, *Sobre el militarismo (antología). Bajo el oprobio*, Presentación y selección de Bruno Podestá, Editorial Horizonte, Lima, 1978.

⁴⁵Carta de Manuel C. Gallagher a José de la Riva Agüero, Lima, 26 de febrero de 1914, Archivo Histórico Riva Agüero.

⁴⁶Efectivamente, incluso los conspiradores se reunían en la oficina de Benavides para diseñar su plan.

⁴⁷Fueron los hermanos Prado justamente los que se presentaron ante Billinghurst para explicarle las razones del golpe. Mientras éstos señalan que encontraron a Billinghurst hecho "un trapo", el presidente, relata lo contrario. Éste señala que los hermanos Prado le dijeron que tenían que "vindicar la memoria de su padre". En respuesta, Billinghurst les dijo que ante su dimisión lo natural era que tomara su cargo el vicepresidente Roberto Leguía. Los hermanos Prado respondieron: "Nosotros no hemos hecho esta revolución para Leguía". Respecto a Javier Prado, el filósofo de la familia, Billinghurst no es nada condescendiente: lo acusa de defender intereses egoístas, pues "había cooperado con su dinero y con las intrigas de sus hermanos, a la realización del movimiento revolucionario, y quien, por lo tanto, se consideraba con derecho indiscutible para aprovecharlo en favor de sus ambiciones y en lustre de su familia". (En Guillermo E. Billinghurst, *El presidente*

ejecutor material del golpe. Los planes subversivos llegaron a conocerse en Palacio y el gobierno decidió trasladar al Batallón No. 7 al sur del país⁴⁸ y apresar al senador Carlos Leguía y varios diputados. Sin embargo, ese no era el único cuerpo que participaba del proyecto de derrocamiento. Gallagher también repite un rumor luego desmentido por el propio Billinghamurst: que éste pensaba armar a 2,000 “hombres del pueblo” en el cuartel de Santa Catalina luego de enviar al ejército fuera de Lima y sin municiones. Por este tipo de rumores la ejecución del golpe se adelantó, pues en un inicio estaba planeado para después de la orden presidencial de disolver el congreso.

Según escribe Gallagher, el golpe fue recibido con euforia por los limeños: “Hacia el efecto de que nos hubiéramos librado de la dominación extranjera. La gente se abrazaba por las calles, se cantaba el himno nacional, se aplaudía; en fin, el delirio”⁴⁹. Es bueno preguntarse a quién se refería con “la gente”, si tomamos en cuenta que los trabajadores no salieron a las calles luego de consumados los hechos. No resulta inverosímil pensar que Gallagher se refiriera a “su” gente, es decir, a los miembros de las élites que se encontraban profundamente insatisfechas y atemorizadas por el rumbo que iba tomando el gobierno de Billinghamurst. Así, entre la euforia de las élites y el silencio de la plebe, terminó la primera experiencia protopopulista peruana.

Billinghamurst a la nación, Imprenta Dienes, Santiago de Chile, 1915, *pág.* 78). Sobre el peso que tuvo en los Prado la necesidad de reivindicar la memoria de su padre, ver el libro de Felipe Portocarrero Suárez, *El Imperio Prado: 1890-1970*, Universidad del Pacífico, Lima, 1995.

⁴⁸Uno de los militares que se adhirieron entusiastamente al golpe fue el teniente Luis Sánchez Cerro. Como señala E. Yepes: “Ambos militares [Benavides y Sánchez Cerro] desempeñaron desde entonces un rol sustantivo en el papel jugado por el ejército en el proceso político peruano”, *op. cit.*, *pág.* 242.

⁴⁹Carta de MC Gallagher, *op. cit.*, *pág.* 5

Mientras las élites oligárquicas celebraban⁵⁰, lo que llama la atención, como destacan María Cristina Rossel y Ernesto Yepes⁵¹, es que aquellas muchedumbres que apoyaron tan entusiastamente a la candidatura de Billinghurst en 1912 y se manifestaron progobiernistas hasta el día anterior al golpe, no salieran a las calles para impedir la destitución del presidente que ellas mismas habían colaborado a colocar en el poder. Parte de la explicación a este hecho quizás radique en que el presidente Billinghurst no buscó nunca volver orgánica su relación con las clases populares. En otras palabras, no se comportó de la manera clásica a como lo hicieron los populismos latinoamericanos posteriores: fundar un partido único controlado por el ejecutivo, anular a la oposición por la fuerza, hacerse uno con la masa, formar sindicatos y gremios que dependieran umbilicalmente del Estado dirigido por el propio caudillo, entre otras medidas.

Después del golpe, el presidente depuesto fue conducido a Chorrillos, luego al Panóptico y finalmente expatriado a Chile.

La respuesta de Billinghurst

En un Manifiesto a la nación, Billinghurst hace una defensa ardorosa de su gestión y niega terminantemente las acusaciones que sus opositores hicieron en su contra. Se trata de un extenso documento de cien páginas, impreso en Santiago de Chile y fechado en 1915, pero escrito en Arica, el 31 de octubre de 1914.

⁵⁰Por ejemplo, Ramón Aspillaga, hermano de Ántero, el candidato civilista a quien Billinghurst derrotó en 1912, decía que con el golpe del 4 de febrero se ha derrotado a la insolencia de las masas. (En P. Blanchard, *op. cit.*, pág. 270). Y Pedro Oliveira, en un homenaje ofrecido a los hermanos Prado, atacaba a “la audacia irrespetuosa, insolente, y demoledora de las clases bajas, estimuladas por la ambición enfermiza de un plutócrata, predispuesto a la omnipotencia”. (Tomado de J. Coronado del Valle, *op. cit.*, sin n/p).

⁵¹María Cristina Rossel y Ernesto Yepes, “La caída de Billinghurst: crónica diplomática de un golpe de Estado”, en *Análisis* núm. 12, Lima, primer semestre de 1983

Lo primero que señala Billinghamurst es que jamás contempló disolver el congreso (acusación que califica de “insidiosa”), incluso afirma que las reformas que propuso se enmarcaban perfectamente dentro de la ley y que ninguna suponía una conculcación de las libertades y derechos de los peruanos:

Es preciso convencerse, de una vez por todas, que los derechos sólo son útiles y fructíferos cuando los imponen los de abajo; y de ninguna manera cuando los otorgan, como gracia, los de arriba⁵².

Para ello es necesario —señala— hacer de los peruanos verdaderos ciudadanos: “¡he ahí la necesidad de nuestra época!”.

Billinghamurst también se declara un convencido del régimen parlamentario porque, aun cuando pueda tener muchos inconvenientes

[...] consulta mejor que el actual [régimen presidencialista], las tendencias cada vez más regionalistas de nuestra política; aunque antes de llegar al mando supremo no pensara yo de esta misma manera. Creo, además, que el único medio de realizar esta reforma capital [cambiar de un sistema presidencialista a otro parlamentarista], es asumiendo el Poder Ejecutivo la iniciativa, pues de otra suerte, se halla expuesta a sufrir dilaciones interminables, y quién sabe si a fracasar⁵³.

Luego defiende la limpieza con que condujo los asuntos de gobierno, especialmente en materia económico-financiera. Se dirige directamente a Durand, quien había dejado correr el rumor de que la administración de Billinghamurst dejaba ciertas sospechas de su honorabilidad. Billinghamurst responde: “No puede ignorar el doctor Durand que en materias financieras y de administración no soy tan lego, que fácilmente puedan embaucarme los eternos merodeadores de la Hacienda Pública, los que en toda época han improvisado fortuna con daño y menoscabo de los intereses nacionales”⁵⁴. Por ello, Billinghamurst ocupa una buena parte de este Mensaje en

⁵² *El Presidente Billinghamurst a la nación, op. cit., pág. 5*

⁵³ *GE Billinghamurst, op. cit., pág. 8*

⁵⁴ *op. cit., pág. 12*

explicar las bases sobre las que se proponía el presupuesto para su administración, buscando demostrar que jamás despilfarró los fondos públicos, en contra de lo que la oposición señalaba en el sentido de que la deuda pública aumentó en un millón de libras.

Posteriormente, Billinghamurst enfila contra los congresistas que tan celosos de sus fueros se manifestaron cuando corría el rumor del cierre del parlamento, y que sin embargo tan sumisos se mostraron ante la creación de la Junta de Gobierno (que se llamó “Excelentísima”) luego del golpe, y “que es una autoridad *de facto*”. Por ello, concluye Billinghamurst, la campaña a la que tuvo que enfrentarse ha puesto “en evidencia que los más empeñados en oscurecer los limpios manejos de mi administración, han sido los politicastos acostumbrados a disponer a su antojo, loca e ilícitamente de los dineros del Estado”⁵⁵. Son estos malos políticos — quienes se han entregado al “militarismo absorbente, oligárquico y despótico”—, los que han llevado a poner en el mando de la república a un “militar ignorante, inescrupuloso”, señalando luego que “sólo el pueblo quita y dá el poder”⁵⁶. Como buen demócrata, no cree en las herencias y dinastías presidenciales (aludiendo explícitamente a los hermanos Prado y a las formas oligárquicas de alcanzar el poder).

Finalmente, como balance de su corta gestión, Billinghamurst expresa que la principal característica “fue mi constante anhelo por mejorar la condición de las clases trabajadoras y mi sincero acatamiento a la voluntad popular en las elecciones de representantes, que llevó al parlamento a diputados y senadores de todas las corrientes de opinión política...”⁵⁷.

Poco después de aparecer este mensaje, Billinghamurst falleció —de muerte natural— en Iquique, Chile, el 28 de junio de 1915.

⁵⁵ *op. cit.*, pág. 68

⁵⁶ *op. cit.*, pág. 77

⁵⁷ *op. cit.*, pág. 94

Las opciones de Billinghamurst

Luego de revisar este corto y turbulento gobierno, es legítimo preguntarse si el desenlace ocurrido era inevitable, o si Billinghamurst tuvo otras alternativas a su mano que le hubieran permitido manejar la situación de manera más favorable a sus intereses.

De la manera como se sucedieron los hechos, la crítica situación política desbordó a Billinghamurst y éste no pudo enfrentarla de una manera que revirtiera a su favor. Tuvo ante sí tres posibilidades por lo menos:

- a) Plegarse a la oligarquía y enterrar todo vestigio de proyecto reformista. Ello le hubiera otorgado estabilidad política pero a costa de alejarlo de las clases subalternas que lo habían apoyado tan decididamente en las “jornadas cívicas” de 1912. Esta salida era imposible tanto por las diferencias sustantivas de los proyectos políticos de Billinghamurst y de la oligarquía, como por el rencor que aquél sentía contra las élites dominantes a las que acusaba de no tener sentimiento patriótico y de ser pusilánimes, como consideraba que se mostraron durante la Guerra contra Chile.
- b) Movilizar a obreros, artesanos y campesinos (éstos especialmente no fueron centrales en su política) para proveerse de una fuerza social propia —dirigida desde el aparato estatal— que le permitiera enfrentarse a las élites oligárquicas a la manera como lo hicieron diferentes gobiernos populistas de América Latina en los años treinta con los frentes populares, por ejemplo⁵⁸. Por el contrario, Billinghamurst se alejó de las clases subalternas —que en tiempos de soledad política pudieron haber sido su única fuerza real— y se apoyó en un pequeño grupo de carácter terrorista como fue el Comité de Salud Pública. Lo único

⁵⁸Que fue lo que hizo, por ejemplo, Lázaro Cárdenas en México, quien incluso apoyó a los obreros

que consiguió fue que la oligarquía se reagrupara para defender sus privilegios y que sus aliadas “naturales” —las clases subalternas organizadas— se alejaran.

- c) Crear una alianza en la que se hubieran agrupado a ciertos liberales (aun cuando provenientes de las élites oligárquicas)⁵⁹ y sectores obreros y artesanos con el propósito de viabilizar ciertas reformas que, sin modificar radicalmente el orden vigente, hubiera creado nuevos espacios de relación entre el Estado y las clases subalternas bajo un discurso nacionalista y democrático.

Esta última alternativa era la más plausible de las tres señaladas, pero la estrategia desarrollada por Billinghurst lo llevó a un aislamiento político casi total, lo que se tradujo en un nulo apoyo cuando el golpe se hizo efectivo. Billinghurst no calibró en su justa medida el tipo de conflicto que estaba desarrollando en contra de la oligarquía, ni llevó hasta las últimas consecuencias la política populista que había emprendido. Una muestra de sus titubeos es la esperanza que tuvo en cierto momento de su gobierno de solucionar el *impasse* político con los partidos vigentes. Otra fue la negativa de movilizar activamente a las clases subalternas para que lo respaldaran en su enfrentamiento a las élites dominantes.

La política billinghurstista parece haberse movido entre el rencor contra las élites oligárquicas y la desconfianza ante las clases subalternas, a pesar de los discursos conciliatorios que les dirigió. En cualquier caso, Billinghurst no fue un ejemplo de gran estrategia política, por ello es que fue incapaz de maniobrar sobre el tejido fino de alianzas y de consolidar lealtades.

en sus conflictos con las clases propietarias.

⁵⁹En efecto, hay que mencionar que el primer intelectual que se preocupó por crear una legislación que atendiera los derechos obreros fue un descendiente de una de las familias de mayor prosapia en el Perú: Luis Miro Quesada, quien, además, fue el fundador del primer Partido Socialista en el Perú. De igual modo se puede mencionar a Víctor Maurtua, Manuel Vicente Villarán, entre otros.

La importancia de la experiencia billinghursta

Evidentemente, Billinghurst cuestionó —aunque sólo a medias— las bases sobre las cuales se edificó el orden oligárquico, y esa fue la razón última que explica la interrupción de su mandato constitucional. Una expresión del temor que ocasionó Billinghurst entre las élites dominantes se encuentra en un fragmento que Benavides dirigió al parlamento el 28 de julio de 1914:

Un gobierno [el de Billinghurst], tal vez bien intencionado, pero fatal en la elección de sus medios, arrastrábanos en carrera desatentada, camino directo del desastre [...] Habriase llegado hasta resolver la muerte de la Representación Nacional, y preparábase como base de la perpetuación de tan enorme atentado, el desarme inmediato y consiguiente aniquilamiento de la fuerza pública, para dar medios de agresión a turbas que indudablemente no formaban parte del verdadero pueblo de Lima, pueblo sano y patriota, que jamás se prestaría a servir de medio para actos que, al consumarse, llevarían un sello de barbarie tal, que sería el desquiciamiento de nuestro orden social, político y nacional⁶⁰.

Desde el punto de vista de las élites, Billinghurst se acercó en extremo a las clases populares. Esto produjo desaprobación y temor en los grupos dominantes. Para éstos, el riesgo de una revolución social era inminente, más aún cuando el propio presidente había declarado a la revista *The West Coast Leader*, el 29 de enero de 1914, que la igualdad entre los peruanos sería lograda tarde o temprano⁶¹. Pero lo que espantó de manera definitiva a las élites oligárquicas fue la incipiente militarización de la política que el billinghurstismo impulsó con la creación del Comité de Salud Pública.

⁶⁰Oscar R. Benavides, *Mensaje que SE el Presidente de la República presenta al Congreso Ordinario de 1914*, Imprenta Americana, Lima, 1914, pág. 4

⁶¹Dato tomado de Peter Blanchard, *The origins of the Peruvian Labor Movement, 1833-1919*, University of Pittsburgh Press, 1982, pág. 98.

No obstante, Billinghurst puso en entredicho uno a uno todos los pilares del orden vigente. Su enfrentamiento con la Iglesia Católica amenazaba el soporte ideológico del orden oligárquico; con querer controlar al ejército intentaba socavar la capacidad de coacción con que contaban las élites para reprimir a las clases subalternas y así mantenerlas en sus linderos previamente definidos; con enfrentarse con los partidos, tocaba el nervio del sistema censitario característico del régimen oligárquico; y con el conflicto con el parlamento, cuestionaba el fundamento político de los poderes locales. Con ello Billinghurst preparó las condiciones para que las élites oligárquicas, aliadas con el ejército, lo desembarcaran efectuando el primer golpe de Estado del siglo XX en el Perú. En definitiva, élites oligárquicas, hombres de negocios y militares fueron las piezas principales del golpe de Estado.

Con el golpe del 4 de febrero el ejército reingresaba a la escena nacional como una fuerza política, desbaratando el proyecto que, desde Piérola, fueron llevando a cabo los gobiernos civiles por mantenerlo dentro de sus funciones estrictamente institucionales. Además, y esto es lo más significativo, se estableció un patrón que sería común en las décadas siguientes después del oncenio leguista: el llamado civil-militarismo. En otras palabras, el ejército empezó a cumplir su papel característico del presente siglo: ser el **cancerbero** de la oligarquía. En realidad, el gobierno de Billinghurst puede considerarse un "ensayo general", y en pequeño, del leguismo: ascenso al poder con gran apoyo de masas, gobierno de conflictiva relación con el Poder Legislativo (en tanto reducto político de los poderes locales) y fin mediante golpe de Estado por parte de la alianza oligarquía-ejército.

A pesar de su forma innovadora de gobernar, a Billinghurst no puede considerársele plenamente populista, sino más bien una forma de transición hacia el populismo, pues si bien

cuestionaba los moldes tradicionales de hacer política en los que se habían desenvuelto los gobiernos precedentes, sólo anunciaba los nuevos formatos políticos que se consolidarán desde los años veinte en adelante en el Perú.

Las élites oligárquicas confiaron en que el presidente Billinghurst no a rebasaría los linderos del orden político vigente. Incluso, mostraron cierta tolerancia al inicio de su gobierno, traducida en el respeto a la legalidad. Esta tolerancia, sin embargo, devino en cerrada defensa del sistema cuando el gobierno billinghursta amenazó uno a uno los fundamentos del orden político y social oligárquico, especialmente cuando estimuló el enfrentamiento violento por medio del Comité de Salud Pública.

Contra las falsas expectativas de los grupos dominantes, el gobierno de Billinghurst buscó remover las bases de representación política que habían constituido al pacto oligárquico, tratando de modificar el carácter de los pilares institucionales que otorgaban estabilidad a la república de notables (parlamento expresivo de los poderes locales, ejecutivo controlado por las grandes familias, estrecha relación entre Iglesia Católica y Estado). Es por ello que si bien el gobierno billinghursta duró sólo dieciséis meses, fue suficiente para producir profundas grietas en el régimen político que se harían más evidentes en los años siguientes.

El billinghurismo —desde el proceso que acompañó a la elección de Billinghurst hasta su gobierno— ya no en la percepción de las élites oligárquicas, pero sí en la realidad, constituyó un “movimiento” surgido por fuera del pacto oligárquico, y representó su primer cuestionamiento importante. Sin embargo, éste se mantuvo en un nivel político e institucional que no se proyectó al terreno económico. En efecto, el protopopulismo del gobierno de Billinghurst se orientó a modificar las bases de representación de los poderes locales a nivel

del parlamento, y a establecer nuevas formas de relación entre los poderes del Estado (ejecutivo y legislativo), pero no tocó las bases económicas de los grandes hacendados. Al no ser capaz de modificar las bases materiales que sostenían a los poderes económicos vigentes, Billinghurst tampoco pudo cambiar la composición del pacto oligárquico. De haberlo conseguido, hubiera limitado la excesiva presencia de los poderes locales que impedían la consolidación de un Estado nacional, al mismo tiempo que hubiera enfrentado los privilegios del sector agroexportador (apoyado por los poderes locales) y neutralizado el carácter privatizado con se manejaba el Estado.

No obstante la manifiesta incapacidad del billinghurismo para modificar el pacto oligárquico, sí alteró la estabilidad político-institucional que exhibía la república oligárquica desde 1895, obligando a las élites oligárquicas a modificar su comportamiento político. De un lado, por primera vez desde aquella fecha, tuvieron que auxiliarse en el ejército para despojar a Billinghurst de la presidencia y mantener el control político, anticipando un ejercicio que sería recurrente hasta 1968, año en que surgió el reformismo militar del general Juan Velasco Alvarado.

CAPÍTULO VII

DESPUÉS DE BILLINGHURST.

La modernización leguista y el civil-militarismo

EN ESTE CAPÍTULO FINAL analizo el proceso político que siguió a la caída del gobierno de Billinghurst, desde 1914 hasta 1932. En este periodo se pueden observar los aprendizajes políticos tanto de las élites oligárquicas como de las clases subalternas después del billinghurismo. Como veremos, las élites oligárquicas recogieron ciertas enseñanzas del billinghurismo de acercarse a las clases subalternas y buscar neutralizarlas, mientras que las clases subalternas acumularon experiencias en sus formas de lucha para lograr que ciertos derechos sean reconocidos por el Estado.

Son tres los momentos más importantes en que se dividen estos años. El primero fue de la vuelta del civilismo al poder en 1914 hasta el final del segundo gobierno de José Pardo en 1919. En este mismo año se inició el segundo momento, cuando Augusto B. Leguía tomó el parlamento e instauró el gobierno más largo de la época republicana peruana, el llamado oncenio leguista, que duró hasta 1930. Finalmente, el tercer momento va de 1930 a 1932, desde la caída de Leguía hasta la guerra civil que enfrentó al aprismo contra la alianza oligarquía-ejército.

Para esta época analizo los cambios ocurridos en el Estado y en las élites estatales, en los nuevos grupos de poder económico. Observo la aparición de un movimiento trabajador más organizado y con mayores niveles de conciencia política, el surgimiento y protagonismo de las clases medias —especialmente estudiantes universitarios— y, finalmente, el desarrollo

de las nuevas corrientes ideológicas que buscaban organizar al pueblo y destruir al sistema político vigente.

1. La caída de Billinghurst y la vuelta del civilismo al poder (1914-1919)

Destituido Guillermo E. Billinghurst del gobierno, el congreso acordó formar una “excelentísima Junta de Gobierno” pluripartidaria¹ y provisional, hasta que se solucionara el *impasse* institucional, se definiera quien sucedería a Billinghurst (Oscar R. Benavides), y se convocaran a nuevas elecciones. El objetivo inmediato de la coalición que derrocó a Billinghurst fue el de impedir que Roberto Leguía asumiera el mando porque, según la oligarquía, podía reactualizar un viejo conflicto ya expresado durante el gobierno de su hermano, Augusto B. Leguía (1908-1912)², opuesto al civilismo tradicional.

Por otro lado, el ex presidente José Pardo volvió al Perú a fines de 1914, luego de vivir en Europa seis años, para reintegrarse a la vida política. No es ocioso mencionar que entre los que fueron a darle la bienvenida había clubes obreros y populares; esta era la expresión de una nueva forma de legitimarse ante una sociedad popular que ya había mostrado sus capacidades de acción, y que seguiría haciéndolo de modo creciente en el futuro.

En marzo de 1915, y a iniciativa de Benavides, se realizó una Convención de Partidos presidida por el general Andrés A. Cáceres. Como dice el historiador José Carlos Martín, la Convención de Partidos de 1915: “Fue la reunión de los partidos que actuaban en política en

¹Con la siguiente conformación: presidente de la Junta de Gobierno y Ministro de Guerra y Marina: Oscar Benavides; ministro de Relaciones Exteriores Matías Manzanilla (Civil-Independiente); de Gobierno y Policía Arturo Osores (Constitucional); de Justicia Rafael Grau (leguista); Hacienda y Comercio José Balta (Liberal); Fomento y Obras Públicas Benjamín Boza (Demócrata), y como secretario el general Solón Polo.

²Hay que mencionar que los hermanos Leguía se encontraban fuera del Perú desde los meses finales de 1913.

un certamen para elegir candidatos de esa unión de agrupaciones, para Presidente de la República, así como, también, para Vice-Presidentes³. En realidad la Convención fue un respiro para los partidos en crisis, una tregua mientras se rearmaban para una nueva contienda por el control del gobierno.

En la Convención participaron delegados de los partidos Civil, Constitucional y Liberal. El partido Demócrata se encontraba en un proceso de reorganización interna luego de la muerte de su líder y fundador, Nicolás de Piérola⁴. El objetivo central de la Convención fue elegir al nuevo candidato a la presidencia⁵. Luego de tres vueltas de elecciones los delegados eligieron a José Pardo. El propio Cáceres fue el encargado de comunicar a Pardo que había sido designado como el candidato presidencial de unidad, lo que él agradeció del siguiente modo:

Por primera vez en nuestras agitadas luchas, los partidos han plegado sus banderas, por primera vez los adversarios políticos se han detenido en su marcha invocando la unión nacional y cifrando en estas halagadoras esperanzas poder resolver en un supremo esfuerzo de solidaridad y de armonía los graves problemas en el momento actual⁶.

Estas palabras nos indican la gravedad del cuestionamiento que había significado el gobierno de Billinghurst para el orden oligárquico, gravedad que fue percibida perfectamente. en su momento, por las élites oligárquicas. La armonía y la unidad invocadas por ellas no nos dicen otra cosa que su necesidad de cerrar más aún el régimen vigente y no permitir las fisuras que, como las de 1912, habían permitido el gobierno protopopulista de un contendiente como

³José Carlos Martín, *José Pardo y Barreda, el estadista. Un hombre, un partido, una época. Apuntes para la historia del Perú*, Lima, CIP, 1948, pág. 92

⁴Fallecido el 23 de junio de 1913.

⁵La lista de participantes se distribuyó del siguiente modo: 100 delegados del partido Civil (presididos por Javier Prado), 100 del Constitucional (presididos por el general Cáceres) y 100 del Liberal (presididos por Ricardo A. Flórez). A ellos se sumaban ex ministros de Estado, senadores y diputados en ejercicio de sus funciones, y ex senadores y ex diputados.

⁶*La Convención de los partidos de 1915*, compilada por Ricardo R. Ríos, Lima, 1918, pág. 87

Billinghamurst. La tarea que se autoimpusieron las élites oligárquicas fue restablecer el orden político y asegurar mínimas reglas de competencia, sabiendo que de otra manera todos podrían perderlo todo. Por estas razones, la candidatura de Pardo contaba con todos los elementos para su éxito. Luego de que éste consiguió fácilmente la victoria electoral sobre el candidato demócrata, Carlos de Piérola, hermano de Nicolás, el congreso proclamó a Pardo como presidente⁷ el 10 de agosto de 1915. Su primer gabinete contó con miembros de los partidos Civil, Liberal y Constitucional, y fue presidido por uno de los fundadores del “Bloque” antileguísta, Enrique de la Riva Agüero, clara señal del espíritu de cuerpo que en esos momentos definía a las representaciones políticas oligárquicas.

Este segundo gobierno de Pardo se desarrolló en momentos difíciles. En el plano internacional coincidió con el estallido de la Primera Guerra Mundial y la crisis económica que ocasionó. Esta circunstancia, además de las internas señaladas, explica el hecho de que tuviera un sesgo más conservador que el anterior (1904-1908). Si bien el primer Pardo, juvenil y modernizador, había abierto ciertas puertas a las clases populares con una nueva legalidad (laboral, especialmente), el proyecto modernizante había sufrido una seria fractura con el distanciamiento de Leguía. Además, la crisis política que vivía el civilismo desde 1908 (año del ingreso de Leguía a la presidencia por primera vez) llevó a Pardo a reconsiderar sus convicciones juveniles acerca de modificar ciertos patrones en la competencia política. La experiencia protagonizada por las clases subalternas con Billinghamurst (las “jornadas cívicas” de mayo de 1912), había puesto en alerta a las élites oligárquicas en cuanto a los peligros que podía acarrear una liberalización —por tímida que ésta fuera— del orden político y social “natural”, y con él de los privilegios que lo sustentaban.

⁷Los resultados fueron los siguientes. Para presidente, José Pardo logró 131,289 votos; para

La política de unidad entre los partidos terminó muy pronto, pues ellos redefinieron rápidamente sus ubicaciones, volviendo los conflictos internos. De esta manera, Pardo fue apoyado por los partidos Civil y Liberal, mientras que el Constitucional se alió con el leguismo. Este juego de alianzas sería importante para el desenlace político de 1919, como veremos después. Sólo Pedro de Osma y Pardo, presidente del Partido Demócrata, ordenó a sus huestes no hacer oposición al gobierno, privilegiando el objetivo de una reestructuración interna. Completaba el panorama partidario el Partido Nacional Democrático (PND), fundado en 1915 por José de la Riva Agüero. Compuesto mayormente por intelectuales, no tuvo mayor gravitación en las decisiones⁸.

Pardo enfrentó múltiples crisis políticas que se tradujeron en los cambios ministeriales que se vio obligado a hacer. La disputa por ocupar puestos parlamentarios fue intensa y llegó a extremos violentos⁹. Como consecuencia, Pardo enfrentó su primera crisis en el mes de julio de 1917, debiendo remplazar a todo el gabinete por la renuncia del presidente del Consejo de Ministros, Riva Agüero. Sucedió que un mayor del ejército, apellidado Patiño, protagonizó un intento golpista aunque sin mayores consecuencias. No obstante, era un síntoma de descomposición de la institucionalidad oligárquica. Ante ello, el gobierno fue endureciendo sus posiciones y decidió suspender las garantías constitucionales, provocando la oposición tanto de adversarios (como el leguista Salazar y Oyarzábal) como de aliados (como el civilista Matías Manzanilla).

primer vicepresidente, Ricardo Bentín 127,759, y para segundo vicepresidente Melitón Carbajal 134,077.

⁸Para un análisis detallado del PND ver Pedro Planas, *Sobre el 900. Balance y recuperación*. Lima, Citdec, 1994, aunque este autor tiene un diagnóstico más entusiasta sobre la influencia de dicho partido en la sociedad peruana de su tiempo.

⁹El caso más ilustrativo es el de dos aspirantes a una diputación provincial —Rafael Grau y Montesinos—. Como ninguno quería ceder a sus pretensiones reunieron a sus huestes y se enfrentaron en una balacera en la cual murió Grau y resultaron muchos heridos.

Para apaciguar los ánimos, José de la Riva Agüero —el líder del PND y la más destacada figura intelectual de aquellos años— trató de impulsar una nueva Convención de Partidos, a fines de 1918, con el propósito de cerrar filas y evitar mayores crisis institucionales, pero la iniciativa fue un rotundo fracaso, pues las fuerzas políticas no llegaron a ningún acuerdo. Inmediatamente el gobierno tuvo que conformar un nuevo gabinete. En ese mismo momento, la crisis económica (desatada por la inflación) y política (por la falta de acuerdo entre los partidos) que afrontaba el gobierno de Pardo se vio profundizada por una movilización popular.

2. Reacción de las clases trabajadoras: la jornada de las ocho horas

La crisis causada por la Primera Guerra Mundial se tradujo en la reducción de los volúmenes de exportación del Perú y, consiguientemente, redujo drásticamente. Esta situación llevó a los sectores organizados del movimiento obrero a enfrentarse al Estado por la defensa de sus derechos frente a los cierres patronales (*lock-outs*). Durante la Junta de Gobierno de Benavides (1914-1915), los obreros textiles de Vitarte se opusieron a la reducción de los días de trabajo. Sin embargo, luego de un momento crítico, la prolongación de la guerra europea tuvo efectos positivos en un sector de la economía peruana, pues incentivó la exportación del algodón y del azúcar peruanos. La satisfacción de esta demanda significó, como contraparte, la desatención de la producción de alimentos para el consumo interno, con la consiguiente importación de éstos y el aumento de la inflación.

En el mes de diciembre de 1918, en Lima se reunió el Congreso de la *Federación Obrera Local*. Uno de sus principales acuerdos fue luchar por el reconocimiento legal de la jornada laboral de ocho horas. Evidentemente, la experiencia obtenida durante el

billinghamurismo fue fundamental para presentar esta reivindicación ante el gobierno; luego de las “jornadas cívicas” de 1912 éste ya no era una institución inaccesible para las clases subalternas. Del 13 al 15 de enero de 1919, la huelga iniciada por los trabajadores textiles se expandió a otros sectores laborales hasta paralizar totalmente a Lima. La clase obrera demostró con este hecho que se había consolidado como un actor central en la Lima de principios del siglo XX. Se vio capaz, inclusive, de atraer aliados de otros sectores, como la clase media, especialmente estudiantes universitarios. La lucha por la jornada de las ocho horas fue, además, la plataforma pública de iniciación para un joven estudiante trujillano, representante de la clase media en expansión, y con ansias de poder: Víctor Raúl Haya de la Torre, el futuro fundador del APRA, partido que tendría un decisivo protagonismo en el proceso político peruano de las décadas siguientes.

El 15 de enero de 1919, se firmó el decreto que legalizaba la jornada de ocho horas. Jorge Santistevan y Ángel Delgado han señalado cómo el gobierno trató de revertir esta derrota mediante un discurso conciliatorio y protector del sistema¹⁰. No obstante, la marea de protesta no sólo no disminuyó sino que, por el contrario, aumentó. El mutualismo había quedado totalmente superado por el anarquismo y el anarcosindicalismo como ideologías de la clase obrera, y el enfrentamiento radical contra el Estado remplazaba a las conciliaciones. En ello jugó un papel central la hoja combativa llamada *La Protesta* (1911-1926). La conquista de las ocho horas marcó el apogeo del movimiento anarquista bajo cuya influencia la clase obrera fue capaz de incluir en sus reivindicaciones tanto a artesanos como a otros grupos que

¹⁰Jorge Santistevan y Ángel Delgado reproducen el siguiente párrafo del discurso de Pardo ante los obreros, luego de decretar las ocho horas: “Volved pues, a vuestros hogares con el mismo orden con que habéis hecho esta manifestación; y restableced desde mañana la vida obrera, que es la vida misma de la capital; rogándoos a la vez que trasmitáis a vuestros demás compañeros que no están aquí presentes estos importantes acuerdos, para que el orden y la normalidad queden restablecidos definitivamente” En *La huelga en el Perú. Historia y Derecho*, Cedys, Lima, 1980, pág. 49 (las

no habían vivido directamente la radicalización organizativa de las clases trabajadoras, especialmente a la clase media. Sin embargo, ello no significó que el movimiento obrero consiguiera representarse en una instancia política propiamente dicha.

Conquistadas las ocho horas, la movilización popular se articuló en la conformación de un *Comité Pro Abaratamiento de las Subsistencias*. Éste convocó a un nuevo paro en mayo de 1919, desarrollando otro conflicto con el gobierno. Sin embargo, esta vez el presidente Pardo clausuró toda posibilidad de comunicación y diálogo: apresó a dirigentes, clausuró locales obreros y ocasionó, incluso, la muerte de cientos de personas. En poco tiempo, el anarquismo había logrado la gloria y la derrota definitiva. No obstante, había cumplido un papel fundamental: volver evidente que el viejo régimen oligárquico había tocado sus límites, y que ya no era capaz de mantener la estabilidad y el orden institucional.

A raíz de estas manifestaciones, las élites oligárquicas tuvieron que modificar el marco político-institucional en el cual se habían formado. Para ello ya no podían dejar de tomar en cuenta la consolidación de los sectores trabajadores como un nuevo actor en la escena política y social del Perú. Por su parte, las clases medias en expansión (profesionales, estudiantes universitarios y funcionarios del Estado, principalmente) pugnaban por lograr mayores grados de autonomía del Estado y de las élites oligárquicas, ayudando a sacudir las vigas maestras del orden político. En otras palabras, la configuración social había variado sustancialmente con relación a la fundación de la república aristocrática, todo ello, dentro de un contexto de crisis provocada por las consecuencias de la Gran Guerra europea.

En esas circunstancias se convocaron a nuevas elecciones generales. El candidato oficialista nombrado fue, nuevamente, el hacendado azucarero Ántero Aspíllaga, el mismo que había perdido las elecciones frente a Billinghurst en 1912. Su rival fue el ex civilista y

ahora furibundo opositor: Leguía. El civilismo se hallaba en su crisis final después de más de cuarenta años de vida política, y ello explicaría su nueva derrota en el proceso electoral de 1919. Sin embargo, consiguió una representación mayoritaria en el congreso, por lo cual Leguía lo disolvería.

3. El legado de Billinghamurst.
a) La modernización leguista (1919-1930)

Apoiado por el ejército y la gendarmería, y contando con el apoyo del Partido Constitucional, Leguía irrumpió en la sede legislativa y clausuró el congreso el 4 de julio de 1919. Se proclamó presidente provisorio sin formar una Junta de Gobierno, y convocó a una Asamblea Nacional para redactar una nueva Constitución, la cual se promulgaría en 1920. Así dio inicio al gobierno que él mismo llamó de la Patria Nueva, nombre expresivo de su voluntad de acabar con el civilismo tradicional, proyecto que se había puesto de manifiesto desde su primer mandato (1908-1912).

Leguía logró articular tras su figura a diferentes sectores de la sociedad. Atrajo a las fuerzas políticas de oposición, como el Partido Constitucional (el cual, según hemos visto, había constituido una pieza clave durante la república aristocrática, por las alianzas establecidas con el civilismo), los liberales y los demócratas, es decir, todas las fuerzas partidarias características de los años 1895-1919. También atrajo a intelectuales que habían sufrido cierta marginación durante el periodo anterior, como el arqueólogo Julio C. Tello y al escritor Abraham Valdelomar, entre otros. Además captó amplios contingentes populares, así como sectores importantes de la clase media en crecimiento. Como se puede notar, el proceso por el cual Leguía ingresó a Palacio fue muy similar al que había permitido la llegada de

Billinghamurst a la presidencia, quien se había sustentado —en gran medida— en las fuerzas sociales excluidas del pacto oligárquico.

Leguía supo ofrecer a cada sector social un discurso apropiado, por lo que recibió gran aceptación: gracias a su discurso indigenista fue nombrado como el nuevo Wiracocha¹¹ (deidad prehispánica); por su apoyo a las reivindicaciones estudiantiles fue elegido maestro de la juventud; por su promesa de defensa de los derechos de los trabajadores fue muy popular entre los obreros. En resumen:

Augusto B. Leguía buscó construir un poder hegemónico sustentado en sectores sociales más amplios, nuevos y que antes habían sido sistemáticamente marginados por los regímenes civilistas. Sus aliados fundamentales parecen haber sido el imperialismo norteamericano y la nueva plutocracia que surgía de la industria, la especulación urbana y el comercio. También se sustentó sobre los sectores medios urbanos conformados por la burocracia estatal y privada, sectores que Basadre llama la mesocracia social durante el leguismo¹².

Leguía despojó a las élites oligárquicas del poder político, aunque no de su poder económico. En otras palabras, la oligarquía perdió el control del gobierno y del Estado, pero siguió manteniendo —e, incluso, amplió— su base económica gracias a la política leguista de atraer —de modo ya definitivo— al capital norteamericano¹³. Como señala Julio Cotler.

[Leguía desarrolló] una activa política centralista, que acabó por subordinar políticamente la clase dominante al Estado, mientras lo asociaba con el capital financiero

¹¹Gracias a la nueva Constitución, el gobierno reconoció y legalizó la propiedad de las comunidades indígenas, ordenó una investigación a fondo sobre los principales problemas que aquejaban a los indígenas del sur (de Cusco y Puno, fundamentalmente), creó una sección de asuntos indígenas en el ministerio de Fomento y Obras Públicas, creó el Patronato de la raza indígena y estableció el “Día el Indio”. Todas estas medidas acrecentaron los temores de los gamonales de perder su poder. Manuel Burga y Alberto Flores Galindo, *Apogeo y crisis de la República Aristocrática*, Ediciones Rikchay Perú, cuarta edición, Lima, 1987, pág. 128.

¹²M. Burga y A. Flores Galindo, *op. cit.*, págs. 133-134

¹³“Leguía —señala Ernesto Yepes— si bien en lo fundamental no alteró la riqueza y privilegio de las clases dominantes, significó en cambio el desplazamiento definitivo de la fracción hegemónica civilista de las instancias más altas del poder político”, en *Perú 1820-1920: un siglo de desarrollo capitalista*, IEP-Campodónico ediciones, Lima, 1972, pág. 283

norteamericano que le proporcionaba los recursos económicos para lograr ese propósito. Así el Estado llegó a su expresión cabal y depurada de los burgueses exportadores¹⁴.

Bajo el leguismo, el capital imperialista norteamericano controló las finanzas estatales y también los sectores económicos claves como la minería, el petróleo, la producción azucarera y la industria. En ese momento: “los productos exportables producidos en los sectores controlados por el capital extranjero adqui[rieron] una mayor importancia”¹⁵. Reflejando esta nueva política económica, la exportación de minerales aumentó en 175% entre 1919 y 1929, mientras que la de productos agrícolas sólo creció en 45%.

El oncenio tuvo la suerte de contar con una coyuntura económica internacional favorable. La repercusión que tuvieron la Gran Guerra y el incremento de las exportaciones sobre el sistema financiero peruano explican los altos volúmenes de exportaciones del Perú hacia Estados Unidos y Europa. En consecuencia, los grandes beneficiarios fueron los hacendados agroexportadores nacionales quienes se volvieron en depositantes prominentes, clientes bancarios privilegiados e importantes acreedores con capacidad de diversificar sus inversiones. Este poderoso grupo agroexportador fue el principal apoyo para el ingreso de Leguía al poder, quien retribuyó el favor con una legislación beneficiosa para dicho sector¹⁶. Por otro lado, Leguía creó en 1922 el Banco de Reserva del Perú, y recién desde ese momento se pudo hablar de una moneda nacional¹⁷. Este banco tuvo un papel importante en la política crediticia expansionista “que condujo a una peligrosa sobrespecialización en los créditos a los agroexportadores y a una tasa de cambio declinante que afectó los depósitos bancarios”¹⁸.

¹⁴Julio Cotler, *Clases, Estado y nación en el Perú*, IEP, Lima, 1978, pág. 186

¹⁵M. Burga y A. Flores Galindo, *op. cit.*, pág. 133

¹⁶Alfonso W. Quiroz, *Banqueros en conflicto. Estructura financiera y economía peruana, 1884-1930*, CIUP, Universidad del Pacífico, Lima, 1990

¹⁷J. Cotler, *op. cit.*, págs. 185-186

¹⁸AW Quiroz, *op. cit.*, pág. 151

La nueva política económica del oncenio estuvo acompañada por un proyecto político antioligárquico y antigamonal. Junto a dichas preocupaciones estaba la necesidad del leguismo de definir los linderos del país para evitar nuevos conflictos bélicos. Fue durante el llamado oncenio cuando se firmaron los diferentes tratados fronterizos con Ecuador, Chile y Colombia.

La expresión más visible de la modernización leguista fue el crecimiento de la ciudad de Lima, cuya población ascendió ya a 200,000 habitantes y, además, convirtió 1,020 de 1,136 hectáreas al área urbana¹⁹. La empresa constructora norteamericana Foundation Company, a la cual Leguía otorgó todas las facilidades para invertir, fue el principal motor del crecimiento de la ciudad. La modificación de la capital implicó la creación de nuevos espacios públicos distintos a los oligárquicos, como la Plaza San Martín, construida en 1921, y convertida en el espacio privilegiado de la burguesía y las clases medias en ascenso. Por primera vez en Lima fueron construidos edificios de más de seis pisos y se edificaron nuevos espacios de recreación²⁰. Los valores del pragmatismo, el sentido de empresa, las nuevas diversiones²¹, pugnan con los valores de la oligarquía finisecular, como la caballerosidad, el recato, o el retraimiento en la vida familiar. Durante el oncenio se construyeron grandes avenidas para articular al centro de la Lima de entonces con sus extremos. Pero Lima —como señala Pedro

¹⁹En la parte urbanizada, la densidad era de 50m² por cada habitante con un total de 18.776 casas. En la década del treinta —a fines del oncenio— la población limeña había registrado un aumento considerable con 373,875 habitantes, entre los cuales había un importante sector de migrantes de provincias (37.5%). Según el Censo de 1931, la densidad había aumentado a 134 habitantes por hectáreas, 1,271 manzanas, 13,823 edificios, 72,252 departamentos y 56,604 familias. Estos datos los he tomado de Eduardo Arroyo, “La evolución urbana de Lima”, en *Los Caminos del Laberinto* núm. 1, Lima, julio de 1985, pág. 24

²⁰Como el Hipódromo de Santa Beatriz, el Golf Club y el Country Club.

²¹Por ejemplo, son famosos los carnavales durante el leguismo, símbolos del auge económico y del despilfarro.

Planas— también fue el escenario óptimo para sustentar el culto a la personalidad del presidente²².

Durante el largo gobierno de Leguía, Lima se expandió y modernizó. Cambió de rostro pero, fundamentalmente, modificó de manera profunda el escenario de los conflictos políticos. La mayor comunicación física (gracias a la mencionada construcción de calles y avenidas) facilitó la interacción de los sectores populares y medios y, con ello, contribuyó a crear nuevas formas de sociabilidad, de organización y de acción política.

Las cifras del Censo de 1931 son útiles para conocer la composición de la población popular y de la clase media en los años del leguismo, los cuales actuaron protagónicamente en tiempos convulsos como los de las décadas del veinte y del treinta. En dicho Censo se registraron 35,436 empleados, 29,166 independientes²³, y 31,584 obreros. Estas cifras se vuelven más significativas si las comparamos con las del Censo de 1920. En éste se habían registrado 7,492 obreros; mientras que el sector más numeroso fue el artesanal con 30,255 trabajadores²⁴. El crecimiento del sector obrero es evidente.

Si bien la clase media había crecido en número, el paisaje urbano-limeño seguía manteniendo su característica preindustrial de años anteriores. Había urbanización, pero

²²Pedro Planas ofrece una lista, no exhaustiva, de construcciones públicas que llevaban el nombre del caudillo. Por ejemplo, además de la mencionada Avenida Leguía, se encontraban la Vía Central Leguía (que unía el centro de la ciudad con el Oriente), la Avenida Patria Nueva (que unía los distritos de Bellavista con San Miguel, ambos de reciente creación), la Plaza Leguía en el distrito popular de La Victoria, una Estatua en homenaje a Leguía en el distrito de La Punta, el Arco del Triunfo con las palabras “Viva Leguía”, el monumento a Leguía (no el único), la Avenida Juan Leguía (hijo del presidente), Avenida del Carácter (en recuerdo a la decisión de Leguía de no firmar su dimisión cuando los demócratas intentaron destituirlo en mayo de 1909), y el Pasaje Carmen Leguía (en honor a la madre del presidente), entre seguramente muchos otros ejemplos, en los que se incluyen también homenajes a personajes ligados al oncenio. Pedro Planas, *La República Autocrática*, Fundación Friedrich Ebert, Lima, 1994 (págs. 173-176). Por estos motivos, entre otros, Planas afirma que Lima bien pudo ser rebautizada como “ciudad Leguía”.

²³Profesionales y pequeños comerciantes, básicamente.

²⁴El sector obrero se descomponía de la siguiente manera: 3,291 albañiles, 1,778 industriales.

todavía poca industrialización. No obstante, las clases populares experimentaron una gran politización y vivieron tiempos de gran tensión ideológica.

b) Leguía y las clases trabajadoras

Leguía buscó reglamentar los conflictos laborales y reestructurar al Estado, para aplicar el arbitraje obligatorio contenido en los artículos 48 y 49 de la Constitución de 1920. En setiembre de 1919, creó la sección de trabajo al interior del Ministerio de Fomento y Obras Públicas. Además, legitimó las ocho horas ya conquistadas.

Pero la luna de miel entre el gobierno y el movimiento trabajador acabaría pronto. A menos de un año de llegar al gobierno, Leguía modificó, mediante el Decreto del 12 de mayo de 1920, el reglamento de huelgas decretado durante el gobierno de Billinghurst en 1913, que el civilismo no había suprimido pero que tampoco había acatado. Leguía buscaba limitar la acción reivindicativa de los trabajadores, sancionando penalmente las contravenciones a dicho decreto²⁵. Los transgresores serían juzgados como “sediciosos o motinistas”, y los agitadores sólo se eximirían de ser arrestados si presentasen una fianza. Por otra parte, todo acto que fuera más allá de la abstención de trabajar (amenazando el funcionamiento de la fábrica) sería considerado “extraño a la huelga”, con el consiguiente paso a un tribunal para los agitadores. Los extranjeros que participasen en las huelgas serían expulsados del país. Aun cuando la huelga hubiera terminado, los autores de delitos no estarían exentos de sanciones. Finalmente, el Decreto disponía que aquellos empleados del Estado que paralizaran sus labores serían separados sin derecho de apelación.

La ley 4774 limitaba también severamente el derecho de huelga de los trabajadores de transporte y servicios públicos (luz, fuerza motriz, telégrafos, entre otros), al señalar que los

además de 1,959 tejedores y 464 tipógrafos. Ver M. Burga y A. Flores Galindo, *op. cit.*, pág. 151

servicios serían “militarizados”, para que no fueran interrumpidos por ningún motivo. Por otra parte, el gobierno dictó una legislación para proteger a la clase media con la ley (4916) del “empleado particular” (es decir, el funcionario que no trabaja para el Estado), y sentó las bases para una legislación “con principios jurídicos autónomos”. En el plano político, esta ley tuvo repercusiones negativas para el movimiento trabajador, por la fragmentación que ocasionó en éste.

Los tres primeros años²⁶ del leguismo fueron audaces. Luego de una primera fase — muy corta, como hemos visto— en la que promovió un tipo de relación conciliatoria con las clases trabajadoras, el gobierno se fue tomando más represivo y autoritario hacia ellas²⁷. En 1923, Leguía pretendió la consagración del Perú al Sagrado Corazón, como una forma de pacto con los grupos tradicionales representados en la Iglesia Católica. Por otro lado, para lograr su reelección, Leguía eliminó a la oposición y formó el Partido Democrático Reformista (PDR) para lanzar su candidatura —única y, por lo tanto, sin riesgos—, apoyada por el imperialismo norteamericano. Ya se empezaba a hablar del “siglo de Leguía”.

²⁵Lo siguiente fue extraído de J. Santistevan y Á. Delgado, *op. cit.*, pág. 58

²⁶Jorge Basadre distingue cuatro etapas durante todo el oncenio. Primero, la etapa de la fascinación, cuando Leguía supo acaudillar toda esa “marea ascendente de las clases medias y populares rompiendo la valla oligárquica y cayendo, por su ignorancia política, en el caudillaje”. Luego vino la etapa de la lucha, cuando Leguía embatió contra el civilismo, su más encarnizado adversario. La etapa del apogeo, es cuando Leguía eliminó toda oposición, fortaleció al Estado y empleó al ejército para consolidarse en el poder. La cuarta etapa es la que marca el ocaso del gobierno, cuando Leguía postuló a una nueva reelección en 1929 en medio de una confusa política internacional, aumento de la corrupción y exacerbación del centralismo; además de la crisis económica internacional que repercutió severamente en el Perú, en “Leguía y el leguismo”, en *Primer panorama de ensayistas peruanos*, IV Festival del Libro, Lima, 1958.

²⁷Disolvió organizaciones obreras y universidades populares, deportó a opositores políticos y a intelectuales inconformes, entre otros.

c. Las clases trabajadoras, los sectores medios y las nuevas corrientes ideológicas: marxismo y aprismo

La historia de éxitos y fracasos del movimiento obrero que hemos recorrido preparó los sectores trabajadores para su politización en los años veinte. La participación de las clases populares durante el oncenio estuvo acompañada por el ingreso de nuevas corrientes ideológicas que caracterizarían al Perú en las décadas siguientes, como el marxismo y el aprismo. Por esa razón, es necesario tratar de hacer confluir en la explicación elementos tales como el papel de las clases medias (especialmente de estudiantes universitarios), la aparición de intelectuales de procedencia diferente a la oligárquica, y el nivel más elevado de organización y de conciencia política de los trabajadores. En su conjunto, estos tres factores nos ofrecen el nuevo panorama político y social de las clases populares durante el oncenio.

El anarcosindicalismo perdió su influencia hegemónica luego de ser derrotado en la lucha por el abaratamiento de las subsistencias en mayo de 1919. Sin embargo, ello no significó su completa eliminación. Algunos núcleos artesanales siguieron abrazando el anarquismo, especialmente en las provincias. Además, el marxismo y el aprismo no se pueden explicar sin la influencia de aquél, pues se trata de superaciones y no de simples remplazos en el horizonte ideológico y cultural de los trabajadores de los años veinte. Entender este proceso nos remite, necesariamente, a analizar la relación que se estableció entre estudiantes y obreros.

Como precisa Ricardo Portocarrero²⁸, la creación de la Universidad Popular (que tenía como objetivo primero el de llevar la cultura al pueblo mediante el dictado de cursos como geografía, historia e higiene) tuvo lugar en el año 1916 en Trujillo, capital del departamento de La Libertad en la costa norte del Perú. Fue impulsada por el Centro de Estudiantes de la

²⁸Ricardo Portocarrero G., "Introducción a 'Claridad'", en *Claridad*, edición en facsimile. Empresa Editora Amauta, Lima, 1994

universidad de esa ciudad, en el cual participaba Haya de la Torre, quien había leído desde muy joven las fulgurantes páginas de denuncia del pensador anarquista Manuel González Prada. No obstante, el proyecto de las universidades populares recién pudo hacerse realidad en 1920, en Lima, y gracias a la voluntad del propio Haya (ya presidente de la Federación de Estudiantes del Perú), quien había viajado a la capital para seguir sus estudios en la Universidad de San Marcos. Complementariamente a la labor de docencia que él desarrollaba en estas universidades populares, Haya fundó en mayo de 1923 la revista *Claridad* como órgano de difusión y de cultura. Con las universidades populares se dio el primer paso para el establecimiento de la alianza obrero-estudiantil, que sería central en los años siguientes del oncenio.

La importancia política de los estudiantes universitarios está en relación con su crecimiento cuantitativo. En 1928 se registraron 2,290 estudiantes, cifra muy superior a los 1,667 de 1912. En aquel año habían 1,849 matriculados en la Universidad de San Marcos. Además, entre 1918 y 1928 creció significativamente el número de periódicos y revistas en circulación: de 347 a 473, contándose como los principales los de carácter político e informativo, seguido por los de literatura y arte. Finalmente, existe otro dato que es importante consignar: la presencia creciente de provincianos de clase media en Lima, los cuales contribuyeron decisivamente a renovar el ambiente intelectual, en contra de las visiones tradicionalistas de los intelectuales ligados a la república aristocrática²⁹.

En el mismo mes de mayo de 1923, cuando apareció *Claridad*, se produjo un hecho que sería definitivo en la conformación de los nuevos actores sociales y políticos. Para comprenderlo mejor, recordemos que Billinghamurst promovió la libertad de cultos durante su

²⁹M. Burga y A. Flores Galindo, "Los intelectuales y el problema nacional", *op. cit.*, págs. 161-174

gobierno. Luego, el gobierno de Pardo refrendó esta modificación de la Constitución vigente, de 1860, lo que la Iglesia Católica no vio con buenos ojos. Paralelamente, Leguía ya tenía planeado quedarse en el poder un tiempo largo, y por ello buscó la reelección y la eliminación de cualquier intento de oposición política. Dentro de ese objetivo, un paso estratégico fue acercarse a los sectores eclesiásticos conservadores y, en concordancia con el arzobispo Emilio Lissón, organizar la consagración del Perú al Sagrado Corazón de Jesús. Con ello desconocía, en la práctica, la modificación constitucional que protegía la libertad de cultos. Pero la medida contenía profundas consecuencias políticas, pues dejaba entrever que se avecinaba una política conservadora.

El 23 de mayo de 1923, y con un notable protagonismo de Haya, los obreros y estudiantes universitarios salieron a las calles a protestar contra la pretendida consagración. La represión no se hizo esperar: hubo muertos y heridos. El gobierno esgrimió la acusación de un intento de golpe. La respuesta de los sectores movilizados también fue inmediata: convocaron a un Paro General, paralizando la ciudad por dos días. El gobierno tomó represalias y deportó a Haya; pero ya se encontraba en el Perú José Carlos Mariátegui, quien suplantó a aquél en la conducción de las universidades populares, en la dirección de *Claridad*, y en la labor de docencia. Mariátegui obtuvo así una relación directa con los trabajadores limeños, a quienes ofreció charlas sobre la situación europea. Sin embargo, Mariátegui no apoyó el movimiento del 23 de mayo, aunque reconoció que se había tratado del bautizo histórico de la nueva (la suya) generación³⁰.

Con Haya en el exilio, Mariátegui transmitió a los sectores trabajadores urbanos una visión más compleja de la realidad socio-política. Para ese entonces, ya se identificaba con el

³⁰La jornada antileguiísta del 23 de mayo fue la primera desavenencia entre los dos personajes.

marxismo. Por su parte, Haya lo descubriría recién en su peregrinaje europeo y en su visita a la Unión Soviética³¹. La actividad de Mariátegui fue intensa. Además de aglutinar a lo mejor de la intelectualidad peruana por medio de la revista *Amauta*, fundada en 1926, impulsó la centralización trabajadora mediante la creación de una Central de Trabajadores; fundó el Partido Socialista en 1928, y el mismo año editó *Labor*, una revista para la clase obrera.

Fue en 1928, justamente, cuando se produjo la ruptura entre los dos ideólogos³². Más que analizar los infinitos estudios que se han realizado sobre la célebre polémica entre Haya y Mariátegui, me interesa resaltar que ambos tenían proyectos para cambiar al sistema y que los dos se ubicaban en el campo popular, al cual querían dar dirección. Como señala Julio Cotler, resumiendo el proceso aquí descrito:

Así, en la medida que el país experimentaba un proceso de transformación social, fundado en la consolidación del capitalismo y la realización de la hegemonía política de la burguesía nativa asociada con el capitalismo imperialista, se levantó un pensamiento orientado a la destrucción del sistema dominante y que al trasponerse en la acción política, determinó la organización de las clases populares y el desarrollo de la lucha de clases de las siguientes décadas³³.

Este nuevo pensamiento radical si bien se nutrió de reflexiones como las de González Prada (quien fustigó y acusó, pero no fue capaz de organizar a los trabajadores), descansó en el marxismo y el aprismo para conformar la base de la organización de los trabajadores. Por su parte, éstos habían experimentado un importante proceso de aprendizaje político desde fines del siglo pasado en sus relaciones con las élites y con el Estado que les permitió exigir la

la cual sería recordada por Haya en su polémica con Mariátegui a fines de los años veinte, cuando los dos se ubicarían en opciones ideológicas claramente definidas y distintas.

³¹Sin embargo, hay que resaltar que ninguno abrazó al marxismo de manera dogmática, sino que cada uno trató de reinterpretarlo de acuerdo a la realidad específica latinoamericana. En el proceso de esa relectura fue precisamente cuando aparecieron las discrepancias.

³²Los temas centrales de la polémica fueron el carácter de la revolución latinoamericana, de la organización política (frente o partido), la caracterización del imperialismo y el papel de las clases medias en el proceso de transformación (como clase dirigente o subordinada).

³³J. Cotler, *op. cit.*, pág. 226

ampliación de sus derechos. De esta manera, el encuentro de trabajadores y de las nuevas corrientes político-ideológicas fue posible por las transformaciones que se procesaron tanto en el plano de las ideas como de la experiencia trabajadora. En otras palabras, el nuevo pensamiento radical no hubiera sido posible sin un movimiento obrero con una ya importante trayectoria de luchas y, al mismo tiempo, éste no hubiera alcanzado repercusiones políticas sin el papel que cumplieron los ideólogos y políticos radicales.

d. La crisis del oncenio

La caída del oncenio no se produjo por la lucha de las masas, ni por las fuerzas políticas de oposición radicales, sino por la crisis del capitalismo de 1929. Ella se manifestó en el Perú con una caída brusca de las exportaciones (sustento económico del gobierno de Leguía) entre los años 1929 y 1932: el comercio del cobre cayó en un 69%, el de las lanas en 50%, el del algodón en 42% y el del azúcar en 22%. En consecuencia, el Estado se quedó sin recursos y el sistema financiero quebró, como en el caso del Banco del Perú y Londres, con las secuelas económicas negativas que produjo en hacendados y comerciantes. La política de obras públicas (uno de los elementos de legitimación del leguismo) se redujo al mínimo. lo que afectó al 70% de los obreros de construcción. El presupuesto se contrajo de 50 millones de dólares en 1929 a 16 millones en 1932. Además, el Perú dejó de pagar la deuda externa, situación que duraría hasta 1947³⁴. En el plano social, el desempleo alcanzó niveles inéditos (sólo en el sector textil el 12% de obreros fue despedido), los ingresos se redujeron y, en consecuencia, los niveles de consumo también. La crisis afectó, incluso, a los terratenientes, quienes vieron reducidas sus ganancias por la disminución de la demanda interna de alimentos.

La situación del Perú de fines de los veinte e inicios de los treinta era caótica. Frente a la crisis del leguismo, la vieja oligarquía terrateniente del sur, pretendía tomar el poder. Para ello auspició un nuevo golpe militar en agosto de 1930, dirigido desde Arequipa por el comandante Luis M. Sánchez Cerro. Leguía fue depuesto y encarcelado. Como en 1914, la oligarquía acudió a los cuarteles para liquidar un gobierno incómodo y recuperar el poder. Pero la situación había variado en los tres lustros que habían transcurrido desde entonces, especialmente por el protagonismo alcanzado por los trabajadores urbanos y las clases medias.

Sánchez Cerro renunció a la jefatura del Estado en 1931, y le sucedió una Junta de Gobierno conformada por los grupos regionales de poder, la cual tuvo como tarea la convocatoria a elecciones generales y a una Asamblea Constituyente para 1933. La situación de crisis —pre-revolucionaria para algunos—, impulsó a las fuerzas obreras organizadas a una participación política más activa. A diferencia de la situación de 1914 —cuando las clases trabajadoras no se movilizaron para oponerse a la destitución del presidente Billinghurst— se presentaron conductores ideológico-políticos capaces de expresar las aspiraciones de las clases trabajadoras, especialmente Haya de la Torre. Mariátegui no pudo ver esta convulsionada etapa de la historia republicana peruana por su muerte, ocurrida en abril de 1930. Tampoco vio el nacimiento del Partido Comunista que sucedió al Socialista fundado por él, y que sólo fue un elemento marginal de la política peruana.

A la caída de Leguía, Haya pudo volver al Perú con el propósito de participar en las elecciones presidenciales de 1932. En 1930 había fundado la Alianza Popular Revolucionaria Americana, o APRA, como partido, aunque en aquella época sus militantes —según el propio Haya— cabían en un sofá. Pero Haya no era un desconocido para la clase trabajadora peruana —y limeña en especial—. Desde su regreso se había encontrado con los sectores trabajadores

³⁴M. Burga y A. Flores Galindo, *op. cit.*, pág. 185

de Lima y recordado la experiencia de las Universidades Populares, de las jornadas de 1919 por las ocho horas, y de la alianza obrero-estudiantil de mayo de 1923 contra el oncenio. La respuesta fue multitudinaria, por lo que la oligarquía nuevamente vio amenazado su poder. Los niveles de politización de las clases subalternas que se habían desarrollado con los años ya buscaban, y necesitaban, referentes políticos propios.

Para enfrentar la crisis de sucesión, la oligarquía nuevamente recurrió a Sánchez Cerro para las elecciones generales, el único que podía derrotar a la fuerza multitudinaria que el aprismo había comenzado a forjar. Por su origen mestizo-popular, muy similar a la población general, dicho militar logró triunfar en las elecciones. El aprismo reclamó, porque consideraba que lo habían despojado de una legítima victoria electoral. El asesinato de Sánchez Cerro en ese mismo año (presuntamente a manos de un aprista) terminó por incendiar el bosque. La protesta devino guerra civil, y ésta concluyó con el aplastamiento militar, en 1932, de los “rebeldes” apristas. El conflicto surgido en esta coyuntura entre apristas por un lado, y oligarquía con el ejército por el otro, marcaría al proceso político peruano por gran parte del presente siglo.

Ante la nueva crisis volvió Oscar R. Benavides, el mismo militar (ahora general) que había destituido a Billinghurst en febrero de 1914. La oligarquía recuperó el control del poder, pero desde entonces ya no pudo separarse de su brazo armado.

4. La herencia de Billinghurst

En capítulos anteriores, he reconstituido la narrativa analítica que va de la crisis de la oligarquía —que permite a Billinghurst acceder al poder— a la crisis del leguismo —que vuelve a desinstitucionalizar la frágil alianza reconstruida por las élites oligárquicas como reacción al billinghurstismo—. Con los elementos que dicha reconstrucción analítica me ha

permitido apropiarme, es posible responder a los interrogantes que guían la presente investigación. El principal es de saber si el período del gobierno de Billinghurst fue sólo un accidente en el proceso político peruano dentro del dominio oligárquico, o representó modificaciones más profundas que se hicieron visibles durante el leguismo y más adelante. Para las clases subalternas, ¿el episodio billinghursta representó un espacio político en el que se forjaron nuevas relaciones entre éstas y el Estado más allá del período en cuestión?

Una primera respuesta que nos sugiere el análisis del período de 1914 a 1930 es que las élites oligárquicas se vieron obligadas a incorporar a las clases trabajadoras. Esta incorporación se dio porque ellas fueron capaces de ejercer presiones sobre el sistema político y social, ensanchando la base ciudadana. En otras palabras, las élites oligárquicas sacaron provechosas lecciones de la experiencia billinghursta.

El billinghurismo puso en evidencia la necesidad del Estado oligárquico por incorporar, aunque sea parcialmente, ciertas reivindicaciones de las clases subordinadas para mantener el *statu quo*: como el gato pardo de Lampedusa, cambiar para seguir igual. Hasta ese momento, el Estado basaba su funcionamiento en la completa exclusión de los sectores populares, a los cuales no veía como sujetos de derechos ciudadanos, sino exclusivamente como fuerza de trabajo y como soldados. Precisamente, esta manera de ejercer el poder impidió que se confeccionara un “pacto de dominación”, entendido como “el control del Estado sobre las clases dominadas y los medios institucionales o extrainstitucionales que éstas tienen a su disposición para modificar los términos de su subordinación”³⁵, como ocurrió en el México post-revolucionario.

³⁵Viviane Brachet-Márquez, *El pacto de dominación. Estado, clase y reforma social en México (1910—1995)*. El Colegio de México, 1996, pág. 54

Lo que caracterizó al Estado oligárquico en el Perú, por el contrario, fueron los acuerdos entre las élites con exclusión de los dominados, por lo que éstos sólo pudieron hacerse presentes cuando aquéllas acusaron profundas contradicciones en el nivel político-institucional, tal como sucedió en el contexto que permitió la aparición del candidato Billinghurst.

Por todas las razones expuestas, la irrupción de Billinghurst dentro del orden oligárquico no puede ser considerada como un simple accidente o una quiebra temporal de la *pax oligárquica* del que los grupos pertenecientes al pacto oligárquico pudieron recuperarse prontamente para seguir manteniendo su dominio de manera inalterable. La forma de ejercer el poder por parte de las élites oligárquicas después de Billinghurst es diferente a la forma en que lo ejerció antes del experimento billinghurstista.

Para entender el fracaso del gobierno de Billinghurst debemos recordar que el sistema político oligárquico se caracterizaba por ser uno extremadamente estrecho, en el que los pocos canales existentes para la lucha por el poder estaban perfectamente controlados por las élites oligárquicas. Fuera del ámbito permitido por éstas no había posibilidades de ser un contendiente exitoso. Los disidentes eran rápidamente neutralizados o anulados; esta segunda posibilidad fue lo que sucedió con Billinghurst.

Resumiendo, son dos las razones que explican la derrota del billinghurstismo: *a)* la fortaleza de las tupidas redes sociales y familiares —con repercusiones en el ámbito político— tejidas por los notables peruanos de principios de siglo; y *b)* la inexistencia de fuerzas consolidadas que desde fuera del pacto oligárquico cuestionaran a éste, como sí ocurrió cuando aparecieron las clases subalternas con elevados niveles de organización y

politización en los años veinte. Recién desde estos años se pudieron abrir ciertos cauces para una ampliación efectiva para la lucha por el poder político.

El gobierno de Leguía continuó y profundizó la política antioligárquica iniciada por Billinghamurst. La profundizó porque, además de remplazar a la élite política, permitió el ingreso del imperialismo norteamericano (en sustitución del inglés) y auspició la consolidación de nuevos grupos económicos como el ligado a las finanzas, que adquirieron un poder político inédito. No obstante, la crítica coyuntura de fines de los veinte derrumbó el régimen leguista, permitiendo que la oligarquía retomara el control estatal junto con los militares.

En relación con las consecuencias de la inserción en el sistema político por parte de las clases subalternas, las evidencias expuestas no nos permiten afirmar que el protagonismo de éstas durante el billinghamurismo sólo haya constituido un episodio coyuntural que, luego de derrotado, fue reabsorbido por el dominio oligárquico. Por el contrario, es posible afirmar que la presión de las clases subalternas para colocar a Billinghamurst en la presidencia expresa un primer momento más o menos nítido de constitución de un sujeto político popular, el cual se mostraría con mayor nitidez durante la década del veinte y después.

En efecto, con el billinghamurismo por primera vez las clases subalternas —especialmente urbanas—, pudieron cuestionar el espacio estrecho que el discurso y la política oficiales les habían asignado. Integradas por elementos de lo que en aquellos tiempos se llamaban las “razas inferiores”, las clases subalternas fueron capaces de romper su cotidianeidad y alterar, con su acción, la estabilidad oligárquica. Hasta esos momentos —1912—, la política estaba vetada para ellas, pues era considerada una actividad reservada sólo para los notables. La confluencia de la crisis en las élites y el proceso organizativo y de conciencia política que

experimentaban las clases populares desde mediados del siglo XIX, abrieron el espacio institucional para que éstas ingresaran a los terrenos de la política.

El apoyo legal que el Estado ofreció a las clases trabajadoras durante el gobierno de Billinghurst, sobre todo con relación a la reglamentación de las huelgas, fue un primer momento de reconocimiento de éstas como un embrionario sujeto social y político. Evidentemente, el proyecto billinghurstiano no era de carácter “popular”, sino de tipo liberal-democrático y nacionalista, que trataba de incorporar a sus fines a los desposeídos para combatir a la oligarquía, especialmente a la más tradicional, la representada por los poderes locales (o gamonales). Sin embargo, Billinghurst no fue lo suficientemente radical en esta práctica política populista. Por el contrario, no promovió la cooptación por el Estado de las clases subalternas; tampoco creó vínculos políticos orgánicos, como por ejemplo, un partido, con ellas, y permitió (por debilidad política y ausencia de un proyecto alternativo definido) la continuidad de las viejas representaciones político-partidarias al carecer de una fuerza política propia. Estas razones explican la pasividad de las clases subalternas frente al golpe de Estado de febrero de 1914.

Esta pasividad no significó la desaparición de las clases subalternas del escenario político peruano. Por el contrario, hay que señalar que éstas volvieron a ser un actor protagónico a fines de la primera década del siglo XX gracias a sus luchas por la legalización de la jornada laboral de ocho horas. El desprendimiento por parte de las clases subalternas del tutelaje oligárquico durante el billinghurstismo —aunque haya sido parcial y momentáneo— fue, sin lugar a dudas, uno de los elementos que permitió su acción autónoma. Esta autonomía fue retomada y profundizada en los años veinte, es decir, durante el leguismo. En efecto, desde una mirada ahistórica que sólo visualiza una serie de etapas se observa que el patrón de

relación entre clases subalternas y élites políticas inaugurado por Billinghamurst tuvo una expresión más consolidada durante el llamado oncenio. Leguía —como hemos visto— hizo ciertas concesiones a las clases trabajadoras y a las clases medias para proveerse de cierta legitimidad popular en su lucha contra las élites oligárquicas, aun cuando después ejerciera una política represiva con el objetivo de afianzar su poder personal.

Del gobierno de Billinghamurst al de Leguía hubo un aprendizaje de las clases subalternas en sus formas de lucha y organización. Una muestra de esta continuidad se observa al conocer la composición de las dirigencias marxistas y apristas, pues éstas estaban conformadas básicamente por líderes que se habían formado en las fuentes de la ideología anarquista, impregnando a los discursos y lenguaje de aquéllas, especialmente de las identificadas con el aprismo³⁶. Este proceso de continuidad de las dirigencias político-sindicales estuvo acompañado de otros, como el crecimiento de la clase media, representado por los estudiantes universitarios y los profesionales. Sin estos cambios no hubiera sido posible la aparición del aprismo y del marxismo como guías ideológicos y organizativos de los trabajadores, sustitutorios y superadores de la prédica anarquista³⁷.

³⁶Un artículo ejemplificador sobre las continuidades entre el programa anarquista y el aprista es el de Luis Tejada, “La influencia anarquista en el APRA”, en *Socialismo y Participación* núm. 29, marzo, Lima, 1985.

³⁷La consistencia que adquirieron las clases populares se puede notar en las décadas siguientes que escapan a la presente investigación. El partido aprista se constituyó en el partido peruano moderno por excelencia porque representó fidedignamente los procesos culturales y políticos de las clases populares. Tal fue su gravitación que la oligarquía, el ejército y el aprismo, constituyeron los tres pilares sobre los cuales se desarrolló la política peruana hasta fines de los años sesenta.

En cuanto al marxismo, luego de un periodo de ostracismo —producido en gran parte por la muerte de Mariátegui— recobró protagonismo a mediados de los sesenta, y fue bajo su bandera que se edificaron las principales organizaciones de trabajadores del Perú, tanto obrera como campesina: además, de constituirse en una fuerza político-electoral de consideración, especialmente durante la década del ochenta.

Addenda sobre el Estado post-Leguía

A pesar de la recomposición oligárquica y de la recuperación de los poderes privados luego de la caída de Leguía, el dominio de las familias oligárquicas ya no tendría las mismas características de los años 1895-1919. Ellas mismas ya no se identificaban con los valores de honorabilidad, decencia y respeto por ciertas formas. Este cambio se tradujo en el ámbito político por su apelación a las dictaduras. Los viejos partidos (como el Civil, el Demócrata, el Constitucional y el Liberal) habían desaparecido y el parcial proyecto institucionalizador del Estado fracasado, en gran parte por la irrupción en la vida política y social de las clases populares que —por reacción— hizo cerrarse más a las élites oligárquicas.

A partir de los años treinta advino una etapa oscurantista en la historia peruana, de dominio casi absoluto de las familias oligárquicas, de escaso brillo cultural y de marginación de las clases subalternas mediante la represión y la persecución política (especialmente de los apristas). La recaptura del Estado por los poderes privados más reaccionarios hizo que los intentos por construir un poder central se vieran aplazados. A pesar de esta situación, la dictadura de Benavides (1933-1939) no pudo desentenderse de una sociedad que se encontraba movilizada y con una acumulación política importante. Por ello, el Estado debió conceder derechos sociales sumamente importantes, como la seguridad social, así como crear la vivienda social (¿ecos del billinghurstismo?) y fundar el Hospital Obrero de Lima.

La situación cambió temporalmente con la Segunda Guerra Mundial y los realineamientos internacionales que significó. El aprismo recuperó la legalidad bajo el gobierno de Mariano I. Prado (1939-1945), y se abrieron ciertos espacios para la participación de las clases subalternas en un proceso electoral. El APRA auspició el Frente Democrático Nacional (FDN), el que ganó ampliamente las elecciones de 1945. Pero esta experiencia

democrática sólo duró tres años, pues la crisis económica y los conflictos al interior del Frente, echaron por tierra los intentos de formar un gobierno sólido³⁸.

Luego del fracaso del FDN, las élites oligárquicas reaparecieron con un rostro peculiar en un cierto populismo autoritario y conservador del general Manuel A. Odría (1948-1956). Si bien durante su gobierno el Estado se retrajo de intervenir en la economía, tuvo importantes ingresos como producto del auge de la exportación de minerales. Estos ingresos permitieron a Odría acercarse a las clases medias y a los sectores populares por medio del ofrecimiento de ciertos servicios (hospitales, escuelas, espacios de recreamiento), además de la ampliación del derecho a voto a las mujeres alfabetas, con lo que expandió el contingente electoral del país. Especialmente su labor en las escuelas pública explica que hasta hace una generación aproximadamente, el ochenio odríista fuera de los gobiernos más recordados por la mentalidad popular.

Por su parte, la sociedad también había cambiado. Durante los años del ochenio se empieza a generar uno de los hechos más trascendentales de la historia peruana contemporánea: las migraciones del campo a la ciudad, cambiando —andinizando— radicalmente el rostro del Perú, y así volviendo evidente su componente indígena-mestizo³⁹. De otro lado, en estos años el sector industrial fue creciendo también en importancia económica. lo que le permitió reclamar un lugar en el manejo del poder, cuestionando directamente la vigencia del pacto oligárquico de la república de notables. Las luchas más importantes, sin embargo, las protagonizaron los contingentes campesinos, quienes eran

³⁸Gonzalo Portocarrero, *De Bustamante a Odría. El fracaso del Frente Democrático Nacional. 1945-1950*, Mosca Azul editores, Lima, 1983

³⁹Sobre la importancia de las migraciones en la configuración del Perú actual ver José Matos Mar, *Desborde popular y crisis del Estado*, IEP, Lima, 1985; Carlos Iván Degregori, Cecilia Blondet y Nicolás Lynch, *Conquistadores de un nuevo mundo*, IEP, Lima, 1986; Jürgen Golte y Norma Adams, *Los caballos de Troya de los invasores*, IEP, Lima, 1987, y Carlos Franco, *La otra modernidad*.

despojados de sus tierras tanto por las empresas mineras norteamericanas como por los terratenientes peruanos aliados a ellas. En consecuencia, si bien el Estado fue uno recapturado por ciertas élites oligárquicas, la sociedad no permaneció pasiva. Una expresión nítida de las modificaciones de la sociedad peruana en esta época, fue la aparición de partidos representativos de los sectores medios, especialmente de Acción Popular (AP), liderado por Fernando Belaunde Terry, quien llegó a ser presidente del Perú por primera vez durante los años de 1963-1968, apoyado precisamente por aquellos contingentes a quienes se les había reconocido estatuto legal en el plano electoral.

En resumen, fueron treintiocho años (1930-1968) de una mezcla de autoritarismo militar (como las dictaduras de Benavides y Odría), dominio plutocrático (como el gobierno de Prado) y gobiernos civiles (como el del Frente Democrático Nacional y el de Acción Popular). La característica común del Estado en estos años fue que, al estar capturado por los poderes privados, no pudo constituirse en una institución de carácter nacional. No fue el proyecto de las élites oligárquicas dar solidez a una autoridad central, pero justamente esta precariedad institucional ocasionó una serie de grietas en el dominio oligárquico que hicieron temer una revolución “desde abajo”⁴⁰. En esas circunstancias aparecería el reformismo militar del general Juan Velasco Alvarado en 1968, que representaría la crisis final del sistema oligárquico. Recién desde ese momento pudo hablarse de un Estado y de una sociedad nacionales más o menos integrados en el Perú, aunque las condiciones críticas de los años noventa han puesto contra las cuerdas a ambos. Pero eso pertenece a una historia diferente, a la actual.

Imágenes de la sociedad peruana, Cedep, Lima, 1991, entre otros.

⁴⁰Especialmente cuando sectores radicalizados de las clases medias protagonizaron las guerrillas —rápidamente derrotadas— en 1965, y que fueron dirigidas por un desgaje del APRA, que posteriormente se denominó Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR).

CONCLUSIONES

EL ANÁLISIS EFECTUADO EN LAS PÁGINAS PRECEDENTES nos ha permitido entender el proceso dificultoso de transición del dominio oligárquico al populismo en el Perú, tomando como objeto de estudio a un gobierno, el de Guillermo E. Billinghurst (1912-1914), que representa el primer momento de dicho cambio político. También hemos podido observar que, a pesar de la derrota de este primer intento del populismo peruano, el billinghurismo representó cambios importantes en la forma de ejercer el dominio por parte de las élites oligárquicas. Éstas ya no pudieron volver al pasado anterior a Billinghurst. Para continuar en su posición privilegiada se adaptaron al cambio para continuar, aceptando e incorporando ciertas demandas de las clases subalternas que se transformaron en derechos reconocidos por el Estado. Esto contribuyó, *volens nolens*, a la transformación y ampliación de su rol en la sociedad. Finalmente, este proceso histórico permite explicarnos la longevidad de la oligarquía peruana a la vez que sus transformaciones hasta su final liquidación en 1968.

Desde esta argumentación es posible acercarnos a otras cuestiones igualmente importantes para tratar de explicarnos mejor la trascendencia del billinghurismo en el proceso político y en la conformación del Estado peruanos. En las páginas que siguen trataré cinco temas. El primero es la posibilidad de que los orígenes del populismo se encuentren en el auge agroexportador y no necesariamente, como se ha señalado con insistencia, a partir de la crisis financiera de 1929. El segundo tema aborda el comportamiento racional de las clases

subalternas en su apoyo al líder —Billinghurst—, que cuestiona la imagen tradicional acerca del comportamiento político de éstas. El tercer tema se refiere al proceso de transición inconcluso hacia el populismo que representa el gobierno de Billinghurst. En el cuarto tema se ofrece una reflexión acerca de la relación entre poderes privados y formación del Estado peruano. En el quinto tema esbozo un esquema de evolución del Estado peruano desde el reformismo militar hasta la reestructuración liberal en los años noventa de manera de entender la relevancia actual de la problemática trabajada.

1. Algunos elementos centrales del populismo —no necesariamente todos—, pueden surgir en un contexto de auge agroexportador

La aparición de un gobierno como el de Billinghurst al interior del sistema oligárquico ofrece la posibilidad de formular algunas preguntas, o de poner entre signos de interrogación afirmaciones que han llegado a formar parte del sentido común en las ciencias sociales latinoamericanistas. Una de ellas es el asociar el surgimiento del populismo con el crecimiento hacia adentro, identificado éste con la industrialización por sustitución de importaciones a partir de los años treinta. El billinghurstismo, aunque no representa una forma plena de populismo, obliga a replantear la historia y los antecedentes del populismo. Los que se encuentran en algunos gobiernos latinoamericanos de inicios del siglo XX, precisamente como el de Billinghurst¹. Como hemos visto a lo largo de los capítulos precedentes, el billinghurstismo no surgió al interior de un contexto marcado por un creciente proceso de industrialización, sino en el auge del período agroexportador experimentado desde fines del

¹Aunque no sólo de él, pues habría que realizar un análisis exhaustivo sobre los gobiernos de José Batlle Ordóñez (1903-1907) en Uruguay, el de Hipólito Irigoyen (1916-1920) en Argentina y el de Arturo Alessandri (1920-1924) en Chile, por ejemplo, todos éstos previos al *crack* financiero de 1929.

siglo XIX. Si bien los ingresos obtenidos de tal desarrollo se diversificaron, alimentando a distintas ramas de la economía peruana, especialmente las finanzas y la industria textil, no se puede afirmar que el panorama económico haya sido definido por el crecimiento industrial.

A partir de esta realidad, se percibe que el énfasis en el factor económico en el momento de analizar a los regímenes políticos latinoamericanos ha sido una limitación más que una ventaja. El determinismo económico sólo ha ofrecido una explicación reducida sobre el proceso de aparición del populismo latinoamericano, más aún si tomamos en cuenta que la crisis financiera de 1929 —que cerró la puerta a las exportaciones— fue remontada algunos pocos años después y no tuvo un carácter definitivo.

La estrecha relación que se pensaba descubrir entre la aparición del populismo y la política de industrialización dejaba de lado otros elementos de igual o mayor importancia. Uno de estos es el surgimiento de actores sociales capaces de promover un tipo de ejercicio de la política distinto al oligárquico y que buscaban ampliar la base ciudadana del Estado nacional. Si no se atiende a este elemento social no se explicaría por qué, en otras épocas, cuando hubo auge económico, no apareció el populismo, ni por qué el populismo sigue siendo un recurso de los grupos gobernantes aun en tiempos de crisis económicas.

Por todo ello resulta insuficiente analíticamente suponer que sólo el colapso económico orientó la política de sustitución de importaciones; también la presencia de una masa crítica de trabajadores y clases medias contribuyó al surgimiento del populismo.

II. Las clases subalternas actúan en forma racional en el contexto protopopulista (y populista)

Reconociendo que el factor económico no fue omnicompreensivo, debemos agregar otro elemento, el de la formación de sujetos sociales que desarrollaron una cierta conciencia política y organizativa opuestas al dominio oligárquico. Así fue como se manifestaron en las jornadas cívicas de 1912 apoyando a Billinghurst. En efecto, una de las características fundamentales del billinghurstismo fue la experiencia organizativa de las clases trabajadoras que, partiendo de ciertas tradiciones gremiales del anarquismo, fueron adoptando nuevas formas de organización y protesta. Esto coincidió con una crisis institucional del orden oligárquico vigente que permitió la aparición de contendientes heterodoxos respecto de la política oficial, conllevando la ampliación de expectativas de sectores populares y medios en relación tanto a un mayor bienestar como a una ampliación de derechos ciudadanos. Esto sucedió cuando empezaron a sentirse integrantes de una comunidad política, es decir, del Estado nacional naciente.

La propuesta de Billinghurst expresaba su distanciamiento de las formas de la política oligárquica mediante sus promesas de “pan grande” (mejores niveles de vida) y su política de construcción de casas para obreros. Ello no impedía que, al mismo tiempo, fuera un duro represor del movimiento obrero cuando éste se decidió a protestar demasiado. El papel del líder, bondadoso y estricto a la vez, que sería tan familiar en la política populista, se anuncia en este político peruano.

El tema de cómo se ejerce el liderazgo, y a qué necesidades responde, es importante para la discusión sobre lo que después sería el populismo latinoamericano. Es usual encontrar en la literatura un énfasis en lo que se supone sería el carácter reactivo de las clases populares.

Éstas, se presume, son carentes de ideología, proyecto y conciencia política, y se subordinan incondicionalmente a los dictados de la pequeña élite o, simplemente, del líder. Para el caso del peronismo, por ejemplo, Gino Germani sostuvo que el apoyo logrado por el conductor de las masas se basaba en la irracionalidad de éstas, explicable por la exigua experiencia moderna y democrática que las caracterizaba, y por un desfase entre los intereses de esa masa y la voluntad del peronismo por asumirlos. Esto se tradujo en el espejismo de la participación de las masas, cuando en verdad lo que sucedió fue la imposición del líder o de la élite. En una relectura de ese período, Juan Carlos Torre² señaló lo contrario: que el apoyo al líder era racional porque éste representaba para las masas marginadas la posibilidad de ingresar a la política, lo que de otro modo no podría haber conseguido. Por otra parte, Miguel Murmis y Juan Carlos Portantiero³ han señalado que el apoyo a Perón expresaba una racionalidad instrumental, que se explicaba porque el peronismo había atendido las demandas y necesidades de los obreros como tales. En otras palabras, el peronismo les permitió alcanzar conquistas antes imposible de lograr.

Tomando en consideración este debate, y contrastándolo con el protagonismo de Billinghamurst, se constata que éste se ubicó en el extremo opuesto al que acostumbraba ejercer el civilismo tradicional, más cerca de las élites y de los salones que de las calles y del pueblo. La política billinghamurista ofreció a los marginados un espacio para compartir, acabar con el exclusivismo oligárquico y empezar a reconocer a los trabajadores la calidad de ciudadanos. En otras palabras, es posible afirmar, a la luz del análisis precedente, que el apoyo popular a Billinghamurst no se debió a una ciega adhesión, sino a un criterio racional y pragmático por

²Juan Carlos Torre, "Interpretando (una vez más) los orígenes del peronismo", en *Desarrollo Económico* núm. 112, enero-marzo de 1989

parte de las clases subalternas para tratar de conquistar derechos que durante la dominación oligárquica estaban imposibilitadas de alcanzar. Por primera vez en la historia peruana asumieron un papel decisivo de injerencia política.

Sin embargo, a pesar del apoyo racional que las clases subalternas otorgaron a Billinghurst, ¿por qué fracasó este experimento temprano del populismo en el Perú? Considero que la respuesta se puede buscarla en la crisis permanente que vivió el billinghurstismo en sus dieciséis meses de gobierno. Las disputas que un Billinghurst prácticamente solitario enfrentó cada vez con mayor radicalidad contra unas élites oligárquicas que todavía controlaban el proceso político-económico configuraron un contexto de precariedad política en el que las clases subalternas no podían tener ninguna certeza de que sus derechos serían respetados por el Estado, con Billinghurst en el control del gobierno o sin él. En ese proceso de creciente polarización política, las clases subalternas optaron por retirar su apoyo al presidente. No obstante, esto no debe llevar a suponer que tomaron el camino de la pasividad social. Por el contrario, el haber retirado el apoyo a Billinghurst no significó la renuncia de las clases subalternas a tratar de ampliar sus derechos ante el Estado oligárquico, como lo muestran las décadas posteriores de la historia peruana durante las cuales siguen presionando al Estado y obteniendo concesiones.

En resumen, el proceso histórico que condujo hacia el populismo puede ser visto como el medio —quizás el único en muchos casos— que tenían las clases subalternas para hacerse representar políticamente y así ser partes del Estado, al cual, simultáneamente, contribuyeron a ensanchar y a modificar, otorgándole un carácter más nacional. Asimismo, esta búsqueda de expresión política de las clases populares buscó legitimar formas de expresiones sociales.

³Miguel Murmis y Juan Carlos Portantiero, *Estudios sobre los orígenes del peronismo*, Siglo XXI.

culturales y políticas distintas a las exclusivistas propias de la oligarquía. Esto es lo que indica la justificación y hasta la necesidad de los discursos nacionalistas, policlasistas y conciliatorios. El camino de la transición de la oligarquía hacia el populismo está configurado por una creciente ampliación de los contenidos discursivos por parte del Estado hacia las clases subalternas hasta convertir al populismo en un espacio simbólico en el que se procesa la ideología de la “unidad nacional”.

III. El billinghamismo representa una transición inconclusa hacia el populismo

El interés por estudiar los procesos de transición política cobró auge desde principios de la década de 1980 con la “vuelta a la democracia” en los países de América Latina y, luego, con la caída del Muro de Berlín a fines de los años ochenta, en Europa Oriental. De una manera amplia, la transición política se puede definir “como el periodo en el cual el régimen político ha perdido algunas de las características del régimen anterior, pero todavía no ha adquirido las nuevas”⁴.

En los análisis acerca de las transiciones ha prevalecido un análisis en el que se representaba a la transición política como un recorrido gradual, una programación razonada y razonable del cambio, una restructuración progresiva de las instituciones y la represión de los antagonismos entre nuevas y viejas élites⁵.

En esta investigación se ha estudiado un momento en el proceso de la transición política del dominio oligárquico a las formas populistas de hacer política en el Perú. El gobierno de Billinghamurst se ubica en un momento intermedio del cambio político peruano: no liquida al

Buenos Aires, 1971

⁴Isidro Cisneros, “Los diferentes momentos del cambio político de tipo democrático: hacia una propuesta clasificatoria”, *Perfiles Latinoamericanos* año 3, núm. 4, junio de 1994, nota 1, pág. 146.

régimen oligárquico pero lo afecta de tal manera que ya no puede sostenerse de la misma manera a como lo hizo antes. Por tanto, si bien el gobierno de Billinghamurst no constituyó el momento definitivo del cambio de régimen político, sí abrió el cauce para que se desarrollaran nuevas formas de hacer política tanto por parte de las élites oligárquicas como por parte de las clases subalternas.

El proceso de transición del dominio oligárquico al populismo —que el billinghurstismo representa— se produce sin plan ni previo acuerdo de los actores; fue un cambio de más largo plazo, y en el que no existió un proyecto explícito ni conciente acerca del fin político a alcanzar. Este carácter no negociado de la transición y la ausencia de un contexto institucional favorable hizo que el paso de la oligarquía al populismo fuera más dilatado y lleno de vaivenes. Estas son algunas diferencias con respecto a las transiciones políticas del autoritarismo a la democracia, en las que sí hubo acuerdos entre las élites, en un tiempo relativamente corto y con una cierta claridad del objetivo político: gobiernos democráticos.

Las características señaladas de la transición de la oligarquía al populismo ayudan a explicar por qué el gobierno de Billinghamurst se reveló inoperante para construir una nueva institucionalidad internacionalmente desconocida en esa época. En otras palabras, el populismo en 1912-1914 era un repertorio demasiado poco ensayado para adquirir solidez institucional. Ello ayuda a explicar su fracaso y la vuelta al poder de las élites oligárquicas, quienes en adelante buscarán incorporar a su pacto de dominación⁶ ciertas demandas populares expresadas en el período de Billinghamurst.

⁵Zaki Laïdi, *Un mundo sin sentido*, FCE, México, 1997, pág. 81

⁶Viviane Brachet-Márquez, *El pacto de dominación. Estado, clase y reforma social en México (1910-1995)*, El Colegio de México, 1996

En efecto, cuando el régimen de Billinghurst manifestó su crisis, las élites oligárquicas trataron de readecuar sus formas políticas y de relación con las clases subalternas. Se trató de abandonar la forma política anterior para remplazarla por otra en la que al mismo tiempo que se le reconocían ciertos derechos y demandas, se les buscaba controlar desde el Estado, y ya no sólo desde las esferas privadas del poder. Cuando esta política no daba los frutos esperados, la apelación a la represión siempre estaba al alcance de la mano.

Para las clases subalternas, el populismo representa un momento de culminación de las experiencias que se habían ido acumulado tanto en el plano organizativo, como en el ideológico, cultural y político, hasta constituir un nuevo “repertorio” (término que tomo de Charles Tilly) de actuación en su lucha política y social. De esta manera, al populismo se puede entender como un invento político que se ha construido paulatinamente desde la participación de las clases trabajadoras, las cuales, con sus recursos disponibles, también son capaces de “inventar tradiciones” (idea que tomo de Eric Hobsbawm). Tanto repertorios como tradiciones son dos maneras de llamar la atención sobre la capacidad de las clases subalternas de integrarse —modificando a su vez— la cultura y la política de sus respectivas sociedades.

El populismo aparecería, entonces, como el resultado de un proceso más o menos largo, según casos concretos, en el que los actores sociales van “aprendiendo” formas nuevas de organizarse y de actuar políticamente. El populismo sería el resultado de un largo proceso de transición y no surgiría de manera espontánea o abrupta; tampoco sería una etapa que cancela a las anteriores.

Por todo lo anterior, resulta analíticamente provechoso para entender el surgimiento del populismo en el Perú (y latinoamericano en general), intentar relacionar los dos procesos de transición que ocurren simultáneamente, el del régimen político, de la oligarquía al

populismo; y el social, producto de los nuevos sujetos sociales que van surgiendo y consolidándose al interior de la modernización e industrialización tardía, propia de los países de la región. En este segundo aspecto, el hilo conductor lo constituye el análisis de la relación y diferenciación entre artesanos y obreros, y entre estos dos y las clases medias, que en algunas ocasiones los tornará aliados y, en otras, adversarios. Este tipo de análisis relacional nos abre una perspectiva mucho más amplia que la economicista, puesto que las consecuencias que revela son tanto de carácter político-institucional como socio-cultural.

Si aceptamos la propuesta de Edward Shorter y Charles Tilly⁷, en el sentido de que la huelga se ha convertido en un medio por el cual las clases trabajadoras buscan conseguir representación política⁸, y la unimos con el proceso de industrialización tardía de los países latinoamericanos, tendremos el marco en el cual se puede producir el cuestionamiento de las clases trabajadoras al sistema político controlado por la oligarquía, al mismo tiempo que los intentos de ésta por readecuar los términos de su forma de ejercicio del poder. Desde esta perspectiva, el populismo puede ser entendido como un recurso de los grupos oligárquicos para mantener su dominio, o puede ser el resultado de la confluencia organizativa y política de sectores contendientes antioligárquicos, que surgieron por fuera del pacto oligárquico, y que necesitan de nuevos formatos políticos para legitimarse ante una sociedad que, a su vez, se está transformando.

IV. La formación del Estado está obstaculizada por la presencia de los poderes privados

Entre los estudiosos del proceso político-social del Perú existe cierto consenso en señalar que el período que abarca de 1894 a 1919 es importante en la configuración del Estado

⁷Edward Shorter y Charles Tilly, *Las huelgas en Francia. 1830-1968*, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, Madrid, 1985

⁸*op. cit.*, pág. 85

nacional peruano. Sin haber logrado sus perfiles políticos definitivos, éste experimentó una institucionalización parcial, aunque todavía sustentada en las alianzas familiares y compromisos económicos, especialmente con los grupos agroexportadores. Dos hechos son importantes en la definición del Estado peruano durante estos años. Por un lado, la explosión comercial que significó el liberalismo económico, que exigía, para ser eficiente en la competencia internacional, unidades políticas bien definidas. Por otro, la conciencia de su fragilidad que adquirió gran parte de las élites oligárquicas luego del desastre de la derrota en la Guerra con Chile (1879-1883). La precariedad estatal y social que se hicieron evidentes entonces fueron fundamentales para que se tomara en serio el proyecto de construir un Estado, más allá de las disputas regionales que habían protagonizado las élites locales una vez conseguida la independencia de España. Por estas razones, la república de notables, aunque capturada por un pequeño grupo de familias que constituyeron la oligarquía peruana, marcó el inicio de un intento de construcción de cierta institucionalidad estatal que trataba de establecer las bases de un poder central.

El mayor obstáculo a este proyecto de institucionalidad lo constituyó la fortaleza de los poderes locales, que obliga a entender al Estado de los notables como un pacto por medio del cual distintas fracciones acordaron (no siempre de manera armoniosa o pacífica) viabilizar un sistema de dominio y una forma de organización social que las beneficiaran. De esta manera, agroexportadores (especialmente azucareros), financistas y poderes locales (o gamonales) confeccionaron un acuerdo en el que cada uno respetaba las instancias de los otros, y todos excluían a las clases subalternas de mínimos derechos políticos y sociales. En este diseño de Estado, los poderes locales tenían una gran influencia política y económica, pero desde el centro se establecieron ciertas reglas que se hacían respetar, incluso con la fuerza. Este

conflicto entre poderes locales y proyecto de constitución de un poder central atravesaría a todo el período oligárquico.

Esta disputa no se resolvió, pero el Estado oligárquico adquirió nuevas formas. Esto se puede observar, por ejemplo, en la disputa por el uso legítimo de la violencia. Ello explica el interés que tuvo Nicolás de Piérola (1895-1899) por profesionalizar a las fuerzas armadas y convertirlas en parte del aparato estatal nacional. De esta manera, el Estado peruano se fue constituyendo, aunque todavía frágil y parcialmente, en un escenario dentro del cual se podían ir resolviendo las disputas surgidas al interior de las élites, aunque siempre excluyendo a las clases subalternas de cualquier injerencia real en la lucha política.

El populismo temprano de Billinghurst muestra ya el interés por reconstituir al Estado sobre bases más amplias al buscar incorporar a los sectores excluidos para así tratar de consolidar nuevas formas de ejercer la política y abrir espacios de acumulación económica. Radicalizando el argumento inverso al tradicional, se puede decir que el populismo es el impulsor de la industrialización, y no al revés. No obstante, y más allá de lecturas que pueden aparecer forzadas, se debe tener presente que los fenómenos sociales y políticos no responden a una única causa ni son lineales. Es evidente que en este primer populismo el líder cumple un papel ya no a la vieja usanza de caudillo militar o hacendado, sino de conductor de Estado, una institución política de carácter más general.

La coalición anti *status-quo* que impulsó al billinghurismo estuvo compuesta básicamente por el líder y las clases subalternas urbanas —limeñas— en proceso de radicalización política e ideológica. Dicha coalición buscaba destruir el “pacto oligárquico” vigente desde 1895, aunque no tuvo éxito. Su fracaso se debe explicar por la ausencia de relaciones orgánicas entre el líder y las clases subalternas, así como apoyos entre las élites no

hegemónicas, produciendo un hiato entre ellos y preparando el terreno para el regreso oligárquico.

Por otra parte, el surgimiento de Billinghurst puso en evidencia la existencia de un “Estado débil”⁹ institucionalmente al lado de —o sobre— una sociedad movilizada. Su interacción conflictiva dará lugar, tempranamente, a una sociedad de tipo “clasista”¹⁰ en la que lo básico de la relación está en la oposición de los componentes. Evidentemente, lo anterior alude a la ausencia de espacios de intermediación, debilidad de las clases medias, inexistencia de instituciones vinculadoras y de intelectuales que actúen como puentes entre el proyecto estatal y las expectativas populares. La ausencia de estos canales de mediación permite que se materialicen dos vías: una, la del ejercicio no legítimo de la violencia y la represión; otra, la de la cooptación y manipulación, gracias a patrones de interacción social dominadas por el paternalismo que, originarios de las haciendas, se expanden a la sociedad entera, y que de modo más claro se cristalizan con el populismo.

V. De Leguía al fin de la oligarquía

El gobierno de Augusto B. Leguía (1919-1930) representa otro momento de transición del Estado peruano. Especialmente durante sus dos primeros años ejerció una manera de hacer política que lo emparentaría con los populismos latinoamericanos “clásicos” (peronismo, varguismo, cardenismo). El oncenio leguista se caracterizó por una consistente política caudillista y por una nueva estructuración del Estado, centrada en los grupos financieros, conectados con los circuitos internacionales.

⁹Bertran Badie y Pierre Birbaum, “Sociología del Estado: nuevas interpretaciones”, en *Revista Internacional de Ciencias Sociales* núm. 140, UNESCO, junio de 1994

Es cierto que Leguía arrebató el poder político a las élites oligárquicas, pero no las despojó de su poder económico. Si bien las oligarquías regionales perdieron el control político, siguieron manteniendo —e, incluso, ampliaron— su base económica, gracias a la política leguista de atraer, de modo definitivo, al capital norteamericano¹¹, con el que establecieron alianzas.

El oncenio de Leguía trató de desarrollar —y lo consiguió parcialmente— una política centralista. Dentro de su proyecto de centralización política, el leguismo tuvo presente la necesidad de definir los linderos geográficos del país para evitar nuevos conflictos bélicos. Durante este gobierno se firmaron los tratados fronterizos con Ecuador, Chile y Colombia que, si bien fueron cuestionados en su momento, ayudaron a definir el contorno físico del Perú¹².

El proceso modernizador que impulsó el leguismo trajo como consecuencia la aparición de nuevos sectores sociales, como las clases medias (básicamente empleados públicos, periodistas y estudiantes universitarios), y obreros (de la construcción especialmente, por las obras viales que se ejecutaron en esos años). Ambos grupos confluyeron en amplios movimientos organizativos, primero para reivindicaciones sectoriales y luego con claros perfiles políticos. Por ello, no es casual que el gran partido de masas del Perú —el APRA, fundado por Víctor Raúl Haya de la Torre— tuviera sus orígenes en los años del gobierno leguista. Igual ocurrió con la organización obrera bajo el signo marxista

¹⁰Francisco Zapata, *Autonomía y subordinación en el sindicalismo latinoamericano*, FCE-El Colegio de México, 1993

¹¹—Leguía —señala Ernesto Yepes— si bien en lo fundamental no alteró la riqueza y privilegio de las clases dominantes, significó en cambio el desplazamiento definitivo de la fracción hegemónica civilista de las instancias más altas del poder político”. *Perú 1820-1920: un siglo de desarrollo capitalista*, IEP, Lima, 1972, pág. 283

orientado por José Carlos Mariátegui. Un estudiante universitario y un periodista se convirtieron en los principales conductores de los nuevos contingentes sociales surgidos en los años veinte, y que tendrían una profunda influencia en los años posteriores.

El leguismo tiene cierto parecido al billinghurstismo: activa política antioligárquica, a cuyas élites no despojó de su poder económico; proyecto económico modernizador: fuerte presencia estatal (y caudillista); atracción de algunos intelectuales¹³, y una manera de relacionarse con las clases subalternas diferente a la ejercida por la oligarquía. Fue diferente pero no absolutamente distinto del billinghurstismo, pues si bien Leguía incorporó a las clases populares como bases de su acción política, no abandonó los tonos clientelares que caracterizaron a aquélla.

No obstante el mayor protagonismo de los sectores populares, la derrota del oncenio no se produjo por la lucha de las masas ni por las fuerzas políticas radicales de oposición, sino por la caída brusca de las exportaciones producidas entre los años 1929 y 1932, como consecuencia de la crisis internacional. Al quedarse el Estado sin recursos, se desbarató la política de Leguía, abriendo el camino para el retorno al poder de las familias oligárquicas. Paradójicamente —y atípicamente, con relación a la experiencia de otros países latinoamericanos— en el Perú la crisis financiera no significó que la oligarquía perdiera el poder político, sino todo lo contrario, que lo recuperara vía el golpe de Estado dirigido por el coronel Miguel de Sánchez Cerro.

¹²Sobre la importancia de la delimitación geográfica en la demarcación político-estatal para el caso peruano, ver David Slater, *Territory and State Power Case*, Latin American Studies, McMillan, London, 1989.

¹³El oncenio atrajo, entre otros, al asesor de Billinghurst, Mariano H. Cornejo; también a Abraham Valdelomar, A Luis E. Valcárcel, José Santos Chocano, entre otros.

Luego de sofocar una insurrección aprista en 1932, las élites oligárquicas si bien recuperaron el control político ya no podrían separarse de su brazo armado. Advino una etapa oscurantista en la historia peruana, de escaso brillo intelectual y de marginación de las clases subalternas mediante la represión y la persecución política (especialmente de los paristas). El Estado fue recapturado por los poderes privados más reaccionarios, y los intentos por construir un poder central se vieron aplazados. A pesar de esta situación, la dictadura de Oscar R. Benavides (1933-1939) no pudo desentenderse de una sociedad que había aprendido a defender ciertos derechos, como lo demostró durante el billinghurstismo.

La situación cambió temporalmente con la Segunda Guerra Mundial y los realineamientos internacionales que significó. El aprismo recuperó la legalidad bajo el gobierno de Mariano I. Prado (1939-1945) y se abrieron ciertos espacios para la participación de las clases subalternas en un proceso electoral. El APRA auspició el Frente Democrático Nacional (FDN), el que ganó ampliamente las elecciones de 1945. Pero esta experiencia democrática sólo duró tres años, pues la crisis económica y los conflictos al interior del Frente, echaron por tierra los intentos de reformar el Estado para construirlo en una institución representativa de los sectores populares, tal cual era el proyecto aprista.

Luego del fracaso del FDN, las élites oligárquicas reaparecieron con un rostro peculiar en un cierto populismo autoritario y conservador del general Manuel A. Odría (1948-1956). Si bien durante su gobierno el Estado se retrajo de intervenir en la economía, tuvo importantes ingresos como producto del auge de la exportación de minerales. Estos ingresos permitieron a Odría acercarse a las clases medias y a los sectores populares por medio del ofrecimiento de ciertos servicios (hospitales, escuelas, espacios de recreamiento), además de la ampliación del derecho a voto a las mujeres alfabetas, con lo que expandió el contingente electoral del

país. Especialmente su labor en las escuelas públicas explica que hasta hace veinte años aproximadamente, el ochenio fuera uno de los gobiernos más recordados por la mentalidad popular.

Por su parte, la sociedad había cambiado. Durante los años del ochenio se empieza a generar uno de los hechos más trascendentales de la historia peruana contemporánea: las migraciones del campo a la ciudad, cambiando —andinizando— radicalmente el rostro del Perú, y volviendo evidente su componente indígena-mestizo¹⁴. De otro lado, en estos años el sector industrial fue creciendo también en importancia económica, lo que le permitió reclamar un lugar en el manejo del poder, cuestionando directamente la vigencia del pacto oligárquico de la república de notables. Las luchas más importantes, sin embargo, las protagonizaron los contingentes campesinos, quienes eran despojados de sus tierras tanto por las empresas mineras norteamericanas como por los terratenientes peruanos aliados a ellas. En consecuencia, si bien el Estado fue uno recapturado por ciertas élites oligárquicas, la sociedad no permaneció pasiva. Una expresión nítida de las modificaciones de la sociedad peruana en esta época fue la aparición de partidos representativos de los sectores medios, especialmente de Acción Popular (AP) liderado por Fernando Belaunde Terry, quien llegó a ser presidente del Perú por primera vez durante los años 1963-1968, derrotando al Partido Aprista, apoyado por el ejército (de fuerte sentimiento anti-aprista)¹⁵ y por los contingentes de clase media a quienes se les había reconocido ciudadanía político-electoral.

¹⁴Sobre la importancia de las migraciones en la configuración del Perú actual ver José Matos Mar, *Desborde popular y crisis el Estado*, IEP, Lima, 1985; Carlos Iván Degregori, Cecilia Blondet y Nicolás Lynch, *Conquistadores de un nuevo mundo*, IEP, Lima, 1986; Jürgen Golte y Norma Adams, *Los caballos de Troya de los invasores*, IEP, Lima, 1987, y Carlos Franco, *La otra modernidad. Imágenes de la sociedad peruana*, Cedep, Lima, 1991, entre otros.

¹⁵Efectivamente, en las elecciones de 1962 se enfrentaron como candidatos principales Belaunde y Haya de la Torre. Al parecer, el triunfo iba a corresponder al candidato aprista, por lo que el

El gobierno de Belaunde empezó con grandes arrestos reformistas. Sin embargo, los intereses de la oligarquía fueron demasiado poderosos. Terratenientes, financieros y grandes hacendados bloquearon, en alianza con el aprismo, toda posibilidad de transformación del aparato político peruano. Nuevamente, el Estado fue controlado por las familias oligárquicas.

En resumen, fueron treintaiocho años (1930-1968) de una mezcla de autoritarismo militar (como los conservadores de Benavides y Odría, o los institucionales de Pérez Godoy y Lindley), dominio plutocrático (como los gobiernos de Prado) y de gobiernos civiles (como el del Frente Democrático Nacional y el de Acción Popular). La característica común del Estado en estos años fue que, al estar capturado por los poderes privados, no pudo constituirse en una institución de carácter nacional. No fue el proyecto de las élites oligárquicas dar solidez a una autoridad central, pero justamente esta precariedad institucional ocasionó una serie de grietas en el dominio oligárquico que hicieron temer una revolución “desde abajo”¹⁶. En estas circunstancias aparecería el reformismo militar del general Juan Velasco Alvarado.

VI. La restructuración liberal a la luz de la transición populista incompleta

El predominio económico, social, cultural y político que ostentaban las élites oligárquicas acabó con el reformismo militar (1968-1975). Éste, además, constituyó el mayor esfuerzo por forjar —como nunca antes— un poder central en el Perú.

ejército, dirigido por el general Ricardo Pérez Godoy, decidió intervenir con un golpe de Estado y con un carácter transitorio. Dicho general fue sustituido por el general Nicolás Lindley, quien convocó a nuevas elecciones generales, las que ganó el candidato accio-populista. Hay que destacar el hecho de que el golpe de 1962 fue el primero de carácter institucional del ejército, y no uno tradicional, es decir, dirigido y protegido por la oligarquía.

¹⁶Especialmente cuando sectores radicalizados de las clases medias protagonizaron las guerrillas —rápidamente derrotadas en 1965—, y que fueron dirigidas por un desgaje del APRA, y que posteriormente se denominó Movimiento de Izquierda revolucionaria (MIR).

El velasquismo estuvo dirigido por una cúpula militar y asesores civiles de distintas tendencias, pero todas antioligárquicas (como ex apristas, ex comunistas, ex guevaristas, demócratacristianos y socialprogresistas), que trataron de constituir un Estado nacional y la expansión de la base ciudadana. En efecto, a pesar de su formato autoritario que impedía ejercer los derechos políticos, el reformismo militar estimuló el proceso organizativo de las clases populares, las cuales iban modificando sus patrones de relación con el Estado¹⁷. La explosión de gremios, sindicatos y centrales de trabajadores obreros y campesinos¹⁸ no registra en la historia peruana una intensidad similar para exigir y defender los derechos sociales —no políticos— de las clases marginadas¹⁹.

Bajo el velasquismo el Estado peruano amplió su influencia como nunca antes a gran parte del territorio nacional. Ello fue posible gracias a que se llevaron a cabo importantes reformas estructurales como la Reforma Agraria, y se crearon las comunidades industriales, por medio de las cuales los trabajadores tenían acceso a ciertos niveles de decisión sobre la marcha de las empresas y a la propiedad de ella. Por primera vez en la historia peruana se podía hablar de un proyecto real para conformar un Estado nacional tanto por el tipo de relación que pretendía establecer con la sociedad, como por el proyecto de ampliación de las funciones de aquél a todo el territorio bajo su jurisdicción.

Si bien el velasquismo reconoció como nunca antes derechos de ciudadanía social a las clases subalternas, y con ello trató de ampliar la base social del Estado, mantuvo un esquema de relación autoritaria que las marginaba de sus derechos políticos. Esta incapacidad para dar

¹⁷Nicolás Lynch, *La transición conservadora*, El Zorro de Abajo ediciones, Lima, 1992.

¹⁸Como la revitalización de la central fundada por Mariátegui en los años veinte, la Central General de Trabajadores del Perú (CGTP) y la fundación de la Confederación Campesina del Perú (CCP).

forma al Estado nacional se agudizó bajo la “segunda fase” del gobierno militar dirigida por el general Francisco Morales Bermúdez (1975-1980). Este gobierno fue importante por tres razones. En primer lugar, porque obstruyó radicalmente el proceso de ampliación de derechos sociales que iban conquistando las clases trabajadoras. En segundo lugar, porque inició la reestructuración del Estado, retirándolo en gran medida de sus funciones sociales y desmantelando las principales reformas del velasquismo. En tercer y último lugar, porque vigiló la transición hacia la democracia ocurrida en 1980.

Las condiciones que recibieron a los gobiernos constitucionales (el de Acción Popular y el del APRA) no fueron las mejores para una mínima institucionalización democrática. En efecto, acompañando al retorno constitucional se hicieron presentes procesos sumamente perversos: la aparición del movimiento subversivo protagonizado principalmente por Sendero Luminoso, la peor crisis económica vivida desde la Guerra con Chile, y la desarticulación social que llegó a rasgos que algunos autores calificaron como anómica.

Bajo este verdadero volcán a punto de estallar que era el Perú de los años ochenta, la constitución de un poder central era sumamente dificultosa, por no decir imposible. A la posibilidad de construir una autoridad central se anteponía una fragmentación del poder que se dispersaba por todo el territorio peruano, sea bajo las zonas liberadas del senderismo, del narcotráfico (que en ocasiones se aliaba con los grupos subversivos con lo que permutaba dinero a cambio de protección), de las fuerzas militares o de la propia autoridad civil en zonas cada vez más acotadas.

Especialmente importante fue el fracaso del gobierno aprista dirigido por un líder carismático como fue Alan García porque dicho partido era el que se podía jactar de una

¹⁹Osmar Gonzales, “Conquista ciudadana y democracia. Auge y crisis del clasismo en el Perú

relación con el pueblo como ningún otro había podido construir. El aprismo en sus dos primeros años pudo ejercer una política de típico corte populista, ofreciendo una más justa redistribución de la riqueza, ofreciendo un discurso integrador y prometiendo volver al Estado en una instancia accesible para todos los peruanos, especialmente para los más pobres, además de un estilo de comunicación por parte de García con la sociedad que recordaba a los grandes caudillos populistas de América Latina.

Pronto el gobierno aprista encontraría sus límites al no poder sustentar su prédica populista con un desarrollo real de la economía. Además, y contrariamente a una política populista, el discurso de García fomentaba más los odios sociales que buscaba la conciliación de las clases. Rápidamente, la polarización social re-emergió cuando el presidente trató de estatizar la banca afectando directamente a los grupos económicos más poderosos del Perú, el de los financieros. Este conflicto terminó debilitando la ya frágil institucionalidad del Estado peruano, el cual se volvió en un botín de particulares. De esta manera, los urgentes problemas nacionales fueron desatendidos de la política estatal y, sin conducción, la sociedad peruana vivió sus momentos más difíciles de su historia.

Ante la manifiesta incapacidad de los gobiernos constitucionales de los ochenta para dar solución a los principales problemas que enfrentaba la sociedad peruana y la profundidad de la crisis de representación de los partidos políticos existentes, aparecieron en el escenario político los llamados independientes o *outsiders*, quienes controlan al Estado peruano desde 1990. En resumen, durante los años ochenta el Estado transitó por un proceso en los que se va desatendiendo paulatinamente de sus funciones reguladoras, el mismo que culmina con el gobierno de Alberto Fujimori, quien empieza una nueva etapa en la vida del Estado peruano.

La restructuración liberal —desde 1990 hasta la actualidad— del fujimorismo es ejecutada en un momento de desarticulación casi total del Estado y la sociedad peruana. Por un lado, una economía que no superaba la crisis y que, incluso, se hundía en ella, agudizando la pobreza y sus consecuencias (delincuencia, marginalidad, corrupción). Por otro, en el plano social se manifestaba un exacerbado individualismo y una gran incapacidad de establecer lazos sociales duraderos. La sociedad peruana se convirtió en el escenario óptimo para “el sálvese quien pueda”, situación extrema que algunos autores caracterizaron como anómica en su momento²⁰ y que ahora se distingue por su apatía y desmovilización. En lo político, la crisis de representación de los partidos llegó a sus extremos en este período, lo que la sociedad ha sancionado reiteradamente en todas las elecciones que se han producido durante la presente década. Sólo en el plano de la guerra contra Sendero Luminoso la sociedad peruana ha vivido cierto alivio, pues el gobierno fujimorista ha sabido capitalizar la derrota del senderismo producida tanto por la acción conjunta de las rondas campesinas²¹ con el ejército, como por la eficacia de un servicio de inteligencia que fue concebido durante los gobiernos anteriores.

La situación descrita ha exacerbado la centralización caudillista arropada por una casta tecno-militar, en la cual los fueros de los poderes estatales se funden de manera única en los deseos del presidente y su entorno. El excesivo protagonismo caudillista ha tenido una consecuencia funesta en el plano estatal: centralización del poder para el favorecimiento de los poderes privados. Se trata de un círculo vicioso: la centralidad del caudillismo y del entorno tecno-militar son posibles porque prácticamente no existen Estado ni una ciudadanía

²⁰Hugo Neira, “Violencia y anomia. Reflexiones para intentar comprender”, en *Socialismo y Participación* núm. 37, Lima, 1987, y Nicolás Lynch, “Anomia de regresión o anomia de desarrollo”, en *Socialismo y Participación* núm. 46, Lima, 1989.

²¹Carlos Iván Degregori y otros, *Las rondas campesinas y la derrota de Sendero Luminoso*, I.P., Lima, 1996

dispuesta a luchar por sus derechos y, al mismo tiempo, el Estado no se puede conformar precisamente por la presencia del caudillo acompañado de dicha casta tecno-militar.

No obstante las mencionadas características, al fujimorismo, según algunas lecturas²², se le puede entender como un sucedáneo del populismo, pero con un carácter diferente. Si antes al populismo se le identificaba con redistribución del ingreso, ahora se lo hace con programas neoliberales de reestructuración económica. ¿Se puede afirmar que Fujimori es un neo-populista, o un populista neo-liberal? Si fuera así ¿qué tipo de relación puede establecer con las clases subalternas en un momento en que éstas ya no expresan un estado de movilización importante que presione al Estado? ¿Qué queda de uno de los elementos básicos del populismo, el de fomentar cierta conciencia de un “nosotros” cuando lo que muestra el fujimorismo precisamente es una política que tiende al individualismo? Éstos y otros son temas que deben ser analizados para tratar de entender la forma de ejercer el poder de Fujimori y sus consecuencias en la formación del Estado y la sociedad peruanos.

Para finalizar, se puede señalar que, de alguna manera, y forzando la imagen, el Estado peruano ha retornado al punto de donde partió en los inicios del siglo XX: la concentración del poder político en una élite, en donde se pretende explícitamente que la política no forme parte de las preocupaciones ciudadanas. Como nunca, hoy el Estado peruano se encuentra distanciado de la sociedad.

²²Ver, por ejemplo, Kenneth M. Roberts, “Neoliberalism and the Transformation of Populism in Latin American. The Peruvian Case”, en *World Politics* vol. 48, núm. 1, octubre de 1995. También Alan Knight, “El abrigo de Arturo Alessandri: populismo, Estado y sociedad en América Latina, siglo XX”, en *Transformaciones sociales y acciones colectivas. América Latina en el contexto internacional de los noventa*, El Colegio de México, 1994.

LA SUCESIÓN PRESIDENCIAL EN EL PERÚ: 1821-1990

<i>Año</i>	<i>Militar o civil</i>	<i>Nombre</i>	<i>Ascensión al poder o a través de</i>
1821	General	José de San Martín	Ejército de Liberación
1822	General	José de la Mar	Congreso
1823	Mariscal	José de la Riva Agüero	Golpe de Estado/Congreso
1823	General	José B. De Tagle	Congreso
1824	General	Simón Bolívar	Ejército de Liberación/Congreso
1826	General	José Antonio de Sucre	Ejército de Liberación/Congreso
1826	General	Andrés de Santa Cruz	Golpe de Estado/Congreso
1827	Mariscal	José de la Mar	Congreso
1829	Mariscal	Agustín Gamarra	Golpe de Estado/Congreso
1833	Mariscal	José Luis de Orbegoso	Congreso/Elecciones
1834	General	Pedro Bermúdez	Golpe de Estado
1835	General	Felipe Santiago Salaverry	Golpe de Estado
1836	General	Andrés de Santa Cruz	Golpe de Estado
1838	Mariscal	Agustín Gamarra	Golpe de Estado
1841	General	Manuel Menéndez	Golpe de Estado
1842	General	Juan Torrico	Golpe de Estado
1842	General	Francisco de Vidal	Golpe de Estado
1843	General	Manuel I. de Vivanco	Golpe de Estado
1843	Mariscal	Domingo Nieto	Golpe de Estado
1844	General	Manuel Menéndez	Golpe de Estado
1845	General	Justo Figueroa	Sucesión regular (vicepresidente)
1845	General	Ramón Castilla	Elecciones
1851	General	José R. Echenique	Elecciones
1855	Mariscal	Ramón Castilla	Elecciones
1862	Mariscal	Miguel P. de San Román	Elecciones
1863	General	Juan A. Pezet	Sucesión regular (vicepresidente)
1864	General	Pedro Diez Canseco	Sucesión regular (vicepresidente)
1865	Coronel	Mariano I. Prado	Golpe de Estado
1868	Coronel	José Balta	Elecciones
1872	Coronel	Tomás Gutiérrez	Golpe de Estado

<i>Año</i>	<i>Militar o civil</i>	<i>Nombre</i>	<i>Ascensión al poder o a través de</i>
1872	Civil	Manuel Pardo	Elecciones
1876	General	Mariano I. Prado	Elecciones
1879	General	Luis la Puerta	Sucesión regular (vicepresidente)
1879	Civil	Nicolás de Piérola	Insurgencia
1881	General	Francisco García Calderón	Junta de notables
1881	Contralmirante	Lizardo Montero	Sucesión regular (vicepresidente)
1883	General	Miguel Iglesias	Golpe de Estado
1886	General	Andrés A. Cáceres	Golpe de Estado/Elecciones
1890	Coronel	Remigio Morales Bermúdez	Elecciones
1894	Coronel	Justiniano Borgoño	Sucesión regular
1894	General	Andrés A. Cáceres	Elecciones
1895	Civil	Manuel Candamo	Insurgencia
1895	Civil	Nicolás de Piérola	Elecciones
1899	Civil	Eduardo López de Romaña	Elecciones
1903	Civil	Serapio Calderón	Sucesión regular (vicepresidente)
1904	Civil	José Pardo y Barreda	Elecciones
1908	Civil	Augusto B. Leguía	Elecciones
1912	Civil	Guillermo E. Billinghurst	Congreso
1914	Coronel	Oscar R. Benavides	Golpe de Estado
1915	Civil	José Pardo y Barreda	Elecciones
1919	Civil	Augusto B. Leguía	Golpe de Estado/Congreso
1930	General	Manuel M. Ponce	Golpe de Estado
1931	Teniente Coronel	Luis M. Sánchez Cerro	Golpe de Estado
1931	Civil	Ricardo Leoncio Elías	Junta de notables
1931	Teniente Coronel	Gustavo Jiménez	Golpe de Estado
1931	General	David Samanez Ocampo	Junta de notables
1931	General	Luis M. Sánchez Cerro	Elecciones
1933	General	Oscar R. Benavides	Congreso
1939	Civil	Manuel Prado Ugarteche	Elecciones
1945	Civil	José Luis Bustamante y Rivero	Elecciones
1948	General	Manuel A. Odría	Golpe de Estado/Elecciones
1956	Civil	Manuel Prado Ugarteche	Elecciones
1962	General	Ricardo Pérez Godoy	Golpe institucional

<i>Año</i>	<i>Militar o civil</i>	<i>Nombre</i>	<i>Ascensión al poder o a través de</i>
1963	General	Nicolás Lindley	Golpe institucional
1963	Civil	Fernando Belaunde Terry	Elecciones
1968	General	Juan Velasco Alvarado	Golpe institucional
1975	General	Francisco Morales Bermúdez	Golpe institucional
1980	Civil	Fernando Belaunde Terry	Elecciones
1985	Civil	Alan García Pérez	Elecciones
1990	Civil	Alberto Fujimori	Elecciones

CRONOLOGÍA 1858-1933

<i>Año</i>	<i>Élites</i>	<i>Clases populares</i>
1858	Gobierno de Ramón Castilla.	Se funda la <i>Sociedad Democrática Filantrópica</i> en el Callao.
1859		Se funda la <i>Sociedad Amiga de las Artes del Callao</i> .
1860		Se crea la <i>Sociedad de Artesanos de Auxilios Mutuos</i> .
1862	Gobierno de Miguel de San Román.	
1863	Gobierno provisional de Pedro Diez Canseco. Juan Antonio Pezet, nuevo presidente.	
1865	Primer gobierno de Mariano Ignacio Prado.	
1868	Gobierno de José Balta.	
1871	Manuel Pardo funda el Partido Civil.	
1872	Golpe de Estado de los hermanos Gutiérrez, los que luego son ejecutados en la Plaza de Armas. Manuel Pardo es elegido presidente del Perú.	
1873	El gobierno establece los estancos del salitre.	Se funda la <i>Sociedad Fraternal de Artesanos Firmes por la Unión</i> . Aparece la hoja <i>El Artesano</i> .
1874		Se crea la <i>Unión de Pescadores</i> .
1875		Se funda la <i>Sociedad Tipográfica de Auxilios Mutuos</i> . Aparece la publicación <i>El Obrero</i> .
1876	Nuevas elecciones. Mariano Ignacio Prado inicia su segundo gobierno. Manuel Pardo es elegido alcalde de Lima.	
1877	Levantamiento en el Callao de regimientos y columnas del ejército que toman el Castillo del Real Felipe. Pardo sale exiliado a Chile.	Se funda la <i>Unión Universal de Artesanos</i> .

Año	Élites	Clases populares
1878	Pardo asume la presidencia del Senado. El 16 de noviembre Pardo es asesinado.	
1879	Inicio de la Guerra del Pacífico. Viaje del presidente Mariano Ignacio Prado a Europa. Nicolás de Piérola se autoproclama como dictador.	
1882		Se crea la <i>Sociedad 13 Amigos</i> y la <i>Sociedad Amigos de las Artes de Lima</i> .
1883	Finaliza la Guerra del Pacífico con la rendición peruana. Guerra civil entre el coronel Andrés A. Cáceres y el presidente Miguel Iglesias.	
1884	Piérola funda el Partido Demócrata. José María Quimper funda el Partido Liberal.	
1885	Cáceres derrota a Iglesias. Cáceres ingresa a Lima y acepta la Junta de Gobierno presidida por Antonio Arenas. Cáceres funda el Partido Constitucional.	Se constituye la <i>Nueva Sociedad de Artesanos</i> en Arequipa.
1886	Retorna al Perú Mariano Ignacio Prado. Se funda el Partido Constitucional. Se convocan a elecciones, las que gana Cáceres a Piérola.	Se crea la central mutualista <i>Confederación de Artesanos Unión Universal</i> .
1887		Huelga de panaderos. Los panaderos fundan <i>La Estrella del Perú</i> , de orientación anarquista.
1890	Nuevas elecciones para presidente, las que gana Remigio Morales Bermúdez, del Partido Constitucional. Guillermo E. Billinghurst es elegido presidente de la Cámara de Senadores.	

Año	Élites	Clases populares
1891	Piérola es apresado en la Penitenciaría de Lima, después de cuatro meses logra escapar y viaja a Chile.	
1892	Mariano Nicolás Valcárcel funda la Unión Cívica.	Huelga de los trabajadores de las fábricas de cigarrillos. Huelga de los tipógrafos.
1893	Se lanza la candidatura del general Cáceres para la presidencia, apoyada por el presidente del Partido Civil, Manuel Candamo.	
1894	Muere R. Morales Bermúdez. El segundo vicepresidente, el general Justiniano Borgoño es ungido presidente por el Congreso. Se convocan a nuevas elecciones para presidente, las que gana Cáceres.	Huelga de los trabajadores de la Empresa del Muelle y Dársena del Callao.
1895	Las montoneras de Piérola toman Lima. Renuncia el general Cáceres a la presidencia y sale al exilio. Se establece una junta de gobierno presidida por Candamo. Se convocan a nuevas elecciones que gana Piérola. Segundo vicepresidente: Billinghamurst. Pedro de Osma funda el diario <i>La Prensa</i> . Augusto Durand funda el nuevo Partido Liberal.	
1896	El Partido Constitucional es declarado ilegal.	Huelga de trabajadores textiles de Vitarte. Primer Congreso Obrero. Huelga de los tipógrafos. Huelga en el sector pastelero.
1897	Se establece el patrón de oro para la moneda nacional.	

Año	Élites	Clases populares
1898	<p>Ley de Servicio Militar Obligatorio.</p> <p>El gobierno contrata una misión francesa para instrucción del ejército.</p> <p>Se instala la fábrica de tejidos <i>La Victoria</i>.</p>	
1899	<p>Nuevas elecciones, que gana Eduardo Romaña.</p> <p>Rebeliones de los poderes locales en Huaraz, en Loreto y en el sur del Perú.</p> <p>Cáceres retorna al Perú.</p> <p>Se instala la fábrica de tejidos <i>Santa Catalina</i>.</p>	
1900	<p>Se establece la <i>Cerro de Pasco Mining Corporation</i>.</p>	<p>Huelga de cocheros.</p>
1901	<p>Se instala la fábrica de tejidos <i>El Progreso</i>.</p>	<p>Huelga de panaderos.</p> <p>Nuevo Congreso Nacional Obrero.</p>
1902	<p>Tratado de límites con Bolivia.</p>	
1903	<p>Manuel Candamo: presidente.</p> <p>Se instala la fábrica de tejidos <i>El Inca</i>.</p>	
1904	<p>Muere Candamo. Lo sucede el vicepresidente Serapio Calderón, quien convoca a nuevas elecciones.</p> <p>José Pardo: nuevo presidente.</p>	<p>Huelga de jornaleros.</p> <p>Se funda la asamblea de sociedades unidas.</p> <p>Huelga de portuarios del Callao.</p> <p>La Federación de Panaderos <i>Estrella del Perú</i> rompe con la <i>Federación de Artesanos</i> y acuerda iniciar la lucha por la jornada de las ocho horas.</p>
1905		<p>1 de mayo: reclamos por las ocho horas.</p> <p>Huelga de jornaleros del Callao.</p> <p>Huelga de trabajadores textiles.</p> <p>Huelga de tranviarios en Arequipa.</p>
1906	<p><i>La Prensa</i> se fusiona con el diario <i>El Tiempo</i>.</p>	

Año	Élites	Clases populares
1907		Huelga en Iquique. Huelga de portuarios del Callao.
1908	Augusto B. Leguía: presidente.	
1909	Pierolistas intentan, sin éxito, defenestrar a Leguía.	Se crea la <i>Asociación Pro-Indígena</i> .
1910	Ruptura de relaciones con Chile. Tensión con Ecuador. Levantamientos de los poderes locales en Lambayeque y Cusco.	
1911	Antileguíistas forman el bloque parlamentario.	Gran huelga obrera en Vitarte. Se crea la <i>Unificación Obrera Textil de Vitarte</i> . Aparece <i>La Protesta</i> .
1912	Nuevo proceso electoral. Surge la opción de Billinghurst con las jornadas cívicas que lo apoyan. El Congreso lo nombra presidente. Se funda el Partido Civil Independiente.	Huelga de los cañeros del valle de Chicama en el norte del Perú. Se constituye la Federación Obrera Marítima y Terrestre del Callao.
1913	Muere Piérola. Protocolo de Límites con Brasil. Se establece la <i>International Petroleum Company</i> . Se expide resolución en la que se establece la jornada de ocho horas para los jornaleros del Muelle y Dársena. El gobierno promulga el decreto supremo del 24 de enero que reglamenta las huelgas.	Huelga de petroleros de Talara. Jornada por las ocho horas en el Callao. Se crea la <i>Federación Obrera Regional</i> .
1914	4 de febrero: golpe de estado contra Billinghurst, dirigido por el coronel Oscar R. Benavides. Billinghurst es deportado a Chile. Nueva Junta de Gobierno.	

Año	Élites	Clases populares
1915	<p>Se forma la Convención de Partidos, que elige como candidato a José Pardo.</p> <p>José Pardo: presidente.</p> <p><i>La Prensa</i> es adquirida por Augusto Durand.</p> <p>Muere Billinghamurst en Iquique.</p>	<p>Huelga de trabajadores textiles de Vitarte.</p> <p>Rebelión en Puno dirigida por el mayor Gutiérrez, quien tomó el nombre de Rumi Maqui.</p>
1916		<p>Huelga de jornaleros de Huacho, Sayán y Pativilca (provincias de Lima).</p>
1917		<p>Sangriento conflicto en los asientos petroleros del norte.</p>
1918	<p>Ley sobre el trabajo de mujeres y niños.</p>	<p>Primer Congreso de la <i>Federación Obrera Local de Lima</i>, que reemplazó a la <i>Federación Obrera Regional</i>.</p>
1919	<p>El Congreso declara invalidado el Tratado de Ancón.</p> <p>Se convocan a nuevas elecciones. Leguía, acompañado de Cáceres, toma el Congreso el 4 de julio y derroca al presidente Pardo.</p> <p>El nuevo gobierno conforma una asamblea constituyente.</p> <p>Se convocan a nuevas elecciones en las que el único candidato es el propio Leguía.</p>	<p>Conquista de la jornada de ocho horas.</p> <p>Se crea el <i>Comité de Propaganda Socialista</i>.</p> <p>Se funda la <i>Federación Textil y Gráfica</i>.</p> <p>Nueva <i>Federación Obrera Regional</i>.</p> <p>El movimiento obrero sale derrotado luego de la lucha por el abaratamiento de las subsistencias.</p> <p>Conflictos laborales en Chicama, norte del Perú.</p>
1920	<p>Se crean las universidades libres.</p> <p>Se funda la Pontificia Universidad Católica del Perú.</p> <p>Ley de conscripción vial.</p> <p>Nueva Asamblea Constituyente.</p>	<p>Rebelión en Azángaro (Puno).</p> <p>Se realizan los congresos indígenas.</p> <p>Se crea el <i>Comité Pro Derecho Indígena Tahuantinsuyo</i>.</p>
1921	<p>Centenario de la Independencia del Perú.</p>	<p>Rebelión en Tocroyoc (Cusco).</p>
1922	<p>Se constituye el <i>Patronato de la Raza Indígena</i>.</p>	<p>Rebeliones en Lauramarca (Cusco) y Paucarpata (Puno).</p>

Año	Élites	Clases populares
1923		<p>Estudiantes y trabajadores impiden la ceremonia de consagración del Perú al Sagrado Corazón de Jesús.</p> <p>Rebeliones en Huancané (Puno) y La Mar (Ayacucho).</p> <p>Se crea la <i>Federación Obrera Regional Indígena</i>.</p>
1924	<p>El presidente de Estados Unidos, Calvin Coolidge, emite su fallo desechando el alegato del Perú sobre la entrega de las provincias retenidas por Chile para realizar el plebiscito de acuerdo al Tratado de Ancón.</p> <p>Leguía, candidato único, es reelegido presidente.</p> <p>Ley de vagancia.</p>	<p>Haya de la Torre funda el APRA como frente continental.</p> <p>Rebelión en Marcona (Ica).</p>
1925	<p>Se inicia el plebiscito sobre Tacna y Arica.</p>	<p>Se creó la <i>Confederación Obrera Ferrocarrilera</i>.</p>
1926		<p>Aparece <i>Amauta</i>.</p>
1928		<p>Mariátegui funda el Partido Socialista.</p>
1929	<p>Tacna es devuelta a jurisdicción peruana.</p>	<p>Mariátegui funda la <i>Central General de Trabajadores del Perú</i>.</p>
1930	<p>Resolución Suprema que declara al sol de oro como unidad monetaria del Perú.</p> <p>El 22 de agosto el comandante Luis M. Sánchez Cerro depone a Leguía.</p> <p>Muere Leguía preso.</p>	<p>Paro en el centro minero de La Oroya.</p> <p>Luego de la muerte de Mariátegui, Eudocio Ravines convierte al PSP en Partido Comunista.</p> <p>Se crea la <i>Federación de Mineros del Centro</i>.</p> <p>Instalación de congreso minero.</p> <p>Se crea la <i>Federación de Petroleros</i>.</p> <p>Paro general en Lima y Arequipa.</p>

<i>Año</i>	<i>Élites</i>	<i>Clases populares</i>
1931	<p>Sánchez Cerro es deportado a Europa, pero regresa pronto.</p> <p>Asume el mando de la Junta de Gobierno David Samanez Ocampo.</p> <p>Elecciones presidenciales que gana Sánchez Cerro. El APRA reclama fraude.</p> <p>Proscripción del derecho de huelga.</p>	<p>Haya de la Torre convierte al APRA en partido nacional.</p>
1932	<p>El 7 de julio el APRA se levanta en armas contra el gobierno, en Trujillo, norte del Perú. El 12 del mismo mes el ejército recupera la ciudad.</p>	
1933	<p>Asesinato de Sánchez Cerro. Toma el mando provisorio el general Oscar R. Benavides.</p>	

BIBLIOGRAFÍA UTILIZADA

- ABBOTT, Andrew, "Sequences of Social Events: Concepts and Methods for the Analysis of Order in Social Processes", en *Historical Methods* vol. 16, núm. 4, 1983
- ADRIANZÉN, Alberto, "Señores, masas y ciudadanos", en Juan ABUGATTAS *et al.*, *Estado y sociedad. Relaciones peligrosas*, Desco, Lima, 1990
- ÁGUILA Alicia del, "Callejones y mansiones o la reconstrucción de los espacios públicos en Lima (1895-1919)", en *Estudios Sociológicos* vol. XIII, núm. 39, septiembre-diciembre de 1995
- Callejones y mansiones. Espacios de opinión pública y redes sociales y políticas en la Lima del 900*, PUCP, Lima, 1997
- AGULHON, Maurice, *Historia vagabunda*, Instituto Mora, México, 1994
- ÁLVAREZ JUNCO, José, "El populismo: un concepto escurridizo", en José Alvarez JUNCO (compilador), *Populismo, caudillaje y discurso demagógico*, Centro de Investigaciones Sociológicas, Madrid, 1987
- ANDERSON, Benedict, *Comunidades imaginadas*, FCE, México, 1993
- ANDERSON, Perry, *Transiciones de la antigüedad al feudalismo*, Siglo XXI editores, México, 1982
- El Estado Absolutista*, Siglo XXI editores, México, 1980
- ANSALDI, Waldo, "La oligarquía en América Latina: esa frívola y casquivana mano de hierro en guante de seda", en *Socialismo y Participación* núm. 56, Lima, diciembre de 1991
- ARROYO, Eduardo, "La evolución urbana de Lima", en *Los Caminos del Laberinto* núm. 1, Lima, junio de 1985
- ASTIZ, Carlos Alberto, *Pressure Groups and Power Elites in Peruvian Politics*, Cornell University Press, Ithaca and London, 1969
- BADIE, Bertrand, "Análisis comparado y sociología histórica", en *Revista Internacional de Ciencias Sociales* núm. 133, UNESCO, setiembre de 1992
- BALMORI, Diana *et al.*, *Las alianzas de familias y la formación del país en América Latina*, FCE, México, 1990
- BASADRE, Jorge, *Perú: problema y posibilidad* [1931], Banco Internacional del Perú, Lima, 1978
- El azar en la historia y sus límites*, PL Villanueva, Lima, 1973
- La Historia de la República del Perú*, Editorial Universo, tomo XI, Lima, 1968

- “Leguía y el leguismo”, en *Primer panorama del ensayo peruano*, IV Festival del Libro Peruano, Lima, 1958
- BELAUNDE, Víctor Andrés, *La crisis presente* [1914], Luis Alfredo Ediciones, Lima, 1994
- BENAVIDES (FAMILIA), *El mariscal Benavides. Su vida y su obra*, Editorial Atlántida, Lima, 1976
- BILLINGHURST, Guillermo E., *La irrigación de Tarapacá*, Imprenta y Librería Ercilla, Santiago de Chile, 1893
- “Los capitales salitreros de Tarapacá”, en *Asuntos salitreros*, Santiago de Chile, 1889
- Discurso Programa de SE el Presidente de la República don Guillermo E. Billinghurst en el acto de asumir el mando Supremo de la nación*, Lima, Imprenta de La Acción Popular, 24 de setiembre de 1912
- Mensaje de SE el Presidente de la República*, Lima, setiembre 5 de 1913 *Mensaje que SE el Presidente de la República presenta al Congreso Ordinario*, Librería e Imprenta Gil, Lima, 1913
- El presidente Billinghurst a la nación*, Imprenta Dienes, Santiago de Chile, 1915
- BLANCHARD, Peter, “A populist precursor: Guillermo Billinghurst”, en *Latin American Studies* vol. 9, núm. 2, 1977
- The origins of the Peruvian Labor Movement, 1833-1919*, University of Pittsburgh Press, 1982
- BONFIGLIO, Giovanni, “Los italianos en Lima”, en *Mundos interiores*, *op. cit.*
- BONILLA, Heraclio, *Guano y burguesía en el Perú*, IEP, Lima, 1984
- “Estado y tributo campesino. La experiencia de Ayacucho”, Documento de Trabajo núm. 30, IEP, Lima, 1989
- BONILLA, Heraclio y Karen SPALDING, *La Independencia en el Perú: las palabras y los hechos*, IEP, Lima, 1971
- BOURRICAUD, Francois, “Notas sobre la oligarquía peruana”, en Varios, *La oligarquía en el Perú. 3 ensayos y una polémica*, IEP, Lima, 1969
- BRACHET-MÁRQUEZ, Viviane, *El pacto de dominación en México. Estado, clase y reforma social en México (1910-1995)*, El Colegio de México, 1996
- BURGA Manuel y Alberto FLORES GALINDO, *Apogeo y crisis de la República Aristocrática*, Editorial Rikchay Perú, cuarta edición, Lima, 1981
- CALDERÓN, Fernando, “Identidad y tiempos mixtos o cómo pensar la modernidad sin dejar de ser boliviano”, en *Imágenes desconocidas. La modernidad en la encrucijada posmoderna*, Clacso
- CARDOSO, Fernando H. y Enzo FALETTO, *Dependencia y desarrollo en América Latina*, varias ediciones
- CARMAGNANI, Marcelo, *Estado y sociedad en América Latina. 1850-1930*, Grijalbo, Barcelona, 1980

- CAVAROZZI, Marcelo, *El capitalismo político tardío y su crisis en América Latina*. Homo Sapiens Ediciones, Rosario, 1996
- CISNEROS, Isidro, "Los diferentes momentos del cambio político de tipo democrático: hacia una propuesta clasificatoria", *Perfiles Latinoamericanos* año 3, núm. 4, junio de 1994
- CHIAROMONTI, Gabriella, "Andes o nación: la reforma electoral de 1896 en Perú", en Antonio ANNINO (coordinador), *Historia de las elecciones en Iberoamérica. Siglo XIX*, FCE, Buenos Aires, 1995
- CHIRINOS SOTO, Enrique, *Historia de la república. Perú 1821-1878*, Editorial Andina SA, Lima, 1977
- CHOCANO, José Santos, *Memorias. Las mil y una aventuras*, Editorial Nascimento, Santiago de Chile, 1940
- CORONADO DEL VALLE, Jaime, "El gobierno de Billingham y la emergencia de la clase obrera. 1912-1914", UNMSM, Lima, setiembre de 1986
- COTLER, Julio, *Clases, Estado y nación en el Perú*, IEP, Lima, 1978
- DÁVALOS Y LISSÓN, Pedro, *Diez años de historia contemporánea del Perú. 1899-1908. Gobiernos de Piérola, Romaña, Candamo, Calderón y Pardo*, Librería e Imprenta Gil, Lima, 1930
- DEGREGORI, Carlos Iván, Cecilia BLONDET y Nicolás LYNCH, *Conquistadores de un nuevo mundo*, IEP, Lima, 1986
- DEGREGORI, Carlos Iván y otros, *Las rondas campesinas y la derrota de Sendero Luminoso*, IEP, Lima, 1996
- DÍAZ GARBÍN, Raúl y Raúl GARBÍN MONTENEGRO, *Diccionario Biográfico del Perú*, T. Aguirre, Lima, 1944
- DIX, Robert, "Populism: authoritarian and democratic", en *Latin American Research Review* vol. 20, 1985
- ENTRENA DURÁN, Francisco, "Los populismos y la formación del Estado-nación en América Latina". en *Anuario de Estudios Americanos*, Escuela de Estudios Hispano-Americanos, vol. LIII, tomo 1, Sevilla, 1996
- ESPINO RELUCÉ, Gonzalo, *La lira proletaria rebelde. Estudio y antología de la poesía obrera anarquista, 1900-1926*, Asociación de Publicaciones Educativas, Lima, 1984
- FLORES GALINDO, Alberto, "El periodismo obrero" [*La Prensa*, Lima, 30 de agosto de 1974], en *Obras completas*, tomo IV, Concytec-SUR, Lima, 1996
- Buscando un inca. Identidad y utopía en los Andes*, Conaculta-Grijalbo, México, 1993
- FOREMAN-PECK, James, *Historia económica mundial. Relaciones económicas internacionales desde 1850*, Prentice Hall, España, 1995
- FOUCAULT, Michel, *Genealogía del racismo*, La Piqueta, Madrid, 1992
- FRANCO, Carlos, "El sentido del velasquismo en la construcción de una comunidad nacional-ciudadana en el Perú", en *Socialismo y Participación* núm. 63, Lima, 1993

- FRANCO Carlos y Hugo NEIRA, *El problema de las élites y el pensamiento. Los novecentistas peruanos. 1895-1930*, Sevilla, octubre de 1996
- La otra modernidad. Imágenes de la sociedad peruana*, Cedep, Lima, 1991
- “La plebe urbana, el populismo y la imagen de ‘Alumbramiento’”, en *Socialismo y Participación* núm. 52, Lima, diciembre de 1990
- FURET, Francois, *La revolution, 1770-1880*, Hachette, Paris, 1988
- GARAVITO AMÉZAGA, Hugo, *El Perú liberal. Partidos e ideas políticas de la Ilustración a la República Aristocrática*, ediciones El Virrey, Lima, 1989
- GARCÍA CALDERÓN, Francisco [1907], *El Perú contemporáneo*, Interbanc, Lima, 1981
- GERMANI, Gino, “Democracia representativa y clases populares”, en Gino GERMANI *et al.*, *Populismo y contradicciones de clase en Latinoamérica*, Serie Popular Era/21, segunda edición, México, 1977
- Política y sociedad en una época de transición*, Paidós, Buenos Aires, 1968
- GILBERT, Dennis L., *La oligarquía peruana: historia de tres familias*, Editorial Horizonte, Lima, 1982
- GOLDTHORPE, John H., “Current Issues in Comparative Macro Sociology: A Debate on Methodological Issues”, en *Comparative Social Research* vol. 16:1-26, 1997
- GOLTE, Jürgen y Norma ADAMS, *Los caballos de Troya de los invasores*, IEP, Lima, 1987
- GONZALES, Osmar, *Sanchos fracasados. Los arielistas y el pensamiento político peruano*, Ediciones PREAL, Lima, 1996
- “Conquista ciudadana y democracia. Auge y crisis del clasismo en el Perú (1968-1990)”, en *Revista Latinoamericana de Estudios del Trabajo* año 2, núm. 4, 1996
- GONZÁLEZ MIRANDA, Sergio A., “De la solidaridad a la xenofobia: Tarapacá 1907-1911” (inédito).
- GONZÁLEZ PRADA, Manuel, *Sobre el militarismo (antología). Bajo el oprobio*, Presentación y selección de Bruno Podestá, Editorial Horizonte, Lima, 1978
- GOOTENBERG, Paul, *Tejidos y harinas, corazones y mentes. El imperialismo norteamericano de libre comercio en el Perú. 1825-1840*, IEP, Lima, 1989
- Imagining development. Economic ideas in Peru's fictitious prosperity of guano. 1840-1880*, University of California, 1993
- “Población y etnicidad en el Perú republicano (siglo XIX). Algunas revisiones”. Documento de Trabajo núm. 71, IEP, Lima, octubre de 1995
- Caudillos y comerciantes. La formación económica del Estado peruano 1820-1860*, Centro de Estudios Regionales Andinos Bartolomé de las Casas, Cusco, 1997
- GRIFFIN, Larry J., “Temporality, Events, and Explanation in Historical Sociology”. en *Sociological Methods and Research* vol. 20, núm. 4, 1992
- GUERRA MANZO, Enrique, “El problema del poder en la obra de Michel Foucault y Norbert Elias”, en *Estudios Sociológicos* vol. XVII, núm. 49, enero-abril de 1999

- GUERRA MARTINIERE, Margarita, *Historia general del Perú. La república. 1900-1948*, tomo VIII, Editorial Brasa, Lima, 1994
- La ocupación de Lima (1881-1883). El gobierno de García Calderón*, PUCP, Lima, 1991
- HACKING, Ian, *La domesticación del azar*, gedisa, Barcelona, 1993
- HAYA DE LA TORRE, Víctor Raúl, *El antiimperialismo y el APR* [1935], varias ediciones
- HAYDU, Jeffrey, "Making Use of the Past: Time Periods as Cases to Compare and as Sequences of Problem Solving", en *American Journal of Sociology* vol. 104, núm. 2, setiembre de 1998
- HELLER, Agnès, *Historia y vida cotidiana. Aportación a la sociología socialista*, Enlace Grijalbo, México, 1985
- HENESSY, Alistair, "América Latina", en Ghita IONESCU y Ernest GELLNER, *Populismo. Sus significados y características nacionales*, Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1969
- IANNI, Octavio, *La formación del Estado populista en América Latina*, Serie Popular Era 130, México, 1975
- "Populismo y relaciones de clase", en G. GERMANI *et al.*, *op. cit.*
- IONESCU, Guita y Ernest GELLNER (compiladores), *Populismo. Sus significados y características nacionales*, Amorrortu editores, Buenos Aires, 1970
- LACLAU, Ernesto, *Política e ideología en la teoría marxista. Capitalismo, fascismo, populismo*, Siglo XXI editores, España, 1978
- LAÏDI, Zaki, *Un mundo sin sentido*, FCE, México, 1997
- LARROCA, Jorge y Cristian G. WERCKENTHIEN, "Mariano Billinghurst como político y empresario pionero", en *Todo es Historia* vol. 25, núm. 297, marzo de 1992
- LÉVANO, César, *La verdadera historia de la jornada de las ocho horas en el Perú*, Lima, 1967
- LÓPEZ, Sinesio, *Ciudadanos reales e imaginarios. Concepciones, desarrollo y mupus de la ciudadanía en el Perú*, IDS, Lima, 1997
- "El Estado oligárquico: un ensayo de interpretación", en *El Dios mortal*, IDS, Lima, 1990
- LUKÁCS, Georg, *Estética*, Grijalbo, España
- LYNCH, Nicolás, *La transición conservadora*, El Zorro de Abajo ediciones, Lima, 1992
- "Anomia de regresión o anomia de desarrollo", *Socialismo y Participación* núm. 46, Lima, 1989
- MALLON, Florencia, "Problema nacional y lucha de clases en la guerra del Pacífico. La resistencia de La Breña en la sierra central, 1881-1886", en *Allpanchis Phuturinga*, núms. 17-18, IPA, Cusco, 1981
- MANN, Michael, "El poder autónomo del Estado: sus orígenes, mecanismos y resultados", en Michael MANN y Chris WICKHAM, *La autonomía relativa del Estado*, Cuaderno de Ciencias Sociales núm. 59, Flacso-Programa Costa Rica, 1993
- MANRIQUE, Nelson, *Historia de la República*, Cofide, Lima, 1995

- MARTÍN, José Carlos, *El gobierno de don Guillermo Billinghurst. 1912-1914. Apuntes para la historia del Perú*, CIP, Lima, 1963
- José Pardo y Barreda, el estadista. Un hombre, un partido, una época. Apuntes para la historia del Perú*, CIP, Lima, 1948
- MARTÍNEZ TORRES, Renato, *Para una relectura del boom: populismo y otredad*, Editorial Pliegos, Madrid, 1990
- MATOS MAR, José, *Desborde popular y crisis del Estado*, IEP, Lima, 1985
- MAYER, Arno, *La persistencia del Antiguo Régimen*, Alianza Universidad, Madrid, 1984
- MC EVOY, Carmen, *Un proyecto nacional en el siglo XIX. Manuel Pardo y su visión del Perú*, PUCP, Lima, 1994
- MCMICHAEL, Philip, "Repensar el análisis comparado en un contexto posdesarrollista", en *Revista Internacional de Ciencias Sociales* núm. 133, UNESCO, setiembre de 1992
- MIRO QUESADA, Luis, *Albores de la reforma social en el Perú*, Talleres Gráficos PL Villanueva, Lima, 1965
- MUÑOZ, Fanni, "Las diversiones y el discurso modernizador. Los intentos de formación de una cultura burguesa en Lima (1890-1912)", en *Allpanchis* núm. 49, IPA, Cusco, 1997
- "Diversiones en la Lima finisecular" (manuscrito)
- MURMIS, Miguel y Juan Carlos PORTANTIERO, *Estudios sobre los orígenes del peronismo. Siglo XXI*, Buenos Aires, 1971
- NEIRA, Hugo, *Hacia la tercera mitad. Perú XVI-XX. Ensayos de relectura herética*, SIDEA, Lima, 1996
- "Violencia y anomia. Reflexiones para intentar comprender", en *Socialismo y Participación* núm. 37, Lima, 1987
- NIETO, Jorge, *Izquierda y democracia en el Perú*, Desco, Lima, 1983
- NUGENT, David, "Building the State, making the nation: the bases and limits of State centralization in 'modern' Peru", en *American Antropologist* vol. 96, núm. 2, junio, 1994
- O'DONNELL, Guillermo, *Modernización y autoritarismo*, Paidós, Buenos Aires, 1972
- O'PHELAN, Scarlett, "El mito de la independencia concedida: los programas políticos del siglo XVIII y del temprano XIX en el Perú y Alto Perú", en *Independencia y revolución. 1780-1840*, INC, Lima, 1987
- OSZLAK, Oscar, *Formación histórica del Estado en América Latina: elementos teórico-metodológicos para su estudio*, Estudios CEDES, vol. 1, núm. 3, Buenos Aires, 1978
- PANFICHI, Aldo, "Urbanización temprana de Lima, 1535-1900", en Aldo PANFICHI H. y Felipe PORTOCARRERO S. (editores) *Mundos interiores*, Universidad del Pacífico, Lima, 1995
- PARKER, David, "Los pobres de la clase media: estilo de vida, consumo e identidad en una ciudad tradicional", en *Mundos interiores, op. cit.*

- PARTIDO DEMÓCRATA, "Declaración de Principios del Partido Demócrata" [1889], Lima, 1912
- PAZ SOLDÁN, Carlos, *El problema presidencial. El Congreso puede elegir al Presidente de la República*, Imprenta de La Acción Popular, Lima, 1912
- PAZ SOLDÁN, JP, *Revoluciones del Perú. Golpe de Estado del 29 de mayo de 1909*, Imprenta del Estado, Lima, 1914
- PAZ SOLDÁN, Juan Pedro, *Diccionario biográfico de peruanos contemporáneos*, Librería e Imprenta Gil, Lima, 1921
- PEASE GY. Franklin, *Breve historia contemporánea del Perú*, FCE, México, 1995
- PEASE GARCÍA, Henry, *El ocaso del poder oligárquico*, Desco, Lima, 1977
- PERALTA RUIZ, Víctor, "Partidos políticos y elecciones en el Perú, 1900-1920", CSIC-CEH, (mimeo), Madrid, s/f
- PEREDA TORRES, Rolando, *Historia de las luchas sociales del movimiento obrero en el Perú republicano. 1858-1917*, EDIMSSA, Lima, 1982
- PÉRONNET, Michel, *Vocabulario básico de la Revolución Francesa*, Crítica-Grijalbo, Barcelona, 1985
- PIÉROLA, Nicolás de, *Mensaje del Presidente de la República en la instalación del Congreso Ordinario de 1896*, Imprenta El País, Lima, 1896
- Mensaje del Presidente de la República a las Cámaras Legislativas acerca del Presupuesto General para 1897* (reservado), mimeo
- Mensaje del Presidente de la República en la instalación del Congreso Ordinario de 1897*, Imprenta El País, Lima, 1897
- Mensaje del Presidente de la República en la instalación del Congreso Ordinario de 1898*, Imprenta El País, Lima, 1898
- Mensaje del Presidente de la República en la instalación del Congreso Extraordinario de 1898*, Imprenta El País, Lima, 1898
- Mensaje del Presidente de la República en la instalación del Congreso Ordinario de 1899*, Imprenta El País, Lima, 1899
- PLANAS, Pedro, *La República Autocrática*, Fundación Friedrich Ebert, Lima, 1994
- El 900. Balance y recuperación. I. Aproximaciones al 900*, CITDEC, Lima, 1994
- PORTANTIERO, Juan Carlos, "Lo nacional-popular y la alternativa democrática en América Latina", en Henry PEASE et al., *América Latina 80: democracia y movimiento popular*, Desco, Lima, 1981
- PORTER, Bruce D., *War and the rise of the State*, New York, The Free Press, 1994
- PORTOCARRERO, Gonzalo, *De Bustamante a Odría. El fracaso del Frente Democrático Nacional. 1945-1950*, Mosca Azul editores, Lima, 1983
- PORTOCARRERO, Julio, *Sindicalismo peruano. Primera etapa. 1911-1930*, Capítulo Uno "Primeros recuerdos", Editorial Gráfica Labor, Lima, 1987

- PORTOCARRERO, Ricardo, "Introducción a 'Claridad'", en *Claridad*, edición en facsímile. Empresa Editora Amauta, Lima, 1994
- PORTOCARRERO SUÁREZ, Felipe, *El imperio Prado: 1890-1970*, CIUP, Lima, 1995
- PORTOCARRERO S., Felipe y Luis M. TORREJÓN, *Modernización y atraso en las haciendas de la élite económica. Perú: 1916-1932*, CIUP, Lima, 1992
- QUIJANO, Aníbal, *Imperialismo, clases sociales y Estado en el Perú*, Mosca Azul editores. Lima, 1978
- QUIROZ, Alfonso W., *Banqueros en conflicto. Estructura financiera y economía peruana, 1884-1930*, CIUP, Lima, 1990
- La deuda defraudada. Consolidación de 1850 y dominio económico en el Perú*. Nuevo Mundo. Lima, 1987
- "Grupos económicos y decisiones financieras en el Perú, 1884-1930", en *Apuntes. Revista de Ciencias Sociales* núm. 19, Centro de Investigación de la Universidad del Pacífico. Lima, segundo semestre de 1986
- REMY, María Isabel, "Historia y discurso social. El debate de la identidad nacional", en Julio COTLER (editor), *Perú 1964-1994. Economía, sociedad y política*, IEP, Lima, 1995
- RÍOS, Ricardo R. (compilador), *La Convención de los Partidos de 1915*, Lima, 1918
- RODRÍGUEZ P., Humberto, "La Calle Capón, el Callejón Otaiza y el Barrio Chino". en *Mundos interiores, op. cit.*
- ROSSEL, María Cristina y Ernesto YEPES, "La caída de Billinghurst: crónica diplomática de un golpe de Estado", en *Análisis* núm. 12, Lima, 1er. semestre de 1983
- ROSTWOROSKI DE DIEZ CANSECO, María, *Pachacámac y el Señor de los Milagros. Una trayectoria milenaria*, IEP, Lima, 1992
- SANBORN, Cynthia, "Los obreros textiles de Lima: redes sociales y organización laboral. 1900-1930", en *Mundos interiores, op. cit.*
- SÁNCHEZ, Luis Alberto, *Valdelomar o la belle époque*, FCE, México, 1969
- SANTISTEVAN, Jorge y Ángel DELGADO, *La huelga en el Perú. Historia y derecho*. CEDYS. Lima, 1980
- SHORTER, Edward y Charles TILLY, *Las huelgas en Francia. 1830-1968*. Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, Madrid, 1985
- SLATER, David, *Territory and State Power in Latin America: the Peruvian Case*. Latin American Studies, Macmillan, London, 1989
- SOMERS, Margaret R., "Narrativity, Narrative Identity, and Social Action: Rethinking English Working-Class Formation", en *Social Science History* vol 16, núm. 4, 1992
- SOTO, Hernando de, *et al.*, *El otro sendero*, Editorial El Barranco, Lima, 1986
- STEIN, Steve, *Populism in Peru*. Wisconsin Press, Madison, 1980
- (Compilador), *Lima obrera, 1900-1930*, tomo II, El Virrey, Lima, 1986

- STOKES, Susan C., "Etnicidad y clase social: los afro-peruanos de Lima, 1900-1930". en Steve STEIN (compilador), *Lima obrera. 1900-1930, op. cit.*
- TEJADA, Luis, "La influencia anarquista en el APRA", en *Socialismo y Participación* núm. 29, marzo, Lima, 1985
- "Malambo", en *Mundos interiores, op. cit.*
- TELLA, Torcuato di, *Historia de los partidos políticos en América Latina, siglo XX*, FCE, Uruguay, 1993
- "Populismo y reforma en América Latina", en *Desarrollo Económico* núm. 16, 1965
- "Populismo y reformismo", en G. Germani *et al.*, *op. cit.*
- THORP, Rosemary y Geoffrey BERTRAM, Peru 1890-1977. *Growth and Policy in an Open Economy*, The Macmillan Press, 1978
- TURNER, Mark, *From Two Republics to One Divided. Contradictions of Postcolonial Nationmaking in Andean Peru*, Duke University Press, Durham and London, 1977
- TILLY, Charles, *Big Structures, Large Processes, Huge Comparisons*. Russell Sage, Nueva York, 1984
- TORRE, Juan Carlos, "Interpretando (una vez más) los orígenes del peronismo". en *Desarrollo Económico* núm. 112, enero-marzo de 1989
- TORREJÓN, Luis, "Lima 1912: el caso de un motín popular urbano", en *Mundos interiores, op. cit.*
- TORRES FRANCO, Manuel, *Breve antología del pensamiento anarquista en el Perú*, serie: Movimientos Sociales núm. 3, TEA, Universidad Nacional Agraria, La Molina, setiembre de 1980
- ÚLLOA, Alberto, *Escritos históricos*, Espasa-Calpe, Buenos Aires, 1946
- VALCÁRCEL, Luis, *Memorias*, IEP, Lima, 1981
- VENTURI, Franco, *Los populistas rusos*, Revista de Occidente, Madrid, 1975
- VIGUERA, Aníbal, "Populismo y 'neopopulismo' en América Latina". *Revista Mexicana de Sociología* año LV, núm. 3, UNAM, México, julio-setiembre de 1993
- VILLANUEVA, Víctor, *100 años del ejército peruano: frustraciones y cambios*, editorial Juan Mejía Baca, Lima, 1971
- WEFFORT, Francisco, *Populismo, marginalización y dependencia. Ensayo de interpretación sociológica*, Editorial Universitaria Centroamericana, Costa Rica, 1973
- WESTERN, Wilda Celia, *Alquimia de la nación. Nasserismo y poder*, El Colegio de México, 1997
- WHITEHEAD, Laurence, "Algunas reflexiones sobre el 'Estado' y el sector informal". en *Páginas* vol. XV, núm. 101, Lima, 1990
- WINOCUR, Marcos, "El populismo en América Latina", en Werner ALTMAN *et al.*, *El populismo en América Latina*, Nuestra América, UNAM, México, 1983

YEPES DEL CASTILLO, Ernesto, *Perú 1820-1920: un siglo de desarrollo capitalista*, IEP, Lima, 1972

ZAPATA, Francisco, *Autonomía y subordinación en el sindicalismo latinoamericano*, FCE-El Colegio de México, 1993

OTROS DOCUMENTOS

“Carta de Manuel C. Gallagher a José de la Riva Agüero”, Lima, 26 de febrero de 1914.
Archivo Histórico Riva Agüero

Censo de Lima, 26 de junio de 1908, tomo I, Imprenta La Opinión Nacional, Lima, 1915

Confraternidad obrera chileno-peruana. Una actuación histórica, 1913-1917, Imprenta Lux de EL Castro, Lima, 1928

Records of Department of State Relating to Internal Affairs of Peru, 1910-1929, rollo 2

REVISTA *Variedades*

PERIÓDICOS

El Comercio

La Prensa

La Opinión Nacional

ARCHIVO HISTÓRICO DEL INSTITUTO RIVA AGÜERO, LIMA

BIBLIOTECA NACIONAL DEL PERÚ-SALA DE INVESTIGACIONES, LIMA

BIBLIOTECA PEDRO BENVENUTTO-UNIVERSIDAD DEL PACÍFICO, LIMA

BIBLIOTECA DANIEL COSÍO VILLEGAS, EL COLEGIO DE MÉXICO, MÉXICO DF

AGRADECIMIENTOS

Como es costumbre, pero no sólo eso, sino también un acto de buena educación y de buenos sentimientos, debo expresar en estas líneas mi gratitud a todas aquellas personas que, de una u otra manera, colaboraron en mi empeño para concluir esta tesis. En primer lugar, a mi asesora, Viviane Brachet, exigente como profesional y cálida como amiga. (A veces sospecho que ella está más feliz que yo con la conclusión de esta investigación). También a mis lectores, Nelson Minello y Arturo Alvarado, quienes tuvieron la paciencia de leer –aguda y atentamente– más de una vez los borradores de mi tesis, y a Velia Cecilia Bobes, amiga ya de años, quien me tendió la mano salvadora en el último momento ofreciéndome sus comentarios inteligentes para mejorar este texto.

No puedo dejar de mencionar el estímulo del director del Centro de Estudios Sociológicos, Francisco Zapata y el buen ánimo que siempre me transmitió Rogelio Hernández, secretario académico del CES. También debo expresar mi reconocimiento a los profesores Sergio González y John Crabtree, quienes desde Chile e Inglaterra respectivamente, me enviaron sus importantes comentarios que traté de introducir de la mejor manera posible en diferentes partes de los capítulos que conforman el presente documento.

No puedo dejar de mencionar a Genoveva, Ana Lilia y Lupita, secretarías del CES, quienes tuvieron la paciencia de soportarme cuatro años seguidos, y siempre con una sonrisa. De igual modo a Tomás y a Manuel, fotocopiables de primera, pero mejores compañeros todavía.

Finalmente, agradezco a mi esposa Patricia, quien permanentemente me apoyó para que terminara esta investigación y vigiló que no metiera la pata en estas cosas de la computación. Incluso, ahora mismo, después de que yo termine estas líneas ella vendrá a supervisar lo que acabo de hacer.